
CAOS Y ENÁGUAS : LIBRO 3
El Problema del Alhelí
ANYA WYLDE

EL PROBLEMA DEL ALHELÍ

Caos y Enaguas

Libro 3

Anya Wylde

CONTENIDO

Página del título
Dedicatoria
Agradecimiento
Capítulo Uno
Capítulo Dos
Capítulo Tres
Capítulo Cuatro
Capítulo Cinco
Capítulo Seis
Capítulo Siete
Capítulo Ocho
Capítulo Nueve
Capítulo Diez
Capítulo Once
Capítulo Doce
Capítulo Trece
Capítulo Catorce
Capítulo Quince
Capítulo Dieciséis
Capítulo Diecisiete
Capítulo Dieciocho

Capítulo Diecinueve
Capítulo Veinte
Capítulo Veintiuno
Capítulo Veintidós
Capítulo Veintitrés
Capítulo Veinticuatro
Capítulo Veinticinco
Capítulo Veintiséis
Capítulo Veintisiete
Capítulo Veintiocho
Capítulo Veintinueve
Capítulo Treinta
Capítulo Treinta y Uno
Capítulo Treinta y Dos
Capítulo Treinta y Tres
Capítulo Treinta y Cuatro
Capítulo Treinta y Cinco
Capítulo Treinta y Seis
Capítulo Treinta y Siete
Capítulo Treinta y Ocho
Epílogo
Sobre la autora
Otros libros de la autora

Copyright 2025 Anya Wylde

DEDICATORIA

Para Marcus y Daniel.

AGRADECIMIENTO

Barbara, Susan, Angela, Antoinette, Frankie, Fiona y todos los demás que ayudaron a corregir el libro y tuvieron la amabilidad de señalar los errores que mi editora había pasado por alto.

CAPÍTULO UNO

—Una nueva clase de luz —comentó Dorothy, contemplando la reluciente esfera de cristal—. Sin sombras, sin parpadeos, una luz constante, brillante, deslumbrante. Un pequeño sol en el salón del desayuno.

—Solo unas pocas residencias privadas han conseguido instalar iluminación de gas, y resulta que la nuestra es una de ellas —dijo Penelope con orgullo.

Se encontraban en la mansión Blackthorne, una morada aristocrática y hogar de uno de los ducados más poderosos de la historia, lo cual resultaba asombroso si se tenía en cuenta que los padres de Dorothy no eran aristócratas, ni ricos, ni personas de renombre, y que todo se debía a Penelope, su hermanastra mayor. El duque había hecho algo totalmente contrario a la moda: se había enamorado de ella y, para horror de la sociedad, había seguido adelante y se había casado.

Además de sus dos hermanas casadas, la estancia estaba salpicada de sobrinitos y sobrinitas, de entre uno y tres pies de altura.

—Tu doncella de arriba, Della, cree que la lámpara es brujería —dijo Celine, alzando la vista de su costura—. El mayordomo la reprendió antes porque se negó a entrar en esta habitación, y cuando intentó obligarla, la pobre se aferró al perchero y no hubo manera de soltarla. Los criados tuvieron que llevarla a la cocina. La última vez que la vi, seguía enroscada al perchero, empapando sombreros y sombrillas con sus lágrimas.

Dorothy sonrió, dejando que sus dedos danzaran sobre la lámpara de cristal. Todo era mágico hasta que unos viejos gruñones lo explicaban todo. El sol, la luna y las estrellas eran mágicos. Las flores hermosas, los lagos relucientes y los bosques envueltos en niebla eran mágicos… el amor —suspiró para sus adentros— era mágico.

Sus largas y espesas pestañas parpadearon. Sus hermanas se habían casado por amor; seguro que lo entenderían.

Penelope, duquesa de Blackthorne y la mayor de las hermanas Fairweather, tenía los pies descalzos recogidos sobre la chaise longue verde y dorada. La felicidad cubría cada centímetro de su piel besada por el sol. Su cabello oscuro había renunciado hacía tiempo a fingir que era un moño; ahora caía libre por su espalda, indómito, alegre. La maternidad había realzado su belleza salvaje.

En contraste, Celine, esposa del incorregible Lord Elmer, se sentaba con la espalda recta, con el cabello recogido en una cofia baja sin que se escapara ni un mechón. Sus gafas de montura dorada descansaban en la punta de la nariz mientras se concentraba en pasar la aguja por el bordado. Era distinta de Penelope, pero igual de hermosa a su manera. Sus rasgos parecían esculpidos en mármol por el mejor escultor de la corte del rey.

Cuando las dos hermanas entraban juntas en una habitación, eclipsaban incluso a las debutantes más frescas y bonitas. Tenían presencia, y sus títulos habían aumentado aún más su porte.

Eran como grandes chimeneas encendidas, que calentaban al instante cualquier estancia a la que entraban, mientras que Dorothy era una luciérnaga titilante, difícil de distinguir. A su lado, su presencia no contaba para nada.

Estaba segura de que algún día serían grandes damas por el amor y la lealtad hacia sus maridos, su conducta impecable en sociedad y su naturaleza caritativa, que las convertían en ejemplos perfectos de corrección.

Habría sentido envidia de no quererlas tanto.

—¿Qué te pasa, Dora? —preguntó Penelope, mirándola fijamente —. Puedo ver cómo tus pensamientos se enroscan alrededor de tu cabeza como pequeñas bocanadas de vapor.

—Yo… —Dorothy lanzó una mirada insegura a Celine.

—No te reñiré —dijo Celine, levantando la vista un instante—. Lo prometo. ¿Qué has hecho?

—Nada. No he hecho nada… Esta vez. Al menos, eso creo… — Dorothy respiró hondo y se volvió hacia sus hermanas—. Tengo algo que decirles.

Penelope asintió con gesto alentador.

—He… he encontrado a un hombre —dijo Dorothy, y las puntas de sus orejas se tiñeron de un delicioso rosa.

—Era inevitable —comentó Celine, volviendo a su bordado—. Hay muchos hombres en el mundo. Diría que la mitad de la gente lo es.

—De hecho, empleamos a algunos —añadió Penelope—. No sé muy bien por qué, pero lo hacemos. Criaturas inútiles, todos ellos.

—Ahora bien, las mujeres —Celine inclinó la cabeza— son mucho más capaces.

Dorothy se sonrojó aún más.

—No me refiero a un hombre. Me refiero al hombre.

—No otro más, Dorothy —dijo Penelope, preocupada—. El último joven sin techo al que nos pediste que empleáramos huyó con la plata de la familia. Tuve que mandar al Halcón a recuperarla. Al duque no le hizo ninguna gracia.

—Y el anciano al que me pediste que diera cobijo escapó con el preciado árabe de George —refunfuñó Celine.

Dorothy se pasó una mano por el cabello castaño oscuro con frustración. Los alfileres con punta de perla se soltaron y repiquetearon junto a una tetera sobre una bandeja de plata. Parecía una peonía marchita, con el gesto abatido, los hombros caídos y los dedos largos y frágiles maltratando con saña el cojín de brocado dorado.

Tenía un encanto del que no era consciente, el tipo de encanto que desprende un pudin suave y caliente, tan dulce que a algunos les dolían los dientes solo de mirarla.

Siempre que la miraran, claro. La mayoría de las veces no lo hacían.

—¡Vino de cereza! —exigió de pronto el más pequeño de los hijos de Penelope desde una esquina del salón familiar.

¡Crash!

Una cuchara lanzada por el pequeño Johnny rompió un jarrón.

—¡Los zapatos de cuero no son una comida agradable! —Penelope forcejeó con un niño de dos años.

Dorothy observó a sus hermanas intentar desenredar el caos, y el corazón se le encogió. ¿Sus propios hijos también huirían con la

lana, se darían golpes en la cabeza y lanzarían guisantes contra la ventana algún día?

—Penny —dijo Dorothy en voz baja—. ¿Celine?

El ruido ahogó su voz. Se preguntó si tendría que comportarse como uno de los niños para captar la atención de sus hermanas. Durante un instante consideró masticar los flecos de los cojines de seda azul.

Sacudió la cabeza, descartando la idea disparatada, respiró hondo, aplastó su timidez y gritó por encima del alboroto:

—¡Estoy enamorada! ¡Enamorada de un hombre! ¡He encontrado al que quiero que sea mi marido!

Penelope volvió a meterle el zapato en la boca a un lloroso Richard. Celine le cortó un mechón al pobre Johnny.

—¿De verdad? —preguntó Penelope, encantada.

—¿No nos estás tomando el pelo, Dora? —secundó Celine.

Dorothy negó con la cabeza, los ojos brillándole como dos magníficas piedras de cuarzo ahumado —castaños ahumados con un velo translúcido de oro centelleante—. Su rostro pequeño y delicado sonrió tímidamente a sus hermanas.

—Es verdad. Después de tres temporadas enteras, lo he encontrado.

Parecieron quedarse atónitas por la noticia y, acto seguido, rompieron a llorar de alegría, corriendo hacia Dorothy para rodearla con los brazos.

Lloraron sobre su nuevo vestido de mañana, empapando los lazos de satén con lágrimas felices.

—¡Mi hermana! —sollozó Penelope.

—¡Mi pequeña Dora! —aulló Celine.

Niñeras e institutrices se materializaron en la habitación y se llevaron a los niños. Se pidió champán, se sirvió en copas de cristal resplandeciente y se bebió a las once de la mañana.

—No puedo creer que mi pequeña Dora haya crecido —sollozó Penelope, y sus ojos se deslizaron hacia la lámpara de gas—. Eres como una de esas. Una luz suave y delicada, un milagro entre bribones de corazón negro, pero solo alguien con ojo perspicaz

puede verte entre los borrones celestiales. Me alegra que alguien haya descubierto tu brillo antes de que fuera demasiado tarde.

Celine se secó una lágrima y preguntó:

—¿Lleva gafas?

Dorothy le lanzó un cojín a la cabeza.

Delicada.

La gente solía llamarla delicada y dulce, y detestaba esa palabra. Ser delicada era como ser un corderito indefenso en una sociedad llena de tigresas rugientes. La obligaba a encogerse en un rincón, demasiado temerosa de ofender o herir los sentimientos de alguien. No era de extrañar que siguiera soltera después de tres temporadas.

—Dora —Penny le dio un golpecito en el brazo—. Bebe.

Dorothy obedeció, agradecida por la distracción que la apartaba de sus pensamientos sombríos.

—¿Quién es el hombre que se ha atrevido a robarte el corazón? —preguntó Celine, dando un buen trago de champán.

—Lord Lumley —respondió Dorothy con modestia.

Un pequeño silencio cayó sobre la estancia.

—¿Quién? —preguntó por fin Penelope, secándose los ojos con el pañuelo.

—Theobald Grey —repitió Dorothy, ruborizándose.

—¿Quién? —frunció el ceño Celine.

Una voz cerca de la entrada gorjeó:

—Lord Theobald Grey, el conde de Lumley.

Las tres hermanas se volvieron y vieron a la señorita Kitty Norwood, espléndida con un vestido de muselina verde que enmarcaba la puerta como una hoja primaveral cubierta de rocío. Su espeso cabello negro, en marcado contraste con su piel pálida, estaba trenzado y recogido alrededor de la cabeza como una corona, y sus ojos —que cambiaban de color según la luz— eran hoy de un verde esmeralda brillante y alegre.

Dorothy sonrió encantada y palmeó el asiento a su lado. Kitty era su querida amiga de la infancia. Se habían conocido en la Academia para Hijas de Caballeros cuando tenían doce años. Kitty había abofeteado con buen humor a una chica que se burló de las piernas delgadas de Dorothy. Desde entonces, habían sido inseparables.

Penelope hizo sonar la campanilla para pedir más té. Frunció la frente, concentrada.

—Lord Theobald Grey… conde de Lumley… creo que sé a quién te refieres… ¿Qué aspecto tiene?

—Su ropa siempre está deshilachada —dijo Kitty con entusiasmo —. Y cada vez que miro su cabello dorado, me entran ganas de coger un mechón entre los dedos y apretarlo para ver cómo el aceite cae, gota, a gota, a gota.

—¿Empobrecido? —preguntó Celine.

Kitty asintió.

—Parece que le vendrían bien uno o dos baños… o diez. Ojos azules preciosos —añadió apresuradamente—. Grandes… eh… muy parpadeantes.

—¡Lo he conocido! —exclamó Penelope—. Recuerdo que hace unos años fui a Littlebury, la tienda de sombreros de Mayfair…

—Unos ladrones, todos —comentó Celine—. Conozco a una sombrerera mucho mejor que hace los mismos sombreros por la mitad del precio.

Penelope ignoró a su hermana y continuó:

—Lady March, la gran dama, estaba sentada a mi lado. Estábamos mirando unos sombreros con plumas de avestruz cuando un joven irrumpió por la puerta a toda velocidad. Lady March reconoció al muchacho y, más rápida que un relámpago, levantó sus enormes y anticuadas faldas y le dijo que se escondiera.

—¡No lo hizo! —jadeó Kitty.

—Sí que lo hizo. El tendero se desmayó al ver sus piernas peludas enfundadas en medias azules, pero Lord Lumley no se inmutó. Cruzó la tienda de un salto y se metió bajo su enagua. Ella apenas tuvo tiempo de acomodar la falda para ocultarlo cuando entró un grupo de cobradores de deudas. Naturalmente, todos negaron haber visto a Lord Lumley, y los hombres no podían pedir asomarse bajo las faldas de Lady March.

Cuando se marcharon, Lord Lumley asomó la cabeza, enmarcada de manera encantadora por la enagua de encaje Chantilly rosa. Y aunque su rostro estaba bastante verdoso, revoloteó el tiempo suficiente para darnos las gracias de la forma más educada. Desde

entonces, siempre lo saludo con una inclinación de cabeza y una sonrisa.

—Tiene título —dijo Celine pensativa—, pero su familia está en una situación desesperada. Recuerdo que George me comentó que están a punto de perder Knaptoft Hall, su residencia familiar.

Dorothy asintió con tristeza.

—Mi dote puede ayudarlo. Seguro que basta para aliviar algunas de las deudas. Imagina lo maravilloso que se verá cuando tenga algo de seguridad y tranquilidad…

—Y un poco más de carne en los huesos —añadió Kitty, soñadora.

Penelope y Celine intercambiaron una mirada.

Penelope se aclaró la garganta y preguntó con cuidado:

—Sabes que Lord Lumley es un hombre, Dorothy. No un perro o un gato que estés adoptando.

Celine tomó las manos frías de Dorothy y la miró a los ojos.

—¿Estás segura de que lo amas como una mujer ama a un hombre? ¿Es la pasión lo que te atrae o su pobreza? ¿Quieres besarlo o engordarlo?

Dorothy frunció el ceño.

—Lo amo —dijo con firmeza—. Ya tengo edad para saber lo que quiero. No soy una niña pidiendo un deshollinador como mascota, Penny. Quiero casarme con él.

—¿Estás segura? —insistió Celine.

—Lo estoy.

—Entonces estamos contigo, cariño —dijo Penelope—. Seguro que el duque puede ayudar de alguna manera.

Dorothy chilló y se lanzó sobre sus hermanas, haciéndolas caer hacia atrás en la chaise longue.

—Y George es un genio para las inversiones —añadió Celine, zafándose del entusiasta abrazo—. Se asegurará de que tu Lord Lumley sea rico antes de que termine el año.

—¿Cuándo piensan casarse? —preguntó Penelope.

La sonrisa de Dorothy se congeló.

—Bueno… eh… todavía no me lo ha pedido.

Penelope parpadeó.

—¿Tiene miedo?

—No importa —se encogió de hombros Celine—. Podemos atarle los pies y ponerlos sobre un fuego ardiente hasta que entre en calor. A George le gusta ese tipo de cosas; déjamelo a mí.

El ánimo de Dorothy se desinfló.

—Primero tenemos que atraparlo —retorció la cinta color lavanda atada al puño de su manga—. Solo he bailado con él dos veces y lo he visto en cuatro ocasiones. Parecía interesado… pero no ha proclamado su amor eterno.

—Oh, cielo —frunció los labios Penelope.

—La quiere —intervino Kitty—. He visto cómo la mira. Como un camello seco y correoso contemplando un lago lleno de agua.

—¿Y ahora qué? —preguntó Celine, frunciendo el ceño.

—Ahora vamos de compras —dijo Penelope, observando la expresión mustia de Dorothy—. Necesita un guardarropa completamente nuevo, y esta vez tenemos un objetivo claro. Hay mucho que planear y la temporada está a punto de terminar.

Una sonrisa lenta se extendió por el rostro de Celine.

—Tenemos a un hombre que atrapar para Dora y no hay tiempo que perder.

—Compraremos cintas, cofias y un montón de zapatos de grosella —respondió Dorothy, devolviéndole la sonrisa.

—¿Eh? —preguntó Kitty, perpleja.

—Sonaba bien —se encogió de hombros Dorothy, provocando que todas estallaran en carcajadas.

Sonrió radiante al ver a las mujeres reír, con el corazón rebosante de cariño y esperanza.

CAPÍTULO DOS

Celine dio unos golpes en la pared del carruaje y el landó se detuvo con un tirón brusco.

— Celine se ha vuelto un poco extraña desde que se casó con Lord Elmer —murmuró Dorothy a Kitty—. Tiene debilidad por los ladrones y con solo mencionar a los poetas le salen pequeños sarpullidos.

—Ojalá tuviera hermanas —susurró Kitty con envidia—. La duquesa con su querida cabra, Celine y sus amigos piratas. Nunca hay un día aburrido con las Fairweather. Nunca.

—¿Han estado en Gin Lane? —Penelope se acercó a ellas.

—¿Gin Lane? —los ojos de Kitty se abrieron de emoción—. Ninguna dama respetable va allí.

—Pues nosotras sí —dijo Celine, ajustándose el parche del ojo—. Será divertido.

Dorothy pasó el brazo por el de Penelope.

—Te quiero —dijo con cariño—. Ninguna otra duquesa pondría la felicidad de su hermana por delante de la decencia.

—Estoy dispuesta a correr este riesgo porque vamos bien disfrazadas —respondió Penelope, evitando mirarla—. Pero incluso una duquesa tiene que inclinarse ante las normas sociales, Dora. No podemos permitirnos otro escándalo. Tengo que pensar en el futuro… en el de mis hijos.

Dorothy entendió lo que Penelope intentaba decirle. Tenía que tener cuidado… Tenía que comportarse como una jovencita perfecta para diluir el recuerdo de la indiscreción de su hermana Lily.

Una joven le plantó una cesta llena de fruta delante de la cara y la sacó de sus pensamientos. Había recorrido toda la calle sin darse cuenta y ahora se encontraba al borde de una de las calles más perversas de Londres.

Gin Lane se extendía serpenteante ante ella, repleta de ladrones, charlatanes, piratas, animales, tiendas y carruajes.

La calle y su gente parecían pintadas con una paleta de marrones y grises. Se hinchaban y se replegaban ante sus ojos como el Támesis fangoso, con destellos ocasionales de color brillante cuando la multitud se movía.

Había esperado que Gin Lane fuera discreta, como una tímida violeta escondiéndose en un salón de baile. En cambio, la calle era la reina del baile y no tenía la menor intención de cubrirse con el manto de la legalidad. Rugía su presencia como si desafiara a los alguaciles a frenar su descarada corrupción.

Los vendedores gritaban, los músicos callejeros rasgueaban, los animales gruñían, los carruajes traqueteaban y, si por casualidad te perdías el ruido… desde luego no te perdías el olor.

El hedor pútrido de Gin Lane, fruto de aromas enfrentados, habría deleitado a cualquier perfumista. Era tan intenso que, de haberse podido embotellar, habría rivalizado con las ventas de sales aromáticas.

Celine saltó con destreza un charco e hizo un gesto para que las chicas la siguieran. Ellas se apresuraron tras ella, temiendo perderse en el tumulto.

—¡El lote por un penny! —gritó una niña balanceando una cesta de ostras.

Celine le dio un codazo a Penelope.

—Ha dicho penny —jeje.

Penelope puso los ojos en blanco y le devolvió el codazo.

—¡Compra conejos! —vociferó un muchacho agitando un palo largo del que colgaban cuatro conejos destripados.

—Varas y cañas para niños traviesos —siseó una anciana con labios arrugados.

Dorothy avanzó deprisa, con la vista fija en la espalda de Celine que desaparecía. Pasó junto a un vendedor ambulante, esquivó a dos ostreras más, se agachó bajo un ramo de flores silvestres y apartó a codazos a una criatura empapada en ginebra antes de detenerse frente a una floristería.

Una vieja arrugada estaba sentada entre flores medio muertas. Un joven arrancó una rosa rosa de una cesta y desapareció entre la multitud antes de que la mujer pudiera mover sus huesos antiguos.

—Dora —se quejó Kitty con nerviosismo—. Esto apesta.

La abundancia de flores aplastadas y sucias no lograba ocultar el olor horrible.

Kitty se acercó más a Dorothy.

—Y ese hombre me está mirando… Dora, ¿me escuchas? —le sacudió el brazo—. Tenemos que seguir andando. Celine se nos ha adelantado.

Dorothy no la escuchó. Sus ojos estaban clavados en un niño de cara manchada de tierra que cruzaba lentamente la calle. Miraba algo en su mano, ajeno a un carruaje que se le echaba encima. Era tan pequeño que dudó que el cochero lo hubiera visto.

Dorothy se levantó las faldas y echó a correr.

El cochero la vio lanzarse delante de él como una loca. Tiró de las riendas mientras el niño, al percibir el cambio repentino en el ruido de los vendedores, alzaba la vista y se quedaba paralizado.

El cochero dio un tirón; los caballos relincharon y se encabritaron…

Dorothy agarró al niño por la cintura y rodó con él, esquivando los cascos cuando cayeron con estrépito.

Permaneció inmóvil un momento, con los brazos rodeándolo y el corazón latiéndole tan deprisa que le dolía.

Alguien se llevó al niño, pero ella siguió allí, paralizada, con la nariz rozando el suelo y los brazos vacíos y flojos.

—¿Estás herida?

Se tensó.

La voz, tan cerca de su oído, era oscura, grave, fundida… un susurro más nítido que el alboroto que los rodeaba.

Unos dedos firmes rozaron su pierna y acomodaron su falda para cubrir cualquier centímetro de piel expuesta. Luego pasaron a su rostro y recolocaron el velo con rapidez y pericia.

Al cabo de un momento, notó que se apartaba y una presencia más brusca y ruidosa ocupó su lugar. Unas uñas afiladas se clavaron en sus hombros, intentando sentarla.

Se sintió mareada y con náuseas.

—No la toques.

Ahí estaba otra vez. Esa voz… como miel espesa y tibia. Cuando volvió a sentir manos en los hombros, supo que él había retomado el control.

—No le quites el abrigo —ordenó la voz de Penelope cerca de allí.

—Tengo que cargarla —su aliento le hizo cosquillas en la nuca—. Ha caído en un bache y su pelliza está empapada con el contenido de varios orinales y restos de carnicería. Preferiría no olerlo todo el camino hasta vuestro carruaje.

—Toma mi capa y envuélvela con ella —dijo Penelope.

El contacto en su cuello se detuvo y, tras un instante, él habló:

—Ah, así que sí quiere a sus hermanastras, su gracia.

—¡Bah! Me sacan de quicio —replicó Penelope y luego, al darse cuenta de lo que había dicho, dejó escapar un chillido—. ¡Maldita sea! ¿Cómo me ha reconocido?

—Ha perdido el bigote.

La envolvió con la capa mientras la duquesa intentaba recuperar la voz. Movió sus extremidades con facilidad, como si fuera una muñeca, y luego la cargó al hombro como un saco de carbón.

¡Sinvergüenza! ¿Era esa manera de tratar a una dama?

El estómago se le revolvió al notar su hombro duro presionándole. Se mordió el labio y mantuvo los ojos cerrados. No sería apropiado largar el contenido de su estómago sobre el abrigo de su salvador.

—Está sangrando —dijo Kitty con ese tono suave y susurrante que usaba cuando veía a un hombre atractivo.

Dorothy se intrigó y ahora ansiaba ver el rostro del canalla.

En un abrir y cerrar de ojos, él la giró como si no pesara nada y la acunó en sus brazos. La estaba mirando. Podía sentir su mirada acariciándole el rostro como un contacto físico.

Quiso abrir los ojos, pero no se atrevió, temiendo una reprimenda por haber puesto su vida en peligro. No, lo mejor era fingir un desmayo y una herida lo bastante seria para que suavizaran sus reproches cuando "despertara".

Alguien apartó un mechón de pelo y unos dedos ligeros inspeccionaron el corte de su frente.

—¿Va a estar… está bien? —preguntó Kitty, temblorosa.

Nadie le respondió.

—Sé delicado con Dora —dijo Penelope entre dientes.

Es delicado, quiso asegurar Dorothy.

—Nuestro carruaje está por aquí —dijo Celine con cortesía.

Él empezó a caminar con ella en brazos, como si fuera una niña. Su respiración era tranquila y sus brazos, anchos y cálidos, lo bastante cómodos como para que empezara a darle sueño.

—Eres un canoozer del arte —dijo Penelope de pronto.

—¿Eh?

Los brazos que la sostenían se tensaron y su cara quedó aplastada contra su pecho. Inhaló su aroma.

Dorothy gimió por dentro. En momentos de tensión, el acento de Finnshire de Penny asomaba como un ratón tímido ofreciendo un regalo.

—Conocedor —aclaró Celine.

Su abrazo se aflojó y Dorothy se apresuró a aferrarse a su camisa para que no la soltara. Nadie notó el movimiento.

Al cabo de un instante, su nariz se movió como si echara algo de menos. Quería que volviera a aplastarle la cara contra el pecho y ahogar el hedor de la calle. Él olía de maravilla, a especias exóticas y flores oscuras, con un toque embriagador de coñac.

—¿Me está amenazando, su gracia? —su tono fue frío y su sujeción se aflojó aún más.

Dorothy empezó a entrar en pánico.

Penelope respondió con calma:

—Conozco tu secreto y ahora tú conoces el nuestro. Olvida nuestra pequeña excursión de hoy y yo olvidaré tu amor por el arte.

Reanudaron la marcha y él volvió a sujetar a Dorothy con más firmeza. Ella se calmó, intensamente curiosa por aquella conversación extraña y por la identidad del hombre. Su tono era culto, reconocía a Penelope, Kitty lo había encontrado atractivo y Celine no lo había regañado ni una sola vez.

Alguien importante, entonces.

Alguien capaz de revelar que las había visto de juerga en Gin Lane y provocar un escándalo.

Se detuvieron y él la acomodó dentro del carruaje con cuidado de no golpearla. Sintió un poco de frío cuando se apartó.

—No mencionaré este asunto —aceptó finalmente, cediendo a las exigencias de Penny.

Se despidieron con rigidez y cortesía, en tonos fríos.

Por fin, Kitty y sus hermanas subieron al carruaje. Las faldas susurraron al acomodarse, y se ajustaron las cortinas de modo que no pudiera entrar ni un ápice de luz.

—¿Quién eres tú? —preguntó una vocecita joven. ¿El niño al que había salvado, quizá?

—La duquesa de Blackthorne —murmuró Penelope distraídamente, casi sin voz.

—Y mi madre es la reina —replicó el niño—. La semana pasada era una costurera francesa. No le entendía ni una palabra. Aunque no fue tan raro como aquella vez que creyó ser un gusano… Los gusanos no hablan mucho.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Celine.

—Blinker —respondió con orgullo—. Me llamo Blinker, mi lady.

Y eso fue lo último que oyó Dorothy antes de que la oscuridad se la llevara, porque esta vez sí que se había desmayado de verdad.

CAPÍTULO TRES

Dorothy abrió los ojos y se encontró con Penelope sentada frente a ella, rodeada por tres de sus hijos más pequeños. La expresión de su hermana le recordó a la Madonna Terranuova… Había visto una excelente réplica de esa pintura al óleo sobre madera en la galería del duque. La única diferencia era la presencia de Lady Bathsheba, la cabra mascota de Penelope, tumbada plácidamente a sus pies.

—Estás despierta —dijo Penelope, poniéndose de pie de un salto y tirando la silla—. Avisaré al duque. Ha estado preocupado.

Kitty asomó la cabeza poco después de que Penelope saliera. Al ver a Dorothy despierta, corrió hacia ella.

—¿Cómo estás? —preguntó.

—No huelo muy bien —respondió Dorothy, arrugando la nariz.

—Su Gracia se negó a meterte en la bañera —dijo Kitty con tono de disculpa—. Hueles como un roedor muerto… toma, te traje agua de azahar.

Dorothy se la vertió con ganas en la muñeca y el cuello. Olfateó con cautela.

—Ahora huelo como un roedor muerto en un ataúd rodeado de flores en plena floración.

—No me importa a qué hueles —gruñó Kitty. Se levantó y empezó a pasearse por la habitación—. Has estado dormida cuatro horas. Un minuto más y me habría vuelto loca.

A Dorothy le conmovió la preocupación de su amiga. El corazón se le enterneció y los ojos se le humedecieron.

—Oh, Dorothy —gimió Kitty—. Me alegra tanto que tuvieras ese accidente…

Dorothy jadeó.

Kitty se apresuró a explicarse:

—No, no quiero decir que me alegre de que estés herida, sino que me alegra que él te salvara. Sabía que estaba destinado a ocurrir, esto es una señal. Apareció justo cuando lo necesitaba para salvar a

mi amiga del alma del peligro. Estoy segura de que no podía verme angustiada…

—¿Eh? —jadeó Dorothy, confundida. Tenía la garganta seca y áspera.

—Él… Él te salvó… Mi Endimión.

Kitty solo amaba a un hombre, lord William Huxley, y llamarlo Endimión… Dorothy se frotó las sienes. No tenía el aspecto de un héroe legendario capaz de hechizar a una diosa; más bien encajaría en el papel de villano, con ese rostro frío y distante y el cabello oscuro que parecía robarle todo el color a la piel. Sus labios finos nunca se curvaban en una sonrisa, y su figura, inquietantemente alta y musculosa, jamás se veía danzando en un baile.

Le resultaba más fácil imaginarlo con una hoja ensangrentada en la mano que con la bella Diana reclinada seductoramente sobre su regazo.

—¿Huxley… lord Huxley me salvó? —preguntó Dorothy para confirmar lo que le parecía absurdo.

—Sí, y Su Gracia permitió que ayudara —respondió Kitty.

—Al duque no le habrá hecho ninguna gracia —dijo Dorothy, intentando incorporarse.

—No le hizo ninguna —dijo Penelope al entrar de nuevo en la habitación. Acomodó los cojines tras la espalda de Dorothy y le dio a beber un tónico de olor repugnante.

—Su Gracia, ¿por qué no te cae bien? —preguntó Kitty—. ¿Acaso su propiedad no linda con la de ustedes?

—No es que no me caiga bien —dijo Penelope despacio, como sopesando las palabras—. La enemistad entre Blackthorne y los Huxley se remonta a mucho antes de que naciera el actual duque.

—¿Qué pasó? —insistió Dorothy.

—Pregúntale al duque —respondió Penelope. Estaba claro que no pensaba hablar de asuntos familiares delante de Kitty.

—Si me caso con él —preguntó Kitty, medio en broma—, ¿seré bienvenida aquí? ¿Dorothy podrá seguir siendo mi amiga?

—Bebe —le dijo Penelope a Dorothy, evitando la mirada de Kitty.

Kitty frunció el ceño, confundida, mientras Dorothy apretaba la mano de su amiga y le dedicaba una mirada que prometía averiguar

el origen del problema más pronto que tarde. Seguro que la enemistad no era tan grave. Sabía que ambas familias nunca se reconocían en público, pero eso no significaba que las siguientes diez generaciones siguieran guardándose un odio mutuo.

—La piña en conserva te devolverá la vida —dijo el duque al entrar con paso decidido, sosteniendo una bolsa de papel.

—Dorothy ya no es una niña —le recordó Penelope—. Los dulces no la van a calmar.

—Sí que lo harán —dijo Dorothy, agitándole los dedos hacia la bolsa.

—Es tarde. Padre estará preocupado. Tengo que irme —dijo Kitty, levantándose. Se inclinó y, con el pretexto de besar a Dorothy para despedirse, le susurró al oído—. No lo olvides esta noche… ponte el satén verde. Te queda muy bien con el pelo.

Cuando Kitty se fue, Dorothy metió la mano en la bolsa de dulces. En cuanto se llevó un trocito de piña a la boca, el duque empezó a reprenderla.

—Penelope no debería haberte llevado a Gin Lane, pero tú, señorita Dorothy May Fairweather, deberías haber tenido un poco de sentido común y no haberte lanzado hacia el carruaje —dijo con severidad.

—¡El niño! —interrumpió Dorothy, con los ojos muy abiertos—. ¿Dónde está? ¿Resultó herido? ¿Cómo pude olvidarme de él?

—Blinker está a salvo —dijo Penelope.

—¿Pero no por mucho tiempo? —adivinó Dorothy por el tono de su hermana.

Penelope asintió.

—Cuando llegamos, su madre estaba sentada encima de un armario inestable fingiendo ser una mosca de la fruta. Él se negó a marcharse y, como ella parecía estar a salvo por el momento, le permitimos quedarse. Me ocuparé de él, Dora.

—Quiero verlo —dijo Dorothy.

—Vendrá a visitarte en unos días. Estaba muy empeñado en dar las gracias a su salvadora.

Dorothy sabía que su hermana no dejaría al niño desprotegido. Incluso ahora, estaba segura de que ya habría pagado a algún

vecino amable para que lo vigilara y se asegurara de que estuviera a salvo y bien alimentado.

El duque volvió a hablar:

—Ahora que ya estás tranquila respecto al bienestar del niño, déjame decirte que un comportamiento así no es propio de una dama...

—Espera —interrumpió Dorothy otra vez—. ¿Puedes hablarme de lord Huxley? ¿Por qué lo odias tanto? ¿Y Kitty no volverá a verme nunca cuando se case con él?

—¿Por qué finges que vas a regañarla? —preguntó Penelope con ironía—. Nunca puedes hacerlo.

—Sí que puedo —insistió el duque—. Esta vez se lo merece. Pero antes creo que debo contarle lo de Huxley. Si la señorita Norwood se ha encaprichado de él, es justo que Dorothy conozca la verdad.

Dorothy se inclinó hacia delante y aguzó el oído.

—La enemistad entre lord Huxley y nuestra familia es compleja —dijo el duque, sentándose en la silla junto a la cama—. Comenzó cuando el padre de Huxley, lord Edward Ferrington Huxley III, empezó a cortejar a mi madre. Una semana antes de su inminente boda, huyó con Mary Boone, que tenía diecisiete años, dejando a mi madre y a su familia destrozadas.

—Pero tu madre hizo un matrimonio mejor al final. Se casó con el duque de Blackthorne —señaló Dorothy.

—La duquesa viuda estaba desconsolada entonces —dijo el duque —. Se casó con mi padre no por amor, sino por necesidad. Plantada tan cerca de la boda… no tenía elección cuando él le propuso matrimonio, o habría acabado arrinconada, acumulando polvo, polillas y moscas. Mi padre era diez años mayor que ella y un tanto excéntrico. Adoraba las babosas. Esperaba desesperadamente las lluvias para poder verlas salir arrastrándose del barro de los terrenos de Blackthorne...

Penelope se aclaró la garganta.

El duque salió de su ensimismamiento.

—¿Por dónde iba? Ah, sí, las babosas. Las babosas no son románticas. A eso súmale que Huxley era su vecino… Todo eso hizo que a mi madre le costara aceptar su nueva situación. A menudo

miraba con melancolía la finca de Ansley desde la ventana del ala oeste. Pero el tiempo hizo su magia sanadora y, poco a poco, mi madre aprendió a encontrar entrañables a mi padre y a sus babosas, y se enamoró.

—Qué romántico —suspiró Dorothy, y luego frunció el ceño—. Si todos fueron felices para siempre, ¿por qué continúa este resentimiento con la familia Huxley?

El duque miró sus uñas.

—Mi padre amaba las babosas, pero también había amado en secreto a mi madre desde el día en que la oyó amenazar al conde de Fox con su puntiagudo parasol y su alfiler de sombrero. Nunca le propuso matrimonio porque se creía demasiado mayor para ella, y su relación con Huxley era bien conocida, pero cuando vio que Huxley la abandonaba cruelmente, intervino y la salvó.

—¿Y qué pasó con Huxley? —preguntó Dorothy—. ¿Él y su esposa vivieron felices?

—Huxley adoraba a su esposa —respondió el duque con tono sombrío—. Algunos dicen que un poco demasiado. Era una criatura delicada.

—Enferma y delicada —añadió Penelope, moviendo las cejas con intención—. Lo que significaba que Huxley empezó a buscar entretenimiento en otra parte.

—¿Empezó a tener aventuras? —preguntó Dorothy, haciendo que el duque se sonrojara.

—Así fue —murmuró—. Y luego el condenado intentó reavivar su romance con mi madre. Mi madre lo despreció públicamente.

—¿Por qué tu padre no lo retó a duelo? —preguntó Dorothy.

—Mi madre se lo suplicó. Sabía que Huxley era mejor tirador —respondió el duque—. Pero el hecho de que Huxley intentara retozar con mi madre no se perdonó ni se olvidó. Convirtió el rencor entre Huxley y mi familia en odio absoluto.

—Luego vino la disputa por las tierras —dijo Penelope—. Un miserable trozo de terreno inútil entre las fincas de Ansley y Blackthorne. Ninguna de las dos familias quiso ceder ni llegar a un acuerdo.

El duque se inclinó hacia delante.

—Se convirtió en una cuestión de orgullo, y esa disputa sigue viva hoy, incluso después de que ambos padres hayan muerto.

—¿Esa es la única razón por la que lo odias? —preguntó Dorothy —. ¿Por un conflicto de tierras?

El duque entrecerró los ojos.

—¿Cómo voy a reconocer al hijo de un hombre que humilló a mi madre? ¿Que huyó como un cobarde en lugar de admitir que había cambiado de opinión? Además del conflicto familiar, Huxley era conocido por su crueldad. Un hombre obsesionado con el dinero, dispuesto a cualquier cosa para conseguir lo que quería. El oro y las joyas sobre las que se sienta el Huxley actual se obtuvieron por medios depravados.

—¿Su hijo es igual? —preguntó Penelope.

El duque asintió.

—He oído que es igual de despiadado. No tiene ni un solo hueso amable en su cuerpo. No es sociable y tiende a aislarse. Actúa como un hombre que tiene algo que ocultar. Si hubiera querido, podría haber resuelto el asunto conmigo de forma amistosa cuando murieron nuestros padres. En lugar de eso, ha elegido mantener la enemistad.

—Pero quizá esté esperando que tú intentes entablar amistad con él —aventuró Dorothy. No podía entender por qué un hombre así acudiría en su ayuda. Algo no le cuadraba.

—Su padre humilló a mi madre. Ese trozo de tierra pertenece claramente a mi familia. Él debería ser quien me pidiera perdón — rugió el duque.

Penelope le dio unas palmaditas tranquilizadoras en la mano. Luego se volvió hacia Dorothy.

—No te pido que lo ignores en público, pero mantén una distancia educada.

—¿Y si las circunstancias me obligan a hablar con él? —preguntó Dorothy.

—¿Qué circunstancias? —preguntó Penelope.

—Situaciones como la de hoy. —El duque entrecerró los ojos—. Situaciones que la obligan a correr delante de carruajes lanzados a

toda velocidad. Situaciones que obligan incluso a un hombre como Huxley a hacerse pasar por héroe y acudir en su ayuda.

—¿Y el niño? —replicó Dorothy.

—Alguien más lo habría salvado —espetó él.

—¿Y si nadie lo hubiera hecho? Eso me habría pesado en la conciencia para siempre. Además, tú habrías hecho lo mismo.

—Sí, pero no poniendo tu vida en peligro...

—No la regañes —irrumpió Celine, cortando al duque—. No está en condiciones de escuchar tus quejas, Su Gracia. Acaba de tener un accidente. —Luego se volvió hacia Dorothy y su tono se suavizó—. Toma, te traje piña en conserva.

Dorothy ya se había comido toda la bolsa que había traído el duque. Miró la nueva bolsa que le tendían, sintiéndose un poco mareada.

—Come —amenazó Celine.

Dorothy se metió rápidamente en la boca el trocito más pequeño.

—¿Alguien ha llamado al médico? —preguntó lord Elmer, el elegante marido de Celine, desde la puerta.

—Sí. El doctor Johnson viene de camino —dijo el duque.

Lord Elmer frunció el ceño.

—¿Ese viejo? Le sacará la sangre a base de sanguijuelas. Necesitas a alguien como el doctor Chadwick, alguien sensato que sepa lo que hace.

—El doctor Johnson tiene experiencia. No voy a permitir que ningún cachorro imberbe se acerque a Dorothy —replicó el duque con firmeza.

Dorothy se llevó otro trozo de piña a la boca y masticó. Sus grandes ojos castaños, de un dorado intenso, iban de lord Elmer al duque, observándolos discutir. Se preguntó si debía mencionar que ya no se sentía ni un poco enferma.

Penelope plantó las manos en las caderas.

—Si ustedes dos no dejan de discutir y no permiten que mi hermana descanse, no dejaré que ningún médico se acerque a Dorothy; sacaré mi botiquín y empezaré a medicarla yo misma.

—Hablaremos de esto afuera —dijo el duque con tono digno.

—Estoy de acuerdo, no hace falta inquietar a las damas —murmuró lord Elmer con premura.

En cuanto se fueron, Dorothy atrapó la mano de Celine. Abrió mucho los ojos, batió las pestañas y dijo:

—Esta noche es el baile de lady Derby. El baile más grande de la temporada. ¿Puedo ir?

—No —respondió Celine.

—Te prometo que me siento lo bastante bien. Además, ustedes dos estarán allí para vigilarme. Pueden sacarme de inmediato si cambio de color en el cómodo carruaje del duque.

—En absoluto —dijo Penelope, acomodando unos almohadones detrás de la cabeza de Dorothy.

Dorothy bajó la cabeza y susurró con voz temblorosa:

—Tú eres una duquesa. Yo no soy más que una campesina. Habría pasado mi vida en Finnshire, me habría casado con un maestro de escuela y vivido una vida gris si no hubiera sido por la generosidad tuya y de Celine.

Se secó unas lágrimas invisibles y sorbió ruidosamente.

—Ustedes me han patrocinado tres temporadas, pero no he hecho ningún buen enlace. Les estoy en deuda, y si dicen que debo perderme el baile más importante de la temporada, con caballeros elegibles pavoneándose por todas partes, o todos los bailes de ahora en adelante…

Penelope y Celine se derritieron como hielo en un salón de baile abarrotado y, en menos de una hora, se habían convertido en dos charcos tibios y complacientes.

No pasó mucho tiempo antes de que una doncella entrelazara cuentas de esmeralda en el cabello de Dorothy mientras otra esponjaba sus faldas para prepararla para el mayor baile de la temporada.

Lord Lumley seguramente estaría allí, pensó Dorothy, observándose en el espejo. Se preguntó si le gustaría verla de satén verde o si pensaría que parecía un sapo bien alimentado.

CAPÍTULO CUATRO

Dorothy estaba sentada con solteronas, chaperonas y damas ancianas en un rincón del salón de baile. Su pie marcaba discretamente el ritmo de la música mientras sus dedos danzaban sobre el brazo de la incómoda silla de madera. Ya debería haberse acostumbrado, y sin embargo, cada vez que tenía que quedarse sin bailar, le dolía.

Suspiró y dirigió la atención hacia la puerta, con la esperanza de encontrar algún entretenimiento que la distrajera del vacío que le oprimía el corazón.

La gente era fascinante cuando entraba en una sala concurrida o se acercaba a un gran picnic. Algunos cruzaban el umbral con torpeza y rigidez. Otros avanzaban con paso firme y voz atronadora para ocultar su vulnerabilidad, mientras que algunos se deslizaban sigilosamente, esperando que nadie los hubiera visto aún.

Dorothy observó la entrada de lady March con su hija y la hermana menor de lord Huxley, Sophia Huxley. Lady March pertenecía al grupo de los estruendosos. Se aferraba con obstinación a la idea de que la moda había sido mejor en su época y, con la esperanza de revivirla, insistía siempre en lucir altísimas pelucas color lavanda, faldas de brocado y colores tan chillones que obligaban a entrecerrar los ojos al mirarla.

Aquella noche, el peinado anticuado de lady March era tan alto que un criado caminaba detrás de ella sosteniendo la delicada estructura con una larga vara. Dorothy distinguió un elefante de marfil encajado entre los rizos empolvados, además de un tigre, un loro y toda una familia de ovejas.

La señorita Huxley seguía al criado sudoroso, luciendo un sistema solar en miniatura dispuesto alrededor de un turbante de seda azul. Su peinado era, con buen criterio, menos elaborado que el de lady March. Algunos rizos oscuros se habían escapado artísticamente del turbante para enmarcar su rostro pequeño. Todo en la señorita

Huxley era diminuto, en marcado contraste con su hermano: los dientes, las caderas, las manos y los pies. Incluso las orejas eran ridículamente pequeñas, lo que la hacía parecer una de las liliputienses de Swift.

La señorita Huxley y la señorita March eran consideradas jóvenes muy logradas. Eran el tipo de muchachas en las que Penelope y Celine habían esperado que se convirtiera Dorothy.

El padre de Dorothy no tenía título y pertenecía a una nobleza terrateniente empobrecida. El duque y lord Elmer habían acudido en su ayuda aumentando su dote hasta una suma respetable. Penelope y Celine la habían armado además con buenos vestidos, refinamiento social, educación y excelentes contactos, con la esperanza de que, cuando Dorothy hiciera su presentación en la sala de recepciones reales, fuera aceptada por la alta sociedad.

Y tal como sus hermanas habían deseado, Dorothy fue aceptada sin apenas un murmullo.

Suspiró al ver cómo el peinado de lady March se inclinaba peligrosamente cerca de la hermosa araña, refulgente de llamas de vela.

Había sido aceptada por la alta sociedad, pero los esfuerzos de sus hermanas solo podían llegar hasta cierto punto. Ni siquiera ellas lograban convencer a un hombre elegible de que se fijara en ella.

En tres temporadas, solo había recibido dos propuestas de matrimonio, que el duque rechazó porque uno de los pretendientes había superado los ochenta años y el otro los cincuenta.

Tal vez fuera el escándalo de Lily lo que la ensombrecía, o quizá el hecho de que, mientras Penelope y Celine eran bellezas celebradas, Dorothy no lo era. Oh, resultaba aceptable, incluso bonita a veces, pero cuando pasaba los días junto a Kitty y sus hermanas, su pequeña luz quedaba eclipsada por otras más brillantes.

—Dora, ¿lo has visto? —Kitty se dejó caer en el asiento junto a ella y se abanicó con rapidez las mejillas, enrojecidas por el baile.

—¿A Huxley? Todavía no —respondió Dorothy—. ¿Tú lo has visto?

—No —se hundió Kitty—. Ni a lord Lumley ni a Huxley.

—Estoy aburrida —se quejó Dorothy mientras observaba con envidia a varias mujeres mayores abandonar el baile—. El encaje de

Malinas de mi cuello intenta estrangularme; siento que el pecho va a escaparse del corsé en cualquier momento, y el calor me hace sudar y picarme en lugares extraños.

—Estás preciosa —dijo Kitty—. Como una hermosa rosa blanca a punto de abrir sus pétalos.

—Mi vestido es verde, no blanco —replicó Dorothy—. ¿Y cuál de tus admiradores decía líneas floridas tan poco imaginativas?

—El señor Selwyn —respondió Kitty con aire compungido.

—¿Aaron Selwyn? Es agradable —concedió Dorothy—. Pero ¿no te cansas de que te comparen con corderitos inocentes, diosas y ángeles? Si yo fuera tan admirada, querría que el caballero que pretendiera cortejarme me llamara flor mohosa. Al menos destacaría entre tanto parloteo repetitivo.

—No seas tan poco romántica —la reprendió Kitty—. Piensa en el amor… en estar enamorada. En lo maravilloso que es el sentimiento. La anticipación de ver a nuestro ser amado, nuestros ojos volviendo una y otra vez hacia la puerta, el corazón latiendo de emoción…

—Como dos cisnes sincronizados en un lago reluciente. Si él va hacia un lado —Dorothy se balanceó a la derecha—, el otro cisne lo sigue. Si va hacia el otro —se balanceó a la izquierda—, ella vuelve a seguirlo. Izquierda, derecha, izquierda, derecha, derecha, izquierda, derecha, izquierda. —Suspiró, con la mirada perdida.

—Estás loca, Dora —se rió Kitty.

—Locamente romántica, querida —respondió Dorothy, batiendo las pestañas.

—¡Oh! —Kitty dio un respingo—. No mires, no mires hacia la puerta. Acaba de entrar.

—¿Dónde? —Dorothy estiró el cuello y recorrió la sala con la mirada.

—¡Deja de mirar! —susurró Kitty—. Nos está mirando fijamente.

—Entonces sonríe —se rió Dorothy, agitando el aire para demostrar lo bien que se lo estaba pasando—. A los hombres les gustan las mujeres que ríen. Les hace creer que se llevan a casa una criatura de semblante agradable, corta de entendederas y encantadoramente dócil. Celine me lo dijo. Debemos mantener las apariencias hasta estar bien y verdaderamente casadas.

Kitty mostró los dientes obedientemente mientras Dorothy lanzaba otra mirada furtiva hacia la puerta.

Lord Huxley estaba cerca de la entrada, elevándose por encima de lady Grimly y lord Remington, que no eran precisamente bajos. El salón estaba iluminado por un centenar de pequeñas lámparas y cinco arañas, y aun así el espacio que él ocupaba parecía oscuro… en sombras.

A Dorothy le pareció un gigante espectral que emergía del suelo alfombrado. Un gigante apuesto y maquiavélico, concedió, al fijarse en la hermosa forma de sus ojos, la boca dura y los ángulos afilados del rostro. Sus manos eran tan grandes que toda su cintura cabría en una sola palma.

Y había cabido.

Se le enrojecieron las orejas y parpadeó con rapidez.

Lord Huxley giró de pronto la cabeza, como si hubiera sentido su mirada, y clavó en ella sus oscuros ojos. Lady Grimly se encogió ante el movimiento repentino, mientras lord Remington daba un paso atrás.

Dorothy apartó la vista, preguntándose por qué la gente actuaba como si caminara sobre brasas a su alrededor, como si temieran que fuera a devorarlos como un ogro.

Frunció el ceño. ¿Por qué le tenía tanto miedo la gente?

Incluso Kitty lo admiraba y proclamaba estar enamorada de él, pero cada vez que se le acercaba, parecía tartamudear y temblar de miedo.

Sus pensamientos volvieron a desviarse al seguir ese hilo. La ira, la tristeza y la felicidad eran emociones como el amor, y parecían afectar a todos por igual, haciéndolos comportarse de manera casi similar, pero el amor golpeaba a cada persona de forma distinta. ¿Por qué?

—Parece aún más apuesto con el dolor de su pasado torturado acechándole en los ojos —interrumpió Kitty sus cavilaciones.

—Tiene ese tipo de rostro —asintió Dorothy tras un instante de contemplación furtiva—, el que dan ganas de sostener con ternura entre las manos, acercar al pecho y susurrar palabras tranquilizadoras.

—Dan ganas de hacerle cosquillas en las costillas, darle albóndigas y cebarlo —suspiró Kitty.

—Dan ganas de besarle la frente y calmar su alma retorcida —suspiró Dorothy—. Presenta una figura profundamente patética.

—Su expresión es sombría y desdichada —asintió Kitty con sentimiento—. Su corbata Napoleón, maravillosamente arrugada; sus cejas hirsutas yendo cada una por su lado, y sus zapaaaaaatoss —arrulló—, cubiertos de barro.

Dorothy frunció el ceño.

—La corbata de lord Huxley está anudada en un impecable estilo Trône d'Amour.

—¿Lord Huxley? —chilló Kitty, sorprendida—. ¿Cómo puedes pensar que está triste o sufre? Se rumorea que es más rico que el Regente. Su madrastra lo adora… Siempre ha llevado una vida privilegiada. Yo hablaba del pobre, pobrísimo lord Lumley.

Dorothy siguió la dirección de la mirada de Kitty y distinguió al pobre, pobrísimo lord Lumley luchando por abrirse paso entre la multitud para llegar hasta ellas. Parecía una hoja de papel hecha una bola, arrugada y luego desdoblada de nuevo.

Por fin llegó hasta ellas, sudando profusamente y con aspecto exhausto, pero delirantemente feliz.

Dorothy se alisó las faldas y estaba a punto de levantarse para acompañarlo a la pista cuando él se volvió hacia Kitty y le pidió bailar.

Kitty bajó la vista hacia su tarjeta de baile, visible para lord Lumley. Él pudo ver que estaba libre.

—Yo… —Kitty miró a Dorothy con incomodidad.

—Quizá puedas conocerlo mejor —susurró Dorothy para tranquilizar a su amiga—. ¿Por mí?

Dorothy siguió sonriendo hasta que Kitty desapareció de su vista. No era culpa de Kitty que lord Lumley le hubiera pedido bailar a ella y no a Dorothy.

Se apartó un rizo rebelde detrás de la oreja y se puso de pie. Su doncella le había dicho que dejara que el rizo rozara su mejilla toda la noche; quedaba bonito, había dicho. Pero como nadie parecía mirarla, no creía que importara dónde reposara el maldito rizo. Se

dirigió hacia la mesa de refrescos, con la esperanza de que una copa de limonada tibia calmara la envidia que amenazaba con estallar en su interior.

Por primera vez en su vida, estaba celosa de Kitty Norwood, la única heredera de las vastas fortunas de su padre titulado. Era hermosa, a la moda y talentosa. ¿Por qué no iba lord Lumley a quererla? ¿Por qué iba siquiera a mirar a Dorothy cuando Kitty estaba en la sala?

—Tengo un pequeño terrier que gruñe exactamente así —dijo una voz a su espalda.

Dorothy se dio la vuelta con un chillido, salpicando limonada por todas partes.

—¡Lord Huxley! —tuvo que echar la cabeza muy atrás para mirarlo—. Lo siento mucho —sacó un pañuelo—. He derramado limonada sobre sus zapatos. Permítame…

Él le sujetó el brazo antes de que pudiera inclinarse hacia sus pies. Su oscura mirada recorrió su rostro, deteniéndose en la frente.

Su peinado, cuidadosamente dispuesto, ocultaba el corte.

Ella le devolvió la mirada, embelesada. ¿Cuándo se había vuelto tan deslumbrantemente apuesto? Sus ojos oscuros parecían arrastrarla hacia él, haciendo que el ruido, el calor y la gente se desvanecieran hasta no ser nada. Todo lo que sentía era su mano en el brazo; todo lo que percibía era el calor que irradiaba su cuerpo, y en cuanto a sus oídos, era como si estuvieran rellenos de grandes copos de algodón.

Una pluma de pavo real prendida en el sombrero de una joven rozó la mejilla de Dorothy y la arrancó de golpe de su ensimismamiento.

Avergonzada, apartó la mirada de él y se encontró con una cabeza rubia observándola fijamente.

Sobresaltada, dio un chillido y saltó en el aire; esta vez salpicó de limonada toda la camisa de Huxley.

—Oh, señor Selwyn —jadeó, llevándose una mano al pecho—. No me di cuenta de que se había acercado.

El señor Selwyn arqueó una ceja. Era uno de los hombres más apuestos de Inglaterra, con bucles rubios y ojos azules… parecía un

querubín adulto. Era raro que una criatura femenina no se percatara de su presencia.

Huxley se rió. Fue un sonido agradablemente cálido y profundo.

Dorothy lo observó, fascinada. No creía que un hombre como él riera jamás. Parecía del tipo taciturno. Del tipo que uno preferiría creer que había brotado de la tierra ya adulto, antes que imaginarlo alguna vez como un niño vulnerable.

Se mordisqueó el labio inferior, humedecido por la limonada dulce. Supuso que era un pensamiento absurdo, pero algunas personas tendían a parecer más adultas que otras. Como la señorita Cross, de sesenta años, allá en Finnshire, que todavía se comportaba como una niña caprichosa...

—¿Señorita Fairweather? —el señor Selwyn la miró con preocupación.

Ay, cielo santo. Se había perdido su pregunta y, por su expresión, era evidente que no era la primera vez. Se le encendió la piel, preguntándose cómo pedirle que repitiera sin parecer una idiota.

—Me ha prometido el vals —intervino lord Huxley con suavidad. Le arrebató el vaso de limonada de los dedos y se lo tendió al sorprendido señor Selwyn.

Ella abrió la boca para protestar cuando Huxley apoyó los dedos enguantados en su brazo.

—Vamos, el baile está a punto de comenzar —dijo, silenciándola.

No tuvo más remedio que dejarse guiar por él. Discutir habría sido infantil.

—Debería haberse quedado en casa —dijo él, tendiéndole la mano.

Ella miró su palma y luego su rostro, confusa.

Él puso los ojos en blanco con toda claridad, pensando que era una tonta dramática, con tanto chillido, salto y baño de limonada incluidos. Le atrapó la mano con un sonido impaciente y la colocó sobre su hombro. Luego le puso la mano en la espalda y la atrajo hacia sí.

Había acertado en su estimación. Su mano cubría por completo el ancho de su cintura.

El estómago se le contrajo ante aquel contacto cálido y un sonido suave escapó de sus labios.

Él la miró con agudeza; un leve ceño se dibujó en su frente.

—¿Le he hecho daño? —preguntó.

—N...no… solo me sorprendí. No sabía que íbamos a bailar el vals… nunca me lo pidió —dijo, alterada.

Sus ojos centellearon, haciéndole pensar que estaba desmenuzando su respuesta.

Él nunca bailaba.

Nunca.

La gente empezaba a mirar, y para alguien acostumbrada a pasar desapercibida, tantas miradas la ponían nerviosa.

¿Se habría dado cuenta el duque de que estaba bailando con él? Y si lo había hecho, ¿dejaría de comprarle piñas para siempre?

—Muévase, señorita Fairweather, el baile ha comenzado —murmuró.

Sus miembros, que por lo general se derretían al sonar la música, se sentían rígidos y extraños. Su mano enguantada, atrapada en la de él, empezó a sudar.

Obligó a sus piernas a obedecer. Uno, dos, tres… uno, dos, tres, contó, con el corazón dando tumbos.

Sus movimientos eran sorprendentemente fluidos. No había esperado que un hombre tan gigantesco se moviera con tanta gracia. Cuando erró un paso, él la sostuvo; sus dedos se hundieron brevemente en su espalda.

Quizá si conversaban se sentiría mejor. Sería bueno saber algo más de él, por el bien de Kitty.

—He oído… —su voz salió chirriante. Se aclaró la garganta y lo intentó de nuevo—. He oído que adquirió el Aëdon. Es el tema de conversación en toda la ciudad, mi lord.

Él asintió, pero no habló.

Dorothy lo intentó otra vez.

—¿Fue muy caro? He oído que el Regente está celoso. ¿Es cierto que Raziel, quien lo pintó, fue el primer artista al que usted patrocinó?

De nuevo, solo obtuvo un breve asentimiento como respuesta.

Advirtió que ahora la sostenía más lejos de lo necesario, como si ella oliera mal.

—Siento que tenga que soportar mi compañía —se le torció la boca—. No tenía por qué bailar conmigo.

—No debería haber venido —repitió él.

—¿Por qué?

—¿Ha olvidado su pequeña aventura de esta mañana? —Sus ojos intentaron otra vez ver más allá del cabello que cubría el corte de su frente.

—No soy tan delicada.

—Discrepo.

—Tal vez a un hombre como usted pueda parecerle delicada. Pero le aseguro que soy una muchacha sana del campo. Me crie en Finnshire, no en Londres.

—¿No es delicada…? Entonces, ¿a qué viene el terror? No voy a devorarla en público.

—No estoy asustada. Y esta tampoco es mi primera temporada como para que actúe como una inocente remilgada.

—Sus dedos se clavan en mi hombro como si quisiera separar la carne del hueso —sus labios se curvaron en una media sonrisa—. Y ha bailado el vals antes sin perder un solo paso. Ya ha tropezado dos veces. Si no es miedo, ¿qué es lo que la perturba?

—¿Me ha observado bailar? —las palabras se le escaparon, sorprendida.

Él eligió ese momento para girarla y reclinarla.

Cuando volvió a estar erguida, respiró hondo, obligó a su cuerpo a relajarse y aflojó el agarre en su hombro.

—¿Me pidió bailar porque estaba preocupado por mi bienestar? ¿Por el accidente de esta mañana?

Un músculo saltó en su mandíbula y apretó los labios con obstinación.

Estaba preocupado, comprendió ella con estupor. No había otra explicación para su comportamiento extraño. Además, notó que la sostenía como si fuera de cristal, con extremo cuidado, como si temiera partirla en dos.

No era repulsión, como había supuesto al principio, sino preocupación lo que hacía que la tratara con tanta delicadeza. Quizá no fuera tan terrible como la sociedad creía.

Le sonrió.

La máscara se deslizó, y ella captó un atisbo de emoción.

—¿Está usted sufriendo? —preguntó.

—¿Sufriendo? ¿Me ha pisado los pies? No he sentido nada.

—No ese tipo de dolor —dijo ella.

Bailaron unos pasos más en silencio antes de que volviera a hablar.

—¿Sabía que cuando era niña le pedí al duque una mascota?

—No sé cómo me perdí un acontecimiento tan trascendental —respondió él con sequedad.

—Escúcheme —lo animó—. Le pedí una mascota al duque y aceptó. La mascota resultó ser un deshollinador de seis años. Vi en sus ojos el mismo dolor que se esconde en los suyos.

Lord Huxley se quedó inmóvil; sus pupilas se volvieron planas y oscuras.

—A menudo parece herido —continuó ella con valentía—. Como si sufriera por la falta de algo. Igual que los pobres carecen de comida, ginebra, refugio… usted necesita… ¡Oh! No sé qué puede necesitar alguien como usted, pero anhela algo importante. Sé que suena absurdo… Lo tiene todo y, sin embargo… veo el mismo vacío...

Él retiró la mano de su cintura.

—El baile no ha terminado —dijo Dorothy, confundida.

—Para mí, sí —respondió él, con el rostro contraído de forma espantosa.

Ella contempló horrorizada su espalda al alejarse. Se estaba marchando… dejándola sola en medio del salón, abandonándola a mitad del baile, y con todas aquellas miradas clavadas en ella.

Todo su cuerpo se le encendió y se tambaleó mientras la visión se le oscurecía poco a poco. Estaba arruinada, y sus perspectivas también.

Ahora nadie se casaría con ella.

Todos pensarían que apestaba, como si no se hubiera lavado desde el día en que nació.

¡Maldito su arrugado gesto de asco!

—Por favor, mi lord —lo llamó débilmente, rogando que cambiara de opinión, que se girara, la hiciera dar una vuelta y dijera que solo estaba bromeando.

Pero no volvió la vista atrás.

Ni una sola vez.

CAPÍTULO CINCO

De no haber sido porque el peinado de Lady March se prendió fuego al rozar una lámpara baja, las acciones de Huxley habrían arruinado para siempre sus posibilidades de casarse. Mientras ella estaba ocupada sintiéndose humillada, la sociedad observaba a Lady March correr por el salón de baile con su peluca color lavanda en llamas.

Dorothy se apoyó contra las paredes del carruaje, aliviada de marcharse por fin. Casi se había desmayado cuando él la abandonó, pero su poderosa fuerza de voluntad la obligó a recuperar el sentido.

Desmayarse ya no estaba de moda, y tenía que superar ese horrible hábito.

—¿Viste a Lady March? —preguntó Kitty, masajeándose los pies cansados.

—Vi a la gente lanzarle vino, agua y restos de comida a la peluca para apagar el fuego —respondió Dorothy—. Algunos apuntaron mal y, como es natural, los que resultaron alcanzados se ofendieron. Pronto, la gente dejó de concentrarse en la peluca y empezó a atacarse entre sí. Los sirvientes se unieron trayendo todo lo que encontraban en las cocinas. Fue el cerdo asado volando por los aires lo que me asustó lo suficiente como para huir.

Kitty soltó una carcajada.

—Nadie va a olvidar este día. Te alegrará saber que Lady March saltó a la fuente y logró apagar el fuego. Toda la sociedad vitoreó al verla, y los músicos prometieron componer una oda a su altísimo peinado lavanda.

Dorothy asintió con gravedad.

—¿Dorothy? —Kitty le puso una mano en el hombro—. ¿Pasa algo?

—¡Oh, ese hombre horrible, horrible! —gimió Dorothy.

—¿Qué ocurrió?

—Huxley me pidió bailar y luego me abandonó antes de que terminara la canción.

—Cielos, ¿estás segura?

—No. Simplemente me encanta inventar historias absurdas.

—¡Dora!

—Me dejó en mitad del baile, Kitty. Me conoces lo bastante bien como para saber si estoy bromeando o no. Nunca me he sentido tan insignificante en mi vida. Como un bicho inútil y despreciable. ¿Cómo pudo ser tan cruel?

Kitty se apartó de Dorothy.

—Seguro que dijiste algo que lo llevó a comportarse así.

La boca de Dorothy se abrió de par en par.

—No lo hice… lo único que dije fue que creía que estaba herido, con dolor, y que necesitaba algo. Y entonces se fue.

—No entiendo cómo tu charla sin sentido pudo haberlo herido —dijo Kitty—. ¿Quizá fue otra cosa? ¿Insinuaste algo indiscreto?

Dorothy apretó su bolso hasta que los nudillos se le pusieron blancos. Comprendió entonces que su amiga estaba dividida. Defendía al hombre al que amaba, que en solo unos meses se había vuelto más importante para ella que su mejor amiga de toda la vida.

Al no responder Dorothy, Kitty le tomó la mano y dijo con una alegría forzada:

—No puede ser tan grave como crees. Tal vez Lord Huxley recordó algo urgente.

—Aun así —dijo Dorothy, alzando el mentón—, no debería haber sido tan cruel.

Kitty sonrió con rigidez.

—No quiero pelear, Dora. No por un hombre. Me niego a ser una de esas mujeres.

Los hombros de Dorothy se hundieron.

—Estoy de acuerdo. No quiero verte sufrir. Él es tan… impredecible. Tengo miedo de que te haga daño.

—Tú y toda la sociedad lo consideran un monstruo —respondió Kitty—. Te ayudó cuando tuviste el accidente, cuando podría haberse marchado. Se preocupó lo suficiente como para hacer algo que nunca había hecho antes. Te pidió bailar para asegurarse de que

estabas bien y, a cambio, tú intentaste juzgarlo como hace el resto de la sociedad y diseccionar su carácter. Eso enfurecería a cualquiera.

—No hablemos de él —rogó Dorothy—. Me duele la cabeza.

Kitty se suavizó al ver su expresión.

—Tengo algo que contarte que hará que el dolor desaparezca al instante. Mi experiencia con Lord Lumley fue mucho más agradable. Es amable y atento, y oh, está tan arruinado que me rompe el corazón. ¿Sabías que una vez bebió ginebra? ¡Ginebra! ¿Puedes creerlo? ¡Y no tiene ayuda de cámara! ¿Cómo puede sobrevivir un hombre sin ayuda de cámara? No es de extrañar que siempre esté arrugado. ¡Me trajo limonada antes incluso de que se la pidiera! Y cuando tuve calor, me condujo al balcón sin que yo dijera una palabra. Es encantador, Dorothy. Serás muy feliz con él.

Dorothy agradeció las sombras que la rodeaban. Su mente estaba demasiado llena del desaire de Lord Huxley como para alegrarse por las palabras de Kitty.

***

Dorothy bailó su sexto baile consecutivo, pensando que aquello era demasiado bueno para ser verdad. Su vals con Huxley en el baile de Lady Derby no había pasado desapercibido. La gente asumió que Huxley había dejado de bailar porque el peinado de Lady March se había incendiado y había querido ayudar a la pobre mujer.

Así que, en lugar de quedar arruinadas sus perspectivas, ahora la reclamaban en cenas y bailes. Los hombres se preguntaban qué había visto Huxley en ella que ellos no.

Esa misma noche, el señor Selwyn había bailado con ella dos veces e incluso la había llevado al balcón, con la mirada ardiente y cálida. Lord Lumley había bailado con ella una vez, mientras que Lord Huxley no se había dignado a aparecer.

Era una experiencia nueva, ser visible por una vez. Era… desconcertante. Se sentía una impostora. Sabía que no merecía ese cambio de fortuna.

También sabía que Huxley no había visto nada especial en ella; solo había cumplido con su deber.

Quería asegurarse de que la mujer a la que había salvado con tanto empeño no se excediera y muriera en la pista de baile, anulando así su acto noble.

Ese último pensamiento evitó que se le subiera a la cabeza el aluvión repentino de cumplidos. Mantuvo vívida en su mente la imagen de Huxley alejándose de ella.

***

Fue durante la cena en casa de Lady Croft cuando Dorothy volvió a ver a Huxley.

Mientras los hombres se ocupaban de pasar el oporto, Kitty arrancó a Dorothy de las garras de la señorita Branson y la condujo hasta el sofá.

—Voy a pedirle a papá que hable con Huxley —dijo Kitty en cuanto se hundieron en los cojines.

—¿Sobre qué? —preguntó Dorothy.

—Sobre mí, tonta. Sobre casarse conmigo.

—¿No deberías esperar a que Huxley lo pida?

Kitty hizo un mohín.

—No quiero esperar, y papá siempre consigue lo que quiero. Y yo lo quiero a él.

Dorothy frunció el ceño. Pedirle a su padre un caballo caro y conseguirlo no era lo mismo que exigir un marido. En el pasado, las exigencias absurdas de Kitty y los extremos a los que llegaba su padre para complacerla le habían resultado divertidos. Una vez incluso hizo que su barco trajera un camello desde la India solo porque Kitty quería ver uno de cerca.

¿Pero exigir un marido?

Dorothy ladeó la cabeza y buscó en el rostro de su amiga señales de broma.

Unos ojos verde esmeralda, llenos de impaciencia y sinceridad, le devolvieron la mirada.

Dorothy reprimió una réplica mordaz y habló con mesura:

—Creo que deberías averiguar primero qué siente él por ti antes de pedirle a tu padre que se acerque.

—Entonces ayúdame —respondió Kitty—. Huye cada vez que me ve. Quizá tú puedas acorralarlo y hablarle de mí.

—Si huye al verte, saldrá volando al ver mi cara —exclamó Dorothy.

—No seas tonta. Lleva toda la noche mirándote… creo que quiere decirte algo. Por favor, por favor, habla con él.

—¿Después de lo que pasó en el baile de Lady Derby? —preguntó Dorothy, horrorizada—. Además, Penny no estaría contenta. Sabes lo que piensa el duque de él. Se supone que debo mantenerme alejada, no buscarlo.

—Estoy segura de que Huxley se siente mal por haberte dejado durante el vals. Si no, ¿por qué te miraría tan a menudo? Lo he sorprendido tres veces con la vista clavada en tu rostro. Quiere disculparse y está esperando una oportunidad. Quiere explicarse.

Dorothy devolvió el pastel de limón a la bandeja. Sabía más agrio de lo que esperaba.

Kitty continuó animadamente:

—Creo que iré a abordar a Lord Lumley. Me reconfortó verlo comer un buen trozo de carne en lugar de un corte barato de ternera esta noche. Pobrecito. Se lo tragaba como si no hubiera comido en todo el día, lo cual probablemente era cierto. Lo llevaré a un rincón, hablaré con él y trataré de averiguar si siente algo por ti. Tú haz lo mismo por mí.

—¿Pero por qué tanta prisa? —preguntó Dorothy, alterada.

—Nunca he esperado tanto por algo que quiero, Dora. No sé cómo lo hace la gente.

—No puedo, Kitty. No puedo hablar con ese hombre, no después de la última vez.

Los ojos de Kitty se llenaron de lágrimas.

—Estoy intentando ayudarte con Lord Lumley. Estoy dispuesta a hablar con él. Incluso tus hermanas están tratando de ayudarte, pero yo… yo no tengo hermanos ni hermanas, ni siquiera una madre indulgente. Papá solo puede ayudar con monedas y joyas. No quiero un cofre del tesoro; quiero amor. Quiero una familia.

El corazón de Dorothy se rompió ante la súplica de su amiga.

—¿Qué quieres que le diga?

Kitty se animó.

—Solo encuéntralo a solas un momento. ¿En el balcón o la biblioteca, quizá? Nada escandaloso. Deja la puerta abierta y colócate bajo una lámpara bien iluminada. Nada de esconderse en las sombras. Habla del clima o del último baile. Y luego, de repente...

Dorothy dio un respingo.

Kitty continuó con más calma:

—Menciona mi nombre y observa cómo reacciona. ¿Suspira? ¿Te pide que hables más de mí? Si hace preguntas sobre mí, significa que siente algo.

Dorothy movió lentamente la cabeza de un lado a otro. No parecía tan difícil. ¿No era solo conversación educada? Lo había hecho incontables veces. Incluso había empezado a hablar a los once meses. Su primera palabra había sido pato. En fin, podía hacerlo otra vez. Sí, podía.

No era tan terrible.

¿O sí?

CAPÍTULO SEIS

Dorothy avanzó a toda prisa; sus pasos quedaban amortiguados por la alfombra espesa y lujosa. No podía creer que estuviera siguiendo precisamente a Huxley.

Las cosas que una hacía por amistad… sacudió la cabeza con ironía.

Al principio, seguir a un hombre tan gigantesco había parecido fácil. Su cabeza oscura sobresalía por encima de los demás en el salón, lo que lo hacía sencillo de localizar. Pero el maldito hombre caminaba más rápido que cualquiera que hubiera conocido. Lo perdió en el mismo instante en que se separó de la multitud y desapareció en las profundidades de la casa de Lady Croft.

Se preguntó si había ido a la izquierda o a la derecha, mirando con cautela a ambos lados del pasillo. Era la primera vez que asistía a una fiesta de Lady Croft. No conocía en absoluto aquella enorme casa.

¿Adónde iría un hombre como él?

Muchos hombres gruñones iban a la biblioteca después de cenar, y Huxley, si bien no era viejo, sin duda tenía mal carácter.

A la biblioteca, entonces, decidió con un asentimiento firme. Ahora solo tenía que encontrarla.

Oyó pasos detrás de ella.

En un instante, abrió una puerta a su derecha y saltó dentro. Ahogó un grito al darse cuenta de que había entrado en un armario lleno de abrigos, sombreros y una pareja besándose de forma bastante indecorosa.

La miraron con los ojos como platos; la pareja, no los abrigos.

Ella les devolvió la mirada, horrorizada; a la pareja, no a los abrigos.

Tras un momento, los pasos se alejaron y Dorothy salió disparada del armario.

—No he visto nada —murmuró a la pareja—. Por favor, continúen.

Cerró la puerta detrás de sí.

Decidió ir primero hacia la derecha. Caminó un poco y se encontró con un pilar: un pilar ornamentado, rodeado de enormes macetas con plantas frondosas.

Un pequeño bosque en medio del pasillo.

Dorothy se detuvo a contemplar la belleza y lo extraño de tener un bosque en miniatura en un corredor, posiblemente el más largo que había visto en su vida.

Esta vez fue una risita lo que la hizo zambullirse detrás de las plantas. Aterrizó directamente encima de Lady Grey y Lord Huffington, que estaban tan pegados el uno al otro como si buscaran calor en una tierra helada y abandonada.

Se apartó con torpeza del trasero de Lady Grey mientras Lord Huffington intentaba ahogar un gemido. Lady Grey le había clavado el codo en el vientre cuando Dorothy cayó sobre ella.

Los tres permanecieron bajos e inmóviles mientras una pareja risueña pasaba a toda prisa.

—¿Biblioteca? —murmuró Dorothy, moviendo los labios hacia Lady Grey.

—Tercera puerta a la izquierda —respondió Lady Grey con gestos.

Dorothy inclinó la cabeza en señal de agradecimiento.

—No he visto nada —aseguró a la pareja mientras se escabullía—. Por favor, continúen.

Acomodó con cuidado las hojas hasta que la pareja volvió a quedar completamente oculta.

Vio emerger una mano de Lord Huffington entre los arbustos, agitándose en una despedida débil.

Le hizo una reverencia a la mano y se dirigió hacia la biblioteca.

No le era ajeno el arte de escabullirse; lo había hecho con suficiente frecuencia. Incluso se consideraba experta en ello. Pero normalmente se escabullía por diversión, mientras que hoy su destino le provocaba terror en lugar de emoción.

Se detuvo ante una puerta entreabierta. Una luz amarilla tenue que se filtraba indicaba que había alguien dentro.

Agachándose, asomó la cabeza y vio unas cuantas velas de cera de abeja iluminando un gran escritorio, estanterías y… a Lord

Huxley.

La estaba mirando directamente.

Se irguió de golpe y tragó saliva de forma audible.

Él inclinó la cabeza y alzó una ceja.

Ella entró en la biblioteca, con los ojos atentos y cautelosos. No había nadie más.

—¿Suele entrar a rastras en las habitaciones? —preguntó a modo de saludo.

—Necesitaba escapar de la multitud —mintió con descaro—. Mis nervios delicados no soportan tanto ruido, el ajetreo y el calor. Me sentí indispuesta y necesitaba un lugar tranquilo, y Lady Grey sugirió que aquí podría retirarme. Estaba comprobando si la sala estaba vacía...

—No lo está.

—¿Qué?

—No está vacía.

Volvió la vista a la estantería.

Tenía los hombros anchos; no demasiado, pero lo suficiente.

¿Lo suficiente para qué?

Frunció el ceño, sacudió la cabeza y avanzó un poco más.

—¿Qué está leyendo?

—¿Ve algún libro en mi mano?

—¿Qué le gustaría leer? —corrigió ella.

—Un libro.

Se acercó más al lugar donde él estaba.

—¿Por qué está aquí?

—Mis nervios —se burló— son delicados.

Era realmente difícil hablar con él, como si fuera una flor blanca y helada incrustada en la cima de una montaña congelada. Todo el mundo quería mirarlo y arrancarlo, pero era imposible. A mitad del ascenso, cualquiera perecería, ya fuera por convertirse en un carámbano o por ser fulminado por un rayo por albergar pensamientos imposibles sobre una criatura celestial sin corazón.

Se balanceó sobre los talones, preguntándose qué decir para iniciar una conversación que, con suerte, acabaría conduciendo hasta Kitty.

¿Cómo se le hablaba a un crisantemo congelado?

Él la observaba, con una mirada intensa y poco amistosa. Quería que se fuera.

Ella dio un pequeño paso atrás, nerviosa.

A la luz tenue y parpadeante, parecía siniestro. Su sombra era aún más larga, reptando por la pared hasta el techo.

No era una flor. Nunca podría ser algo tan frívolo como una flor.

¿Un caldero místico, quizá? ¿O una caña de bambú flexible?

Algo brilló a su lado.

—¿Qué tiene en la mano? —preguntó ella en voz baja, como si temiera pinchar a un demonio.

Guardó silencio tanto tiempo que pensó que no la había oído. Justo cuando iba a preguntar de nuevo, escupió una palabra.

—Una tabaquera.

Se la lanzó, y ella la atrapó con destreza.

—Es bonita —dijo, admirándola—. Me gusta el águila en relieve. Son aves hermosas.

—Rompen el cuello de roedores indefensos y se los comen —replicó él.

—A Kitty le gustan.

Dorothy pensó que era el momento de introducir a su amiga en la conversación. Era un poco precipitado, pero con el corazón desbocado, prefería mencionarla ahora y no en su lecho de muerte.

—¿Los roedores? —preguntó él.

—¿Eh? Oh, las águilas. Le gustan las águilas.

O al menos eso esperaba Dorothy.

Él se movió hacia otra estantería.

—Es una biblioteca muy grande —observó ella, siguiéndolo. Se sentía un poco más valiente ahora que no había hecho nada aparte de lanzarle miradas aceradas.

Él se internó más en la biblioteca, sosteniendo la vela mientras caminaba.

Ella fue tras él a toda prisa.

—Aunque los ratones pueden ser dulces. Peligrosos, pero dulces.

Él la miró con irritación.

—Podría estar describiéndose a usted. Ratona, peligrosa...

—¿Y dulce? —terminó ella, ruborizándose.

Él se dio la vuelta.

—Creí que estaba indispuesta.

—¿Indispuesta?

Frunció el ceño. ¿Cuándo estaba indispuesta? Ah, se lo había dicho a él y luego lo había olvidado. ¡Maldición!

—¿Mmm? —una sonrisa empezó a asomar en la comisura de su boca.

—Me siento mejor.

Se apresuró a mirar por encima de su hombro los libros que estaba observando. A Kitty le gustaría saber sus gustos.

—A Kitty también le gusta leer.

—¿Quién es Kitty? —preguntó él, encajando un libro en su sitio y sacando otro.

—La señorita Norwood —frunció el ceño—. Es encantadora, ¿no? La conozco desde siempre.

—Deje de rebotar —se giró bruscamente y la fulminó con la mirada.

—¿Rebotar? —chilló ella.

—Es irritante. ¿Tiene que subir y bajar constantemente sobre los dedos de los pies? ¿Tiene que parlotear sin parar? ¿Nunca puede quedarse quieta?

Se desplazó a otra estantería.

Ella intentó caminar con más mesura. Su nariz chocó contra su espalda y ambos se quedaron inmóviles.

Un hombre y una mujer solos, sin chaperona, por la noche, en la biblioteca…

Tragó saliva y se puso roja como un tomate.

—No rebotaré —prometió en voz bajita a su espalda.

—Y tampoco hable. Mejor aún, váyase. No tenemos chaperona.

Ah. Le había leído la mente. ¿Tenía poderes sobrenaturales? Resultaba inquietante. ¿Era inquietante? ¿Un fantasma, un vampiro o quizá un caníbal? ¡Bah, qué tonterías!

—Kitty siempre tiene chaperona

En un abrir y cerrar de ojos, él le sujetó los brazos con rudeza. Los dedos se le clavaron en la carne.

—He dicho que se vaya. Una palabra más y...

Se quedó quieta al ver la expresión de sus ojos. ¿Qué quería decir? ¿Una palabra más y qué?

—¿Me matará si hablo? —preguntó en un susurro. Era perfectamente posible—. ¿Dónde escondería mi cadáver? Este lugar está lleno de parejas, y arrastrar a una criatura muerta por el pasillo sin que nadie lo vea sería complicado. Podría tirarme por la ventana, supongo… Penny estaría triste si yo muriera, pero el d...

—Ni. Una. Palabra. Más —espetó, atrayéndola hacia sí hasta que quedó pegada a su cuerpo.

Sintió cada relieve, cada plano duro de su cuerpo contra sus curvas suaves. Aspiró con dificultad, inundándose de un aroma embriagador a whisky y ámbar oscuro.

Él la miró desde lo alto, observando cada emoción cruzar su rostro. Sus ojos se detuvieron en el rubor que le teñía las mejillas.

Algo cambió en su expresión, y el aire se cargó de expectación.

¿Cómo pudo la atmósfera, que un instante antes había sido hostil, fría y cortante, transformarse en algo tan cálido e íntimo?

Esto… esto no era decoroso. No, un hombre y una mujer no deberían estar tan cerca. Su corazón retumbó cuando el calor de él empezó a filtrarse a través de su vestido y a extenderse por su piel como un cubo de agua volcado sobre su cabeza. Las sensaciones la recorrieron, tocando cada parte de su cuerpo y de su alma.

Había pensado que él era gélido, pero estaba tan caliente. Quizá era el ardor de la escarcha azotándole la piel.

Sus pestañas descendieron, pesadas, mientras todo su cuerpo se sonrojaba. Debería haberle pisado el pie y apartarse, pero ese pensamiento no llegó a cruzarle la mente, porque la cabeza le daba vueltas.

Daba vueltas como si hubiera bebido una copa de vino demasiado rápido.

Sus pestañas parpadearon, llamándolo sin saberlo, como si cada hebra larga y brillante guardara un antiguo encantamiento.

—Mírame —dijo él. Colocó un dedo bajo su barbilla y la alzó con suavidad.

Su cuello se alargó, dejando al descubierto la vulnerable y sensible extensión de piel desde las orejas enrojecidas hasta la clavícula mientras lo miraba. El suave relieve de sus pechos y su cintura fina, envueltos en un vestido de corte impecable, acentuaban aún más su feminidad, haciéndola parecer cálida, dulce y deliciosa.

Su expresión era abierta, aturdida y confusa, y su piel, de un rosa tenue, brillaba a la luz de las velas. Tan insoportablemente confiada, indefensa y buena que hacía doler el corazón.

Él inhaló con brusquedad y dio un paso más cerca.

El sonido de los árboles meciéndose y susurrando con la brisa nocturna se amplificó de pronto, junto con el aroma de la lluvia inminente y del deseo.

Su respiración pareció quedar atrapada en algo invisible cuando los ojos de él bajaron a sus labios, y entonces dejó de respirar por completo.

Con deliberada lentitud, posó los labios sobre los de ella, como si quisiera prolongar cada instante exquisitamente dulce.

Levantó la cabeza tras apenas un roce y encontró sus ojos vidriosos e inocentes. Todas sus emociones estaban grabadas en su rostro, abiertas para que él las leyera y comprendiera.

Un destello de culpa cruzó sus ojos, pero entonces la punta de la lengua de ella salió a lamerle el labio inferior.

Sus ojos se oscurecieron, y volvió a capturarle la boca, esta vez dejando que una pizca de su oscuridad reinara. Le mordisqueó los labios con suavidad, tiró de su barbilla hasta que abrió la boca y se adentró, saboreándola por completo.

Su mente se quedó en blanco, y solo quedó la sensación de ser atrapada y provocada sin piedad.

En algún momento, sus dedos se habían cerrado alrededor de su muñeca, probando su pulso acelerado y subiendo despacio, deliberadamente, por su brazo.

Su caricia ligera y fugaz era demasiado y no suficiente al mismo tiempo.

Le hacía girar la cabeza. Él le hacía girar la cabeza. No podía pensar, solo sentir aquellas sensaciones increíbles y extrañas que la

recorrían, calentándola hasta que una fina capa de sudor se formó en su espalda.

Aquella atracción enloquecedora la aturdía. Era como si su aroma, su calor y su contacto guardaran un hechizo mágico que la ataba, anulando su razón y capturando sus pensamientos y deseos más íntimos.

¿Cómo sabía tocarla con tanta ligereza, profundidad y dulzura? ¿Cómo sabía dónde le dolía, qué parte de ella era más sensible y cómo hacerla estremecer?

¿Cómo podía un hombre comprender el cuerpo de una mujer tan bien como para hacerla derretirse y convertirse en un desastre sin pensamientos en apenas unos latidos?

Era aterrador y, a la vez, excitante.

Quería que se detuviera, pero que continuara, y esas contradicciones la estaban volviendo loca y tan insegura que se rindió y le permitió hacer lo que quisiera.

Sus exploraciones recorrieron sus clavículas y pechos y, por último, se asentaron en su cintura. Con un tirón rápido, la atrajo aún más, tan cerca que cada centímetro de ella podía sentir su cuerpo duro y musculoso.

Su cabeza alcanzó el pecho de él y, por instinto, se acurrucó contra él, rozando sin querer un pezón endurecido.

Al instante, él aspiró con fuerza y le pellizcó los pechos en juguetona represalia.

Un relámpago la atravesó con su contacto, y ella jadeó sorprendida e intentó apartarse.

Sus manos fueron capturadas al instante y alzadas por encima de su cabeza, y él emitió un sonido bajo y airado a modo de advertencia.

Era más alto, más fuerte y mucho más poderoso que ella. Un hilo de miedo, como un arroyo purificador, inundó de pronto su mente enturbiada.

¿Cómo había podido permitirse intimar con un hombre desconocido? ¿Qué le pasaba a su cuerpo para traicionarla con tanta facilidad? La vergüenza y el horror por su comportamiento le enrojecieron los ojos y los llenaron de lágrimas.

Había caído en sus brazos como un cachorrillo, ansiosa por su caricia.

No más.

Ahora que la cordura había regresado, se revolvió para soltarse, respirando con dificultad.

—Por favor, yo… no… yo…

Al oír su voz temblorosa, los dedos de él se cerraron con más fuerza alrededor de sus puños, y el borde metálico afilado de la tabaquera que ella llevaba en la palma le cortó la piel, haciéndola sisear de dolor contra su boca.

En un latido, quedó libre, fría… despojada. Se abrazó a sí misma, sintiendo como si algo maravilloso le hubiera sido arrebatado cruelmente.

Alzó la vista y encontró su rostro reflejando su mismo estupor.

—Yo… —tocó sus labios sensibles, sin saber cómo continuar. Sus pestañas volvieron a bajar, aún sin valor para mirarlo, mientras su mente parpadeaba como una lámpara de aceite a punto de apagarse.

Él no la oyó. Su atención estaba fija en la mancha de sangre en la palma de ella. Todo su cuerpo estaba rígido, el rostro pálido y la respiración superficial.

El sonido de su respiración rápida y trabajosa en la biblioteca silenciosa hizo que ella lo mirara de nuevo y reparara en su estado.

Se había puesto tan blanco que brillaba a la luz de las velas. Toda la sangre había abandonado su rostro, dejando los labios casi azulados.

Sin saber qué hacer ni qué decir, le tendió la tabaquera. Al no moverse él, dio un paso hacia él, temiendo que se desmayara.

Con una maldición ahogada, él arrebató la caja y se dio la vuelta. Un instante después, salió de la biblioteca hecho una furia llevándose la vela, sumiéndola en la oscuridad.

Ella se balanceó sobre los talones, viendo desaparecer su espalda, preguntándose qué pensar de todo aquello.

¿Besarla había sido tan terrible como para hacerlo desfallecer?

Torció los labios y comprobó discretamente su aliento.

Olía a vino dulce.

Una lágrima brilló en la comisura de su ojo. Le habían robado su primer beso, y quien se lo había robado había quedado enfermo por la experiencia.

No podía pasar algo peor.

Y entonces fue peor, cuando otro pensamiento la golpeó. Su mente, que por fin había arrancado de nuevo, empezó a silbar información como una tetera hirviendo.

Aquel hombre era el amado de su amiga del alma, y a ella le habían encomendado unirlos, no separarlos.

La cabeza le dio vueltas, y sintió llegar el conocido mareo del desmayo.

CAPÍTULO SIETE

—¿Qué diablos se suponía que iba a decirle a Kitty ahora?

Dorothy se dirigió hacia el frente de la biblioteca, guiándose por la tenue luz de la luna que se filtraba por la ventana. Un candelabro de plata pulida con velas encendidas sobre el escritorio proyectaba un charco de luz que aliviaba la oscuridad.

Un espejo colgaba sobre el escritorio, y Dorothy se escudriñó. Aparte de su piel enrojecida, que podía atribuirse al clima cálido, no parecía que la hubieran besado.

Tras una última mirada al espejo, se apartó. Tendría que encontrar a Kitty y contarle la verdad. Decirle cómo él la había agarrado, besado e intentado seducirla… excepto que, por la manera en que él había quedado después —conmocionado y trastornado—, dudaba que esa hubiera sido su intención.

Sentía el rostro encendido y las orejas le ardían como si las hubieran rozado las brasas.

Si la cajita de rapé no le hubiera arañado la palma… ¿qué habría pasado después? Aumentó el paso por el corredor, con la esperanza de dejar atrás sus pensamientos.

Se detuvo fuera del salón, medio temerosa de toparse con Huxley. No sabía cómo volvería a enfrentarlo. Acechó cerca de la entrada, y solo después de asegurarse de que Huxley ya no se alzaba sobre los otros invitados en la sala, se dirigió hacia Kitty.

Los hombres revoloteaban alrededor de Kitty como abejas alrededor de una dulce, dulce flor. Lord Lumley, de pie más cerca de Kitty, le susurró algo al oído mientras ella reía con disimulo tras una mano enfundada en un suave encaje blanco.

Dorothy intentó llegar hasta Kitty a través de la barrera de hombres admiradores, pero nadie prestó atención a sus ruegos para que la dejaran pasar.

La música era fuerte, el parloteo aún más fuerte, y la risa hipnótica de Kitty era la más fuerte de todas.

Un joven pisó sin pensar los dedos de Dorothy mientras se unía con entusiasmo al grupo que rodeaba a su amiga.

Dorothy se marchitó y se apartó. Parecía que los días mágicos habían terminado. Bajó la vista hacia su vestido rosa, preguntándose si era un color poco favorecedor el que la había vuelto invisible tan rápidamente.

¡Cielos! La confesión podía esperar. Se dirigió a un rincón reservado para mujeres a la sombra y tomó una copa de vino. Una pareja risueña, cerca de la mesa de comida, estaba de pie con sus meñiques tocándose, un pequeño secreto que creían que solo ellos conocían.

Dorothy tragó el vino mientras fulminaba con la mirada a aquellos meñiques sonrosados. Ella también había tocado a alguien recientemente… los labios de alguien.

Unos labios que pertenecían a Kitty y no a ella.

Maldita sea, era una ladrona.

Podría decirle a Kitty que ella y Huxley habían juntado labios, pero Kitty no tenía nada de qué preocuparse porque el acto le había disgustado tanto al gigante que casi había caído de rodillas horrorizado.

¿Eso haría feliz a Kitty o la perturbaría?

Bebió más vino.

—¿Dorothy? —Kitty le puso una mano en el hombro—. Lo siento. Escapé tan pronto como pude.

—Hic.

Kitty le quitó el vino y lo apartó.

—Te ves diferente… ¿Te hiciste algo en el pelo?

—Alguien me pisó los dedos —respondió Dorothy, poniéndose colorada. ¿Podría la gente notar que la habían besado?

Lord Lumley apareció al lado de Kitty.

—Su champán —se lo ofreció con una reverencia—. Y esto —dijo, sacando con un gesto teatral una segunda copa de champán— es para usted, señorita Fairweather.

Dorothy la tomó con una sonrisa agradecida. ¡Él la había recordado! Su corazón se llenó de calidez hacia él. Es un hombre tan

amable y generoso… era una lástima que él sufriera mientras hombres como Huxley nadaban en riquezas.

Lo miró con afecto, abrumada por el mismo sentimiento maternal que tenía cuando veía gatos flacos y perros infelices. Oh, le encantaría llevárselo a casa y darle una comida grande y abundante hasta que sus pálidas mejillas se sonrosaran y su estómago cóncavo se volviera convexo.

Ahora, si tan solo su verdadero amor saliera corriendo… necesitaba hablar con Kitty a solas.

Por desgracia, no iba a poder ser. No solo Lord Lumley permaneció tercamente pegado a ellas, sino que el señor Selwyn también se les unió.

—Maria toca bien —dijo el señor Selwyn, asintiendo hacia la hija mayor de la señora Aston en el piano—. ¿Le gustaría bailar?

Extrañamente, sus ojos estaban fijos en el rostro de Dorothy en lugar del de Kitty.

—¡Debes hacerlo! —le susurró Kitty al oído con urgencia—. Parece estar medio enamorado de ti.

Dorothy se sonrojó y se dejó llevar. Bailó con él, disfrutando del hecho de que, para este joven, ella no era invisible.

La charla con Kitty podía esperar hasta que estuvieran en un lugar más privado. Lo del beso y demás no podía discutirse tan descaradamente con tantos oídos curiosos alrededor.

***

Al día siguiente, dos criadas entraron corriendo en la habitación, una con botas de caminar, la otra con una sombrilla.

—Las botas no hacen juego con los guantes —dijo Penelope críticamente—. Dora, come un poco más. Te desmayarás con el calor…

—No me importa si se ven raras —Dorothy metió los pies en las botas y se encasquetó un viejo y deslucido sombrero de paja. No tenía tiempo de buscar otro porque ya llegaba tarde. Tenía que encontrarse con Kitty y confesarlo todo—. Adiós —besó a Penelope en la mejilla y salió disparada.

—Es peor que los niños —comentó el duque mientras veía a Dorothy deslizarse por la barandilla con la esperanza de ahorrar

tiempo.

Una vez que Dorothy se acomodó en el carruaje y estuvo de camino a Hyde Park, se relajó. No faltaría mucho para aliviar su corazón y librarse de la culpa que la carcomía. Tenía que contarle a Kitty lo del beso, y cuanto antes lo hiciera, mejor.

Sus dedos se desviaron hacia sus labios… todavía los sentía más sensibles de lo habitual. Arrancándose el guante de la mano derecha, miró el tenue punto rojo en su palma donde se había clavado la cajita de rapé.

La prueba de que no se había imaginado el beso.

Cerró los ojos con fuerza, sintiendo pequeños dardos de dulzura recorrerla al recordar sus labios sobre los suyos.

No estaba bien sentirse así… no por él.

Encontró a Kitty enseguida. Hoy, la chaperona de Kitty era su tía, una solterona mayor que detestaba los chismes. Les lanzó una mirada de desaprobación mientras las seguía por el trillado sendero de la Milla de las Damas.

No pasó mucho antes de que los rápidos pasos de las chicas dejaran a la tía muy atrás.

Dorothy habría enlazado su brazo con el de Kitty en ese momento, pero la culpa que la carcomía la contuvo.

—¿Hablaste con Lord Lumley sobre mí? —preguntó.

—No —respondió Kitty—. Rara vez nos dejaron solos. Hasta el balcón estaba lleno, ya que era una noche muy cálida.

Dorothy se aclaró la garganta.

—Kitty, si yo te robara tu vestido favorito, ¿cómo te sentirías? ¿Uno que nunca te hayas puesto y que hayas adquirido recientemente de París?

—¿Eh? No me importaría. Papá simplemente me comprará uno nuevo.

—¿Y si te robo un collar precioso?

—¿Qué pasa por esa cabecita tuya? ¿Quieres algo mío?

—¡No! Pero, si lo hiciera, ¿qué harías?

—Si tú te lo pones, si yo me lo pongo, no hay diferencia. Puedes tomar cualquier cosa mía.

—¿Cualquier cosa?

Kitty se detuvo de repente como si un pensamiento la hubiera golpeado.

—Dora, ¿v...viste algo anoche?

—¿Mmm?

Kitty escudriñó su rostro.

—Yo… bueno, fue inesperado.

—¿Qué? —Dorothy la miró confundida. ¿Por qué Kitty parecía sentirse culpable cuando era ella quien debería sentirse fatal?

—Nada —Kitty comenzó a pasear de nuevo—. Quería preguntarte algo.

—¿Sí?

—No te ofendas, pero me está carcomiendo por completo. ¿Qué pasó con Lily?

Dorothy hizo una pausa y reajustó sus pensamientos. Había estado tan obsesionada con Huxley que este tema completamente diferente la desconcertó por un momento.

—Supongo que puedo contártelo. Lily tuvo su temporada social hace cuatro años. No le agrada Penelope, siendo nuestra media hermana, así que se quedó con Celine en Londres. No estoy segura de los detalles porque se mantuvo en secreto, pero Penelope descubrió que Lily estaba encinta a mediados de la temporada. Lily se negó a nombrar al hombre responsable, y la enviaron de vuelta a Finnshire. La casaron rápidamente con un viejo admirador suyo que vivía en el pueblo. Él tal vez adivinó la verdad, pero amaba demasiado a Lily para dejarla ir.

—¿Es feliz Lily? —preguntó Kitty.

—Está contenta. Siempre pensé en ella como alguien a quien le habría encantado la vida en Londres, pero parece que me equivoqué. Disfruta de su estado marital, de ser la chica más bonita del pueblo y de reinar sobre las mujeres solteras. Se considera una gran dama de Finnshire. Nunca habría tenido tanto control en Londres.

—Un final feliz para ella, entonces —murmuró Kitty, enlazando su brazo con el de Dorothy—. Compartir algo tan personal conmigo, confiar en mí tan plenamente… no estoy segura de merecerlo.

—Soy yo en quien no deberías confiar —dijo Dorothy con voz ahogada—. Eres amable, maravillosa… una verdadera amiga y, sin embargo, yo…

—Chist —Kitty puso un dedo en los labios de Dorothy—. Creo que escuché a alguien decir "Fairweather" —susurró.

Dorothy no había oído nada, pero los oídos de Kitty eran extraordinariamente agudos. Había aprendido a respetarlos a lo largo de los años, así que obedientemente apretó los labios y avanzó sigilosamente.

Encontraron a Lady Huxley y a la señorita Huxley sentadas en un banco.

Kitty y Dorothy se escondieron detrás de un árbol y aguzaron el oído.

Lady Huxley, la madrastra de Lord Huxley, tenía un rostro regordete y juvenil. Ahora hablaba con un brillo en los ojos que indicaba que una buena sesión de chismes estaba en marcha.

—No sé cómo lo hace. La señora Fairweather debe ser una mujer terriblemente astuta.

La señorita Huxley sonrió, mostrando una hilera de dientes diminutos y parejos.

—Debería mudarse a Londres y abrir una escuela para enseñar a jóvenes aventureras solteras cómo atrapar a hombres ricos. Haría fortuna. Después de todo, consiguió que sus dos hijas se casaran con hombres adinerados y con título.

—La tercera se fue a mitad de temporada, recuerdo —musitó Lady Huxley—. Intuyo un escándalo allí, pero se silenció muy bien.

—La duquesa podría unirse entonces a su mamá —soltó una risita la señorita Huxley—. Mientras la madre enseña a las mujeres cómo atrapar a hombres ricos e incautos, su hija puede dar lecciones sobre cómo silenciar escándalos.

—Aunque parecen haber perdido la habilidad. Tres temporadas y el último vástago no se ha casado —observó Lady Huxley.

—Son hongos, todas ellas —Lady Huxley movió la cabeza con disgusto—. Su suerte tenía que acabarse en algún momento.

—¡Oh, esas chismosas vulgares! —siseó Dorothy en voz baja.

En este punto, Penelope habría llorado, Celine habría ignorado a las chismosas, pero Dorothy… Dorothy se negaba a dejar que los insultos quedaran sin respuesta. Su sangre Fairweather estaba completamente encendida. El nombre de su familia estaba siendo mancillado. Dependía de ella quitar el óxido, enmendar el error, enseñarles a esas patanes medio idiotas que nadie podía insultar a su madre y a sus hermanas sin ser castigadas.

Enderezó su sombrero de paja, cuadró los hombros y cerró los dedos alrededor de su puntiaguda sombrilla, lista para abalanzarse…

—¿Qué cree que está haciendo? —una voz oscura habló en su oído.

Dorothy giró sobre sí misma y encontró a Huxley mirándolas desde arriba.

Estaba vestido con su atuendo de paseo. Un gran abrigo azul grisáceo colgaba sobre sus anchos hombros, y un chaleco ligero tenía la fortuna de ceñirse a su esculpido pecho. Mechones de cabello se habían escapado del sombrero ribeteado de oro para darle un aspecto maravillosamente despeinado.

Sus hombros se encorvaron y su ira se desvaneció. Lo miró, abrumada por una repentina sensación de pequeñez.

Unos ojos oscuros y furiosos la fulminaban desde arriba.

—Estaba espiando a mi madre y a mi hermana —dijo con aspereza—. ¿Por qué?

—Su refinada madre y su hermana estaban chismeando sobre mi familia y sobre mí. ¿Por qué no les pide que le cuenten lo que dijeron? —respondió Dorothy, mientras la indignación volvía a crecer en su pecho agitado.

—Solo estábamos conversando —dijo la señorita Huxley. Ella y su madre habían oído las voces elevadas y habían ido a investigar. Abrió mucho los ojos y parpadeó mirando a su hermano—. Eran chismes inofensivos.

Los ojos de Huxley se suavizaron.

—Llévate a mamá de vuelta al carruaje. Me uniré a ustedes en un momento.

—¡Nos llamaron hongos! ¡Hongos, le digo! —Dorothy emitió un graznido de protesta. ¿No iban a rendir cuentas? Se abalanzó sobre

ellas, pero Kitty le agarró la cintura y la sujetó con fuerza.

—¿Le cree a esa malvada y violenta bribona? —Dorothy se volvió hacia Lord Huxley—. Lo que estaban haciendo no eran chismes inofensivos. Era malicioso, malvado…

—No es de su incumbencia —la interrumpió.

—Estaban hablando de mi familia —farfulló ella.

—Es cierto —Kitty habló con valentía—. Ella no miente.

—Creo que sí —respondió él con tonos fríos y cortantes—. Ambas mienten.

—Nos disculparemos por escuchar a escondidas si su madre y su hermana aceptan disculparse con Dorothy por lo que dijeron sobre su familia —dijo Kitty con voz calmada.

—Esto está planeado, ¿verdad? —preguntó de pronto.

—¿A qué se refiere? —preguntó Kitty, confundida.

—Usted es la señorita Kitty Norwood, ¿no es cierto?

Kitty asintió.

—La misma mujer cuyo padre ha estado espiándome… yo había pensado que le interesaba mi último cargamento, pero no es así, ¿verdad, señorita Norwood?

Kitty palideció mientras Dorothy le tomaba la mano y se la apretaba con fuerza.

—¿Qué está tratando de decir? —lo desafió Dorothy.

Él negó con la cabeza, con disgusto.

—Esta mariposa descerebrada —dijo, clavando un dedo en dirección a Kitty— me ha puesto en la mira. Este es uno de sus ardides para aumentar la intimidad entre ella y mi madrastra y mi hermana… Primero la envió tras de mí en la biblioteca, y ahora esto… ¿Cómo sabía dónde encontrarme? ¿Los espías de su padre le informan de mis movimientos, señorita Norwood?

—¿Cómo se atreve? —Dorothy dio un paso al frente y le clavó un dedo en el pecho—. ¿Así es como le habla a una dama? Kitty no ha puesto ningún espía tras usted. ¡Qué idea tan ridícula!

—¿Ridícula? —preguntó él, con los ojos fijos en el rostro de Kitty.

No esperó respuesta y continuó:

—No quiero volver a ver a ninguna de las dos. No pongan a prueba mi paciencia o…

Dejó la amenaza flotando en el aire un instante antes de darse la vuelta sobre los talones y marcharse, dejándolas solas.

—Kitty, no se te ocurra llorar —dijo Dorothy en cuanto él desapareció de su vista.

—No estoy llorando —replicó Kitty, con los dientes apretados—. Vamos, busquemos a mi tía. Deberíamos volver a casa.

CAPÍTULO OCHO

Dorothy observaba a Kitty girar por el salón de baile como un trompo plateado y brillante. Sus hombros se hundieron con tristeza. No sentía envidia del compañero de baile de Kitty, un famoso pisador de pies que había dejado a numerosas mujeres con los dedos amoratados.

No, estaba abatida porque Kitty había dejado de hablarle desde su paseo por Hyde Park una semana atrás, y no sabía por qué.

Dorothy había enviado cartas a casa de Kitty sin recibir respuesta. Había llamado a su casa y siempre la encontraban indispuesta. En cada baile y cada cena, Kitty se rodeaba de un muro de admiradores, haciendo imposible que Dorothy se le acercara.

Dorothy no era de las que dejaban morir una amistad sin luchar. Entrecerró los ojos y siguió los movimientos de Kitty por el salón. En cuanto terminó la pieza, Dorothy supo que Kitty se dirigiría al tocador. Lord Bray había derramado torpemente un poco de vino sobre la falda de Kitty, y Dorothy pensaba aprovecharse de ello.

Tal como esperaba, encontró a Kitty secándose la falda en el tocador. Una doncella estaba a su lado, retorciéndose las manos con agitación.

—¿Puedo ayudar? —preguntó Dorothy.

Kitty dio un respingo de sorpresa.

—No sabía que estabas aquí. ¿Cuándo llegaste?

Dorothy dejó pasar el comentario. Sabía que Kitty la había visto hacía rato.

—¿Es grave la mancha?

—Apenas se nota.

Siguió un breve silencio, y ninguna de las dos dijo nada.

—Necesito hablar contigo —dijo por fin Dorothy—. Me has estado evitando.

Kitty se rió con una risa aguda y artificial.

—No seas tonta. No estoy haciendo nada de eso.

—¿Estás segura?

—Sí.

—¿Has renunciado a Huxley?

—No —murmuró Kitty con inseguridad.

—Pero nos amenazó —Dorothy le tomó los hombros—. Dijo que más nos valía dejarlo en paz o…

—¿O qué? —respondió Kitty con frialdad—. ¿Qué puede hacer? Si es rico, mi padre también lo es. Si tiene título, mi padre también. Si él es…

Dorothy la miró fijamente. Nunca había usado ese tono frío y arrogante al hablar de Huxley.

—Kitty —la interrumpió, y miró hacia la puerta—. Aquí no. Hay demasiados oídos. Ven a Blackthorne y hablaremos de ello.

Kitty asintió de mala gana.

—Prométeme que vendrás —dijo Dorothy con firmeza.

—Iré —respondió Kitty—. Lo prometo.

Dorothy decidió creerle.

***

Al día siguiente, Dorothy descansaba en el asiento de la ventana del salón de la mañana en la mansión Blackthorne. El sol de verano la había calentado agradablemente y la había sumido en un estado entre el sueño y la vigilia. Uno de sus guantes estaba colgado sobre la preciada lámpara de gas, mientras una cabrita se sentaba en la alfombra, mordisqueando su zapatilla azul.

—¿Ya han llegado? —flotó la voz de Penelope desde el pasillo.

—Todavía no —respondió el mayordomo.

Dorothy bostezó. ¿A quién esperaban?

Se incorporó de golpe, tirando un cojín al suelo.

¡Por Jove! ¡Las visitas de la mañana! La duquesa esperaba a las damas de la alta sociedad.

Se alisó el cabello, saltó hacia la cabra e intentó recuperar la zapatilla. Estaba mordida más allá de toda reparación.

Gimió y tocó la campanilla.

Dos doncellas entraron con tal rapidez que Dorothy sospechó que habían estado aguardando fuera, esperando que las llamara en

cualquier momento.

—¡Mis zapatillas! —chilló Dorothy—. ¿Guantes? Mi pelo está enredado… quizá un gorro…

El mayordomo asomó la cabeza.

Dorothy se quedó helada. Ya estaba. El fin de su temporada. Las damas de la alta sociedad iban a verla con una zapatilla mordida, el pelo desordenado, las faldas arrugadas, arenilla en los ojos.

—La señorita Kitty Norwood —anunció el mayordomo, con un brillo travieso en los ojos.

Dorothy se desinfló de alivio.

—Oh, me alegra tanto que seas tú —dijo Dorothy en cuanto Kitty se deslizó en la habitación —. Pensé que habían llegado las damas para ver a la duquesa y, como puedes ver…

—No estás lista —replicó Kitty, sin ningún atisbo de diversión. Se sentó en el borde mismo de la chaise longue y continuó—. No puedes comportarte así cuando estés casada. ¿Cómo vas a llevar la casa de tu marido si ni siquiera sabes cuidarte a ti misma?

Dorothy se sentó lentamente en el asiento de la ventana.

—¿Es Huxley? ¿Es él la razón de que estés tan nerviosa?

Una doncella entró en ese momento con té y pastel.

Dorothy notó el rubor en la piel de Kitty y comprendió que quizá su amiga estaba avergonzada. Kitty nunca había conocido el rechazo, y Huxley había sido cruel en su desprecio.

Y la única testigo de la humillación de Kitty había sido ella.

—Kitty —fue al grano Dorothy en cuanto la doncella se marchó—. ¿Por qué me estás evitando?

Kitty removía el azúcar en su té y siguió haciéndolo incluso cuando ya era evidente que no podía quedar ni un solo grano sin disolver después de tanto tiempo. Finalmente dijo:

—Estoy enamorada… Me vuelve irracional… no soy yo misma.

Dorothy inclinó la cabeza y la observó.

—Sé que estás enamorada, pero no sabía que el amor aumentara de ardor cada día… estás casi febril. Kitty, deja de remover el té y mírame.

Kitty dejó la cucharilla, pero siguió evitando su mirada.

—Soy tan feliz, Dora… tan, tan feliz. No puedo pensar en nadie más que en él.

—No creí que Huxley pudiera hacer feliz a nadie, pero si de verdad él es la razón de tu alegría, me alegro por ti y estoy dispuesta a perdonarlo por lo terriblemente grosero que fue.

—¿Me perdonarás a mí también? —exclamó Kitty de pronto—. He sido una amiga horrible.

—Yo también —dijo Dorothy, pensando en el breve beso que había compartido con Huxley—. Quería hablar contigo de eso.

—No quiero hablar de eso —esquivó Kitty—. No hoy. Hoy tiene que ser perfecto.

—Pero...

—Por favor.

—Es importante y me está consumiendo.

—Si el tema es desagradable, no quiero oírlo.

Sus ojos parecían casi maniáticos de desesperación, como si una sola palabra equivocada pudiera convertirle el cerebro en sopa.

Dorothy estaba desconcertada, pero accedió de mala gana al percibir su fragilidad.

—Quizá en otro momento. Ahora mismo, tengo buenas noticias. He estado pensando que el duque dijo que no podría verte una vez que te cases con Huxley. Pero he encontrado una solución. Podemos escribirnos cartas, vernos socialmente, y cuando yo sea Lady Lumley, al duque no le importará que sea amiga de la esposa de Huxley...

La taza tembló en la mano de Kitty y la estrelló contra la mesa. El té se desbordó, formando un charco en el platillo.

Dorothy se inclinó hacia delante, preocupada.

—¿Te quemaste la mano?

—No.

—Kitty, ¿te encuentras mal? Estás temblando.

—No es nada. Solo necesito descansar. La temporada ha sido ajetreada, ¿no? —se rió, escondiendo los dedos temblorosos bajo su falda rosa pálido.

—¿Huxley te ha dicho algo? ¿Te ha asustado… o hecho daño? —preguntó Dorothy con suavidad—. Nunca te he visto tan alterada.

Déjame ayudarte...

Kitty se levantó de un salto.

—No pasa nada —dijo entre dientes—. Simplemente estoy agotada. ¿Por qué tienes que complicarlo todo?

—Estaba preocupada...

—Las emociones no tienen por qué tener capas, Dorothy. A veces, la respuesta es bastante simple.

Dorothy observó a su amiga salir furiosa de la habitación. El sol se ocultó tras las nubes y la estancia se volvió de pronto fría.

¿Qué estaba pasando? ¿Qué tramaba Huxley? ¿Intentaba seducir a Kitty sin intención de casarse con ella, igual que su padre había dejado a la duquesa plantada en el altar?

¿Ya la había seducido y luego rechazado? Se estremeció ante ese pensamiento ominoso.

Era el único de la alta sociedad que podía permitirse jugar con los sentimientos de Kitty sin preocuparse por su fortuna. Él tenía mucho más que suficiente.

***

—Kitty ha desaparecido —irrumpió Penelope en la habitación de Dorothy la noche siguiente.

Dorothy se quedó paralizada a mitad de deshacer sus rizos de papel.

—¿Cómo que ha desaparecido?

—Su padre está aquí —dijo Penelope con urgencia—. Falta desde ayer. Dice que tú fuiste la última persona que la vio, y su carruaje regresó vacío de Blackthorne.

—Vino a verme poco antes del mediodía —respondió Dorothy, presa del pánico—. Pensé que estaba un poco rara. Oh, ¿por qué no la retuve más tiempo y le hice más preguntas? Se fue con mucha prisa...

—Cálmate, Dorothy, y piensa —Penelope le apretó la mano—. Lord Norwood cree que sabes algo, pero puedo ver que no es así. Pero quizá dejó escapar algo. Ella te lo cuenta todo. Tienes que saber adónde fue. ¡Piensa!

—¿Lord Norwood fue a ver a Huxley? —preguntó Dorothy.

Penelope asintió.

—Huxley dijo que no la ha visto desde el picnic de Lady Darwin, hace cuatro días.

CAPÍTULO NUEVE

Dorothy estaba sentada ante el tocador, jugueteando distraídamente con un peine de puntas de diamante. Cada vez que el sol lo alcanzaba, destellaba en su mano como una diminuta llama blanca.

Kitty llevaba dos días y una noche entera desaparecida. Lord Norwood estaba convencido de que la habían secuestrado y aguardaba una nota de rescate. Penelope temía que hubiera sufrido un accidente, mientras que el duque creía que Kitty se estaba ocultando de su padre por algún capricho infantil.

El secuestro era una posibilidad, pero ¿qué decir de su comportamiento extraño aquella mañana? En cuanto a un accidente, Lord Norwood había dicho que Kitty había llegado a Blackthorne y había enviado el carruaje de regreso a casa.

Blackthorne era demasiado extenso y aislado como para que alguien pudiera marcharse sin carruaje ni caballo, a menos que se contara Ansley Hall, la residencia de Huxley, que quedaba a una caminata enérgica de una hora desde Blackthorne.

Huxley le había dicho a Lord Norwood que no había visto a Kitty, pero ¿y si Huxley había mentido? Les había advertido que se mantuvieran alejadas, pero Kitty no se había tomado la amenaza en serio. ¿Y si había ido a Ansley Hall para convencer a Huxley de que la tomara como esposa? Él había perdido los estribos, había ordenado a sus sirvientes que la ataran y la había dejado morir de hambre en algún lugar frío y oscuro.

Frunció el ceño. Sonaba excesivo, y quizá la verdad fuera mucho más sencilla… pero estaba convencida de que Huxley estaba detrás de la desaparición de Kitty.

Fuera cual fuese la verdad, la respuesta se encontraba en Ansley Hall.

Se levantó y comenzó a pasearse por la habitación. Tras un breve y silencioso debate consigo misma, llegó a la conclusión de que

tendría que ir a Ansley Hall. No podía quedarse sentada sin hacer nada.

¿Y si encontraba a Kitty tirada en el camino con una pierna rota?

La pobre podría estar retorciéndose de dolor, hambrienta, sedienta… muriéndose. ¡Tenía que irse ya!

Aún faltaban tres horas para la cena, y tres horas bastaban para cabalgar hasta la frontera, colarse, echar un vistazo, escuchar un poco y regresar triunfante con la noticia de que había encontrado a Kitty.

No podía decírselo a nadie —ni a su doncella, ni al mozo de cuadra, ni a nadie—, pues no quería que Penelope se enterara demasiado pronto. De lo contrario, enviaría al duque tras ella y todo el plan se vendría abajo.

Una vez tomada la decisión, pasó a la acción.

Primero, le dijo a su doncella que no la molestara hasta después de la cena. Luego, se puso el traje de montar y las botas. Cuando estuvo lista, se deslizó por la hiedra bajo su ventana con una destreza adquirida y se dirigió a los establos.

No era la primera vez que cabalgaba hasta la frontera donde terminaba la propiedad de Blackthorne y comenzaba la de Ansley.

Desde que Penelope se había convertido en duquesa, Dorothy visitaba Blackthorne todos los veranos. El duque le había permitido hacer de todo excepto poner un pie en las tierras de Huxley. Esa pequeña restricción siempre la había irritado.

A menudo escapaba a caballo en un acto de desafío parcial, galopando por el campo hasta detenerse en el límite de Blackthorne. Se sentaba con la espalda apoyada en un roble retorcido, contemplando los senderos misteriosos que se perdían en los bosques de Ansley. Admiraba aquí las columnas de un templo de Venus, allá la punta de un puente ornamentado y, cuando la luz era la adecuada, las aguas centelleantes de un lago artificial que aparecían de pronto.

Pero lo que más la fascinaba era Ansley Hall, que se alzaba más allá de los jardines exuberantes y vibrantes. Era un monasterio reformado, distante y altivo entre un entorno excesivo. Una masa de piedra gris que parecía hundirse en el suelo. Algunas adiciones

romanas de estilo florido suavizaban su severa belleza e impedían que resultara demasiado austero.

A sus ojos juveniles, Ansley Hall había parecido encantado. Estaba convencida de que era una puerta a un mundo prohibido lleno de criaturas fantásticas. Había imaginado a un ogro viviendo allí, y las advertencias del duque no habían hecho más que reforzar esa idea. El miedo la había mantenido entonces al otro lado de la frontera; ahora, eran las normas de la decencia.

Y, tal como había hecho incontables veces de niña, volvió a detenerse en la frontera, contemplando la mansión que brillaba como plata pulida bajo el sol de verano.

No había encontrado a Kitty por el camino, así que no le quedaba más remedio que continuar la búsqueda en la casa de Huxley.

Por un instante vaciló, insegura de si lo que estaba a punto de hacer era sensato, pero el pensamiento de Kitty asustada en algún lugar le dio el valor necesario para saltar la valla de madera.

Ató el caballo a un manzano y se dirigió hacia la casa. Se sentía como una hormiga avanzando por una alfombra persa exuberante. Los jardines rebosaban de ciruelas, bayas, grosellas, fresas silvestres, rosas, clavelinas, peonías y muchas otras flores que nunca había visto.

El aire estaba saturado del aroma de frutas y flores, que parecían suplicarle a sus sentidos que se detuviera un momento y respirara hondo. Se negó a dejarse atrapar por ese hechizo embriagador y apresuró el paso.

Usando los arbustos como cobertura, se acercó sigilosamente a la casa y se asomó por la ventana más cercana. Vio a Lady Huxley, Miss Huxley, Lady March y a algunas otras mujeres de la alta sociedad reunidas en lo que parecía ser una sala de estar bellamente amueblada.

Una doncella, de pie en una esquina con un uniforme gris y una bandeja cargada de pasteles y galletas, parecía estar mirándola directamente.

¡Ay!

Dorothy se agachó, con el corazón en la garganta. No estaba segura de que la doncella la hubiera visto, pero ya era demasiado

tarde para dar marcha atrás.

Había llegado hasta allí y no se iría sin explorar un poco más.

Apretando los dientes, avanzó a toda prisa y evitó las siguientes ventanas. En la cuarta, volvió a armarse de valor y se asomó. La habitación estaba llena de rosas rojo oscuro y lirios blancos y suaves. ¿Tal vez Huxley se estaba preparando para un baile o una cena, y las flores se guardaban allí por el momento?

Para su alivio, no había nadie en la estancia, y la ventana estaba entreabierta. Saltó el alféizar en un instante y aterrizó sobre un montón de fresias rosas y amarillas.

—¿Qué está haciendo aquí?

Lord Huxley estaba sentado tras un gran escritorio de palo de rosa al fondo de la habitación, que no se veía desde la ventana. Tenía los ojos y la nariz enrojecidos, y parecía contener un estornudo.

Dorothy dio un chillido.

—Y...yo… he perdido una cabra. Quiero decir, la duquesa… tiene unas cabras como mascotas, y una se escapó, y yo estaba tratando de encontrarla…

Él alzó un dedo para detener su balbuceo y estornudó en un gran pañuelo blanco. Dijo con irritación:

—Es una mentirosa horrible.

Dorothy se erizó por el tono y decidió ser directa.

—He venido a buscar a Kitty. ¿Qué ha hecho con ella?

—No sé dónde está su preciosa amiga. ¿Y acaso esa duquesa suya no le ha enseñado que no debe irrumpir sin chaperona en el estudio de un caballero?

—¿Esto es un estudio? —preguntó Dorothy, sorprendida—. Parece una floristería.

—Mi hermana necesitaba guardar las flores —respondió de mal humor—. No sé por qué siempre eligen mi estudio. Trescientas habitaciones en este maldito lugar y, aun así… Creo que debería irse.

Dorothy parpadeó ante el brusco cambio de tema.

—No lo haré. No hasta que encuentre a Kitty.

Él se acercó al lugar donde ella yacía despatarrada en el suelo y sostuvo su mirada, con los labios temblándole de diversión.

Ella se acomodó el pelo con timidez y apartó la vista.

Una mano pálida y hermosa, sin venas antiestéticas, apareció ante su nariz. Los largos dedos masculinos se movieron con impaciencia.

—¿Piensa quedarse sentada sobre el lecho de fresias toda la noche?

Ella se sonrojó y se puso de pie de un salto, sin aceptar su ayuda.

Él habló con frialdad:

—Su Kitty no está aquí, y eso es la verdad.

—¿Quiere decir que está en otro lugar? —preguntó Dorothy, acercándose—. ¡Oh! ¿Quiere decir que está en el cielo? ¡L...la mató!

—¿Qué clase de monstruo cree que soy?

—Del peor tipo —respondió ella con voz temblorosa.

—Y, sin embargo, ha dado dos pasos más hacia mí. Sus labios dicen una cosa y sus actos otra —observó con suavidad.

Sus ojos se abrieron, confundidos. Retrocedió apresuradamente y el tobillo chocó contra un taburete cubierto de lirios. Su espalda se arqueó, sus manos se agitaron.

Con una maldición, Huxley la sujetó por la cintura, pero en lugar de salvarla, resbaló sobre los pétalos esparcidos por el suelo y cayó estrepitosamente.

Ella aterrizó justo encima de él.

Él dejó escapar un gemido suave, y su aliento le hizo cosquillas en la coronilla.

—Va a aplastarme hasta matarme —se retorció Dorothy, agitada.

Sus brazos se aflojaron de inmediato, aunque una palma firme permaneció en su cintura.

Ella escupió un botón forrado de tela y alzó la cabeza de su pecho.

Él la estaba mirando.

Ella entrecerró los ojos y le devolvió la mirada.

Tenía una motita dorada en cada ojo, y sus pestañas eran densas, oscuras y largas.

Siguió mirándolo, negándose a ser la primera en apartar la vista. Poco a poco, su expresión cambió. Se volvió consciente del músculo

bajo su palma, del ascenso y descenso rítmico de su pecho y de su embriagador aroma masculino.

Sus extremidades se volvieron líquidas y su cuerpo se curvó y suavizó para adaptarse al de él. Se estremeció y, tras unas respiraciones irregulares, se rindió y bajó las pestañas.

Entonces notó algo extraño. Un bulto empujó contra su muslo, creciendo y endureciéndose.

¿Qué demonios era eso? ¿Un ratón?

De pronto, él le pellizcó las puntas rosadas de las orejas, haciéndola chillar de sorpresa.

—¿No va a preguntarme otra vez si me duele? —preguntó con voz ronca.

Ella negó con la cabeza.

—Recuerdo lo que pasó la última vez que pregunté.

Un mechón se escapó de su moño y rozó el labio de él. Él lo apartó con los dedos.

—Si hubiera preguntado, ahora le habría respondido que sí… en este momento me duele. Mucho. Ahora, ¿se aparta de encima de mí?

—¿Hmm? —preguntó ella, aturdida. Sus labios estaban demasiado cerca.

Él la agarró por la cintura y la lanzó a un lado.

—¡He dicho que me duele, mujer! Una espina de una de estas malditas rosas se me ha clavado en la espalda.

—Lo siento —se puso de pie de un salto, aliviada de que la niebla que le había nublado los sentidos se disipara tan rápido—. Seguro que su ayuda de cámara sabrá qué hacer.

—Se ha marchado por el día.

Ella dio media vuelta, pero la culpa la obligó a girarse de nuevo. Después de todo, aquello había sido culpa suya; él había intentado salvarla.

—¿Puede llamar a alguien más para que lo ayude?

—Sí.

—Entonces me iré.

—Maravilloso.

Se sujetó la cintura y se estremeció de dolor, claramente ansioso por despacharla de su vista.

Ella dio un paso hacia él, con la culpa royéndole como un perro con un hueso.

—¿Quién sacará la espina?

—Yo mismo.

—¿Eh? Está clavada en su espalda… ¿siquiera llega? ¿Y el mayordomo o los criados?

—No.

Ella alzó las cejas, sorprendida. ¿Sería, quizá, pudoroso?

—Supongo que tendré que ayudarlo ahora. Todo esto es culpa mía, y no sería correcto dejarlo así...

—Es perfectamente aceptable dejarme. Sería lo ideal...

—He sacado muchas espinas de pezuñas, patas y niños. Debo decir que soy toda una experta. Sé exactamente cómo sacarla limpia, sin romperla...

—Puedo arreglármelas. El médico...

—¿Por algo tan tonto quiere llamar a un médico? Déjeme intentarlo. Le prometo que en un instante la habré sacado.

—Está bien, pero tengo el presentimiento de que no podrá hacerlo.

—Ya veremos.

Él sonrió de lado.

—La espina está clavada en la parte baja de mi espalda.

—Eso dijo. Dese la vuelta… no la veo.

—Puede haber atravesado el abrigo.

—Pues entonces ¡quíteselo!

—Si insiste.

—Hmm, sigo sin verla. Tal vez tenga que quitarse la camisa.

Él se giró de golpe.

—¿No tiene ningún pudor de doncella? Pensé que en cuanto comprendiera que tendría que desnudarme, abandonaría esta estupidez.

Ella alzó la barbilla y le habló con el tono que había oído usar al médico del pueblo con los pacientes especialmente nerviosos.

—En Finnshire ayudé al médico. Ancianos, niños… a veces tenían que quitarse la camisa. Oh, no ponga esa cara. Siempre tenía una chaperona conmigo, y el doctor no me dejaba ayudar si la cosa se volvía demasiado delicada… Ah, ya veo cuál es el problema. ¿Es tímido? ¿O tiene la espalda especialmente peluda? Entiendo que sea sensible...

—No soy tímido —espetó—. Y mi espalda no es peluda.

Para demostrarlo, se quitó la camisa y la arrojó sobre una silla.

A ella se le secó la boca.

Su espalda era ancha, esculpida y de un dorado pálido. Irradiaba calor como una chimenea encendida. Los músculos ondularon cuando movió el hombro con impaciencia.

Ella se aferró a la falda para contener el temblor de sus dedos. Ver a flacuchos muchachos del pueblo sin camisa no tenía nada que ver con el espécimen varonil y palpitante que tenía delante. Tal vez debería dejar que el médico se ocupara de esto. No creía que su corazón resistiera; galopaba tan rápido como si un león hambriento persiguiera a mil ciervos dentro de su pecho.

—¿La encontró? —gruñó él.

—¿Hmm?

—¡La espina!

—Oh… sí, oh, no, eso era un lunar —balbuceó—. Un momento.

Podía hacerlo.

Sus dedos recorrieron su piel caliente, demorándose más de lo necesario. Trazaron sus omóplatos, descendieron cada vez más hasta llegar al borde de los calzones.

Por fin vio la espina marrón asomando de su piel; la zona alrededor estaba enrojecida. Pero, como poseída, sus dedos se deslizaron por su piel, rodeando el lugar.

Era como acariciar la seda más fina, y le costaba detenerse.

Él se tensó y se volvió para mirarla.

Ella lo miró al mismo tiempo y se quedó paralizada.

—¿Ha visto suficiente? —alzó una ceja.

—Coloque una silla delante de usted y prepárese —dijo ella, con una voz que le sonó extraña.

Su boca se tensó en una línea dura, y se dio la vuelta.

—Estoy listo —dijo, aferrándose a la silla.

Ella aspiró una bocanada grande y temblorosa y pasó suavemente un dedo sobre la espina marrón que sobresalía de la parte baja de su espalda.

—Puede que tenga que… eh… los calzones… sus calzones estorban. Tengo que pellizcar la piel alrededor de la espina, y así no puedo.

—¡No me quitaré los calzones! —espetó.

—No, solo bájelos un poco. No, demasiado… solo un poquito.

Él los bajó apenas.

—Ahora, esto puede doler, pero no se preocupe, se acabará enseguida.

Él jadeó.

—Maldita sea...

—Bueno, bueno, ya casi está. Se sentirá de maravilla después de esto.

Él se aclaró la garganta.

—Debería arrancarla… pero no se preocupe… creo que mis uñas son lo bastante largas para agarrar la cosita.

—Señorita Fairweather... —intentó apartarse.

Ella lo sujetó por la cintura y lo mantuvo inmóvil. Sus manos parecían ridículamente pequeñas contra la vasta extensión de su piel, pero su toque suave parecía tener el poder de congelarlo.

—Shhh, no hable. Déjeme concentrarme.

—Pero...

—¡Silencio! Si se mueve demasiado, podría romperse —lo reprendió, y volvió a hurgar para sacar la espina—. Un momento más y me felicitará por mi excelente destreza.

Algo cayó al suelo con un golpe sordo, y un jadeo rasgó el aire.

Ella sacó lentamente la espina y lanzó un grito de triunfo.

—¡Lo logré! Era larguísima. ¿Se siente mejor?

Alguien gritó.

Dorothy se quedó paralizada. Eso no había sonado como Huxley.

—¿Acaba de gritar usted, mi lord? —preguntó con temor.

—No —forzó las palabras.

Ella asomó despacio la cabeza por detrás de su muslo y miró hacia la puerta.

Lady Huxley, junto con Lady March y otras damas de la sociedad, los observaban, mientras tres criadas, el mayordomo, la señorita March y la señorita Huxley yacían en el suelo, desmayados como muertos.

—Lo siento muchísimo —fue Lady Huxley la primera en romper el silencio—. Pero parece que mi futura nuera y mi hijo querían pasar un rato juntos. Por supuesto, haremos que se casen mucho antes de lo previsto…

—¿Qué estaban haciendo? —susurró alguien en voz bien alta—. Ella estaba… y él estaba… y luego ella lanzó un grito… y él gimió… una postura muy extraña para…

—¿Quién es la joven? —preguntó Lady March en voz alta.

—La señorita Fairweather —respondió Lady Huxley con sequedad.

—¿Cuándo es la boda? —preguntó otra persona.

—Boda registrada… en cuanto el duque de Blackthorne consiga una licencia —dijo Lady Huxley, conduciendo a todos fuera de la habitación—. Es su cuñada, de una familia bien relacionada.

—Ah, sus vecinos —dijo alguien—, y amigos de la infancia. Qué profundamente romántico.

Huxley se dio la vuelta en cuanto se fueron, con los ojos encendidos de furia.

—Que tenga un buen día —chilló Dorothy, y se lanzó por la ventana.

CAPÍTULO DIEZ

—No fue culpa suya —exclamó Dorothy—. Me colé en su estudio y solo intentaba sacar la espina. ¿De verdad tengo que casarme con él por algo tan trivial?

Penelope la miró con gravedad.

—Me temo que esta vez tu acción irreflexiva tiene consecuencias, Dorothy. Tendrás que casarte con él. Sabiendo que fuiste la culpable, el duque no puede retarlo a duelo. Y, además, no lo permitiré.

—Pero Kitty lo ama —se lamentó Dorothy—. Oh, ¿por qué no puedo marcharme de Londres? Esconderme del mundo. Seguro que es mejor vivir una vida frugal de solterona que arruinar la felicidad de Huxley y de Kitty.

El duque alzó la cabeza con cansancio.

—Kitty se casó con Lord Lumley esta misma mañana en Gretna Green. Recibimos el aviso justo antes de que llegaras.

Dorothy se quedó como si le hubieran dado una bofetada.

—Debe de haber algún error —susurró.

—Ninguno —respondió el duque, incapaz de ocultar la compasión en sus ojos.

Penelope se puso de pie, con toda la majestad de una duquesa.

—Dorothy, el duque obtendrá una licencia especial y tu matrimonio quedará registrado antes de que termine la semana. Ya te había rogado que te abstuvieras de provocar un escándalo… ya no eres una niña para cometer un error tan necio y pensar que se casaría con Huxley, de entre todos—. La voz le tembló; se mordió el labio y salió de la habitación apresuradamente.

Tras un momento, el duque dijo con suavidad:

—Si él te lastima, ven directamente a mí. El matrimonio acallará las lenguas, pero no permitas que te trate con crueldad. Estoy enfadado y decepcionado por tus actos, pero siempre serás bienvenida aquí si necesitas ayuda o un hogar.

Dorothy lo vio marcharse a través de un velo de lágrimas. ¿Cómo había podido cometer un error tan horrible?

Su acto insensato había alejado a quienes más significaban para ella.

Sentía el corazón completamente roto, hecho añicos en un millón de pedazos. ¿Cómo había podido Kitty traicionarla así? Y ahora incluso su familia la abandonaba en manos de un extraño.

***

Dorothy se hundió en el mullido asiento de cuero del carruaje y acomodó con cuidado su falda de satén color prímula vespertina.

Penelope y Celine aparecieron detrás de ella y ocuparon los asientos opuestos. Su aspecto reflejaba cómo se sentía Dorothy: como en un funeral

Penelope miraba por la ventanilla, negándose a mirarla, mientras que Celine parecía prepararse para la guillotina de un pariente querido.

El carruaje se puso en marcha de un tirón, y el estómago de Dorothy se sacudió con él.

—Le escribiré a mamá y le contaré todo esto —Celine hizo un gesto hacia Dorothy—. Estará más que satisfecha.

Penelope asintió brevemente.

—Lo siento —dijo Dorothy por lo que le pareció la enésima vez.

—Si tan solo hubiera sido cualquiera menos él… esto ha herido al duque, que no ha sido más que amable contigo —respondió Celine, cansada—. No quiero volver a hablar de esto, Dorothy. Ya sabes cómo me siento… cómo nos sentimos todas.

—¿No volverás a hablarme nunca, Penny? —la voz de Dorothy tembló.

Penelope apretó los labios, única señal de que la había oído.

Dorothy se negó a ceder al llanto. Abrazó las rosas rosadas y blancas de tallo largo que llevaba en el hueco del brazo e inhaló su aroma fresco y dulce. Eran rosas de los jardines de la mansión Blackthorne… del parterre de Penelope. Eso le dio esperanza. Puede que Penelope y Celine estuvieran enfadadas ahora, pero no lo estarían por mucho tiempo, se prometió en silencio. Haría que sus hermanas la perdonaran.

—Hemos llegado —Penelope por fin la miró de frente—. Te casarás dentro de una hora.

Y Dorothy se *casó* en una hora.

Ahora tenía un nuevo hogar, un marido, una familia y un título, e incluso su nombre le resultaba ajeno a la lengua.

Lady Dorothy May Huxley.

El registro fue breve, rápido e impersonal. Tan rápido, de hecho, que el acontecimiento trascendental se sintió anticlimático… irreal. Que su mundo se pusiera patas arriba de un modo tan simple y sin alboroto la dejó aturdida. En un instante, todo lo que le era familiar le fue arrebatado.

—Dorothy —el duque la sujetó del brazo para detenerla.

Dorothy parpadeó bajo la luz dura del sol.

—Va usted en la dirección equivocada. El carruaje de Huxley está detrás del nuestro.

Parpadeó de nuevo y se concentró en el emblema dorado de Blackthorne grabado en el carruaje frente a ella. Inclinó la cabeza para ocultar el miedo que la invadió de repente y desandó el camino hacia su nueva vida.

***

Huxley estaba sentado frente a ella, bañado por el sol. Su piel relucía como oro pálido, mientras sus ojos permanecían fijos en el paisaje que pasaba. El carruaje era cómodo, bien suspendido y espacioso, pero aun así parecía diminuto, con su figura alta y ancha ocupando la mitad.

Su aura gélida y la sensación de extrañeza en su mirada aniquilaban cualquier calidez que el sol abrasador pudiera aportar a aquella mañana tardía de su vida recién casada.

Ella se retorció las manos, preguntándose cómo hablarle y aflojar la tensión.

Él estaba recostado, con la espalda ancha apoyada en el asiento, vestido con un abrigo de terciopelo azul oscuro que en la penumbra parecía casi negro. Sus largos dedos, enfundados en guantes de cabritilla color cervato, descansaban sueltos sobre el regazo, relajados e inmóviles, mientras mantenía las piernas recogidas, cuidando de no invadir su espacio.

De él emanaba una sensación de calma, como si fuera un monje, ajeno a este mundo. El asunto de haberse casado con tanta premura no parecía preocuparle.

El carruaje dio un bandazo al pasar por un gran bache. Los caballos relincharon y siguieron adelante, ajenos a las emociones crecientes de los pasajeros que transportaban.

—Mi lord, lo siento —dijo ella por fin, con una voz tan baja como el zumbido de un mosquito.

Su rostro permaneció inmóvil, propio de un auténtico aristócrata, prometiendo no moverse ni aunque las estrellas cayeran a la tierra y lo incendiaron todo.

Ella tragó saliva y continuó:

—Yo… esto es culpa mía. No debería haber sido tan irracional, presuntuosa y atrevida. Le prometo cumplir con mi deber de ahora en adelante como su esposa. Después de un año, cuando todo esté asentado, podré mudarme al campo y dejarlo en paz.

Él permaneció impasible, sin molestarse siquiera en reconocer que la había oído. Un momento después, bostezó, haciéndola parpadear.

Acababan de casarse, había ocurrido una calamidad, y él tenía la desfachatez de bostezar. ¿Qué demonios le pasaba por la cabeza?

Ella se guardó la irritación en lo más hondo del pecho. No tenía derecho a enfadarse; él podía bailar una giga o zarpar hacia África, y ella tendría que soportarlo.

Soportar todo lo que aquel hombre le arrojara a partir de ahora.

Al menos era agradable a la vista. Tan apuesto… pero ¿de qué servía eso si vivían en continentes distintos?

No, no podía detestarla tanto como para abandonar su tierra natal.

Se dio una palmada en la frente; olvídalo, ¿qué le pasaba a ella? ¿Por qué de pronto se imaginaba cortejándolo en una jungla exótica?

El carruaje siguió avanzando y los caballos al galope entraron en la frondosa avenida que conducía a la finca Ansley.

—No le causaré molestias —dijo ella con desesperación, con la esperanza de ablandarlo antes de llegar a su casa—. De verdad lo siento y me siento fatal.

Sus pestañas se estremecieron tan brevemente que ella se lo habría perdido de no haber tenido la mirada clavada en su rostro.

Se inclinó hacia delante y aferró sus rodillas, ansiosa por una sola palabra o una mirada de consuelo.

Él no la reconoció ni la desestimó; la trató como a un cojín decorativo mudo, abandonado sobre el asiento de terciopelo.

Como si no tuviera la menor importancia.

Una brisa suave y ligera le acarició el rostro y luego siguió su camino para jugar con el cabello de él.

¿Cómo podía algo ser tan leve y frívolo cuando el mundo entero se derrumbaba alrededor de sus oídos heridos?

El silencio se prolongó hasta que, por fin, el lacayo llamó a la puerta para anunciar su llegada.

Dorothy lo vio bajar sin mirar atrás, mientras ella se movía con más lentitud.

Observó los anchos hombros del hombre que tenía delante. Su marido… que ahora tenía control absoluto sobre su vida.

Se sintió como un pescador atrapado en una tormenta. Un vendaval rugiente la empujaba por una senda desconocida, mientras a su alrededor solo veía el interminable mar gris.

Se llevó la mano al estómago, mareada y sin aliento. Sus intentos de mejorar la atmósfera turbulenta habían fracasado de manera estrepitosa, y su camino hacia la redención se antojaba ahora más retorcido y espinoso de lo que había imaginado.

Aquel hombre taciturno y silencioso requeriría mucho trabajo para quebrarlo y suavizarlo, pero ella siempre había sido trabajadora y perseverante. Una vez había encontrado un gatito con una oreja quemada y un carácter feroz; cuidó de aquel demonio bufador hasta devolverlo a la salud, lo fue amansando hasta que se enamoró de ella y durmió en su cama hasta morir de viejo.

¿Seguro que no sería más fácil ganarse a un hombre criado sano y rico que aquel gatito traumatizado?

Él empujó las enormes puertas de palisandro, exquisitamente talladas, de Ansley Hall y entró con paso decidido.

Incluso su espalda parecía fría como un Himalaya cubierto de nieve, inaccesible y ajeno.

No importaba. Un pequeño fracaso no auguraba un futuro sombrío. Apretó los dientes y se apresuró a alcanzarlo.

¡Argh!

Alguien gritó en el instante en que ella cruzó el umbral.

—¿Por qué tenía que casarse con ella? —el lamento de una joven rasgó el aire.

—Chist, estará aquí en seguida —respondió una voz.

Dorothy se quedó paralizada. Reconoció las voces que flotaban desde la gran escalinata. La señorita Huxley y su madre estaban, una vez más, hablando de ella.

—Iba a casarse con la señorita March —sollozaba histéricamente la señorita Huxley—. ¡La besó anoche! ¡Lo vi hacerlo!

—¡Sophia! —la reprendió lady Huxley—. Aún no se ha casado con el príncipe. Él no querrá saber nada de una familia plagada de escándalos, por muy generosa que sea su dote. Debemos comportarnos como corresponde. No permitiré que nada manche el nombre de los Huxley ni arruine sus excelentes perspectivas.

—Madre —llamó lord Huxley con retraso—. Ya ha llegado.

Dorothy se colocó una sonrisa en el rostro y dio un paso más hacia el interior.

—Oh…

La exclamación se le escapó de los labios y, durante un breve instante, se olvidó de sí misma, quedándose absorta ante la visión que se desplegaba ante sus ojos.

La luz del sol entraba a raudales por los lujosos ventanales, iluminando tapices de intrincados diseños. Alzó la vista para admirar el techo alto, exquisitamente pintado con diversas escenas mitológicas.

En el vestíbulo había también un estanque, con lirios blancos en flor y peces. Una suave alfombra persa azul se extendía al pie de la gran escalera, y exuberantes plantas verdes, colocadas en jarrones ornamentados, salpicaban la sala sostenida por columnas de mármol.

Inspiró hondo para serenarse. Podía hacerlo, se dijo. Era un gran cambio, sí, pero lo que ahora le resultaba ajeno e intimidante pronto se volvería familiar y reconfortante… o eso esperaba.

Volvió a recorrer con la mirada el impresionante vestíbulo y apenas podía creer que fuera la dueña de todo aquello.

El pie de Huxley comenzó a golpear el suelo con impaciencia, sus ojos fijos en la escalera, mientras el personal, alineado para dar la bienvenida a la nueva señora de la casa, procuraba no inquietarse.

Lady Huxley y Sophia aún no habían bajado a recibirlos.

Cuando Sophia lanzó otro chillido indignado, Huxley masculló algo con fastidio y subió los escalones de dos en dos.

Dorothy se balanceó sobre los talones, sintiéndose terriblemente incómoda. No sabía adónde ir ni qué decir.

Cuarenta ojos de los criados más importantes de la casa la observaban con expectación.

Respiró hondo y avanzó. Tendría que presentarse.

El servicio la miró con cierta lástima mientras ella los saludaba uno por uno. Mantuvo los hombros rectos y el mentón en alto.

Su sonrisa no flaqueó en ningún momento.

Evaluó rápidamente al personal, intentando memorizar los nombres y los rostros de los sirvientes más relevantes.

El ama de llaves parecía una pluma de ganso: una mujer parca y fría. El mayordomo era un hombre alto y digno, con una expresión permanentemente desdeñosa. La cocinera, en cambio, era una joven extravagante, con un gorro floreado, zapatos desparejados y gestos delicados.

No tardaron en confundírsele los nombres y los rostros, y la cabeza empezó a latirle con fuerza.

Alzó la vista hacia la escalera por quinta vez. Había pasado un buen rato, pero no aparecía ningún miembro de la familia.

Por fin, pidió a dos doncellas de arriba que la condujeran a su alcoba, donde abrió de par en par las ventanas, se metió en la cama, lloró y luego se quedó dormida.

CAPÍTULO ONCE

Ya entrada la noche, mucho después de que el sol se hubiera puesto, se despertó y se encontró con una doncella de ojos muy abiertos mirándola fijamente.

—¿Qué ocurre? —bostezó Dorothy.

—¿Desea cenar? —chilló la doncella.

—Iré a reunirme con los demás —respondió Dorothy.

—Ya han cenado —replicó la doncella con tono apologético.

Dorothy se obligó a parecer animada.

—Bueno, tengo hambre. Me encantaría comer algo.

La cena fue un asunto solitario. Apenas probó el cordero, demasiado ocupada rumiando el hecho de que lo que debería haber sido el día más feliz de su vida se había convertido en una tragedia.

Apartó la pequeña cesta de azúcar llena de rosas, violetas y jazmines confitados. Basta de lamentarse, se reprendió, y saltó de la cama.

Sus dedos descansaron unos instantes sobre el picaporte antes de caer débilmente a su costado. Era mejor explorar primero su habitación. Al fin y al cabo, ya estaba allí.

Era preciosa. Mucho más de lo que había esperado.

Tres enormes chimeneas iluminaban la estancia y el salón contiguo, y candelabros de plata labrada con velas de cera de abeja proyectaban una luz dorada y centelleante sobre todo.

El tocador estaba cubierto de peines, cepillos nuevos de plata y tarros de cremas y aceites. El armario de teca ocupaba toda una pared, mientras que en el extremo opuesto había dos sillas ornamentadas tapizadas en brocado dorado. La cama con dosel estaba cubierta con metros y metros de gasa, y la ropa de cama era del tejido más suave, ribeteado con satén y encaje.

Descubrió un precioso cuarto de baño con cortinajes azules y plateados, grifería de plata y un pequeño saloncito privado para recibir visitas.

De vuelta en el dormitorio, encontró otra puerta junto al armario. Era ancha y de palo de rosa. Supo de inmediato que conducía a la habitación de Huxley.

Naturalmente, no se atrevió a abrirla y se alejó a toda prisa.

Una brisa delicada y fresca agitó las cortinas de encaje blanco del ventanal, atrayendo su mirada hacia el exuberante jardín de rosas, iluminado por lámparas titilantes. Una luna grande y redonda colgaba sobre el jardín, iluminando aún más las albas, las cuisse de nymphes, las banksias y las viejas rosas repolladas, arqueadas y bamboleantes.

Estaba claro que quien había decorado la habitación no había escatimado en gastos.

Se quedó solo con la camisa, sin molestarse en esperar a su doncella, y se preparó para dormir. Al menos, Huxley no era un avaro.

Eso era algo a lo que aferrarse con esperanza.

Tal vez llevaría a partir de entonces una existencia solitaria, pero lujosa. Decidió ahogar sus penas bebiendo el champán más caro y vistiéndose de perlas y esmeraldas de ahora en adelante.

Si él no la amaba, podría entregarse a manjares deliciosos y engordar sin la menor preocupación.

Su ánimo mejoró mientras, en una ensoñación maravillosa, gastaba el dinero de su marido. Se acurrucó más profundamente en la cama blanda, imaginando su desolado futuro de lujos extendiéndose ante ella.

Se vio recorriendo los corredores de Ansley Hall con un vestido blanco y vaporoso, goteando diamantes del cuello y las muñecas, mientras su corazón se consumía por una gota de amor.

Podía imaginarse llorando amargamente mientras su familia y sus amigos la rechazaban. Sería tan terriblemente desdichada que, incluso después de muerta, la gente oiría sus lamentos patéticos mientras flotaba de habitación en habitación, buscando compañía.

Su historia se contaría una y otra vez como advertencia para todos los hombres que decidieran tomar esposa. Sería una lección para maridos ricos, crueles y despiadados que abandonaran a sus...

—¿Estás dormida?

La voz grave de Huxley resonó en la habitación.

Ella dio un respingo y se subió las mantas hasta la barbilla.

—Voy a entrar —advirtió él.

No, quiso gritar. ¿Cómo se atrevía una despreciable criatura del sexo opuesto a entrar en su habitación a esas horas de la noche?

Apareció al pie de la cama mientras ella aún intentaba formar las palabras adecuadas para pedirle que no se comportara como un canalla.

Vestía una bata de casa azul oscuro con un fino ribete plateado que se abría en el cuello, dejando ver piel brillante. Su cabello estaba ligeramente húmedo y parecía aún más oscuro y lustroso. Gotas de agua escapaban de las puntas y resbalaban por el lado de su oreja izquierda hasta desaparecer bajo la bata.

Ella lo miró horrorizada.

Él se llevó rápidamente un dedo a los labios y señaló la puerta. Al alzar la mano, la bata se abrió un poco más y dejó al descubierto sus muñecas. Su piel era clara e impecable por donde ella alcanzaba a ver, sin una sola peca ni cicatriz.

Sus ojos se entrecerraron, y ella apartó de inmediato la mirada errante para devolverla a su rostro. ¿Eh? ¿Qué intentaba decirle?

Siguió la dirección de su dedo y vio una sombra que se movía bajo la rendija entre la puerta y el suelo.

Alguien estaba escuchando.

Él se acercó a la cama y se inclinó hacia ella.

El corazón comenzó a golpearle con fuerza cuando su rostro se acercó lo suficiente como para rozar el suyo. Un aliento cálido se desplegó sobre sus labios y mejillas, enviándole un hormigueo por la espalda.

Se acercó aún más, hasta que su boca casi tocó su escandalizada oreja izquierda.

—No grites. Bájate de la cama y siéntate en la silla.

Una gota de agua fría le cayó en la frente cuando él se apartó, y ella se escondió bajo el edredón.

No. No soltaría jamás ese edredón, ni siquiera en su lecho de muerte. Él no volvería a ver su rostro, y ella moriría en esa cama, hambrienta, sedienta y cubierta de moho.

¡Solo llevaba una camisa! ¿Cómo esperaba que se expusiera así, como una descarada, a su mirada masculina? Ah, el insensible descerebrado.

Él esperó un momento y, al ver que ella no se movía, la alzó en brazos, edredón incluido, y la depositó en la silla de respaldo alto junto a la ventana, el punto más alejado de la puerta.

Luego, con paciencia y suavidad, procedió a sacarle la cabeza de debajo de la manta.

Su rostro enrojecido apareció por fin ante él y, una vez más, se llevó el dedo a los labios y susurró:

—Las doncellas de mi madrastra están escuchando en la puerta para asegurarse de que consumamos el matrimonio.

Quiso volver a esconder la cabeza bajo el edredón al oír sus palabras, pero estaba tan enredada en él que no lograba liberar las manos sin hacer un esfuerzo exagerado. No quería parecer ridícula ante su esposo, así que se quedó mirando la alfombra, con el rostro encendido.

Él observó un momento el temblor de sus pestañas antes de preguntar:

—¿Tu madre te dijo qué esperar en tu noche de bodas?

Ella asintió, con movimientos torpes y poco naturales.

—¿Y qué te dijo? —insistió.

—Es una historia larga —susurró, avergonzada, e intentó desviar su atención cambiando de tema—. Deberías sentarte. Arrodillarte tanto tiempo debe doler. ¿Quieres que llame para que traigan té?

—¿Una historia larga?

Se puso de pie, abrió la ventana para dejar entrar la brisa cortante y fría, y luego acercó la segunda silla hasta donde ella estaba sentada.

—Habla.

—Tienes el pelo mojado y has abierto la ventana. ¿No temes resfriarte?

Él tomó la silla y la colocó al otro lado de ella, más cerca de la chimenea y lejos de la corriente de aire.

¿Tan obediente? Ella lo miró con desconfianza.

—Ahora, dime.

—¿Quieres una ciruela confitada?

—Quiero oír qué te dijo tu madre sobre la noche de bodas.

Su tono era paciente, sereno como un lago helado, como si nada pudiera alterar su compostura. El hombre que tantas veces le había gruñido estaba ahora firme e imperturbable.

¿Por qué no estallaba de ira como los demás? Después de todo, en todo aquel embrollo, él era quien más había salido perjudicado.

Ella bajó las pestañas y volvió a admirar la alfombra.

—Me contó una historia sobre un ratón guerrero.

Su expresión se torció, pero le hizo un gesto para que continuara.

Así que continuó:

—El ratón tenía un hogar, pero una pared lo bloqueaba, así que tomó una lanza y se lanzó contra ella. Tenía nostalgia… mucha nostalgia, tanta que estaba desesperado. Se estrelló contra la pared una y otra vez hasta quedar magullado, sangrando y lleno de golpes.

Sus ojos se nublaron de confusión.

—Sigue.

—Entonces el ratón guerrero murió.

—Ah.

—Pero al día siguiente volvió a la vida.

—¿Un ratón inmortal? —alzó las cejas, incrédulo.

—Ajá. Así que luchó de nuevo con todas sus fuerzas, embistiéndola una y otra vez. Luego escupió sangre y murió.

—¿Y volvió a vivir?

—Sí. Pero al tercer día logró atravesar la pared y entrar por el agujero que era su hogar.

—Siempre es a la tercera, ¿verdad? —se rascó la barbilla y se quedó mirando el fuego hasta que los ojos se le humedecieron.

—Ajá.

—¿Eso es todo?

—Sí.

—¿Y tus hermanas te dijeron algo?

—Penelope me dijo que en las noches de boda un hongo alargado cae por el pozo.

—Ajá. ¿Y la otra hermana casada?

—Celine. Dijo que en la noche señalada la espada se envaina.

Él se frotó las sienes.

—¿Necesitas… que alguien más te lo explique?

Ella abrió los ojos de par en par y casi saltó de la silla.

—¡No! Yo crecí en Finnshire… en una g...granja. Sé lo suficiente.

Él se puso de pie de golpe, y ella soltó un chillido de susto. Aquella expresión sombría y oscura había regresado.

¿Iba a abalanzarse sobre ella?

No. Preferiría despedazar la silla y convertirse en el relleno.

Él alzó la mano y movió los dedos.

¿Estaba señalando la ventana? ¿Un fantasma?

Ella se volvió y vio a un hombre entrando en la habitación. Por su aspecto delicado, sus facciones finas y sus bonitos ojos verdes, lo reconoció como el ayuda de cámara de Huxley.

Esta vez fue su mirada la que se nubló de confusión.

Huxley se inclinó desde la cintura y volvió a acercar los labios a su oído, cubriéndola por completo con su presencia, como si estuvieran abrazándose.

—Lo que ocurra ahora no debería sorprenderte, ya que creciste en una granja. Solo te pido que guardes silencio y nos dejes trabajar.

Luego el ayuda de cámara se sentó en el suelo, apoyando la espalda contra la cama, mientras Huxley sacaba de su bata una bolsa de tela rojo oscuro y la colocaba sobre la mesa.

Ella observó, aturdida, cómo su esposo sacaba veinte plumas de escribir. Tomó una, la sostuvo en alto, la examinó por todos lados y comenzó a afilarla.

¿Por qué necesitaba tantas plumas? ¿Quién escribiría tanto? Pero eso no era lo más desconcertante.

¿Qué demonios estaba pasando?

¿Había entendido mal el significado de la noche de bodas? Porque aquello parecía un momento inocente y entrañable de unión… afilando plumas.

¡Ahhh!

De pronto, el ayuda de cámara emitió el sonido más espantoso, como un espectro agonizante.

Puch, puch, puchiii.

Luego frunció los labios y empezó a hacer ruidos de besos.

Ella miró al ayuda de cámara y al imperturbable Huxley, y luego otra vez al primero.

El ayuda de cámara soltó una risita, sorprendentemente femenina.

Sus ojos se abrieron de par en par. ¡El ayuda de cámara se suponía que era ella! Estaba fingiendo ser ultrajada… o mejor dicho, actuando como él creía que ella sonaría.

Por supuesto, no podía quedarse sentada sin hacer nada. Aquello era inaceptable, impropio y humillante. Así que liberó las manos, se subió el edredón y volvió a esconderse.

¡Era demasiado! El escándalo, la boda apresurada y ahora esta noche tan, tan extraña. No podía soportarlo. Su piel no podía ponerse más roja sin que se incendiara.

Eso quizá no estaría tan mal.

¡Oh! ¡Si tan solo pudiera arder espontáneamente!

El ayuda de cámara habló en voz baja, divertido por su comportamiento:

—Perdón. Suelo interpretar papeles femeninos en el teatro porque soy de huesos finos, y por eso mi señor me pidió ayuda. Puede estar tranquila, seré discreto.

—Shhh —advirtió Huxley, tomó otra pluma y siguió raspando—. Podrían oírnos.

Tras un rato escuchando al ayuda de cámara gemir, el calor bajo el edredón se volvió sofocante, tan cerca de la chimenea, así que primero asomó la nariz y luego los ojos.

Huxley se había movido sin que ella lo notara y ahora estaba de pie junto a la cama, con un brazo extendido. En la otra mano brillaba una daga.

Ella lo observó horrorizada mientras él alzaba la daga como si fuera a ofrecer un sacrificio a dioses paganos y se cortaba el brazo.

Tanto el ayuda de cámara como ella gritaron.

Dos gritos femeninos resonaron en la habitación.

Huxley, el ayuda de cámara y ella se quedaron congelados. ¿Cómo explicarían aquella anomalía a quienes escuchaban?

Para colmo, la sangre comenzó a brotar del brazo de Huxley y a empapar la sábana, formando un pequeño charco rojo.

Había tanta sangre que parecía que habían degollado a un animal pequeño más que una virgen perdiendo su tesoro más preciado.

Oh, ¿qué pensaría la casa?

El ayuda de cámara palideció y se tambaleó antes de inclinarse ante Dorothy en disculpa.

—Te dije que guardaras silencio —murmuró Huxley, bajándose la manga y apretando el brazo para detener la hemorragia.

La sangre goteaba de la cama al suelo mientras caminaba hacia la puerta que comunicaba con su habitación.

El ayuda de cámara corrió hacia él, le desarregló el pelo, le apartó el cuello para dejar ver los omóplatos marcados y luego se lanzó hacia la ventana. Apenas había pasado una pierna por el alféizar cuando la puerta contigua se abrió y entraron una tímida ayudante de cocina y la doncella de Dorothy con una tina de agua caliente y paños de muselina.

Vieron al duque desaliñado, al ayuda de cámara, la sangre salpicando el suelo y la cama, y a Dorothy temblando como una rama al viento, envuelta con fuerza en el edredón.

El tiempo pareció detenerse. Nadie supo qué decir. Las criadas comenzaron a marearse, el ayuda de cámara a deslizarse, y Huxley frunció el ceño.

—Cambien las sábanas —ordenó.

El ayuda de cámara desapareció por la escalera; Dorothy fingió desmayarse y cayó de nuevo en la silla, mientras las criadas juraban en silencio no casarse jamás.

Miraban a Dorothy con preocupación mientras trabajaban a toda prisa, y Huxley mantenía el brazo oculto bajo la bata, presionando la herida para frenar la sangre.

Cuando por fin se marcharon, Dorothy se incorporó.

—Espera —lo llamó cuando él estaba a punto de volver a su habitación.

Arrastrando el edredón por el suelo, fue hasta el armario, sacó su botiquín, rebuscó entre los frascos y regresó.

—Toma. Este bálsamo es bueno para la herida. Y esta v...venda.

Él los guardó.

—Tus plumas —le recordó ella en voz baja.

Él también las tomó.

Se miraron, ambos conscientes de que aquella noche demencial sería el primer secreto entre ellos como marido y mujer, y que habría muchos más.

—Voy a cerrar la puerta por mi lado. No quiero que te tomes libertades indebidas conmigo —dijo él, cerrando la bata.

—¡No voy a colarme en tu habitación para… tomarme libertades contigo! —balbuceó ella, escandalizada—. ¡Si acaso, debería preocuparme yo de que tú hicieras lo mismo conmigo!

Él resopló con incredulidad.

—Eso es sumamente improbable, teniendo en cuenta que yo soy un espécimen muchísimo más tentador de lo que tú jamás podrías aspirar a ser. Además, si hubiera tenido una intención semejante, no habría necesitado montar toda una obra. Buenas noches.

Dorothy pasó el resto de la noche echando humo. ¡Qué absolutamente, frustrantemente, exasperantemente arrogante! ¿Tentador…? ¡Se creía tentador! ¡Era tan tentador como una víbora venenosa!

Al menos la rabia le impidió compadecerse de sí misma y pasarse la noche llorando. Así podría presentarse a la mañana siguiente en el desayuno con el rostro fresco y los ojos brillantes… lista para la batalla.

Entonces recordó toda la sangre y al ayuda de cámara escapando.

¡Ahhhh! ¿Qué pensarían los criados?

¿Cómo iba a enfrentarse a su suegra?

Todo aquello era demasiado embarazoso.

Tan embarazoso que iba a morirse.

CAPÍTULO DOCE

A la mañana siguiente, Dorothy fue despertada por una música fuerte y atronadora. Abrió los ojos y se encontró con dos grandes ojos redondos mirándola fijamente. Era la misma criada que la había atendido la noche anterior.

—¿Está viva, mi señora?

Dorothy parpadeó varias veces, se quitó unas legañas de las comisuras de los ojos y emitió un sonido confuso.

La mujer la observó con una expresión suave y tierna, como si tuviera delante a un cachorro herido.

Ah, la sangre; de pronto Dorothy recordó dónde estaba y lo que había ocurrido. Con razón la trataban como a una moribunda.

Se preguntó si debería explicarse, pero ¿qué podría decir? Todo era demasiado enrevesado, y ninguna explicación parecía adecuada.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Dorothy.

—Milly.

—¿Quién está aporreando el piano con tanto entusiasmo, Milly? —bostezó Dorothy.

—En la sala de música… están ensayando...

—¿Quién?

—¿Quién, señorita?

—Quiero decir, ¿quién está ensayando?

—Músicos.

—¿Qué músicos?

—Los que tocan instrumentos, señorita —respondió Milly con una expresión que indicaba que pensaba que su nueva señora era un poco corta de luces.

—Quiero té —se frotó las sienes. Aquel maldito estruendo era una tortura después de una noche de sueño inquieto.

—¿Y el desayuno?

—Comeré con los demás.

—Perdóneme, pero ahora está casada...

—No comeré en la cama.

Milly hizo una reverencia y se retiró, aún menos impresionada que antes.

Otra criada entró con una bandeja de té, vio el rostro pálido de Dorothy y reprimió un sollozo.

—Té, mi señora.

Dorothy sonrió débilmente y lo aceptó. Tras beber hasta la última gota, salió de la cama y se acercó a la jofaina.

Se salpicó la cara con agua fría y se miró al espejo.

La funda de almohada con encaje que había admirado la noche anterior le había dejado la marca grabada en la mejilla. Y las cosas no mejoraban a partir de ahí.

En lugar de parecer una novia radiante y sonrojada, daba la impresión de encarnar los rasgos físicos de una bebedora empedernida de ginebra.

Su doncella llegó para ayudarla a vestirse, distrayéndola de aquella visión espantosa.

—¡Rosie! Espero que te estés adaptando bien —Dorothy estuvo a punto de llorar de alivio al ver un rostro familiar. Rosie era la única criada que había traído como parte de su dote.

—La cocinera es muy amable.

—Eso está bien.

—Anoche… señorita… quiero decir, mi señora —Rosie hizo una pausa, ajustándose al nuevo tratamiento—. Usted, la sangre…

—No te preocupes. No estoy herida —se lavó y secó la cara con rapidez.

Rosie rompió a llorar.

—¡Pero… POR QUÉ HABÍA TANTA SANGRE!

Dorothy le dio unas palmaditas en la espalda y siguió vistiéndose, sin saber cómo responder. El martilleo en su cabeza aumentó.

—¡Buaaa! —aulló Rosie—. ¡Usted estaba haciendo esto y aquello… y terminó en un asesinato!

—Estoy viva.

—¡Tanta SANGRE!

Un triste acorde de arpa resonó por la habitación, reflejando el ánimo melancólico.

—¡Oh, esa maldita música! ¿De verdad tienen que tocar tan fuerte por la mañana? —gruñó Dorothy, metiendo la cabeza por el cuello de un vestido de muselina verde suave—. Tengo que ver qué pasa.

—¡Su cabello! —chilló Rosie—. ¡Pérdida de sangre! ¡Puede desmayarse, mi señora, deténgase!

—¡Al diablo! —le gritó Dorothy, y se marchó decidida a investigar la sala de música.

No fue difícil encontrarla. Estaba justo debajo de su dormitorio.

Empujó la puerta y se detuvo, sorprendida. Aquello no era lo que esperaba. En lugar de encontrar a la señorita Huxley pulsando el arpa para fastidiarla, se encontró con un grupo de hombres desparramados sobre diversos instrumentos musicales. Uno tocaba el piano mientras otro gritaba instrucciones por encima del ruido. En una esquina, alguien trasteaba con una cítola. Un hombre se recostaba en el asiento de la ventana tocando la flauta, mientras otro afinaba un violín.

Al verla, se detuvieron y la observaron sin reparos. Una sala llena de hombres que exudaban hostilidad la hizo estremecerse de golpe. Aquello no era su hogar ni la casa de su hermana; ¿cómo había podido irrumpir así, sin pensar?

La falta de sueño le había embotado el cerebro hasta convertirlo en sopa.

Dio un pequeño paso atrás. Las miradas burlonas y poco amistosas la hicieron sentirse asustada.

Un joven de cara grasienta, que no parecía tener más de dieciséis años, le agarró la mano con descaro y la atrajo hacia dentro.

—La novia está aquí —sonrió—. Perdón si la despertamos.

—Ah —respondió ella, desconcertada.

El hombre del piano hizo girar un sombrero en la punta del dedo.

—Nos preparábamos para tocarle una canción. No sabíamos que se levantaba tan temprano… pero lista o no, aquí va.

El joven que la había atraído volvió a colocarse frente a ella, como preparándose para bailar. Las primeras notas flotaron en el aire, y se sorprendió al descubrir que la melodía era agridulce y maravillosa.

Y, sin embargo, en contraste con aquella música tan hermosa, estaba rodeada de hombres extraños con sonrisas de máscara.

Las sonrisas repentinas y la ligereza afectada no la engañaron. Después de todo, había pasado incontables reuniones sociales bordeando las salas y observando a la gente. Ella no era bienvenida, y aquello no era más que una representación.

La estaban poniendo a prueba.

Frunció el ceño, confundida. ¿Para qué?

El joven tiró de su mano, animándola a seguir sus pasos. Parecía joven, pero su cuerpo era el de un hombre hecho y derecho. Esa cercanía, junto con sus miradas inquisitivas, la hizo sentirse incómoda.

Apenas se molestaban en ocultar su desprecio.

Tenía que salir de allí.

Se zafó de su agarre y empezó a retroceder hacia la puerta.

—Tal vez… más tarde.

Su espalda chocó contra una pared, y al girarse se encontró con Huxley detrás de ella. Quién sabía en qué momento había entrado.

Le colocó las manos en los hombros y la giró hacia la sala. Sus ojos eran como pedernales, chispeando en advertencia.

La habitación se enfrió, y los hombres que estaban holgazaneando se enderezaron de inmediato. Algunos parecían confundidos por la hostilidad en el rostro de Huxley.

—Espero que le concedan el mismo respeto y cortesía que me conceden a mí —dijo Huxley con educación, aunque la amenaza subyacente fue evidente para todos.

El corazón de Dorothy dio un salto al oírlo; no esperaba que la protegiera así, no después de todo lo ocurrido entre ellos.

Un hombre soltó una carcajada, y ella lo reconoció. ¡Era el ayuda de cámara! El enjambre de hombres lo había ocultado, y no lo había visto antes.

—¿Cambió después de una sola noche de pasión? —guiñó el ojo con descaro.

¿Pasión? ¿Qué…? Ah, la estaba ayudando. Bajó la cabeza y fingió dócilmente ser una novia tímida la mañana después de casi haber sido asesinada.

—¡Bailen! —gritó alguien.

Tras la sutil reprimenda del dueño de la casa, los hombres se volvieron dóciles y comenzaron a tocar con premura para disipar el ambiente pesado.

Un hombre valiente se acercó e hizo una reverencia.

—¡Pero si usted es el ayudante del cocinero! —lo acusó ella.

Él sonrió.

—Lo soy. Y el del piano es el mayordomo, el gordo es el jardinero jefe, esa criatura de mal aspecto cuida de las cuadras y los sabuesos, el de la flauta pule la plata...

—¿Todos trabajan en la casa?

—La mayoría. Aunque también tenemos uno o dos invitados entre nosotros.

—Son un grupo muy talentoso.

—Muchas gracias, señorita —el ayudante del cocinero volvió a inclinarse—. ¿Le gustaría bailar?

De pronto, una ráfaga de aire helado pareció envolver la habitación.

El ayudante del cocinero alzó la vista, vio la mirada de Huxley por detrás de la cabeza de Dorothy y palideció. Cambió de tono apresuradamente.

—¿Le gustaría bailar con mi señor? Podemos tocar un vals.

¿Estaría dispuesto?

Dorothy giró sobre sus talones y se encontró entre los brazos de Huxley.

Alzó la vista hacia él, y su corazón comenzó a martillear con fuerza en el súbito silencio palpitante. No era muy alta; sus huesos eran estrechos y frágiles, y su piel pálida se había vuelto aún más blanca tras aquellas semanas difíciles.

En contraste, él era extraordinariamente alto, quizá el más alto y ancho de la sociedad. Su piel irradiaba salud, y sus ojos estaban claros y brillantes, como si hubiera dormido bien.

El contraste entre sus físicos la hizo temblar y tomar conciencia de lo débil y vulnerable que era.

¿Estaba enfadado por las libertades que se había tomado su personal? ¿Se volvería violento?

Con un solo giro podría romperle la muñeca con facilidad. Palideció aún más, y los bordes de sus ojos se enrojecieron.

Los sirvientes los observaban, atentos a cada destello de expresión.

Consciente de las miradas curiosas y chismosas, sus manos revolotearon sobre los brazos de él, dando ligeros golpecitos, inseguras.

Tras una breve vacilación, Huxley cerró los dedos alrededor de su cintura y la atrajo hacia sí.

Iba a bailar con ella.

Dorothy alzó la vista, sorprendida. Prefería complacer a su personal antes que reprenderlo.

Qué extraño.

Las suaves notas del vals se deslizaron por la estancia y envolvieron a la pareja.

Los primeros pasos reflejaron la tensión en el rostro de Huxley. Esta danza no iba a ser como la que habían compartido antes.

No intentó tranquilizarla ni permitió que sus miembros se relajaran en un ritmo familiar. Esta vez tomó el control, manteniendo el cuerpo firme, los movimientos ágiles, seguros y precisos.

Sintió que ya no la guiaba, sino que dictaba cuándo y cuánto debía moverse.

Cada giro, cada inclinación y cada paso estaban dirigidos por su toque decidido, que no dejaba espacio para el pensamiento. Como si fuera una simple muñeca, movida a su antojo… como si ahora le perteneciera.

Cuando ella bajó las pestañas un instante, él la atrajo con fuerza contra su cuerpo. Dorothy alzó la vista, sobresaltada, y quedó atrapada por su mirada febril.

Entre ambos surgió una emoción compleja, elevándose cada vez más, como vapor atrapado en una olla hirviente.

¿Intentaba asustarla?

Alzó el mentón con desafío, manteniendo la mirada fija en la suya. Se negó a darle la satisfacción de saber que la estaba alterando.

Sus ojos eran como pozas profundas de un lago sereno que brillaba bajo la luz de la luna. Recorrieron su rostro, se detuvieron en sus cejas, su cabello, y finalmente descendieron hasta su boca.

No estaba enfadado con ella, sino con los hombres. Aquel despliegue dramático era para ellos y no tenía nada que ver con Dorothy.

Su cuerpo se aflojó al comprenderlo, permitiéndole tomar el mando. Lo dejó girarla, hacerla girar e inclinarla como y cuando quisiera.

Se ablandó en sus brazos como mantequilla calentada por el sol, mientras todo su resentimiento se derretía.

Él frunció el ceño ante su rendición, y la determinación en sus ojos se transformó de pronto en algo más ardiente e intenso.

La atrajo aún más, mucho más cerca de lo que permitía el decoro.

El baile cambió, volviéndose sensual, lento y rítmico… un leve rubor le subió a las mejillas.

Los hombres quedaron olvidados, y ahora toda su atención estaba puesta solo en ella.

La música terminó, y ninguno de los dos lo advirtió mientras seguían balanceándose.

—¡Bésela! —gritó alguien.

Y así lo hizo.

Inclinó la cabeza y posó los labios en su mejilla.

La piel le ardió donde él la había tocado, como si hubiera dejado una marca cuyo calor se negaría a desaparecer durante mucho tiempo.

Alguien silbó, y él se apartó. Miró su expresión turbada con diversión, y había risa en su voz cuando anunció que el desayuno estaba servido.

Como obedeciendo a una señal, los músicos se dispersaron, dejándolos a solas.

CAPÍTULO TRECE

—¿Por qué fingir? —preguntó ella, aferrándose a la falda para ocultar el temblor de sus dedos.

La sala de música quedó en silencio; solo se oían sus respiraciones y el retumbar de sus corazones en los oídos.

Desaparecida toda diversión, su rostro volvió a ser una máscara cuando respondió:

—En privado puedes no significar nada para mí, pero en público, incluso dentro de la casa, eres mi esposa. Hasta que mi hermana se case, debemos fingir.

—¿No confías en tus sirvientes?

—Son artistas ante todo. En cuanto se afianzan, se marchan. Cambian con tanta frecuencia que... —chasqueó la lengua con impaciencia—. Tu comportamiento repercutirá en el nombre de mi familia; por lo tanto, te trataré con la cortesía y el respeto que corresponden a tu posición. A cambio, espero de ti lealtad y discreción.

Ella asintió con tanta energía que casi pareció que su cabeza se desdibujaba.

—Lo siento. Te he causado problemas.

Guardó silencio un buen rato antes de alargar la mano y alisar el rizo rebelde que ondeaba sobre su cabeza.

—Esto no es culpa tuya. Si acaso, ambos fuimos frívolos en nuestra conducta. Este es nuestro castigo.

—¿Eh? —alzó la cabeza de golpe y lo miró con desconcierto.

La comisura de sus labios se curvó apenas mientras continuaba:

—Lady Lu… la señorita Norwood llevaba tiempo acosándome. Su padre incluso empezó a entrometerse en mis negocios, y perdí la paciencia. Tú resultaste ser la víctima inocente de nuestra batalla. Fui grosero y deliberadamente causé una mala impresión en ti, con la esperanza de que disuadieras a tu amiga de perseguir a una

criatura tan poco fiable que besa mujeres sin reparo y utiliza un lenguaje cruel para intimidar a los débiles.

Sus ojos se abrieron de par en par. ¡Cielos! Era aún más tonta de lo que había creído.

Él dio un paso atrás.

—En privado, nada cambiará. No interferiré en tu vida y, mientras sea apropiado, podrás hacer lo que quieras.

—Entiendo.

—Otra cosa: los artistas que están aquí son fugitivos y se esconden. Algunos han creado obras que han ofendido a personas poderosas; otros arrastran algún escándalo. Su presencia es un secreto, así que te ruego que lo guardes para ti.

—Puedes confiar en mí —dijo ella con sinceridad.

Alzó la mano como si fuera a acariciarla de nuevo, pero la dejó caer a los costados.

—Si se divulga, no solo mi reputación se verá afectada, sino también la tuya. Si me encarcelan, tú también lo serás. Al fin y al cabo, eres mi esposa.

Ella se sonrojó y apartó la mirada. Demasiados secretos. No era de extrañar que se mantuviera distante y rehusara mezclarse en sociedad.

—Lo entiendo —dijo—. Tus secretos están a salvo conmigo, por el bien de tu cabeza y de la mía.

—¿Incluso de tu familia?

—Puedes confiar en mí —repitió.

Él asintió.

—Una cosa más: no espero que calientes mi cama, pero tendré que visitar tu habitación por la noche para mantener las apariencias.

—¿Hasta que tu hermana se case?

—No eres tan necia como había pensado. Temí haberme casado con una idiota.

—Idiota serás tú —se le escapó antes de poder evitarlo.

Sus ojos centellearon.

—Iré a tu habitación a las diez y me marcharé a las once. Prepárate algo para entretenerte durante ese rato.

Ella volvió a asentir, sorprendida por su tono educado y respetuoso, tan distinto de su manera áspera de las últimas semanas.

Lo miró, sintiéndose de pronto extraña, como si ya no supiera cómo comportarse con él. Ya no podía erizarse ni responderle con aspereza, ni estar a la defensiva. Durante todo ese tiempo, la ira y la enemistad los habían mantenido unidos por un hilo invisible, y ahora ese hilo había sido cortado de golpe.

Se abrió un abismo entre ellos, sin nada que los uniera ya salvo un nombre superficial. Él era como un desconocido frío y distante, del que no sabía nada.

Curiosamente, eso la dejó con una sensación de vacío.

Una vez había sorprendido a Lord Elmer y a Celine retozando juntos. Lord Elmer había agarrado a Celine, creyendo que nadie los miraba, y la había hecho girar hasta que ella estalló en una risa encantada. El sol había entrado a raudales sobre la pareja feliz, lleno de motas doradas danzantes, mientras las vigas de madera pulida y el suelo brillaban a su alrededor.

Ay, una relación tan cálida e íntima no estaba destinada para ella.

De pronto, el corazón le dolió.

En fin, siempre podía ir a Mayfair y comprar algo cada vez que necesitara un abrazo.

—El desayuno está listo —interrumpió él su ensoñación, y lanzó una mirada significativa a la masa de cabello espeso y sedoso que le caía por la espalda en ondas.

Ella volvió obedientemente a su habitación para que Rosie terminara de arreglarle el pelo; tenía la cabeza llena de pensamientos fragmentados. Una parte de ella se sentía aliviada porque, a diferencia de los demás, él no le había echado toda la culpa. Al contrario, le había hecho ver que toda aquella situación no era responsabilidad suya. No tenía que disculparse; la habían engañado.

Engañada por su amiga del alma y, aun así, le dolía el corazón.

Sí, la habían engañado y había herido a muchas personas por haber sido una necia. Si tan solo no hubiera confiado con tanta facilidad o no hubiera tenido tantos prejuicios contra Huxley. Puede

que él fuera magnánimo al respecto, pero lo cierto era que ella había sido una idiota que le había arruinado la vida.

***

Algunas personas ya estaban sentadas en la larga y reluciente mesa del desayuno. A la derecha de su marido se encontraba su madrastra, lady Huxley, y a su izquierda, su hermana, la señorita Sophia Huxley. Cuatro desconocidos y uno de los músicos a los que había conocido antes ocupaban los asientos siguientes.

A ella le tocaría sentarse al extremo de la mesa, lo cual, en rigor, no correspondía a su rango. Aun así, era comprensible, teniendo en cuenta que todos creían que había utilizado medios poco escrupulosos para casarse con aquella familia aristocrática.

Asintió con cortesía y se sentó.

Lady Huxley le dedicó una mirada reconfortante mientras presentaba a las personas de la mesa. Los cuatro desconocidos eran poetas y pintores visitantes. Sus ojos estaban llenos de preocupación al hablar, como si de la noche a la mañana se hubiera ablandado ante su situación.

Oh, sí, la sangre. ¿Cómo iba a olvidarlo?

Una criada colocó un cuenco de gachas frente a ella y también la miró con ternura.

Dorothy inclinó la cabeza obedientemente y dejó que sus dedos subieran, temblorosos, a tocar su cuello largo y esbelto, interpretando el papel de la doncella que casi había sido degollada en su noche de bodas.

Miró a Lord Huxley y descubrió que él también la observaba. Parecía haberse quedado sin palabras ante su actuación de doncella atormentada.

Le sonrió débilmente.

Los labios de él se tensaron en una línea recta, prometiendo represalias.

Ella tragó saliva y apartó la mirada con rapidez.

La mansión Blackthorne tenía muchas normas; se preguntó si Ansley Hall también sería tan estricta con los horarios de las comidas. ¿Podía empezar a comer sin ceremonia?

La fuente de tostadas estaba dispuesta en forma de abanico. El borde de cada rebanada estaba artísticamente quemado. Era bonito, pero estaba frío al tacto. Los huevos cocidos estaban colocados como si formaran un pez y el beicon había sido convertido en flores. Se había pensado mucho en la presentación, pero nada en el sabor.

No cogió la cuchara hasta que vio a Sophia tomar una uva y mordisquearla delicadamente como un conejito.

La comida transcurrió en silencio.

—No le gusta el ruido excesivo —susurró a su acompañante del otro lado un poeta pelirrojo sentado junto a Dorothy—. O, mejor dicho, le gusta que el ruido se limite a un momento y un lugar apropiados. La música debe tocarse en las salas de música y los poemas leerse en la biblioteca. Esta mañana está especialmente agrio, así que cuidado. No debió de dormir mucho anoche. — Concluyó con una sonrisa burlona y un gesto de cabeza en dirección a Dorothy.

El rostro de Dorothy se encendió y se concentró en tragar el té.

A mitad de la comida, Huxley puso una rebanada de tostada en el plato de Sophia, indicándole que debía comer más. Lady Huxley observó la escena con calma, los ojos serenos y llenos de afecto.

Salvo ese pequeño intercambio, el resto del desayuno terminó en un silencio incómodo, con Dorothy sintiéndose como un pelícano no deseado entre osos.

CAPÍTULO CATORCE

—Quiero verme maravillosa —dijo Dorothy, salpicándose la cara con agua fría—. Si me veo bien, puedo con cualquier cosa.

Los ojos de Rosie se iluminaron y se puso manos a la obra.

Primero metió a Dorothy en un baño humeante de agua perfumada. Después de que Dorothy se hubiera remojado un buen rato, Rosie le aplicó lociones y ungüentos en la piel hasta que brilló como una ninfa.

Luego le frotó las mejillas con vigor usando el Líquido Flor de Rosas, oscureció hábilmente sus pestañas con hollín y dio pequeños toques de bayas rojas trituradas en sus labios.

Dorothy soportó pacientemente cada momento. Necesitaba toda la ayuda posible.

Quería parecer viva y llena de energía combativa.

Nadie parecía complacido con su llegada, ni la familia ni los sirvientes.

Oh, los criados varones eran demasiado educados para decir nada, pero el frío que emanaba de ellos se sentía de forma silenciosa y eficaz. Las sonrisas, los cantos y los bailes eran una farsa.

Ahora entendía por qué. Desconfiaban y temían que ella revelara su secreto o que, como nueva señora de la finca, los echara a todos por un capricho.

Mientras tanto, las doncellas la miraban con compasión y preocupación, como si se estuviera preparando para entregar el alma.

Incluso la ama de llaves le hablaba en susurros, como si fuera una criatura enfermiza, y le llevaba un cuenco de sopa nutritiva al mediodía y un tónico amargo por la noche, que prometía rejuvenecerle la sangre.

Cerró los ojos mientras Rosie le cepillaba el cabello y repasó todo lo que había ocurrido el día anterior.

Después del desayuno, había merodeado por la casa, seguida por el ama de llaves, y se había sentido más como una ladrona indeseada que como la nueva señora. Si tocaba un jarrón precioso o un cuenco, los sirvientes que la seguían se tensaban, esperando que sus torpes dedos rompieran algo.

Parecía que, aunque era la hermana de la duquesa, todos seguían recordando que se había criado en el campo y que, aunque su padre era lo bastante respetable, no era ningún aristócrata.

Había intentado ignorar a los sirvientes y, en su lugar, aprender todo lo posible sobre su marido.

Huxley, descubrió, no solo empleaba a algunos artistas y los ayudaba económicamente, sino que también mantenía su casa abierta a visionarios de semblante sombrío que pudieran necesitar un hogar por un corto tiempo. La única condición era que fueran excepcionales en lo que hacían.

Al observar más de cerca, encontró escultores sudorosos en el jardín cincelando mármol y granito; pintores colgando peligrosamente cerca del techo del salón mientras barnizaban con entusiasmo la historia de amor de Servio Tulio y Fortuna; poetas dormitando con la boca abierta en los balcones y algunos cantantes excéntricos viviendo en casas en los árboles de la finca Ansley.

Los artistas evitaban la sala de la mañana, las áreas de recepción y cualquier lugar donde los invitados de lady Huxley pudieran verlos.

—¿Cómo quiere peinarse? —le preguntó Rosie, sacándola de sus pensamientos.

—Me peinaré yo —respondió Dorothy.

Rosie era una peluquera terrible y solo marginalmente aceptable como doncella, pero Dorothy no soportaba herir los sentimientos de la muchacha y pedirle que se fuera. Ahora se alegraba de haberla conservado. Una doncella nueva en aquel lugar extraño la habría inquietado aún más.

Una vez lista, decidió explorar el ala este, algo que había pasado por alto en la visita del día anterior. El ama de llaves se había mostrado reacia a llevarla allí, y eso había despertado su curiosidad.

Lo primero que vio al entrar en el ala este fue un enorme cuadro colgado en lo que parecía una sala familiar.

No le cupo duda alguna de que se trataba del famoso cuadro, El Aëdon, pintado por Raziel.

La pintura era como una ráfaga de aire frío y gris. Los tonos ásperos y gélidos absorbían el calor de la habitación. Era una obra sombría de una criatura hermosa y aterrada: una joven envuelta en una bruma de hielo y nieve, con la boca manchada de rojo y abierta en un gesto de terror. Sus músculos parecían tensarse, intentando escapar del lienzo; el grito silencioso resonaba en cada pincelada. Daba la impresión de que sus ojos suplicaban ayuda a Dorothy en silencio. Eran tan reales que resultaban inquietantes. Una granada yacía rota y sangrante sobre el suelo blanco y desnudo, y un ruiseñor picoteaba las semillas rojo sangre.

Dorothy se estremeció y se apartó del cuadro. El artista intentaba contar una historia, una historia cuyo final ella nunca conocería. La dejó inquieta y enfadada. No era que no apreciara la habilidad del artista, pero… la perturbaba. Era demasiado deprimente para una habitación que debería haber estado llena de calidez y amor.

La siguiente estancia parecía ser otra biblioteca, más pequeña y privada. El escritorio forrado de cuero verde había sido utilizado recientemente. Tocó la tinta manchada en una hoja de papel sobre la mesa y descubrió que aún estaba húmeda.

¿Era la letra de Huxley?

La mano se le fue a la mejilla, al lugar donde él la había besado, y la idea de encontrárselo a solas hizo que de pronto se sintiera insoportablemente tímida.

No la había visitado la segunda noche. Quizá quería dar la impresión de ser considerado y permitirle recuperarse.

¿Vendría esta noche? ¿Debería preparar algún bordado para mantenerse ocupada?

¿Los acompañaría otra vez el ayuda de cámara? ¿Debería procurarse un gato para que emitiera esos extraños maullidos, ya que tener a un hombre extraño en su alcoba con ese fin la hacía querer enterrarse en el rosal?

Estaba a punto de darse la vuelta y salir de la habitación cuando notó algo curioso.

Junto a la estantería había una abertura parcial en la pared. Era tan baja que tuvo que inclinarse para comprobar que realmente era una abertura y no un juego de luces. Parecía como si alguien hubiera tallado una puerta en la pared para una muñeca grande o algo feérico.

Intrigada, se acercó despacio y curvó un dedo alrededor de la puertecilla con intención de abrirla más, cuando algo detrás de la pared atrapó su dedo y lo sujetó con fuerza.

—¡AYUDA, ALGUIEN ME HA CAPTURADO! ¡AYUDA! —chilló Dorothy presa del pánico.

Huxley entró a grandes zancadas por la puerta.

—¿Qué significa esto?

—Mi dedo —suplicó Dorothy.

—Suéltela —ordenó Huxley a la misteriosa criatura que se ocultaba tras la puerta.

—Oh, lo siento, lady Diana —dijo una voz masculina, que no sonaba en absoluto arrepentida—. No sabía que estaba sujetando su dedo. No podría hacerle daño a la flor de manzano de lord Huxley…

—No es Lady Diana —interrumpió Huxley—. Suéltala.

—¿No es Lady Diana? —murmuró el sujeto—. Entonces, ¿quién será, me pregunto…?

—¡Me está mordisqueando el dedo! —chilló Dorothy.

—Deja de mordisquear —ordenó Huxley con brusquedad.

—¿La señorita May? —preguntó el tipo con toda calma—. No debería haber mencionado a Lady Diana. Vaya, creo que Lord Huxley hace tiempo que no se acurruca con ella. Pero con usted… de usted habla con entusiasmo poético...

—Sigue mordisqueando —dijo Dorothy, intentando retirar la mano.

—¡Ese dedo! —rugió Huxley—. Me pertenece. Nadie tiene derecho a mordisquearlo, Woodbead.

—Mil disculpas, señora Green. Pensé que era esa tonta señorita May. Pero la pasión con la que ruge me dice que tenía que ser usted...

—¡No soy la señorita May, ni la señora Green ni nadie a quien hayas conocido jamás! —gruñó Dorothy.

—Es mi esposa —cortó Huxley.

El dedo fue liberado de inmediato.

—Oh, cielos. —Woodbead asomó la cabeza por la abertura—. No sabía que te habías casado.

Un hombre pequeño, delgado y calvo se escabulló hacia fuera y se inclinó ante Dorothy.

—Me llamo Philbert Woodbead.

Dorothy soltó un jadeo. Sabía perfectamente quién era. Había estado enamorado de su hermana, Celine.

Woodbead interpretó el jadeo como halago por conocer a un poeta tan famoso.

—Sé que se pregunta por qué estaba donde estaba —dijo, señalando la pared—. Bueno, este es mi escondite. Huxley lo mantiene para artistas que no están muy dispuestos a enfrentarse a la ley.

—¿Por qué lo persigue la ley?

—Todo fue por culpa de un poema. ¿Le gustaría escucharlo?

Ella asintió con cautela.

De inmediato sacó un papel del bolsillo y se lo tendió.

—¿Qué es esto? —preguntó ella.

—El poema.

—No es un poema. Son dos manchas.

—Es un poema pintado. Mire los círculos. Dos círculos perfectos. Es poesía en la simetría.

—Ajá. ¿Y qué significa?

—Este es Peter —señaló una de las manchas—. Y este es Loo.

—Eh…

—Tome, esto lo explica mejor.

Ella se sintió aliviada al comprobar que el segundo papel que le puso delante sí tenía palabras.

Peter Loo, Peter Loo
Has vuelto el Támesis de un azul sospechoso.
Ten corazón y cumple con tu deber,
Y devuélvelo a un verde azulado.
Oh, Peter, Peter Loooo.

—Ese es el poema —concluyó—. El gobierno considera mi inocente cancioncilla como radical y quiere acusarme de sedición. Habrá oído hablar de la nueva ley...

Dorothy asintió.

—Después de la masacre de Peterloo. Es atroz, ¿verdad? Pensar que pueden restringir la prensa, a los artistas y a cualquiera que se atreva a alzar la voz. Durante años nos hemos sacrificado por las guerras y ahora que todo ha terminado, esta es nuestra recompensa.

Las cejas de Huxley se arquearon con sorpresa ante su arrebato.

Dorothy frunció el ceño. ¿Qué se creía? ¿Que las mujeres solo sabían de modas y colores de cintas?

Philbert suspiró ruidosamente.

—El poema es brillante, ¿verdad? Es una lástima que no pueda publicarlo. Ser poeta es duro.

—Mi apellido de soltera es Fairweather —dijo Dorothy, dándole la espalda a Huxley.

Los ojos de Woodbead se abrieron de par en par.

—¿Pequeña Dora? ¿Es usted? Oh, claro que la recuerdo.

Se dejó caer en un asiento cercano y negó con la cabeza, maravillado.

—Ah, los recuerdos. Cuánto amé a su hermana, y qué amable fue al rechazarme. Un corazón herido hace a uno mejor poeta.

—¿Por qué no puede ser un poeta feliz? —preguntó ella.

—Eso no existe. A la gente le gusta ser miserable. Y los poetas deben ser los más miserables de todos. Primero necesitas que muera gente en tu vida para comprender bien la pena.

—Qué macabro.

—Exactamente. Cuanto más espantosa sea tu infancia, mejor. Un caníbal se comió a mi padre.

—¡No! ¿De verdad?

—No. Sigue vivo. Pero creo que un caníbal se lo comió, y eso es lo que importa. Me deprime profundamente. Pensar que fue devorado cuando yo tenía seis años y mi hermosa madre fue obligada a casarse con el bisabuelo del caníbal como su duodécima esposa…

Dorothy no se atrevió a interrumpirlo.

—El hecho —continuó— es que hay que ser lo bastante taciturno para ser poeta. Tu vida debe ser trágica, llena de una sucesión de eventos patéticos y sin un solo día feliz en el que recrearte. No debes tener esperanza, ni dinero, ni fe en la humanidad. Debes ir envuelto en ropas oscuras, sin una pizca de color, con una expresión permanentemente atormentada. Debes parecer hambriento, con la mirada ligeramente desenfocada. Y en grandes reuniones públicas, adoptar una expresión distante.

Miró pensativo al techo, frunció los labios y arrugó ligeramente el ceño.

—No es fácil perfeccionar este aspecto. Hay que rumiar convincentemente para que te tomen en serio como artista. Debes ser hosco, estar de mal humor, irte solo de viaje, vestir combinaciones extrañas de ropa que no pega ni con cola. Debes fingir que las cosas materiales no te importan. Es todo un arte parecer tan perdido y desolado, transmitir un aura de creatividad. Sí, señorita Fairweather, es un trabajo duro y poco agradecido, pero algún día, cuando esté muerto, el mundo alabará mi genio.

—Lady Huxley —lo corrigió Dorothy—. Y dígame, ¿no preferiría que lo alabaran ahora?

—Ah, pero si lo hicieran, sería famoso y rico y… feliz. Perdería mi creatividad. Es un compromiso que no puedo aceptar. Un estómago hambriento es la mejor forma de afinar el talento artístico.

—Los artistas llevan una vida difícil —asintió Dorothy con amabilidad—. ¿Hay muchos artistas en esta finca escondiéndose de la nueva ley?

—Unos cuantos —respondió—. Nos mantenemos alejados de los otros artistas y merodeamos por el ala este. Esa puerta —señaló la abertura en la pared— conduce a un santuario de artistas.

Dorothy miró a Huxley desde debajo de las pestañas. Con razón era tan reservado y distante en público. Si algo de esto llegaba a oídos de la sociedad… estaría en serios apuros.

—Ahora que soy su esposa… —la voz se le quebró al decirlo, y se apresuró a continuar—. Avíseme si puedo hacer su estancia más cómoda.

Woodbead sonrió encantado.

—Pensé que nos mandaría a todos a las colonias por invadir el ala familiar.

—Yo… admiro sus esfuerzos —dijo Dorothy en voz baja, esperando que Huxley no la oyera.

Woodbead silbó con fuerza.

—¿Admirarlo? Sí, todos debemos admirarlo. Si no fuera por Huxley, el arte estaría muerto en Inglaterra. Es un gran hombre… un hombre grande y maravilloso. La admiración no basta. Pero —observó el rubor de sus mejillas con aire especulativo— es un comienzo.

CAPÍTULO QUINCE

Llegó a su habitación la tercera noche, pero esta vez el ayuda de cámara no lo acompañaba. Cuando abrió la puerta y entró en su alcoba, la campana de la iglesia acababa de dar las diez.

Ella estaba sentada muy erguida en la silla, aún con el vestido de la cena puesto, una muselina rosa suave salpicada de motas. Tenía las manos pálidas apoyadas en el regazo, y las pestañas le temblaban, delatando su ansiedad.

—Buenas noches —la saludó con cortesía, como si no hubieran estado cenando juntos hacía apenas un rato.

Ella se levantó de un salto, agitando las manos como un gorrión nervioso.

—Por favor, siéntate. ¿Te apetece un té?

Él negó con la cabeza y le mostró el fajo de cartas que llevaba en la mano.

—Trabajaré en esto. No necesitas entretenerme.

—¿El ayuda de cámara?

—Nadie escuchará tras la puerta. No lo necesitan; por lo tanto, su presencia es inútil.

—Ah.

Asintió y volvió a sentarse, intentando encogerse todo lo posible contra el cojín, como si así pudiera minimizar su existencia.

Él miró a su alrededor brevemente. El calor del fuego crepitante y las numerosas velas hacían que la habitación resultara acogedora. Frente a ella había una bandeja de té preparada, junto con una selección de confites, mentas de sobremesa, bombones y emparedados.

Ignoró la comida y la bebida y se puso a trabajar en la correspondencia.

Dorothy tomó el tejido, pero no lograba concentrarse. Sus ojos se desviaban una y otra vez hacia el hombre sentado a su lado.

Él estaba sereno y relajado; sus largos dedos sujetaban la pluma mientras la mojaba en el tintero y escribía con diligencia y rapidez. Las pestañas espesas y oscuras le cubrían los ojos, y los labios, apenas entreabiertos, le daban un aire sensual.

Apartó la mirada y retomó el tejido. El calcetín empezaba a parecerse a un conejo, pero no le importó. Tenía todo el cuerpo en tensión, como si estuviera a punto de huir de un peligro.

En algún momento empezó a granizar; el hielo golpeó la ventana, creando un estruendo repentino. Ella se detuvo y volvió a mirarlo.

A él no parecía afectarle el ruido, como si estuviera demasiado absorto para notar el cambio del tiempo.

Habló en voz baja, como si se dirigiera a un niño medio dormido:

—¿Cómo está tu herida?

Él alzó la vista y la encontró observándole el brazo. Frunció el ceño, luego se relajó.

—Está sanando.

—Quizá… en el futuro podrías evitar ponerte en peligro.

Su boca se torció con diversión.

—No tuve elección.

—Podrías haber usado sangre de pollo. ¿O de cerdo? —sugirió con cautela—. ¿Tal vez de paloma? De pescado, si te dan reparo… ¿los peces sangran? Deberían, al fin y al cabo están vivos… ¿o son como las plantas, llenos de savia?

—Todo ocurrió de repente. No tuve tiempo de planearlo. En cuanto a los peces, podemos ir a la cocina y averiguarlo.

—No hace falta —se apresuró a decir—. Sigue con tu trabajo. No volveré a molestarte.

Él inclinó la cabeza con educación.

Ella miró el fuego encendido y luego volvió a observarlo, con un leve gesto de culpa. Al fin y al cabo, no tenía nada de malo mirar bien a su marido. No era como si le estuviera robando el dinero.

Tenía rasgos nobles, una nariz de puente alto y unos ojos que parecían tranquilos en la superficie, pero que escondían un volcán en lo profundo. Aquella noche vestía una bata negra con un borde finísimo, casi invisible, de bordado de seda roja, que lo hacía parecer más pálido y resaltaba el rojo de su boca, como si acabara de ser

mordido. Cada vez que se movía, la tela se apartaba un poco, dejando ver parte de la clavícula y un atisbo del hombro.

Se sentía extraña y un poco traviesa. Nunca antes se había quedado a solas con un hombre extraño en su habitación, y aquello le parecía mal. Como si en cualquier momento la cabeza rizada de su madre fuera a aparecer por la ventana para regañarla con severidad por algo tan escandaloso.

Y no era de extrañar. Él era tan educado y distante que no se sentía casada en absoluto.

De pronto, él alzó la vista y la sorprendió mirándolo. A ella se le encendieron las mejillas y levantó los ojos hacia el techo, luego hacia el armario, como si estuviera admirando la habitación.

Sus ojos ardieron un instante antes de que las pestañas cayeran, ocultando su expresión.

—No podemos seguir así.

Ella se aclaró la garganta y dejó el tejido con cuidado.

—¿Qué quieres decir?

—Ahora estamos casados. Quizá podamos empezar de nuevo y olvidar el pasado.

—Me gustaría.

—Tenía que casarme con alguien en algún momento. Supongo que ya está hecho, y debemos resignarnos al destino. ¿Estás disgustada con el resultado? ¿No cumplo tus expectativas?

Ella negó con la cabeza con rapidez.

—Soy yo quien no es digna. Temo que hayas salido perjudicado.

Él frunció el ceño.

—Explícate.

—Eres rico, tienes título y podrías haberte casado con el diamante de la temporada; sin embargo, por mi estupidez, tuviste que conformarte con una molestia campestre como yo.

—Te dije que no te culparas. Ambos provocamos este embrollo.

—Sí, pero tú sufriste más.

—¿Estás diciendo que estás satisfecha conmigo como marido?

El rostro se le tiñó de rosa, sin saber cómo responder. El corazón empezó a latirle con fuerza, presa del pánico, mientras rebuscaba en su mente una chispa intelectual que le ofreciera una respuesta.

Él no esperó a que hablara y continuó:

—Creí que estabas enamorada de Crumbly.

—Lord Lumley —corrigió de inmediato, arrugando la nariz. Cielo santo, hacía días que no pensaba en él. Además, ¿cómo lo sabía? No recordaba haberlo mencionado nunca.

—¿Hmm? —la animó él.

—Ya no lo amo.

—¿Es como un ganso asado? ¿Te apetece un día y al siguiente ya no?

—Soy voluble —replicó al fin—. Voluble en mis afectos. ¿Te arrepientes de haberte casado conmigo, mi lord?

—Estoy satisfecho.

Ella lo miró fijamente. ¿Cómo podía ser? ¿Decía la verdad?

—La noche de bodas —prosiguió— me sorprendí al ver a las criadas de mi madrastra agazapadas fuera de tu puerta. Tuve que actuar con rapidez, de ahí la representación indiscreta. Pero ten la seguridad de que mi ayuda de cámara no volverá a entrar en tu alcoba sin permiso.

—Lo entiendo.

Su corazón se calmó con esas palabras, y la pequeña inquietud que la roía se desvaneció.

—Es tarde. Deberías llamar a tu doncella, pero antes… revuelve la cama y date unas vueltas en ella.

Ella comprendió su significado, se puso en pie de un salto y le deseó buenas noches con una voz aguda y poco natural.

Se miraron con incomodidad durante un instante, hasta que él hizo una rígida reverencia y la dejó sola.

Rosie entró en la habitación con una palangana de agua caliente. Miró bajo las sábanas y suspiró aliviada.

—Así está mejor, mi lady.

—Es gentil —respondió ella, mordiéndose el labio—. Muy gentil. Aquello no fue culpa suya.

Rosie la miró con incredulidad, pero Dorothy no se movió de su postura. Ya no podía soportar seguir dejándole cargar con la culpa de algo que no había hecho.

***

Las semanas siguientes transcurrieron de forma parecida, salvo que ahora ella estaba más relajada cuando él la visitaba tarde por la noche. Los criados y los artistas también se acostumbraron a la presencia de Dorothy, y su carácter dulce y apacible empezó a derretir algunos corazones.

Era cortés, educada y no excesivamente cercana. Su presencia era como la de una planta delicada en flor escondida entre un grupo de flores silvestres al pie de un árbol. Solo una ráfaga de fragancia de vez en cuando recordaba a todos que estaba allí antes de desvanecerse: un aroma ligero, dulce e inofensivo que acariciaba el corazón y hacía que uno quisiera buscarla, protegerla y apreciarla.

Una noche, después de cenar, Dorothy se topó con Huxley durante un paseo. Estaba observando a un escultor trabajar en el jardín.

—Esto es terrible —Huxley agitó la mano con disgusto señalando la arcilla—. Creí que estabas tallando una flor.

—Es un capullo.

—Es un pegote sin carácter.

—Ah.

El hombre guardó silencio. Tenía el pelo largo y una barba imponente que le llegaba al pecho.

—Tendrás que marcharte por la mañana. No hago caridad —el tono de Huxley era firme, incluso un poco grosero.

—Puedo trabajar como su mayordomo.

—No.

—Como cochero.

—No.

—Como ermitaño ornamental. Está muy de moda en Inglaterra — alzando la vista al cielo que empezaba a oscurecerse, intentó parecer misterioso y druídico.

—Vete.

El anciano suspiró y dejó caer las herramientas.

—De acuerdo.

—En cuanto amanezca.

—Entendido.

—O te romperé las piernas.

El viejo se quedó sin palabras.

Huxley le dedicó una última mirada severa antes de marcharse.

—Deslenguado mocoso —murmuró el hombre a su espalda—. Al menos podría respetar mi edad.

Dorothy sintió lástima por el anciano y se acercó deprisa.

—Puedo ofrecerte unas monedas para que encuentres alojamiento unos días.

El hombre apartó su preocupación con un gesto.

—Me lo merezco. Intenté engañar a ese crío.

Dorothy se sintió incómoda. El tono de Huxley había sido duro y descortés, y le recordó la frialdad que había irradiado antes de su matrimonio.

El hombre sonrió, mostrando varios dientes ausentes.

—Solo ayuda a los mejores, y a cambio deben dejar en su casa todo lo que han creado antes de marcharse. Algunas obras no tienen precio, y otras lo tendrán. Cada vez que anda corto de dinero, solo necesita vender una o dos para llenar de nuevo sus arcas. Una inversión astuta.

—Ya veo.

—No es caritativo, es astuto —su tono estaba cargado de amargura.

—Lo siento —dijo ella otra vez, sintiéndose impotente.

Él negó con la cabeza y la despidió con un gesto.

—Tal vez aún pueda convertir esto en una rosa —murmuró—. ¿O comer una última cena antes de marcharme?

Dorothy lo dejó solo y regresó a su alcoba. Desvestirse para dormir tendría que esperar, pues era la noche en que Huxley acudiría.

***

Llegó como de costumbre a las diez, sin rastro alguno del enfado anterior en sus ojos.

Observó a Dorothy mientras ella se sentaba a hacer agujeros en una tela, fingiendo bordar. Era como un placer exótico: una copa de champán excelente, una obra de arte exquisita o una perla preciosa

que solo quienes tenían un ojo y un gusto refinados podían apreciar en toda su belleza y rareza.

Ella alzó la vista y se topó con su mirada ardiente. Los dedos se le enredaron y su compostura se deshizo de inmediato.

Él apartó la mirada y dijo:

—Tendremos que asistir a algunos eventos sociales. Muchos querrán recibirnos como recién casados. Necesitas ropa nueva.

—Mmm.

—Te daré una asignación generosa —continuó—. Y cuando mi hermana se case, podrás encargarte de los asuntos de la casa.

—¿Solo entonces?

Él estaba desenvolviendo unas pastillas de tinta recién llegadas de Oriente en un barco y las examinaba. Le había dicho que eran más caras que el oro. Los artistas estarían encantados.

Mientras sus dedos seguían desatando la seda azul, preguntó:

—¿Hay algo que te haya disgustado?

—No, no es nada.

Comprobó el bloque de tinta raspando una diminuta lámina con un cuchillo afilado. Satisfecho con el color y la calidad, se volvió hacia ella y ordenó:

—Habla.

Ella lo admitió con rapidez.

—Necesitamos otro cocinero.

—Tenemos un cocinero.

—Tenemos un artista, no un cocinero.

—La comida es comestible.

—Puedes tener un cocinero decente y conservar al artista —dijo ella con firmeza.

—Díselo a Sophia.

—No; pensará que intento usurpar su posición.

Él frunció el ceño.

—¿Qué sugieres?

Ella explicó:

—Deja que ella presente los platos. Hablé con ella… no disfruta cocinar, y creo que sería más creativa si no se viera obligada a pasar horas esclavizada a comidas mediocres.

Se encogió de hombros.

—Haz lo que creas mejor.

—¿Hablarás con tu hermana y se lo explicarás? No tengo mala intención.

—Déjalo en mis manos.

Ella le sonrió, ajena a lo hermosa que era su sonrisa, y se inclinó hacia él como si, inconscientemente, pidiera un abrazo. Tenía los ojos abiertos y agradecidos, llenos de felicidad, y bañada por la luz del fuego parecía cálida y suave.

Él apartó la mirada de aquella escena doméstica, y su nuez subió y bajó al tragar saliva.

Aquella noche se marchó de su cámara antes de lo habitual, justificando su comportamiento con una pequeña mentira piadosa.

La simple aquiescencia de su marido, que le permitió añadir un nuevo cocinero a la cocina, cambió varias cosas. Los sirvientes percibieron el cambio de poder. Este se deslizó desde Lady Huxley y Sophia y fue a parar, de lleno, al regazo de Dorothy.

Cuando Dorothy atrajo a un nuevo cocinero del envidioso séquito de un personaje distinguido, ya nadie pudo negarlo: Dorothy se había casado con el amo de la casa, y eso la convertía en la dueña, con excelentes dotes manipuladoras.

Puede que no pareciera la estrella más brillante del firmamento, pero su rostro suave, gentil y apagado no debía tomarse a la ligera. Detrás de su delicado y dulce porte se escondía una mente aguda.

Ahora podía ordenar cambios en el menú, tirar todos los cojines de la casa, negarse a pagar el dinero de la asignación, despedir a un sirviente si le venía en gana… las ventajas eran innumerables.

Ella, por su parte, no entendía por qué los sirvientes habían empezado de pronto a tratarla con el mayor de los respetos, como si fuera un sable y no una pluma inofensiva y esponjosa. Pero su alegría duró poco.

Blinker llegó con una nota de Penelope.

Dorothy miró al chico mugriento que estaba embarrando la suave alfombra rosa del salón de la mañana.

—¡Señó'! ¿Se acuerda de mí, su alteza? Soy el chico al que salvó —preguntó, cambiando el peso de un pie a otro.

—Sí que me acuerdo de ti… ¿Cómo olvidarlo? Me alegra verte bien, y no soy la reina. No hace falta que me llames Alteza. Lady Huxley será suficiente —respondió, distraída.

—¡Señó'! Pa' mí, usté es mejó que la reína. Me salvó la vía —sonrió, mostrando un diente astillado.

Un encanto. Ella le revolvió el pelo y le indicó que se sentara.

El chico se sentó, embadurnando de barro y hollín la silla crema y dorada.

Dorothy alisó la carta de Penelope y la leyó de nuevo…

Dorothy,

Nuestra querida vecina, la señora Mill, está una vez más convencida de que va a morir. Ha comenzado los preparativos para su funeral por quinta vez este año. No te alarmes si recibes una misiva informándote de su fallecimiento. Ha decidido enviar las cartas con antelación para asegurarse de que haya suficientes asistentes a su funeral. Espera que el fatídico acontecimiento ocurra en septiembre, cuando el clima es agradable.

Ahora, a los asuntos importantes. La madre de Blinker ha empeorado y ha sido enviada a vivir con su hermano. Su hermano se negó a hacerse cargo de Blinker, así que te lo he enviado a ti. Ahora estás casada y puedes ocuparte de tus responsabilidades. Te sugiero que escribas a un orfanato o a una escuela y lo envíes allí.

Tuya, no con demasiado afecto,

Penelope

En circunstancias normales, Dorothy se habría alegrado de ver a Blinker y de quedárselo todo el tiempo que fuera necesario. Pero aquella no era la mansión Blackthorne. Era la finca Ansley.

Mientras que el duque soportaba a sus desafortunados amigos, era poco probable que Huxley hiciera lo mismo. Podía permitir que artistas sufrientes encontraran un hogar y, a cambio, formar parte de la historia y responsabilizarse de nutrir a las mentes más brillantes del futuro, pero Blinker… Blinker era solo un niño sin ningún talento digno de mención. Huxley jamás le permitiría quedarse con él.

Blinker estornudó y se limpió la nariz con la camisa. Al notar que ella lo observaba, le ofreció otra sonrisa contagiosa y desdentada.

Dorothy se pellizcó el puente de la nariz, angustiada. ¿Qué iba a hacer ahora?

CAPÍTULO DIECISÉIS

—No los dibujé yo —dijo Blinker, inclinando la cabeza hacia los papeles que Dorothy tenía en la mano.

—Pero tienes que decir que sí lo hiciste —respondió Dorothy.

—¿Quiere que diga una mentira? —la miró con aire especulativo —. Creía que la gente distinguida no mentía.

—No es una mentira. Solo estamos retorciendo la verdad por el bien mayor.

—Retorcer la verdad es mentir. Es una mentira, un embuste, una falsedad enorme que se balancea...

—Te daré una pata de pollo para que la roas si haces lo que te digo —lo interrumpió Dorothy con astucia.

—Retorceré la verdad.

—Ahora escóndete debajo de ese escritorio —dijo, señalando un rincón de una de las salas familiares más pequeñas que había encontrado en la parte trasera de la casa—. Volveré en un momento. No te muevas. Y recuerda hacer exactamente lo que te enseñé.

—¿La pata de pollo? —le recordó Blinker.

—La tendrás después de la actuación.

Blinker era apenas un renacuajo, pensó Dorothy mientras se apresuraba por el pasillo. Seguro que podía pasar desapercibido en una casa tan grande y llena de todo tipo de gente. Ocultarlo de Huxley sería bastante sencillo, pero los sirvientes… ellos sin duda notarían la presencia de un niño...

Chocó de lleno contra un pecho ancho y cálido.

El dueño de aquel pecho la rodeó con los brazos durante un instante.

—¿Por qué sientes la necesidad de correr en lugar de caminar? ¿Cuál es la urgencia? —preguntó Huxley.

Ella se obligó a dar un paso atrás y se frotó los brazos. Se sentía culpable y no podía ocultarlo. Sus ojos se deslizaron nerviosos por las paredes, las molduras y los zócalos.

Él le tomó la barbilla y se la levantó, negándose a dejarla bajar las pestañas. El roce de su dedo sobre la piel fue tan ligero y delicado que la sorprendió. Que un hombre tan grande tuviera tanto control sobre su tacto… aquel pensamiento la hizo sonrojarse.

—Ahora eres una mujer casada. Espero que lo recuerdes en el futuro y no andes corriendo como una niña desvalida —murmuró.

Ella asintió, con los ojos muy abiertos, sin parpadear.

Él examinó su rostro; una diminuta arruga apareció y desapareció entre sus cejas con tanta rapidez que ella no llegó a notarla.

—¿Todo va bien? —preguntó.

—Sí —mintió ella, y volvió a clavar la mirada en el techo.

Él esperó un momento, pero al negarse ella a confesar, apretó los labios y se dirigió a su despacho.

Ella lo observó hasta que desapareció de su vista y entonces volvió a echar a correr.

Había pedido al jardinero jefe, al mayordomo, al ama de llaves, al cocinero y a Rosie que se reunieran con ella en la habitación donde había escondido a Blinker.

Empujó la puerta y suspiró aliviada al ver que todos estaban presentes y que Blinker, oculto bajo el escritorio, no había sido descubierto.

Les pidió que tomaran asiento y, cuando se negaron, decidió permanecer de pie también.

—Los he hecho venir hoy porque tengo algo importante que decirles —pausó, recorriendo sus rostros con la mirada. Parecían un poco nerviosos—. Sus puestos están a salvo —les aseguró—. He venido a pedirles ayuda.

Los hombros a su alrededor se tensaron todavía más.

—Entiendo lo que significa para ustedes cada moneda ganada. Soy muy consciente de las injusticias de este mundo —dijo, abriendo los brazos—. La división entre los de arriba y los de abajo, la élite y los pobres… es una vergüenza esta enorme brecha entre clases. ¿Por qué los ricos deberían tener tanto y las almas honestas y trabajadoras nada en absoluto?

Su doncella y la cocinera asintieron con entusiasmo. El mayordomo y el ama de llaves parecían recelosos.

—Quiero cambiar este mundo. Quiero hacer algo por los pobres —declaró—. Quiero ayudar a los desamparados, ser la guardiana de algún alma olvidada, darle a una criatura infeliz e inocente una razón para vivir… y me gustaría contar con su ayuda para lograrlo.

—¿Cómo? —preguntó el mayordomo con escepticismo.

Dorothy bajó la cabeza con tristeza.

—Permítanme que les hable de un joven muchacho encantador. Un chico lleno de vida y creatividad. Lo único que quería era dibujar y pintar. Usaba lo que tuviera a mano para crear sus sueños. Su madre a menudo lo encontraba dibujando personas en el barro con un palo. Hacía montañas y arroyos con la comida de su plato o tallaba flores en la corteza de los árboles. Un chico con talento que podría haber sido el mayor artista del siglo… excepto…

—Excepto… —preguntó el cocinero, con los ojos húmedos.

—Excepto que no tenía dinero, apenas para comida. Vendía conejos despellejados en Gin Lane cuando los encontraba… o hacía recados para la gente rica. Su padre había muerto y su madre enloqueció…

—Oh, cielo… —sollozó Rosie en su pañuelo.

Dorothy se secó los ojos.

—Oh, el pobre y talentoso cariño. No tenía adónde ir.

—¿Dónde está el chico ahora? —preguntó el mayordomo, con los labios temblorosos.

—Ahí es donde necesito su ayuda —respondió Dorothy—. Tengo un secreto y me gustaría que me ayudaran a guardarlo.

Los sirvientes se enderezaron, con los ojos brillantes.

—Los compensaré por ayudarme a mantener este secreto inofensivo.

Los ojos brillaron aún más.

Empujó hacia ellos los dibujos que había hecho antes.

—¿No demuestra talento?

Se inclinaron sobre los dibujos de frutas y verduras, con expresión debidamente impresionada. La manzana parecía una manzana, la pera era una pera, e incluso las uvas eran reconocibles.

Sin duda, había talento.

—Pero ¿dónde está? —preguntó de nuevo el mayordomo.

Dorothy hizo una pausa dramática, dejando la pregunta flotando en el aire un instante, antes de girarse de golpe y señalar el escritorio.

—¡Ahí! —anunció, y en ese preciso momento Blinker apareció, con las manos entrelazadas delante de él y los ojos fijos en sus zapatos embarrados.

—Esta es la criatura talentosa y digna de lástima —dijo Dorothy, dejando que su voz temblara. Le apoyó una mano en el hombro a Blinker y se secó una lágrima invisible de la mejilla—. Solo les pido silencio y cooperación. He escrito a algunas escuelas y, en cuanto reciba respuesta, lo enviaré fuera. Pero hasta entonces, ¿no podríamos tenerlo aquí? Esta finca tiene tantas habitaciones… elegirá un pequeño agujero oscuro y dormirá en él.

—Lord Huxley podría aprobarlo. Tiene talento —sugirió el mayordomo, con la lealtad luchando contra su corazón.

—Ah, pero mi maravilloso y bondadoso esposo no tolera el ruido. ¿Cómo va a saber que este pobre niño no tiene alegría en su interior y que preferiría sentarse en silencio con sus pensamientos antes que correr como cualquier chico de su edad? —replicó Dorothy—. Me dirá que lo devuelva a Gin Lane. Gin Lane es el abismo de la depravación. Le arrebatarán la inocencia antes de que se dé cuenta y aplastarán su talento hasta no dejar nada. ¿Les gustaría cargar con eso en la conciencia?

—¿Y si el amo se entera? —preguntó la cocinera.

—Yo asumiré la culpa. Pueden decir que no sabían nada de él —respondió Dorothy.

—¿Y si no nos cree? —insistió el cocinero.

Dorothy se llevó una mano al pecho, fingiendo horror.

—¿Cómo va a dudar de la lealtad de su maravillosa ama de llaves y de su musical mayordomo, que le han servido durante años?

Blinker dejó escapar un sonoro y dramático sollozo y los miró con tristeza.

Se ablandaron.

—Este pobre chico —dijo Dorothy, empujándolo suavemente hacia delante—, tan delgado… apenas carne en los huesos… no es justo

que, solo por haber nacido en el lugar equivocado, no pueda desarrollar sus habilidades artísticas.

Blinker siguió la señal como un profesional.

—Por favor, señor —dijo con voz suave y luego se detuvo. Había olvidado su frase.

Dorothy se volvió enseguida hacia él y le articuló en silencio: "¿Puedo quedarme?".

Blinker asintió, comprendió, y se volvió hacia el mayordomo para suplicar:

—Por favor, señor, una botella de ginebra por dos peniques cincuenta.

Dorothy se dio una palmada en la frente, indignada, pero antes de que pudiera pensar en algo para salvar la situación, un sonido extraño llenó la habitación.

Un sonido sibilante, entrecortado, como de alguien a punto de morir.

Miró alrededor, alarmada, y vio al ama de llaves y al mayordomo abrazados el uno al otro, sollozando como si se les rompiera el corazón.

—El pobre chico —dijo Rosie, abrazando a Blinker.

—Haremos lo que podamos —balbuceó el mayordomo entre lágrimas.

El ama de llaves asintió, y la cocinera juró que engordaría al chico en un abrir y cerrar de ojos.

El jardinero jefe prometió que el muchacho podría corretear por el huerto a sus anchas y robar toda la fruta que quisiera.

Blinker deslizó su mano en la de Dorothy y la apretó.

Dorothy, por su parte, cumplió su promesa y le deslizó la pata de pollo.

CAPÍTULO DIECISIETE

Dorothy se dejó caer en una silla, lista para la cena. Su estómago gruñó con aprobación ante el aroma de la sopa de tortuga falsa y la lengua de buey. Vio a Huxley contener una sonrisa. Había oído el borboteo de su barriga.

Bajó la cabeza, muerta de vergüenza. Aún no dominaba el arte de fingir indiferencia ante la comida. Era un defecto Fairweather. Ninguna de sus hermanas había logrado subsistir a base de caldo claro ni resistirse a un pudin.

Observó a Sophia probar con delicadeza la sopa de cebolla oscura y admiró su expresión flemática. ¿Qué hay más a la moda que aparentar vivir de aire y nada más? Incluso Lady Huxley logró torcer el gesto al ver la lujosa gelatina blanca de grosella.

—¿Querías algo? —preguntó Lady Huxley con dulzura. Había notado su mirada.

—Gracias. Tengo todo lo que necesito —respondió Dorothy.

—Te vendrían bien unas ropas acordes a tu posición —dijo Sophia, cortando el faisán.

Dorothy bajó la vista hacia su suave vestido azul de cena. Era precioso… o eso había creído.

—Quiere decir que, ahora que estás casada, deberías llevar colores más atrevidos —explicó Lady Huxley.

Sophia resopló dentro de su copa de vino.

—Y reza para que ayuden a tu tez.

¡Clinc!

La cuchara de Huxley golpeó un cuenco de porcelana, acallando el murmullo.

El apetito de Dorothy se apagó y la comisura de su boca descendió.

Un sirviente apareció tras ella y llenó generosamente su copa. La criada se inclinó y le susurró al oído:

—El mayordomo ha dejado piñas en conserva en su habitación, y Blinker ya ha comido.

Dorothy se sintió un poco mejor y por fin reparó en los platos que salpicaban la mesa. Los más selectos habían sido colocados a su alrededor, cuando antes ese honor había recaído en Lady Huxley y Sophia. Sabía la razón del cambio de actitud de los sirvientes: el sangriento desastre de la noche de bodas, seguido de la llegada de Blinker.

En resumen, a sus ojos era una pequeña gatita indefensa, y sus instintos maternales se habían despertado.

Terminó la comida con rapidez y se reclinó, satisfecha. Ser una gatita también tenía sus ventajas; al menos la mimaban y la alimentaban.

Su estómago ya no gruñía, la cabeza le daba vueltas agradablemente por el vino, y Huxley estaba más guapo que nunca.

¿Y qué si no era el diamante de primera agua? Seguía siendo agradable a la vista, amable y bien educada, aunque un poco corta.

Eso solo añadía encanto y la hacía adorable.

Sí, era adorable, y en otro tiempo toda su familia lo había pensado. Seguro que pronto sus hermanas recordarían lo adorable que era y la perdonarían, mientras que Huxley la trataría como a su esposa y no como a una artista pobre y sin talento.

Frunció el ceño ante ese último pensamiento. ¿Quería que la tratara como a su esposa?

Alzó la mirada hacia él y el corazón le empezó a latir desbocado.

¡No! El vino se le había subido a la cabeza y le había enturbiado el juicio.

Después de la cena, no se retiró al salón con el resto de la familia, sino que se apresuró a su habitación y tocó la campanilla para llamar a su doncella.

Mientras esperaba, se perdió en sus pensamientos. La llegada de Blinker había aliviado un poco su soledad y, ahora que la mayoría de los sirvientes empezaban a ablandarse, la finca Ansley comenzaba a sentirse como un hogar.

—¡Rosie! —exclamó Dorothy en cuanto entró en su cámara—. ¿Dónde demonios va a dormir Blinker?

—¿En una habitación de invitados?

—Con tantos artistas deambulando por los pasillos a todas horas, lo descubrirán.

—No puede dormir aquí. Aunque le pidamos que se meta bajo la cama, podría oírla haciendo esto y aquello. Se le quemarían los oídos.

—No hago esto y aquello —se defendió Dorothy de inmediato, con voz aguda y avergonzada—. Pero sí, no puede quedarse aquí.

—¿Entonces?

—Ya lo sé —dijo Dorothy—. En tu habitación.

—Comparto habitación con otras dos. No todos los sirvientes son de fiar. ¿Recuerda que nos dijo que lo mantuviéramos entre nosotras?

—Ah. Entonces…

Rosie empezó a ayudar a Dorothy a desvestirse. Apartó los alfileres, le desató el corsé y la ayudó a cepillarse el cabello.

—¿Quizá en su saloncito?

Dorothy frunció los labios, pensativa.

—Supongo que podría funcionar. Mi señor nunca entra en el saloncito y la puerta es lo bastante gruesa como para amortiguar la mayoría de los sonidos.

—Le prepararé una cama y luego iré a buscarlo a la cocina, donde está cenando.

—¿Dormirás con Blinker? Me da miedo que un niño tan pequeño duerma solo. ¿Y si tiene una pesadilla y llora?

—¡Se crio en Gin Lane! ¿Qué podría asustarle aquí?

—Por favor.

Rosie suspiró.

—De acuerdo. Supongo que será agradable dormir en una habitación con un gran fuego y sin nadie roncándome al oído.

—Gracias, eres maravillosa.

***

Los primeros días transcurrieron sin incidentes, pero al tercero, la doncella de Lady Huxley vio a Blinker.

—Rosie, ¿qué vamos a hacer?

Rosie le arrancó los alfileres del pelo.

—Esperar a la muerte.

—No seas lúgubre. ¡Piensa!

—Siempre me hace pensar. Dele usted un empujoncito a su cabeza por una vez.

—¡Rosie!

—Solo vio un atisbo de Blinker. Una sombra que huía.

—Pero es cuestión de tiempo que lo descubran del todo. Sus sospechas se han despertado y ahora estará vigilante —exclamó Dorothy.

Rosie acarició la cabeza angustiada de su señora.

—Ya, ya, no se preocupe.

Dorothy frunció el ceño.

—Piensa en algo. No me acaricies como si fuera un cachorro.

—Ya he pensado en algo.

—¡Lo sabía!

—Dígale a todo el mundo que hay un fantasma en su habitación. Si vuelven a verlo, diremos que era el espíritu de un deshollinador muerto.

Dorothy miró a su doncella con respeto.

—Se te da de maravilla engañar.

—Gracias, señorita. Es un talento.

Así, la historia de un fantasma recién llegado se extendió por toda la mansión. Desató la imaginación de los artistas y, durante un tiempo, aparecieron dentro de los muros de la finca Ansley numerosas esculturas, pinturas, canciones y poemas macabros.

Los días siguientes pasaron en calma. Los sirvientes cumplieron su palabra, Blinker se portó bien y Dorothy siguió el consejo groseramente dado por Sophia y compró docenas de vestidos escandalosos. Como Huxley era uno de los hombres más ricos de Inglaterra, ni siquiera miró los precios y compró a su antojo.

Adquirió tafetanes de seda, muselinas de oro y plata, deliciosos vestidos de crepé y abundantes cintas de satén, zapatos y sombreros. También compró varios vestidos de noche en coquelicot, jonquil, prímula vespertina y el popular verde Viena. Algunos escotes eran alarmantemente bajos, pero la modista le aseguró que estaban muy de moda.

Encargó al mayordomo que buscara ropa para Blinker, consciente de que no podía ir ella misma a buscar ropa de niño sin que la noticia corriera por todo Londres. El mayordomo hizo un trabajo excelente y consiguió un saco de prendas en casi perfecto estado en una tienda de ropa usada.

Después, Dorothy cayó en una rutina repetitiva de supervisar a los sirvientes, cuidar de Blinker, crear menús, practicar el piano, asistir a fiestas y, lo más importante, ir de compras.

Pero los días que habían pasado tan plácidamente estaban destinados a terminar. La mañana en que Blinker se negó a despertarse tuvo el presentimiento de que las cosas se volverían volátiles.

Se plantó junto al sofá de su saloncito, contiguo a su dormitorio, y lo miró con irritación mientras dormía.

Alisó su nuevo camisón color crema de mantequilla y volvió a intentar despertarlo.

—Dimber mort —murmuró él dormido—. Déjame en paz.

Entrecerró los ojos, le arrancó la manta de un tirón y, acto seguido, le volcó una jarra grande de agua sobre la cabeza.

Él despertó resoplando.

—Me has llamado Dimber Mort —le dijo ella cuando ya se había calmado y estaba desayunando.

Él alzó la vista de su cuenco de huevos y se encogió de hombros.

—Estaba dormido.

—Soy una dama —le recordó con frialdad.

—¡Cielos! No quise ofender. Solo la llamé moza bonita —se defendió.

—Aquí nadie es una moza. Te oí llamar a Rosie cabeza de chorlito la otra noche. A partir de ahora cuidarás tu lenguaje y aprenderás a hablar como un caballero.

—¡Maldita sea! —se achicó bajo su mirada de pedernal.

—Y nada de "maldita sea", maldiciones ni ninguna otra exclamación grosera.

—¡Virgen santa! Un hombre no puede ni comer en paz —gruñó, balanceando las piernas con energía contenida.

Una sonrisa asomó a sus labios. Estaba especialmente encantador, recién lavado, con el cabello rizado peinado hacia atrás y brillante, y los ojos oscuros entornados por la impaciencia.

—Un paseo por los jardines —ordenó Dorothy. Era mejor dejarlo correr y cansarse que esperar a que se le ocurriera alguna travesura.

En cuanto salieron al exterior, Blinker salió disparado hacia un olmo antiguo y enorme. Como un mono, saltó a la rama más baja y se encaramó hacia arriba.

Dorothy echó a correr tras él.

—Baja ahora mismo —lo regañó.

Blinker la ignoró y siguió trepando.

—¡Blinker!

Se balanceó hacia delante, aferrado a una rama de aspecto frágil, y le sacó la lengua.

—¡Perdón por haberte tirado la jarra de agua encima! —gritó ella, desesperada—. Prometo que no volveré a hacerlo. Ahora, pórtate bien y baja. ¡No quiero que te caigas!

—¡Bah! ¿Caerme de un árbol? —se burló—. Ni de broma.

Dorothy observó con angustia cómo el último rastro de Blinker desaparecía entre el follaje. Ni siquiera podía ver sus pies entre las hojas espesas y oscuras.

¿Y si se caía y se rompía el cuello?

Horrorizada ante la idea, agarró la rama más baja y se impulsó hacia arriba. Si el pequeño bribón no bajaba, ella subiría tras él y lo arrastraría de vuelta si hacía falta.

Pero trepar a un árbol con el camisón puesto no era nada fácil.

Apenas había alcanzado la segunda rama cuando el pie se le enredó en la enagua y las manos perdieron agarre. Se precipitó hacia el suelo, con los ojos apretados, rezando por una muerte rápida y sin sangre visible, para verse tan hermosa como Cleopatra mordida por el áspid...

Unas manos fuertes la atraparon y la estrecharon contra un pecho.

Su respiración subía y bajaba a toda prisa mientras intentaba calmarse. Los brazos que la rodeaban eran cálidos, firmes y… humanos.

No estaba muerta.

¡Maravilloso! Algún alma caritativa la había salvado.

Al cabo de un momento, abrió los ojos y se encontró mirando los deliciosos ojazos de Huxley.

—¿Por qué estabas intentando subir a un árbol? —preguntó, alzando una ceja incrédula.

Dorothy miró de reojo el árbol y se tranquilizó al ver que Blinker estaba bien oculto.

—¿Por qué? —repitió él.

—Estás muy guapo hoy, mi lord —soltó ella de golpe, con la esperanza de distraerlo. Se le sonrojaron las mejillas, pero no tuvo más remedio que seguir con aquel coqueteo tan poco propio de ella.

Él la miró desde arriba, algo aturdido, contemplando sus ojos limpios y brillantes, su boca suave y sus mejillas enrojecidas. Parecía blanda y exquisita, como un edredón de plumas de oca, hecha para abrazar.

Su pequeño plan funcionó.

La soltó de inmediato y ella cayó sentada de culo.

Chilló, indignada.

Él sonrió; el rostro se le iluminó y se volvió más suave.

—Si no quieres responder a una pregunta, no lo hagas. Abstente de coquetear, querida, o no te gustarán las consecuencias.

—No estaba coqueteando —dijo ella—. Sí que estás guapo hoy. Es la verdad.

Y lo estaba, con su camisa blanca suave y los calzones marrones. No se había puesto chaqueta porque hacía calor, y la brisa agradable le había revuelto el pelo, haciéndolo parecer menos rígido… más cercano… acogedor… perfecto.

Suspiró.

Él le examinó el rostro y se dio cuenta de que decía la verdad, y entonces hizo algo que ella jamás habría imaginado.

Se sonrojó.

Las pestañas oscuras cayeron sobre sus mejillas encendidas y los labios se le fruncieron con inseguridad, haciéndolo parecer aún más guapo.

Al verlo así, ella sintió un impulso repentino de agarrarlo y besarlo.

—Bueno… —dijo él, sin palabras.

Ella se puso de pie y se sacudió la falda.

—No volveré a subir a árboles… a menos que tú estés cerca para atraparme.

Aleteó las pestañas, sintiéndose más atrevida que nunca.

Él se puso aún más rojo.

—Bueno… —repitió, y se aclaró la garganta varias veces antes de rendirse y alejarse a grandes zancadas.

Dorothy soltó una risita. Por fin había encontrado la manera de desconcertar al grande y poderoso Huxley.

Aún se reía cuando vio a Blinker bajar del árbol.

Le dedicó una sonrisa descarada antes de saltar desde una rama alta y precipitarse hacia el suelo.

CAPÍTULO DIECIOCHO

—Oh, quédate quieto —refunfuñó Dorothy mientras daba toquecitos en la herida de Blinker con una pasta verde de olor repugnante—. ¿Te duele?

—No —dijo él con valentía, aunque tenía la boca contraída por el dolor.

—Los niños buenos no mienten.

—Tú sí lo hiciste.

—Yo no soy una niña. Puedo hacer lo que quiera —replicó con brusquedad.

Blinker alargó la mano para tocarle la mejilla.

—Lo siento.

—Prométeme que no volverás a mentir.

—No… mentiré.

Dorothy se obligó a sonreír.

—Al menos no te has roto nada. Fueron solo unos rasguños… ¡pero el susto que me diste! —lo agarró y lo estrechó contra ella.

Él se removió, incómodo.

—Ahora, a dormir. Vendré a verte antes de la cena.

Le besó la frente y le alisó el cabello. Se quedó mirándolo un instante, con el corazón encogiéndose cuando él se dio la vuelta y se acomodó la mano bajo la mejilla.

Lo dejó a regañadientes y se dirigió al salón de la mañana.

No había tenido ocasión de ponerse al día con su correspondencia, ya que Blinker le había ocupado toda la mañana. Era un torbellino, suspiró con preocupación.

—¿Por qué no capta la indirecta? —se quejó Sophia desde el otro lado de la puerta.

Dorothy se detuvo fuera del salón de la mañana, ladeando la cabeza. Tuvo un breve debate interno sobre si debía escuchar o no.

Bueno… para ser totalmente honesta, no fue un debate propiamente dicho, sino más bien unas cuantas protestas mentales

simbólicas para acallar a su lado moral y recto, que desde hacía tiempo se había acostumbrado a ceder con facilidad y en silencio.

—Esta es ahora su alcoba —respondió lady Huxley.

—¡Bah! He pasado toda mi vida imponiendo la ley doméstica en esta casa —dijo Sophia—. William me ha permitido decorar a mi gusto, ordenar las comidas que me apetecen, recibir a quien quiero, y esa maldita advenediza se ha atrevido a apropiarse de todo lo que era mi derecho...

Lady Huxley emitió un sonido de asentimiento.

—Fue una desgracia que William tuviera que casarse con una plebeya. Me duele permitirle salirse con la suya en Ansley Hall… donde el propio rey se alojó durante una semana entera durante la guerra...

—¿Por qué consentiste esa unión espantosa? —se lamentó Sophia.

—Fue ingenioso cómo Dorothy atrapó al pobre William. Lo hizo de tal manera que no tuve más remedio que dar mi consentimiento...

—No tenías por qué hacerlo —dijo Sophia.

—Había demasiados testigos y no tuve elección. No puedo arruinar tus posibilidades de hacer un buen matrimonio. El príncipe...

—Oh, basta ya con ese sapo. No entiendo ni una palabra de lo que dice.

—Puede que así sea, pero seguirás mostrándote amable y obediente con él. Es un hombre necio. Un hombre necio, rico y de sangre real, y ese es el mejor tipo de hombre para atrapar.

—Lo que no entiendo —dijo Sophia pensativa— es por qué eres tan amable con Dorothy.

—Ha logrado ganarse a los criados y hacerse con el control de la casa. Incluso los artistas parecen tenerle cariño. Puede hacernos la vida muy difícil si no somos cautas. Además, William está obligado por deber a proteger a su esposa. Es un completo zoquete. Debería haberla echado en cuanto la vio trepando por aquella ventana...

—No hables mal de William, madre —replicó Sophia con brusquedad—. Sabes que no me gusta cuando lo haces.

La voz infantil de lady Huxley se volvió estridente.

—No sé por qué le tienes tanto afecto. Muy bien, me abstendré de decir nada malo de tu querido William. Si tan solo hubieras sido un varón, me habría deshecho de tu hermano hace años. Un empujón al lago cuando era joven o unas hierbas escogidas espolvoreadas en sus comidas...

—¡Madre! —jadeó Sophia.

—Cálmate. Está a salvo. La finca está vinculada.

Dorothy se sintió enferma y se apartó de la puerta. No podía soportar oír más ni sentarse en la misma habitación que lady Huxley. Sabía que lady Huxley tenía ciertos prejuicios contra la gente de sangre común y que otorgaba demasiada importancia al rango y a la riqueza…, pero jamás la había considerado una criatura ruin y asesina.

Todas aquellas miradas conciliadoras que lady Huxley le había dirigido, las veces que se había puesto de su parte frente a su hija… Todo había sido una farsa.

El corazón de Dorothy se encogió por Huxley. Perder a sus padres siendo tan joven y luego tener que hacerse cargo de una madrastra que lo detestaba.

¡Bah! El pensamiento le hizo rechinar los dientes de rabia.

Pasó el resto del trayecto hasta la sala familiar empujando a lady Huxley por distintos acantilados en su imaginación.

El mayordomo le entregó una carta en cuanto entró.

—¿Té? —preguntó desde la puerta.

—Por favor —respondió ella con gratitud.

—Y algo de comer —murmuró él, sin esperar respuesta.

Suspiró de nuevo. Parecía que, junto con Blinker, los criados la habían adoptado a ella también.

Volvió su atención a las cartas del escritorio. La mayoría eran invitaciones de la sociedad para ella y Huxley. Tendría que consultarlo con él. Algunas instituciones benéficas solicitaban una donación o su participación; a esas respondió con entusiasmo.

Casarse con Huxley tenía una ventaja: era generoso con su asignación, y ella disponía de recursos suficientes para marcar una diferencia entre los más desfavorecidos.

Por fin tomó la carta que le había entregado el mayordomo. Provenía de la escuela a la que había escrito solicitando una plaza para Blinker.

Habían declinado educadamente. Decían que quizá tendrían una vacante en tres meses, pero que hasta entonces la animaban a probar en otro lugar.

El problema era que ya la habían rechazado en todos los demás. Esta era la última escuela en la que había depositado sus esperanzas. Arrojó la carta lejos y dejó caer la cabeza entre las manos temblorosas.

Si tan solo pudiera escribir a las escuelas con su verdadero nombre, no se habrían atrevido a rechazarla. Y si lo hiciera… se desataría un escándalo. Por muy inocente que fuera la situación, las lenguas se moverían y circularían historias descabelladas. La sociedad conjeturaría si el niño era suyo de un amante anterior o un bastardo de Huxley… ¿tal vez el hijo ilegítimo de Sophia?

Un chismorreo cruel y despiadado podría arruinar las perspectivas de Sophia.

¿Y qué pasaba con Blinker? ¿Cuánto tiempo podría seguir ocultándolo? ¿Y si Huxley descubría al niño…?

Tantas apariencias y medias verdades. ¿Qué iba a hacer?

***

—Mi señora —Rosie se frotó las manos con nerviosismo—. Parece que el rumor que difundimos era innecesario, porque ya tenemos un fantasma residente.

—¿Eh?

—Los criados dicen que la alcoba en la que duerme es donde murió la madre de lord Huxley, y que su fantasma ronda este lugar desde aquella noche funesta.

Dorothy volvió a dejar el tarro de Rosas Florecientes para mejillas juveniles sobre el tocador.

—¿Quién ha dicho eso?

Rosie bajó la voz.

—Los criados más antiguos de la finca. Dicen que el padre de lord Huxley era cruel y que mató a su esposa en esta misma habitación.

Los sirvientes del antiguo lord fueron atormentados y asesinados. Cuando el actual lord Huxley tomó el control, contrató a artistas noveles como criados para reemplazar a los muertos, pero ellos oyeron toda la historia de los aldeanos de la zona.

El corazón de Dorothy empezó a latir con fuerza.

—Oh.

—Por eso los criados no se sorprendieron y mostraron tanta compasión cuando vieron toda aquella sangre. De tal palo, tal astilla, dicen.

—Oh —repitió, con los dedos temblorosos y el rostro pálido.

—En fin, eso es todo. —Rosie se alisó las faldas e hizo una reverencia—. Me retiro, mi señora.

—Quédate.

—Tengo hambre.

—Quédate.

—Lord Huxley vendrá de visita. No podría quedarme mientras hace esto y aquello.

—No estoy… oh, date prisa.

Observó a su doncella alejarse dando saltitos, amargada. ¿Por qué tenía que comer la gente?

Ras, ras.

Una ramita golpeó el cristal de la ventana, y su alma huyó por un instante. Un sudor frío le recorrió la espalda mientras la rama seguía azotando el vidrio.

¡Tump!

Un trozo de madera se partió en dos y cayó sobre las brasas de la chimenea, haciendo saltar chispas.

El terror se intensificó y su mente se nubló de pánico. Se incorporó a medias para huir de la habitación cuando...

Rat-a-tat.

Alguien llamó.

Abrió la boca para gritar, pero no salió ningún sonido.

—Voy a entrar —avisó la voz de Huxley.

Oh, era un ser humano; se marchitó de alivio.

Entró y se quedó inmóvil.

—¿Te encuentras mal?

Ella hizo un gesto débil con la mano, con el corazón aún en la garganta. Resultaba curioso que, aunque los criados creyeran que era tan cruel como su padre, su corazón pensara lo contrario.

No podía evitar confiar en él.

Se sentó a su lado y la miró con preocupación.

—Estás pálida. ¿Comiste demasiado en la cena?

—No.

Frunció ligeramente el ceño. ¿No debería preguntarle si había comido lo suficiente? Era una joven delicada que no se atiborraba, sino que vivía de aire y rocío.

Ras, ras.

¡Maldita ramita! El miedo regresó.

Su madre solía cogerle la mano por la noche cuando se asustaba. Huxley no era su madre, pero tenía manos.

Ras, ras.

Miró su mano con una expresión hambrienta.

Sus manos eran grandes y cálidas, con dedos largos y fiables. Si las sostenía, se sentiría mejor, menos asustada.

Sus ojos saltaron a la ventana y volvieron a él.

—Deberíamos cogernos de la mano.

Él abrió los ojos de par en par.

—¿Perdón?

Su cerebro trabajó a toda velocidad, más rápido de lo que jamás lo había hecho, para inventar una razón.

—Cuando salgamos, la gente podría notar mi incomodidad al bailar. Si practico cogerte la mano, pareceremos más naturales, como si estuviéramos casados.

A él le tembló un párpado.

Incluso después de tanto esfuerzo, su cabeza había dado con algo tan estúpido. Se sonrojó, pero se negó a amilanarse. Había que coger la mano hasta que Rosie regresara y tomara el relevo.

Pareció confundido por su razonamiento, pero le ofreció los dedos con docilidad.

Ella los miró y recordó cómo su madrastra había querido matarlo. Su expresión se suavizó y alargó la mano para agarrar con cuidado sus dedos.

Ninguno llevaba guantes, y el impacto de tocar la piel desnuda de un hombre le recorrió la espalda como un escalofrío.

Ahogó un jadeo y apartó la mirada, sintiendo cómo el calor de su contacto se extendía por su cuerpo, como si sostuviera pequeñas llamas en lugar de dedos.

Solo le sujetaba los dedos porque sus manos eran demasiado grandes para abarcarlas por completo.

Pero bastaba. Su corazón se calmó, el miedo disminuyó y apretó un poco más.

—¿Cuánto tiempo hacemos esto? —preguntó él, divertido.

—Un rato. ¿Podrás trabajar así?

—Puedo descansar un poco.

Se sentó rígida, con los hombros echados hacia atrás como una buena niña escuchando un sermón en la iglesia. Tenía el rostro encendido y parecía estar siendo castigada por hacer algo mortificante.

Sus ojos se movían nerviosos entre la ventana, la cama y el fuego.

—¿Tienes miedo? —preguntó él de repente.

Quiso asentir, pero negó con la cabeza.

—¿Te apetece un té?

Él asintió, pero ella no lo notó porque su mirada cayó sobre sus manos entrelazadas. Si tenía que servirle té, tendría que soltarlo para coger la tetera.

No quería soltarlo.

—O —corrigió—, en realidad no quieres té. Rara vez lo bebes tan tarde.

—No quiero —convino él con buen humor.

Ella pareció aliviada.

—Entonces, ¿hablamos?

—¿De qué?

—¿Qué ibas a hacer hoy? —se mordió el labio tras preguntar. ¿Cómo podía entrometerse en su trabajo? Ni siquiera el duque hablaba de esos asuntos con Penelope, y a su madre no le permitían entrar en el despacho de su padre.

—Iba a mirar un mapa —respondió él, sorprendiéndola—. Los artistas no pueden quedarse aquí indefinidamente. Es demasiado peligroso para ellos y para nosotros. Con tanta gente, alguien acabará rebelándose. Y ahora el asunto es urgente.

—¿Por qué?

Su pulgar le acarició la piel de manera distraída.

—Sophia se habría casado y se habría marchado. Después de eso, no tenía a nadie a quien proteger, pero… ahora sí.

Ella comprendió su significado, se turbó e intentó retirar la mano. Él la sujetó con firmeza y continuó:

—Voy a construir un lugar para ellos en el campo.

Ella tiró de nuevo, y esta vez él la soltó.

—¿Puedo ver? —preguntó.

Él desplegó el mapa que había traído.

—Este bosque parece adecuado. Puedo despejar este espacio, y quedarán ocultos a la vista.

Ella lo examinó un momento antes de señalar otro punto.

—Aquí, con las montañas protegiéndolos por detrás y el río delante, es más adecuado. Podrán usar el agua y la tierra será fértil. Puede que estén ocultos en el bosque, pero también lo estarán los enemigos.

Él miró el mapa con atención.

—A los aldeanos les parecerá extraño un grupo de hombres excéntricos viviendo juntos.

—Conviértelo en una escuela. Los artistas pueden enseñar a los niños del pueblo. Es mejor ser abiertos y honestos que crear un ambiente de sospecha. Las obras más controvertidas pueden guardarse.

Él le sonrió, y una chispa de calidez se encendió entre ellos.

¡Tump!

Un ruido llegó desde el salón contiguo, y ella se apresuró a agarrarle la mano otra vez.

—¿Vamos a seguir practicando? —preguntó él con una risita.

Ella asintió con rapidez.

—Solo un poco.

Y se quedaron así hasta que las manos se les humedecieron y llegó la hora de que él se marchara.

Ella lo miró con desgana.

Él alzó una ceja.

—¿Quieres algo?

Quiso asentir, pero negó con la cabeza.

—Mi almohada tiene bultos.

—Ah. —Miró las seis almohadas mullidas de la cama.

—¿Intercambiamos almohadas?

Pensó que su aroma y su calor le harían compañía y, con suerte, ahuyentarían a los fantasmas. Seguramente su madre no querría matar a la mujer a la que su hijo había tenido la amabilidad de prestar su almohada.

—Podemos —asintió él—. ¿Y el edredón?

Ella se iluminó.

—¿Podemos?

—Estamos casados.

Fue a su alcoba y, cuando regresó con el edredón y la almohada, ella ya estaba de pie junto a la puerta contigua con los suyos, lo que le hizo alzar una ceja.

Se había movido muy rápido.

Intercambiaron los bultos con solemnidad, como si realizaran un ritual sagrado, se desearon buenas noches y luego se detuvieron.

Ella se aclaró la garganta y preguntó con una voz muy pequeña:

—¿Podrías quizá dejar la puerta un poco entreabierta?

Su mirada se suavizó.

—Llámame si te sientes indispuesta o asustada. Estaré allí en un momento.

Ella se sintió un poco mejor y sonrió con gratitud.

Aquella noche tuvo miedo, pero cada vez que abría los ojos y veía la puerta entreabierta, el corazón se le aquietaba y volvía a quedarse dormida.

CAPÍTULO DIECINUEVE

La velada en casa de Lord Hamilton estaba en pleno apogeo. Dorothy sorbía champán con la cabeza inclinada. Parecía una flor delicada espolvoreada de motas plateadas. Su vestido exquisito brillaba cada vez que se movía, atrapando la luz de la forma más favorecedora y resaltando sus clavículas y su largo cuello.

Por desgracia, su belleza discreta quedaba ahogada por las atractivas mujeres enjoyadas que la rodeaban, y era ignorada incluso más que cuando estaba soltera.

La sociedad no había olvidado su boda precipitada, ni le había perdonado haberles arrebatado semejante partido delante de sus narices. Además, ya no tenía a Kitty a su lado ni a sus hermanas para atraer miradas.

Su temperamento habitualmente positivo se desvaneció, y sintió cómo una melancolía extraña le ascendía por el estómago como una serpiente enroscada. Una soledad roedora y la sensación de ser una impostora indeseada la llenaron por completo. No merecía estar allí, en aquella reunión deslumbrante de sangre azul.

Desvalida, se retiró aún más hacia el rincón oscuro del salón, con la cola invisible caída de la forma más triste.

Una risita hizo que alzara la vista y viera a una mujer alta y joven, la señora Prunner, envuelta en terciopelo negro, acercándose a Huxley.

Dorothy se tensó, y la incomodidad que había sentido toda la noche se volvió algo más profundo, más oscuro y más violento.

El corazón le pesaba como si fuera una cachorra sentada bajo una mesa cargada de un festín grandioso: el aroma de la comida le cosquilleaba la nariz y le hacía rugir el estómago, pero sus patas eran demasiado cortas para trepar a la silla y dar un mordisco.

La bonita nariz de la señora Prunner se cernía cerca del hueco en la base del cuello de Huxley, mientras sus dedos enguantados hacían

girar un abanico de varillas de marfil y le daban golpecitos en el brazo.

Las pestañas de Dorothy volvieron a caer y dio otro sorbo. Quizá aquel hundimiento triste se debiera a haber dormido a trompicones los últimos días, consumida por el miedo al fantasma y en vilo por si descubrían a Blinker.

Huxley se acercó un poco más al lugar donde estaba Dorothy, y su conversación llegó hasta ella.

—Tengo sed —se quejó la señora Prunner.

—Le traeré algo —respondió él con educación—. ¿Limonada o vino?

—No, no soportaría verlo abrirse paso entre tanta gente. ¿Y si bebo de su copa?

—No.

—¿Por qué no?

—No comparto lo que es mío.

—Ah…

La señora Prunner, algo corta de entendederas, no percibió el frío que emanaba de él y se pegó todavía más.

—He oído que lo engañaron para casarse. Qué pena.

Las damas cotillas cercanas aguzaron el oído.

—Le han informado mal —dijo él, apartándose de la mujer.

Se sacudió la manga como si se hubiera manchado de suciedad donde ella la había tocado.

Dorothy lo regañó mentalmente, aunque su ánimo se aligeró. Estaba siendo escandalosamente descortés. La pobre mujer se había puesto de color púrpura al comprender por fin que sus avances no eran bienvenidos. La verdad, él debería ser más amable…

—Toma.

Le metió su copa de champán en la mano, cortando en seco su parloteo interior.

Ella miró las dos copas que ahora sostenía y luego los ojos atónitos de las mujeres que la rodeaban.

—Bebe —la instó.

Dorothy obedeció y dio un sorbo.

—No. De mi copa.

Parpadeó, confusa, pero siguió su orden en voz baja.

Satisfecho, él tomó la copa de ella y se alejó.

¿Eh? Dorothy no entendía nada. Si quería beber, ¿por qué no seguir con su propia copa? ¿Por qué intercambiarlas?

Olfateó el champán. ¿Olería mal? No, era igual que el suyo… pero quizá él era más sensible y percibía algo distinto.

Desconcertada, bebió un poco más, sin darse cuenta de las miradas especulativas que le lanzaban. Los ojos antes desdeñosos se volvieron cautelosos y, poco después, se vio rodeada por mujeres mayores y más experimentadas que la arrastraron a una conversación tediosa.

De camino a casa, el lento vaivén del carruaje, la copiosa cantidad de champán en el estómago y las noches sin dormir terminaron por vencerla, y los párpados comenzaron a pesarle.

Huxley la observó luchar contra el sueño y chasqueó la lengua.

—¿Vas a confesar?

Ella lo miró con los ojos enrojecidos y ardientes.

—¿Mmm?

Suspiró y se sentó a su lado.

Era muy ancho y alto, y el asiento del carruaje, aunque espacioso, no bastaba para que ambos se sentaran sin tocarse.

Así que, en cuanto se sentó, todo su costado izquierdo se apretó contra el derecho de ella.

Naturalmente, el sopor se le esfumó al instante.

—No estás descansando bien.

La rodeó con el brazo y, con un pequeño tirón, le acomodó la cabeza sobre su hombro.

—¿Qué te sucede?

—Ah, ah… estoy bien —intentó zafarse.

De pronto el pecho se le oprimió, como si un duendecillo diminuto se hubiera sentado encima.

—Quédate. Piénsalo como acostumbrarte… por el bien de parecer cercanos en las reuniones.

El tono era burlón, pero los dedos que descansaban sobre su brazo le daban suaves palmaditas.

Su calor ahuyentó el frío nocturno y, al cabo de un momento, sus miembros tensos dejaron de resistirse y se relajaron. La respiración superficial se le calmó y la opresión empezó a ceder.

Su voz grave y profunda resonó junto a su oído cuando continuó:

—Mi madre murió en la casa de su familia. No tienes por qué temer a su fantasma.

—Ah.

Así que se había dado cuenta de su comportamiento extraño y había descubierto el motivo. Quizá se lo había preguntado a su doncella.

Qué amable.

Una lágrima se le escapó mientras su calor le templaba la piel y se le colaba hasta el fondo del corazón.

Él siguió hablando:

—Los criados tampoco fueron atormentados hasta la muerte por mi padre. Era frío y severo, pero no tan cruel con los de fuera. Los artistas son imaginativos y dados a exagerar. No creas esas tonterías.

Ahora las lágrimas le corrían por ambos ojos, y se mordió el labio para contener el sollozo. El abrigo de él se estaba empapando, pensó desesperada; tenía que dejar de llorar.

Los dos eran almas afines. Solitarios, doloridos y poco amados. Era justo acurrucarse el uno contra el otro y buscar consuelo.

No, no era del todo cierto. Ella había probado el amor familiar y la amistad, mientras que él parecía cargar con el deber y estar rodeado de gente ingrata que lo adulaba solo para roerle los lujos.

No era de extrañar que tuviera una valla alrededor del corazón. ¿Cómo iba a saber si alguien lo quería por quien era y no por su inmensa riqueza o su influencia?

Incluso su madrastra era despreciable.

A pesar de una crianza solitaria, él era maravillosamente considerado con sus necesidades y la consolaba a menudo. Además, era educado, gentil y exquisitamente apuesto.

Un hombre así merecía el mundo, pero en lugar de hallar el amor y vivir feliz para siempre, ella había irrumpido en su vida y lo había atrapado en un matrimonio que no deseaba.

Y, aun así, él también compartía parte de la culpa.

¡Ah!

Se quebró y rompió a llorar en voz alta. Ya no pudo reprimir el dolor del corazón y abandonó toda apariencia.

Eso lo sobresaltó hasta estrecharla aún más y emitir sonidos tranquilizadores.

Era tan dulce y tierno.

¡Buaaa!

Ya no le importaban sus propias miserias y problemas; era la situación de él lo que más le dolía. Ojalá pudiera agarrar los hilos del destino y retorcerlos para darle toda la alegría del mundo. Quería verlo reír y sonreír, rodeado de personas que lo adoraran, ver cómo sus ojos se suavizaban y se iluminaban de felicidad.

Sollozaba con el corazón hecho pedazos, el cuerpo estremeciéndose contra él mientras sus manos se aferraban a su abrigo como si quisiera enterrarse debajo.

Él le acarició el brazo en silencio durante un momento y, cuando los sollozos no amainaron, empezó a cantar. Su voz profunda reverberó por el carruaje en una canción suave y delicada que la dejó muda.

Buenas noches, mi lassie, mi dulce, dulce lassie,
deja que el mundo se desvanezca…
Déjame besar tus labios, compartir tu aliento y tu rocío,
arrancar de tu corazón todo tormento.
Como la sombra de una lámpara, que mis manos rodeen tu alma,
protegiéndote de los vientos hirientes del pasado.
Buenas noches, mi lassie, mi dulce, dulce lassie,
deja que el mundo se desvanezca…

Un rato después, contempló su rostro dormido, con una expresión suave y tierna.

Era encantadora —pensó con una sonrisa— y un poco ingenua. Tenía un corazón limpio y bueno, un corazón que debía ser feliz, que merecía ser feliz, y él haría todo lo posible por lograrlo.

Ojalá pudiera agarrar los hilos del destino y retorcerlos…

CAPÍTULO VEINTE

Dorothy llegó a su alcoba, cerró la puerta de un portazo y se apoyó contra ella. Se llevó la mano a las perlas que le colgaban sobre el pecho y apretó los ojos. Quería borrar el recuerdo de los hombros de Huxley rozando los suyos y de su voz profunda, oscura y pecaminosa, subiendo y bajando en un ritmo musical.

La canción había sido más íntima que aquel beso en la biblioteca.

Se le sonrojaron las mejillas al recordar su boca cantándole suavemente al oído, su aliento cálido provocándole escalofríos por la espalda. Había querido calmarla, hacer que olvidara sus penas.

Había olvidado sus penas e incluso se había quedado dormida, pero de calmada no tenía nada.

—¿Estás bien? —preguntó una voz suave y vacilante.

Forzó los ojos a abrirse y encontró a Blinker mirándola con preocupación.

—Estoy bien —dijo con una sonrisa forzada—. He comido demasiados pasteles de frutas y tengo retortijones.

Él no le creyó; sus ojos seguían inquietos. Los niños que crecían en entornos complejos solían ser más sensibles que otros, percibían las corrientes subterráneas y captaban el ánimo más rápido que la mayoría de los adultos.

Ella amplió la sonrisa y le hizo una seña para que se acercara.

—De verdad, estoy bien. Solo cansada de bailar toda la noche.

Por fin aceptó la explicación y se relajó.

—Te estaba esperando. —Rebuscó en su bolsillo y le tendió un papel—. Hice algo para ti.

—¿Qué es?

—Un dibujo —respondió con timidez.

La siesta breve y sin sueños le había sentado de maravilla y se sentía renovada. Si tan solo pudiera dormir a su lado todos los días… se sonrojó.

¡Bah! ¿Qué tonterías estaba pensando?

Se concentró en Blinker, haciendo retroceder aquellos pensamientos traviesos.

Esto era justo lo que necesitaba para iluminar su día oscuro. Por eso quería ayudar al niño, y los pequeños tropiezos no eran más que una incomodidad pasajera. Extendió la mano y le acarició la cabeza.

Él no se apartó. Se estaba acostumbrando.

Tomó el dibujo y lo abrió con entusiasmo. Entrecerró los ojos un momento y luego preguntó con cautela:

—¿Qué se supone que es?

—¡Oh! ¿No lo ves? —preguntó él, ofendido.

Ella entrecerró más los ojos y por fin dijo:

—Ah, ya veo lo que es. Eres tú… muy bueno. Este… es un hombre muy grande. —Continuó ante su asentimiento alentador—. Y este es un hombre muy pequeño.

—El grande —respondió Blinker con importancia— soy yo, y el pequeño es lord Huxley. Mira esto; es una daga.

—¿Así que has dibujado un cuadro en el que matas a Huxley?

Blinker asintió.

¡Santo cielo! Dorothy volvió a mirar el dibujo, con un ligero mareo. Sabía lo que significaba, y la culpa era suya. Había sido ella quien había hecho sonar a Huxley como un monstruo malvado. Pero no tenía opción. Quería asegurarse de que Blinker se mantuviera fuera de la vista cuando Huxley estuviera cerca.

Miró a Blinker de reojo, insegura. ¿Había convertido a un alma inocente en un criminal asesino?

Él le devolvió la mirada, satisfecho.

—Al menos —reflexionó en voz alta— no me has dibujado muerta.

—No podría matarte. Si lo hiciera, nunca tendría pasteles.

—Seguro que quieres que viva por algo más que por los pasteles. Me quieres un poquito. Admítelo.

Blinker frunció el ceño y se rascó la cabeza.

—Esta mañana te prometí que no diría mentiras.

Ella asintió, animándolo.

Él respiró hondo y continuó:

—Son los pasteles… no lo del cariño.

***

—Quería hablar contigo sobre las invitaciones —dijo Dorothy.

Huxley levantó la vista de su escritorio, recorrió con los ojos su nuevo vestido, peligrosamente escotado, y alzó la mirada hacia el techo.

—¡Maldición! ¿No puede esperar?

Ella negó con la cabeza, arrepentida.

Dejó la pluma y se puso de pie.

—Vamos a dar un paseo.

—¿Ahora?

—Ahora.

—Está bien. —Dorothy se dirigió a la puerta.

—Espera —la llamó—. Coge tu pelliza.

Ella negó con la cabeza, haciendo que las horquillas de su pelo brillaran con encanto.

—El sol está fuerte.

Él entrecerró los ojos.

—Entonces cámbiate de vestido.

—Me pondré un chal —cedió.

Chasqueó la lengua, impaciente.

—No me gusta esperar. Date prisa.

Y solo por eso, Dorothy se tomó todo el tiempo del mundo en arreglarse, disfrutando de la idea de Huxley echando humo en la entrada.

Cuando por fin se reunió con él, tenía el rostro tormentoso.

Dorothy no era una imbécil. No estaba poniendo a prueba su paciencia por un deseo absurdo y retorcido de conflicto.

No, quería probarlo.

Que fuera grande y fuerte no significaba que fuera un bruto. Ese pequeño resto de miedo en su corazón, que creía que se volvería violento si se enfadaba, tenía que resolverse. Necesitaba comprender al hombre con el que se había casado, y esta era una forma de hacerlo.

Fastidiarlo hasta la exasperación para ver cómo reaccionaba.

Le enlazó el brazo y sonrió con brillo.

Su irritación se amortiguó ante la sonrisa, y la condujo al exterior.

Pasearon por el jardín oriental. Aunque el sol ardía, la brisa que le acariciaba la piel era fresca y estaba cargada del perfume del jazmín.

Ella observó su rostro mientras él le daba una lección sobre qué invitaciones aceptar y cuáles rechazar. Creía necesario explicarle por qué rechazaba a ciertas personas para que no volviera a molestarlo en el futuro.

Parecía molesto, con un tono cortante, pero ella se dio cuenta de que había reducido el paso para acompasar el suyo.

Muchas veces se había aferrado al brazo de un hombre, demasiado impaciente para reducir el paso. Ella corría mientras ellos caminaban, o los verdaderamente insensibles la arrastraban a toda velocidad por los senderos del jardín, dejándole los zapatos raspados más allá de toda reparación.

Por otro lado, Huxley parecía endurecido, pero sus actos mostraban una verdad distinta. La forma en que cuidaba de los artistas… la manera en que se había ablandado ante sus lágrimas y había cantado aquella hermosa media canción… y ahora caminaba a un paso razonable mientras paseaban alrededor del estanque reluciente y la apartaba con cuidado de un charco, todo ello mientras le daba órdenes.

Quería que conociera a ciertas personas y que mantuviera distancia con los artistas. No quería que vistiera colores llamativos. Consideraba que su bata de mañana estaba demasiado escotada. Y, sin embargo, bajo todas aquellas instrucciones frías y arrogantes, ella veía más allá de la superficie. Veía un corazón latiendo con calidez y pasión.

—Quemarás toda la ropa nueva —dijo finalmente, volviéndose para mirarla.

Se detuvieron bajo un árbol grande, y el sol se filtraba entre las hojas, creando sombras moteadas en el suelo.

Dorothy le sonrió.

—Usaré lo que quiera, haré lo que quiera y hablaré con quien me plazca.

Su desplante desafiante se vino abajo cuando un criado llegó corriendo hacia ellos.

—Mi lord —dijo, inclinándose con prisa—. Un mensaje. Es urgente.

Huxley miró a Dorothy y se apartó unos pasos antes de abrir la carta con rapidez. Sus ojos se agrandaron y el color abandonó su rostro al llegar al final.

—¡Ese maldito hombre!

—¿Ocurre algo? —preguntó Dorothy con preocupación.

Él arrugó la carta y se volvió medio de espaldas, pero cambió de idea y regresó hacia ella con zancadas largas. Su humor era negro en contraste con las nubes livianas y el cielo despejado.

—Deja de hacer lo que estás haciendo —le advirtió en voz baja—. Sé que intentas pintarlo todo de rosa para sacar lo mejor de la situación. Se te nota en la cara. Eres ingenua y demasiado joven para ocultar sus sentimientos. A veces, la gente es exactamente lo que parece.

A Dorothy se le encendieron las mejillas de vergüenza. ¿Era tan transparente? Y en cuanto a su súbito mal humor… ¿no estaría simplemente descargando en ella su enfado por el contenido de la carta?

El corazón le dio un vuelco. Eso se hacía con la familia, con la certeza de que no les importaría que los suyos se desahogaran así.

Lo miró a los ojos tormentosos, insegura. ¿Debía alegrarse de que ahora la considerara de los suyos o irritarse por sus exigencias?

¡Bah! El matrimonio era un asunto difícil y enrevesado.

—Haré lo que me dé la gana —dijo, zafándose de su agarre y regresando a la casa con un ánimo completamente rebelde y obstinado.

***

Aquella noche, Dorothy volvió a ponerse uno de sus vestidos nuevos para la cena… una gasa azul sobre satén, ribeteada con perlas blancas. Mostraba más escote del que jamás se había atrevido a lucir.

Lady Huxley soltó un jadeo al ver a Dorothy cerca de la puerta.

—Y yo que pensaba que el exceso de flores era el único cambio en la casa —sonrió Sophia con sorna.

Dorothy frunció el ceño. ¿Acaso no le gustaban las flores a todo el mundo? Miró el gran jarrón redondo del centro de la mesa, lleno de flores veraniegas de aroma dulce, y pensó que estaba precioso. Era uno de los muchos jarrones que había colocado por la casa, rebosantes de color y fragancia.

Huxley giró la cabeza desde su asiento para ver qué ocurría. Se quedó inmóvil al verla.

Sus ojos la recorrieron de arriba abajo. Lentamente.

Ella se detuvo en el umbral, preguntándose si no habría ido demasiado lejos.

Él se levantó con elegancia y se acercó. Le tendió una copa de vino y dijo en voz baja:

—Estás temblando, querida. ¿Te dejaste el valor en la alcoba?

Ella tomó la copa.

—No tiemblo de miedo, sino de felicidad. Me encanta este vestido —mintió.

La boca de él se tensó, pero se apartó para dejarla pasar.

Dorothy fue a sentarse, y el corpiño descendió un poco más, haciéndola tragar saliva con nerviosismo. ¿Por qué había creído buena idea ponerse aquel vestido solo para irritar a Huxley?

—Está usted preciosa —murmuró Lady Huxley en su copa.

—Encantadora —se rió Sophia, vaciándose todo el contenido de la copa de champán por su garganta malvada.

—Gracias —respondió Dorothy, tirando del encaje sobre su escote.

Un criado le sirvió vino y ella dio un trago generoso.

Sophia se inclinó de pronto hacia delante y dijo, con un brillo perverso en los ojos:

—En rigor, la propiedad debería estar bajo su administración. ¿Espero que no le moleste que yo me encargue de todo?

Dorothy se rindió con el vestido y se colocó una servilleta sobre el pecho. Por fin respondió, con los ojos grandes y sinceros:

—Me he casado hace poco y ocuparme de más de cien criados, las cocinas, las cuentas, atender las necesidades de mi esposo y de otros miembros de la familia, sin hablar de los invitados y los artistas… ah, es demasiado. Es agradable descansar hasta que no

me quede más remedio que ocuparme de todo cuando usted se case y se marche.

El rostro de Sophia se ensombreció. ¿Por qué sonaba como si ella estuviera trabajando como una criada mientras Dorothy disfrutaba de una vida despreocupada?

Dorothy suspiró.

—No me va bien tener demasiadas cosas en la cabeza. No es bueno para mi cutis. Gracias por su arduo trabajo.

Sophia arrojó la cuchara dentro del plato de sopa, haciendo que trozos de verdura saltaran fuera.

—Encárguese usted a partir de ahora.

Dorothy sonrió radiante.

—¿Confía en mí para un honor tan grande? Haré todo lo posible.

—Yo… —Sophia captó la mirada furiosa de su madre y cerró la boca. Había cedido las riendas como una necia; ¿y ahora cómo iba a recuperarlas?

Mientras tanto, Dorothy siguió dándole las gracias con efusividad, incluso añadiendo elogios fervientes. Cuanto más floridas se volvían sus palabras, más parecía Sophia estar masticando un limón, mientras Lady Huxley se mostraba cada vez más grave. Finalmente, se levantó de un salto y salió a grandes zancadas.

—¿Cólicos? —preguntó Dorothy, confundida—. ¿Llamo al médico? ¿Señorita Huxley? ¡Señorita Huxley!

Lady Huxley apartó el plato y siguió a su hija. ¿De qué servía liarse a puñetazos con un cojín? Los golpes se perdían en el aire, una pérdida total de tiempo.

Huxley se negó a mirar a Dorothy y se concentró en la comida. De vez en cuando, la comisura de su boca se movía de forma sospechosa, como si estuviera conteniendo la risa.

Desconcertada, Dorothy se dejó caer en su asiento y pasó el resto de la velada hurgando en el repollo y sintiéndose como una descarada, sin saber que aquel día había librado —y ganado— una batalla.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Al día siguiente, Dorothy admitió la derrota y regaló los vestidos escandalosos a unas criadas encantadas. Revolver las plumas bien arregladas de Huxley no valía la vergüenza de llevar un vestido que amenazaba con caerse de los hombros en cualquier momento.

Conservó los ligeramente más respetables, pero los tiñó en colores más intensos de lo que solía usar. Los tonos profundos, como de joya, hacían que sus ojos brillaran y que su cabello reluciera de un modo favorecedor, haciéndola sentirse adulta.

Inspiró el glorioso aire soleado de la mañana y suspiró feliz. A pesar de todo lo que iba mal en su mundo, sentía una chispa de esperanza. Tal vez fuera la música lo que elevaba su ánimo.

El Gran Concierto de Steibelt flotaba por los corredores de Ansley Hall. Los artistas del jardín martilleaban bloques de piedra al ritmo de la música, y los hombres en las casas de los árboles tarareaban alegremente.

Dorothy bailó siguiendo la música hasta la pequeña sala familiar. Poco a poco estaba empezando a adorar aquella casa vibrante, apasionada y caprichosa.

Se detuvo cerca de la entrada para admirar las caricaturas humorísticas de funcionarios del gobierno, aristócratas e incluso de Huxley colgadas en la pared. Era una adición sorprendente, teniendo en cuenta las obras de arte más serias repartidas por el resto de la casa.

Deslizó un dedo por la nariz aguileña exagerada de Huxley. El artista había captado su esencia maravillosamente con unos pocos trazos de tinta.

Huxley era valiente, pensó con calidez. Valiente por permitir que aquello se exhibiera tan abiertamente en la casa. Y la capacidad de reírse de sí mismo, de dejar que el artista se burlara de él junto a reyes y políticos, lo hacía aún más entrañable.

Se apartó de los dibujos y abrió de par en par la ventana, dejando que entrara el sol. El tenue sonido de músicos ensayando en algún punto de la casa se hizo más fuerte y llenó la estancia.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Blinker desde la puerta.

—Colocando estas preciosas cortinas de encaje color crema. ¿No son encantadoras? —respondió Dorothy, manteniendo el equilibrio precariamente sobre una silla capitoné.

—¿Por qué no dejas que lo hagan los criados?

—Solo tardaré un minuto. ¿Para qué molestarlos por una nimiedad? Además, disfruto haciendo mis cosas —dijo Dorothy, saltando de la silla y observando su trabajo.

—La ventana de tu habitación traquetea —refunfuñó Blinker—. Dondequiera que vas, todo se vuelve ruidoso y luminoso. Demasiado luminoso. Y andas saltando como una liebre salvaje.

Dorothy abrazó a Blinker, ignorando cómo se retorcía para soltarse. Sonaba como Huxley. La idea la hizo sonreír.

Sería bonito ver cómo sería el hijo de Huxley. Pero si tenía un hijo, tragó saliva, ella tendría que darlo a luz.

Había visto parir a una vaca en su hogar. Un escalofrío la recorrió y el sudor frío le perló la frente.

No, era mejor volcar todo su amor maternal en Blinker; al fin y al cabo, alguien ya lo había sacado al mundo.

—Y abrazas demasiado —gruñó él.

Ella lo besó solo por intentar escabullirse del abrazo.

Él frunció el ceño.

—Mira —dijo ella, extendiendo la mano para que los rayos brillaran sobre su piel—. El sol lo ha pintado todo de oro leonado. ¿Ves el polvo danzando en los haces como si fuera feérico? ¿No te dan ganas de llamar a esos destellos y pensar que las palabras adecuadas los transformarían en seres mágicos?

Blinker observó la luz del sol y resopló como un viejo sabio.

—El sol —le dijo con pesar— se te ha subido a la cabeza. Todas esas ventanas abiertas —negó con la cabeza—, inventando historias de criaturas mágicas. ¡Oh! Me dices que no mienta y luego sueltas las patrañas más descaradas. Le pediré a la cocinera que te dé un té bien fuerte para devolverte el juicio.

Dorothy suspiró y lo dejó huir. Se le humedecieron los ojos al ver su espalda alejarse y recordar su infancia. De pronto echó de menos a sus hermanas y quiso verlas. Quiso que la perdonaran y que todo volviera a ser como antes.

Su mirada se fue a la ventana. A poca distancia se alzaba Blackthorne Mansion y, aun así, parecía imposible de alcanzar. Se frotó las sienes, intentando idear un plan que lograra que todos la perdonaran y volvieran a adorarla.

Aquel abismo entre ella y sus hermanas no podía existir indefinidamente; no lo permitiría.

¿Acaso era imposible recuperar a su familia y llenar los días de Huxley de felicidad?

***

Muy tarde esa noche, Dorothy seguía dándole vueltas a cómo ganarse a sus hermanas y no podía dormir. Por fin, se levantó de la cama, tomó una vela y deambuló por la mansión oscura y dormida.

¿Debería fingir un ayuno hasta la muerte, golpearse la cabeza contra los escalones de piedra de la entrada de Blackthorne Mansion hasta que la perdonaran, o agarrarse a las piernas de sus hermanas durante una reunión social y amenazar con no soltarlas hasta que prometieran volver a quererla?

Se detuvo al ver dos figuras juntas en el estrecho pasillo que conducía al ala Este.

La excelente figura de Huxley proyectaba una gran sombra sobre el Aëdon colgado en la pared. La vela que sostenía iluminaba al joven y recién llegado pintamonas, que lo escuchaba con la boca abierta mientras la pintura goteaba del pincel sobre la alfombra.

Dorothy se acercó de puntillas, con la esperanza de evitar más daños.

—Debe provocar una emoción —decía Huxley en voz baja y sincera—. Debo sentir terror, horror, asombro, amor, ira… algo al mirar su obra. Tiene técnica, pero para ser un verdadero artista debe profundizar más...

Dorothy le arrebató el pincel al joven, sobresaltándolos a ambos. Los dos la miraron, incrédulos.

Dorothy señaló con la cabeza el charco de pintura azul que se empapaba en la alfombra color rosa.

—¡Cielos! —chilló el artista—. Lo siento. Traeré algo para limpiarlo.

No esperó la respuesta de Huxley y salió disparado hacia las cocinas.

—Quisiera hablar contigo—dijo Huxley cuando Dorothy hizo ademán de marcharse.

Ella se volvió, procurando no reparar en lo estrecho del pasillo, en lo cerca que estaban obligados a colocarse, ni en la suave camisa de algodón gris que se ceñía a su pecho musculoso.

—Sé que a las mujeres les gustan las flores —comenzó—, y no me opongo a la profusión de jarrones rebosantes que han brotado de repente por toda la casa, pero las bandas amarillas brillantes en mi estudio…

—Quedan preciosas con el brocado verde.

—Hacen que la habitación sea… distinta. No me gusta lo distinto. Y tampoco aprecio que hayas pedido a todas las criadas de la casa que lleven cintas en el pelo.

—Las pone más animadas. La librea gris es tan aburrida…

—Se supone que deben volver invisibles a los sirvientes.

Dorothy se encogió de hombros.

—A mí me gustan las cintas.

—¿De verdad hay que abrir todas y cada una de las cortinas por la mañana?

—Me gusta la luz.

Él soltó un suspiro exasperado.

—Está bien.

Ella lo observó divertida. Era tan fácil llevarlo de un lado a otro y tan distinto del rostro implacable que mostraba a todo el mundo.

¿Por qué era tan complaciente con ella? Llevaba días intentando irritarlo, pero aunque algo fastidiado, enseguida abandonaba la batalla y la dejaba hacer lo que quisiera.

Ya no sentía ningún miedo al enfrentarse a él. Era imposible.

De hecho, ahora lo veía increíblemente dulce, blando por dentro como las nubes.

Y guapo.

Muy guapo.

Sus pestañas oscuras, en contraste con la piel pálida, y el leve rubor en lo alto de los pómulos lo hacían parecer seductor, como una criatura encantada bañada por la luz dorada de las velas encendidas y titilantes.

Ella se quedó mirando la sombra en su mejilla y se preguntó cómo se sentiría contra su piel.

Él alzó una ceja.

—Me estás mirando.

Ella se sonrojó.

—Solo estaba pensando… ¿No deberías tener un poco de cuidado? Todas esas caricaturas y acuarelas burlescas de políticos y miembros de la realeza expuestas tan abiertamente en la casa… Ya se han aprobado los seis actos y… y podrían acusarte de sedición.

—¿Te preocupa mi bienestar? —se burló.

Dorothy dio un paso involuntario hacia él.

—¿Por qué te entregas tanto a estos artistas? ¿Por qué arriesgas tu vida para salvarlos?

Él aspiró hondo, le tomó la barbilla y la giró hacia la luz de la antorcha encendida. Examinó su rostro un instante.

—Ah… de verdad quieres saberlo.

Ella asintió, sin atreverse a hablar. Estaba segura de que la voz le temblaría como siempre que él la tocaba. Y él lo sabría… y no podía soportar que supiera el efecto devastador que tenía en ella.

Él volvió el rostro hacia las sombras.

—Cuando era niño, mi madre me enseñó a cantar. A mi padre no le gustaba ese pasatiempo femenino. Pensaba que me haría menos hombre aprender cosas tan frívolas. Se aseguró de que, si alguna vez me sorprendía con una canción en los labios, a mí o a mi madre… lo lamentaríamos.

—¿Lamentarlo? ¿Cómo?

—Nos pegaba. —Sus ojos se oscurecieron al recordarlo—. Y no tardó en llegar el momento en que mi madre se rindió y dejó incluso de tararear en secreto. Poco después, la luz de sus ojos empezó a apagarse. Era como si mi padre le hubiera arrebatado las ganas de vivir al exigirle que ahogara su voz.

Hizo una pausa, abriéndose paso fuera de recuerdos dolorosos.

—Ningún talento debería ser domado, desalentado, sofocado… puede aplastar el alma. No puedo permitir que el mundo entierre a los verdaderos artistas bajo la pobreza, las normas y las leyes arcaicas. Quiero encontrarlos, nutrirlos y darles lo que necesitan para centrarse en su arte. Quiero liberarlos, libres para hacer lo que aman… Es embriagador verlos crecer bajo mi techo… volverse exitosos e independientes.

—Ya veo.

Él la miró desde arriba, con los ojos en llamas.

—¿Te aterra que mi padre fuera un hombre violento? Dicen que la violencia está en la sangre.

Ella se alzó de puntillas sin pensarlo y posó los labios en su mejilla.

—Pero tú tienes mucha más de la sangre dulce de tu madre. Sigues cantando y nunca renunciaste —susurró.

Él se quedó inmóvil mientras le apretaba los hombros, casi dolorosamente.

—Tú…

Ella bajó las pestañas, dándose cuenta de pronto de lo atrevido que había sido su gesto. ¿Se había vuelto loca?

Maldición, lo había besado sin motivo alguno. ¿Qué pensaría él?

Él inclinó la cabeza, y su aliento caliente se abrió paso sobre su boca.

—Tú… —repitió, como si la lengua se le hubiera quedado rígida y ya no pudiera formar una frase.

Se acercó aún más y rozó con el rostro el hueco bajo su oreja, como si no pudiera evitar buscar su calor.

Ella tembló instintivamente, encogiendo el cuello ante aquel contacto ligero como una pluma.

—Hace cosquillas —susurró, insegura.

Él sonrió y frotó la barba incipiente contra su piel. El cosquilleo le hizo latir el corazón, un picor que pedía más. Era una sensación extraña, desconocida.

Su cuerpo se arqueó hacia él y su mente se volvió un caos. Los dedos se aferraron desesperados a sus hombros, clavándose

mientras las rodillas amenazaban con fallarle.

Su boca empezó a mordisquear y besarle el cuello, a pellizcarle la clavícula y a rozar la curva de su pecho.

Ella jadeó cuando él bajó un poco más el corpiño y dejó su pecho expuesto al aire frío. Tomó su pezón entre los labios y lo succionó, obligándola a morderse el labio para ahogar el gemido. Estaban en el pasillo; cualquiera podía pasar y oírlos, verlos.

No podía hacer ruido.

Sus dientes rozaron los pezones hinchados y rosados, enviándole un hormigueo por la espalda. Aquella sensación era insoportable; todo su cuerpo estaba tenso, como a punto de romperse. No podía aguantar mucho más aquel juego.

Él pasó de un pecho al otro, dándole placer sin descanso, haciéndola sentir a punto de desvanecerse de necesidad y deseo.

Una de sus manos le sujetaba la nuca mientras la otra le amasaba la cadera. Ella se estremecía y temblaba entre sus brazos, intentando aferrarse a la cordura. Debía mantenerse consciente de su entorno para separarse a tiempo antes de que alguien los viera.

Él pareció percibir su leve resistencia y la lucha por mantenerse alerta. Tomándolo como un desafío, se aplicó con ahínco a hacerle olvidar el mundo.

Sus manos dejaron la nuca y empezaron a explorar el resto de su cuerpo. Sus dedos danzaron sobre su piel, alcanzaron su pecho y lo moldearon con firmeza; el pulgar acariciaba un pezón mientras la lengua y los dientes seguían provocando el otro.

Su cuerpo tembló de placer, delatando todos sus secretos, y sus ojos se enrojecieron cuando las sensaciones empezaron a desbordarla.

Sus pezones llevaban rato endurecidos, y ahora el calor le llenaba el bajo vientre, extendiéndose hacia fuera, deseando algo que nunca había tenido.

De pronto le resultó imposible reprimir los gemidos y, temiendo perder el control y ceder a sus instintos, entró en pánico e intentó apartar su boca de su piel, pero él le sujetó la cintura y la mantuvo inmóvil.

—No te muevas —dijo con voz baja, ronca y autoritaria, los ojos nublados de deseo.

Ella se quedó quieta.

Él le pellizcó suavemente la barbilla y se la alzó.

—Soy desagradable, tiránico y duro en la cama. Cruel, según dicen. Así que pórtate bien y no provoques.

Ella tenía la vista borrosa y ligeramente empañada de lágrimas. Apenas comprendía sus palabras; la mente seguía nublada y deseosa de más.

—Mi lord —murmuró, mientras las manos se le deslizaban hasta la cintura de él y la pellizcaban con suavidad, instándolo a continuar. ¿Por qué se había detenido?

Él le mordisqueó la boca, intentando hacerla volver en sí mediante aquel dolor leve y punzante.

—No más.

Un pulso le palpitó en el cuello, y los labios se le entreabrieron al tomar respiraciones cortas y rápidas.

—Mi lord —le dijo de nuevo, con una voz insegura, cargada de deseo. Un gemido suplicante apenas audible que le tironeó del corazón.

Él cerró los ojos, le acomodó el vestido y apoyó la frente contra la de ella.

—Silencio—la advirtió, y le pasó una mano tranquilizadora por la espalda.

—Traje el trapo —dijo el artista, tambaleándose hasta ellos. No advirtió que estaban lo bastante cerca como para besarse; tenía los ojos clavados en la mancha de la alfombra.

Huxley dio un paso atrás, haciendo que Dorothy volviera a caer al suelo.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Habían pasado dos días desde que Dorothy había comprendido por qué Huxley necesitaba cuidar a los artistas en ciernes. Desde entonces, había repasado cada palabra y cada matiz de aquella conversación y sentía como si le hubieran permitido asomarse al corazón celosamente guardado de él.

La pasión y el dolor que había visto arremolinarse en su interior le habían quitado el aliento.

Y la caricia íntima… todavía se avergonzaba al recordarla y había empujado todo aquel momento al fondo de su mente. Si algún fragmento amenazaba con salir a la superficie, lo apaleaba mentalmente y lo enterraba de nuevo.

Aunque por la noche eso resultaba imposible.

Cuanto más ignoraba el asunto durante el día, más la atormentaba por la noche, colándose en sus sueños hasta despertarla empapada en sudor y temblando. Desde entonces, su cuerpo también había empezado a dolerle de una forma extraña, deseando estar envuelto en los brazos de él con tanta intensidad que parecía una enfermedad.

El mayordomo soltó una maldición, devolviéndola al presente. Se había golpeado la rodilla contra una silla mientras perseguía a Blinker por el salón con un cuenco de sopa de verduras.

Blinker se limpió la nariz con la manga mientras se escabullía por debajo del brazo del mayordomo y huía hacia el otro lado de la habitación.

Dorothy alzó la vista de su bordado para sonreírle al rostro alegre de Blinker. Parecía haberse recuperado de su caída. Sonrió de nuevo cuando el mayordomo levantó la bandeja con la sopa por encima de la cabeza y dio una graciosa pirueta cuando Blinker casi se estampó contra él.

Vio su propia sonrisa reflejada en un espejo y se quedó inmóvil. Sus ojos parecían reflejar la expresión de Huxley cuando había

reprendido a aquel joven artista la noche anterior.

Tal vez ella y Huxley no eran tan distintos.

Volvió la mirada hacia Blinker y lo encontró limpiándose la nariz otra vez.

—Ven aquí, Blinker.

—No —respondió Blinker. Seguía en su fase rebelde.

Dorothy observó su nariz chorreante y vio cómo una gota caía al suelo. Hizo una mueca.

—Ven aquí y suénate la nariz —ordenó Dorothy con voz más firme.

—No.

—Vamos, solo te llevará un momento meter la nariz en este pañuelo y sonarte. Se buen chico.

—¿Dorothy? —la voz lastimera de lady Huxley flotó desde el otro lado de la puerta.

Blinker rodó con agilidad debajo de la cama y se escondió.

Dorothy recogió el bordado e hizo un gesto al mayordomo para que abriera la puerta.

Lady Huxley entró en la habitación y miró a su alrededor con recelo. Finalmente, observó a Dorothy y al mayordomo con confusión.

—¿Ocurre algo? —preguntó Dorothy.

—Usted estaba preguntando… quiero decir… ¿con quién estaba hablando?

—Con nadie —respondió Dorothy.

—Pero oí voces.

—Oh, estaba dando instrucciones al mayordomo.

Lady Huxley palideció.

—Le estaba pidiendo al mayordomo que se sonara la nariz con su bonito pañuelo blanco.

Dorothy frunció los labios e inclinó la cabeza.

—Estábamos hablando de la cena. Nada que ver con narices.

—Pero oí… lo de la nariz y sonarse —dijo lady Huxley con voz aguda.

Dorothy dejó el bordado y se acercó a ella.

—¿Se encuentra bien?

—¡Sí!

Dorothy le pasó un brazo por los hombros y preguntó con preocupación:

—¿Ha estado oyendo cosas últimamente? He oído que esta casa está encantada… pero...

—No, no. La oí claramente diciéndole al mayordomo que se acercara y se sonara la nariz—

Dorothy la miró con compasión.

—¿No ve lo absurdo que suena eso?

—Bueno, sí, pero yo lo oí...

—Sí, sí. Estoy segura de que oyó lo que oyó. Aun así, creo que debería ir a su habitación y descansar un poco. Le enviaré una taza de té y un poco de brandy —dijo Dorothy con suavidad mientras la conducía fuera del salón.

—Estoy bien. Exijo saber de qué iba todo esto...

—Todo a su debido tiempo —respondió Dorothy con dulzura—. Ahora no se preocupe por nada. No, insisto en que debe recostarse. Lo hablaremos más tarde. Ah, aquí está mi doncella. Rosie la acompañará a su habitación y, si vuelve a sentirse rara, por favor dígamelo. Al fin y al cabo, ahora es mi deber cuidarla.

—Supongo —parpadeó lady Huxley con nerviosismo—. Espere, venía a decir que he notado lo mucho que se ha acercado a su marido. Tal vez podría pedirle que envíe a los artistas lejos.

—No podría hacer eso.

—Debe hacerlo. Están por toda la casa correteando como ratas.

Dorothy la observó y recordó las palabras malvadas que había pronunciado. De no haber estado la finca sujeta a mayorazgo, habría ahogado a Huxley. Permitió que la mujer siguiera parloteando, fingiendo estar de acuerdo, mientras en su mente la asesinaba de múltiples maneras.

—Todo a su debido tiempo —dijo de nuevo Dorothy; sus palabras no respondían a las exigencias de lady Huxley, sino que eran un voto secreto que prometía represalias.

Quienquiera que dañara a su marido, a partir de ahora sufriría a manos de ella.

***

Aquella noche, Dorothy fulminó con la mirada los dedos largos y pálidos de la señorita March mientras se clavaban en los hombros de Huxley. Antes de casarse con ella, Huxley nunca se había molestado en bailar, y ahora lo único que quería era bailar.

Tal vez fuera porque ya no tenía que casarse con ninguna de ellas; así, bailar no suponía peligro alguno. Aun así, aunque le apeteciera bailar, debería haber elegido a una de las hijas de lady Whitehall. Al fin y al cabo, tenía siete, y aquella era su cena.

Todos sus buenos sentimientos hacia su marido se transformaron en ira. ¡Maldito, coqueto y necio!

Su agitación interior estaba bien oculta tras una máscara de compostura, y sonrió y asintió a la hija mayor de los Whitehall, una criatura joven y encantadora, con los dientes un poco grandes, no tanto como para que se notara, y en algún lugar bajo aquel pliegue de piel debía de haber, sin duda, un par de labios. Bailaría de maravilla, estaba segura. Él debería haberla elegido como pareja.

Los ojos de Dorothy, una vez más, se desviaron hacia Huxley. La señorita March le susurraba algo al oído, dejando que su rizo provocador rozara su mejilla.

Le dio la espalda a su marido, sintiéndose un poco indispuesta. Era el horrible helado de saúco lo que la hacía sentirse así; después de todo, se había comido tres en la última hora.

—¿Espero que no esté comprometida para el vals?

Dorothy alzó la vista hacia Aron Selwyn y sonrió con brillo. Había esperado que Huxley bailara el vals con ella, pero no se lo había pedido. En su lugar, estaba girando por la sala con la mujer a la que había besado en el balcón el día antes de su boda.

No había olvidado las palabras de Sophia.

Volvió a mirar a Huxley y lo vio avanzar hacia ella. Él inclinó la cabeza hacia Selwyn y negó con la cabeza.

Ella alzó el mentón con desafío y aceptó el brazo que le ofrecía el señor Selwyn.

—Me encantaría bailar con usted.

Él sonrió encantado y la condujo por la sala, alejándola de la mirada furiosa de Huxley.

El señor Selwyn la hizo girar por la pista, manteniéndola riendo con anécdotas tontas. Hacía mucho tiempo que no se divertía tanto.

Él miró su rostro risueño y su expresión se volvió melancólica.

—Ojalá las cosas hubieran sido diferentes —dijo con un nudo en la garganta—. Sé que no es apropiado que lo diga… pero la admiraba mucho y, si no se hubiera casado con Huxley...

Dejó el resto sin decir.

Ella alzó la vista hacia su rostro avergonzado y sintió cómo se le encendían las mejillas. Por un breve instante, se preguntó cómo habría sido estar casada con Aron Selwyn. Una vida llena de amor y risas… él la habría tratado bien.

—¿Qué le estaba diciendo? —preguntó Huxley en cuanto ella regresó a su asiento.

—¿Y ella qué le estaba diciendo? —replicó Dorothy, señalando con la cabeza a la señorita March.

—Dorothy —dijo él con una voz exageradamente paciente—. Como mi esposa, deberías evitar a hombres como Selwyn.

—Yo creo que la señorita March es como una avispa, y si no quieres que te pique, deberías mantenerte alejado de mujeres como ella.

Él entrecerró los ojos.

—No volverás a tratar con Selwyn.

—Tengo que hacerlo.

—¿Por qué?

—Le prometí el baile de la cena.

—Ese baile es mío.

—No me lo pediste.

—Hoy es el último día que bailas con él.

—No.

Ella le sacó la lengua.

Sus ojos ardieron, y dio varias respiraciones profundas para controlar su temperamento. No funcionó, y al final abandonó toda apariencia.

—Nos vamos a casa —la agarró del brazo y la levantó.

—No quiero irme —lo miró, atónita. Era la primera vez que lo veía tan enfadado.

—No tienes elección.

La sujetó con firmeza, ignorando sus susurros furiosos. La condujo hasta la anfitriona, explicó que Dorothy no se encontraba muy bien y luego la sacó de la casa y la metió en el carruaje antes de que pudiera siquiera patalear.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

No le dirigió la palabra en todo el trayecto, y él tampoco intentó conversar con ella. El ambiente era lo bastante volátil como para estallar en cualquier momento.

¡Bah! Había pensado que el hombre era dulce, fácil de manejar y afable. ¡Qué tonta había sido! Era un bruto irrazonable e hipócrita.

En cuanto el carruaje llegó a Ansley Hall, él saltó fuera y se refugió en su despacho.

A ella le brillaron los ojos con un fulgor peligroso. ¡Maldito hombre! Coqueteó toda la noche y, la única vez que alguien quiso bailar con ella, montó en cólera.

¡Maldición!

Ya no pudo contener la tormenta de emociones que le bullía en el pecho y, encendida de ira, irrumpió en su despacho. Hoy, solo uno de los dos saldría vivo de allí.

Él estaba sentado tras el escritorio, haciendo girar una bebida ambarina en una copa de cristal.

—¡Cómo te atreves! —le gruñó.

—Soy tu marido. Tienes que obedecer mis órdenes.

—No pienso hacer tal cosa. —Se arrancó un guante y se lo lanzó a la cabeza. Falló, lo que la enfureció aún más—. No puedes esperar que obedezca tus órdenes y te trate como a un marido cuando tú te niegas a tratarme como a tu esposa.

Él se recostó en la silla, con la mirada fija en el delicado guante blanco de encaje que había quedado colgado del brazo del sillón de cuero oscuro. Destacaba, nítido, contra la penumbra masculina de la estancia.

—¿Por qué estás enfadado? —Golpeó la mesa con la mano para llamar su atención—. Bailé con el señor Selwyn, un caballero intachable. ¿Seguro que eso es un crimen?

—No estoy enfadado.

—Puedo ver esa vena palpitándote en la frente. La que aparece cada vez que hierven tus silencios. ¡Yo la llamo la aristócrata!

Él la ignoró y empezó a registrar el contenido del escritorio.

—Por el amor a la bondad, ¿qué estás buscando? —preguntó irritada—. Estoy intentando hablar contigo.

—La yesquera —respondió.

—¿Para qué?

Le mostró un puro.

—No la necesitas.

—¿Cómo?

—No la necesitas —repitió—. La rabia que llevas dentro ya es suficientemente incendiaria. Métete ese maldito puro en la boca y verás cómo la punta prende sola.

Él soltó una carcajada y luego pareció sorprendido de haberse reído.

La ira de ella se deshizo al ver su adorable expresión de desconcierto. Reía tan pocas veces que, cuando lo hacía, a ella le dejaba una sensación cálida en el pecho. Dio un paso involuntario hacia la mesa.

—Esto es absurdo —dijo, agitando una mano entre ambos—. ¿Por qué estamos peleando?

—En efecto, ¿por qué estamos peleando? —Sus labios se curvaron en una media sonrisa, rodeó el escritorio y apoyó la cadera en él—. Para ser sincero, ya no lo recuerdo.

Dorothy sí lo recordaba, pero su humor había cambiado. Ahora había ternura en sus ojos, mientras la brisa suave y templada de la noche que entraba por la ventana entreabierta le acariciaba el cabello.

La ira de ella se disipó como la nieve bajo un sol abrasador.

—A la luz de las velas, tu piel parece dorada —dijo él, observándola—. ¿Lo sabías?

Ella abrió los ojos y negó en silencio.

Él se inclinó, le tomó la muñeca y la atrajo hacia sí.

Tenía la mirada desenfocada y de su piel emanaba un fuerte aroma a licor dulce y cálido.

Estaba bastante achispado; con razón se comportaba de un modo tan extraño.

—La gente —empezó a decir con ese tono sentencioso que adoptan los hombres borrachos— no es buena. Hay oscuridad en las personas, Dora, una oscuridad tan opaca que ni siquiera el sol puede atravesarla. Tus pensamientos son luz, inocentes… llenos de dulzura y calor. Te niegas a creer en la existencia de una mente violenta y depravada. Te niegas a ver la verdad.

—¿Qué verdad? —preguntó, apenas atreviéndose a respirar. Nunca la había llamado Dora, y ese nombre, que solo usaban con ella los más cercanos desde siempre, le atravesó como un dardo al salir de sus labios. La forma en que lo dijo le sonó extraña… más íntima, como una caricia fugaz.

—No te tendré… no puedo —susurró con voz áspera.

El rostro se le tensó con una intensidad que parecía querer devorarla. Su deseo era tan evidente que debería haberla asustado; en cambio, lo único que sintió fue un escalofrío de expectación. Apenas oyó sus palabras, mareada por su aroma.

—Ve a tu habitación —dijo, y aun así la arrastró a sus brazos hasta que ella sintió su calor filtrarse a través del corpiño del vestido. Sus dedos comenzaron a acariciarle el cabello, sacando despacio las horquillas y dejándolas caer en silencio sobre la alfombra espesa y mullida. Tarareó suavemente la canción que había cantado para calmar sus lágrimas no hacía tanto.

Ella se aferró a sus anchos hombros y se balanceó aún más cerca. Separó los labios y echó la cabeza atrás, invitándolo.

El aire parecía impregnado de champán chispeante: embriagador, burbujeante y rebosante de dulzura.

La atmósfera densa fue mermando poco a poco su capacidad de pensar, sustituyéndola por una deliciosa sensación de vértigo que les debilitaba las rodillas.

Ella se apoyó en él, incapaz de sostenerse sola, instándolo en silencio a estrecharla aún más. Su timidez se hizo añicos ante el deseo y la necesidad abrumadores.

Cuando él siguió mirándola sin hacer nada, ella le mordisqueó levemente la oreja y luego la lamió para aliviar el escozor.

Los dedos de él, en su cintura, temblaron, delatando el frágil control que tenía sobre sus sentidos.

Su respiración se volvió irregular.

Encantada y envalentonada por ese descubrimiento, ella besó con audacia el hueco de su cuello y fue salpicando su piel de besos hasta que los dientes le rozaron la clavícula.

Él siseó y jadeó levemente.

A ella se le abrieron los ojos al darse cuenta de que la deseaba.

Huxley la deseaba tanto que su contacto lo había hecho estremecerse. La idea le dio vueltas en la cabeza y una alegría silenciosa estalló en su interior.

Había bailado incontables veces con condes, vizcondes y lores de toda clase, pero no había conmovido a ninguno. Ninguno había reaccionado como si su toque pudiera deshacerlo.

Saber que alguien tan codiciado como Huxley podía derretirse por ella la hizo sentirse extraña, como si fuera una impostora que lo había engañado.

Pero esa necesidad en su expresión… ¿de verdad era solo por el champán?

Pareció percibir el torbellino de pensamientos en el que ella se hundía, o quizá ya estaba harto de que su boca ardiente le mordisqueara y succionara la piel.

Al instante siguiente, la hizo girar y la empujó hacia abajo hasta que su trasero quedó apoyado en el escritorio, mientras la parte superior de su cuerpo se recostaba sobre las cartas desparramadas.

Su cabello se extendió como un lago oscuro y brillante sobre las hojas color crema esparcidas en la mesa; su boca estaba roja, la piel encendida y la cintura arqueada.

La brisa fresca acariciaba sus cuerpos, pero no lograba aliviar el calor palpitante. Recorrió la habitación, hizo titilar las velas y amenazó con apagarlas.

El corazón de ella empezó a latir más y más fuerte, como nunca antes, mientras sus ojos perdían el enfoque.

Él se inclinó sobre ella, presionando su dureza contra su cuerpo, y le mordisqueó la oreja a modo de represalia.

—Ojalá alguien pudiera capturarte así en un cuadro —murmuró.

—Puedes hacerme posar para un retrato —dijo ella, con un temblor en la voz.

—No… la idea de que alguien más te vea así… —sus dedos se hundieron en su carne, casi con dolor, mientras su boca comenzaba a trazar el mismo recorrido que ella había seguido hacía apenas un momento, solo que él no se detuvo en la clavícula, sino que siguió más abajo. Su nariz recorrió la suave curva de su pecho, inhalando su aroma ligero y floral, besándola cuando le venía en gana.

Ella gimió cuando, de pronto, él presionó la cadera contra la suya.

Fue brusco y repentino.

Ella jadeó, entre sobresalto y placer, y su grito quedó atrapado por los labios de él.

Él sonrió contra su piel y siguió balanceándose contra ella, obligándola a clavarle las uñas en el brazo.

—Para —siseó ella cuando algo se elevó en su interior, seguido del pánico—. Ah… esto es demasiado vergonzoso; no puedo cruzar ese límite, no contigo mirándome así, no con gente a solo una pared de distancia.

¿Y si alguien la oía gemir?

—No —murmuró él, con la voz un poco ronca, como si hubiera bebido algo áspero y abrasivo—. No puedo soportarlo.

Ignoró su impulso de huir y le sujetó las caderas con más firmeza; el calor de sus dedos atravesó las faldas y se filtró en su piel, en los huesos, en la médula, haciéndola estremecerse aún más.

Las llamas de las velas temblaron y se apagaron un poco, como avergonzadas de presenciar a dos personas envueltas en una bruma erótica, mientras la sombra de Huxley pareció rugir de pronto y fundirse con la de ella en la pared.

En apenas unos latidos, la había vuelto blanda y dócil, como un puñado de tierra empapada por la lluvia, lista para ser moldeada a su antojo.

—Por favor, no más, aquí no —dijo ella, estremeciéndose contra él —. Me siento débil e indefensa, y sé que, si quisieras, podrías seguir y devorarme.

No era que no lo deseara; cada parte de ella anhelaba derribar todas las barreras entre ambos y fundir cuerpo y alma. Pero aquello

era el estudio; cualquiera podía entrar. Los artistas estaban despiertos a todas horas, rondando los pasillos como fantasmas.

Ese pensamiento racional la empujó a protestar.

Su ruego suave, gentil e insistente lo hizo detenerse. Cerró los ojos, ocultando la pasión turbulenta, y aspiró aire de forma irregular.

Sus respiraciones se mezclaron y entrelazaron; los cuerpos, enrojecidos y cálidos; los corazones, desbocados.

Al cabo de un momento, él abrió los ojos y se apartó.

Ella se apresuró a alisarse el cabello y a mirarse. De manera sorprendente, el vestido seguía cubriéndola con decoro y, aun así, sentía como si se hubiera desnudado y revolcado con él en la cama, desnuda como el día en que nació.

Él le miró la boca, reacio a apartarse del todo y permitirle escapar. Al fin y al cabo, ¿un beso no era pedir demasiado?

Aún no se habían besado de verdad esa noche.

Inclinó la cabeza, acercándose poco a poco a sus labios...

—¡Ay! —exclamó ella, llevándose una mano a la mejilla.

—¿Ay? —levantó la cabeza de golpe, sorprendido.

—¡Uf!

La atmósfera rosada se hizo añicos; las velas dejaron de chisporrotear como chaperonas horrorizadas, y la brisa abandonó lentamente la habitación, ya sin nada que ver.

Huxley suspiró y se frotó la barbilla.

—No es una reacción que haya recibido antes, pero las mujeres hacen toda clase de ruidos raros en toda clase de momentos. Malditamente inoportuno, pero...

—No, no eres tú. Es esto.

—¿Qué?

—Esta espina de pescado.

Él negó con la cabeza, aturdido.

—¿Es algún pasatiempo extraño tuyo? ¿Coleccionar espinas de pescado? ¿La conseguiste en la cena? ¿Debo admirarla o… qué se hace con las espinas?

—Me dio en la mejilla —dijo ella, agitándola delante de sus ojos.

—Está húmeda —se estremeció, asqueado. Su cabeza, embriagada, se despejó de golpe—. ¿De dónde salió?

—De aquí —dijo Woodbead con tono contrito.

Ambos se volvieron hacia la pequeña puerta en una esquina del cuarto.

La cabeza de Philbert asomaba por el escondrijo; apoyaba la barbilla en las manos, con un plato delante y medio vaso de vino.

—Estaba comiendo pescado hervido y tenía muchas espinas —dijo Woodbead, arrepentido—. La que aterrizó en tu mejilla sonrojada se parecía muchísimo a una horquilla. Estaba intentando pedir un deseo cuando se me resbaló de los dedos aceitosos, voló por la habitación e interrumpió lo que habría sido una escena fascinante.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí? —gruñó Huxley.

—Desde el momento en que ella dijo "por favor, no más" —se encogió de hombros Woodbead—. Estaban tan perdidos el uno en el otro que odié interrumpir. Además, me entretenía. Nada como un buen entretenimiento para digerir una buena cena.

—Quisiera tener una palabra contigo —espetó Huxley.

Woodbead se amilanó.

—Vaya, espina de pescado, horquilla… siento que se me viene un poema encima. Estas cosas hay que exprimirlas del piso de arriba cuanto antes, o se pierden en el desierto. Deberíamos charlar por la mañana, cuando el sol brille y los ánimos sean suaves, gentiles y perdonadores.

—Oí que estabas ayunando —gruñó Huxley—. ¿Por qué has vuelto a comer?

Woodbead sonrió con malicia.

—¿Querías que muriera de hambre para no estropear tu romance? Seguro que ya tienes bastante en la cama todas las noches.

Dorothy se zafó de los brazos de Huxley y dio un paso atrás. La atmósfera romántica quedó completamente arruinada.

Se aclaró la garganta y preguntó con fingida indiferencia:

—¿Por qué ayunabas?

—Quería torturar mi alma para que las palabras rezumaran de mí como una pústula con fuga.

—¿Funcionó? —preguntó Huxley, todavía aferrado a uno de los dedos de Dorothy, como si no quisiera soltarla.

Woodbead fingió no ver el apego de su benefactor ebrio.

—Me di cuenta de algunas verdades sobre la vida.

—¿Como cuáles? —preguntó Dorothy, curiosa.

—Comemos aves, comemos cerdos.

—Sí —asintió ella.

—Comemos pescado. Comemos caracoles.

—Así es.

—Entonces, ¿por qué, dígame, no comemos todo lo que hay en medio?

—¿Eh?

—El mosquito también es carne.

—Ah.

—Si se pueden comer caracoles babosos, perdices y gallinas, ¿qué tiene de malo masticar un buen abejorro?

—Ajá.

—¿Y qué hay de las polillas y las mariposas? ¿Por qué no aparecen en nuestros banquetes?

—Yo… sí, es raro.

—Para un hombre hambriento, todo es carne. Tú eres carne, yo soy carne, las hormigas y las mariquitas son carne —dijo Woodbead, mirándola con afecto.

—Vete a la cama —ordenó Huxley, frotándose la cabeza—. Estoy demasiado aturdido para estas tonterías.

Woodbead hizo una reverencia y se retiró obediente.

—Supongo que yo también debería irme a la cama —murmuró Dorothy.

—Supongo que sí —respondió Huxley, nada complacido con la idea.

Ella se dio la vuelta y se alejó despacio, mientras él le taladraba la espalda con la mirada, como si quisiera lanzarle ganchos afilados, atraerla de nuevo y atarla a su lado para siempre.

Una parte de ella se preguntó si, por fin, él se rendiría y visitaría su alcoba esa noche.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Anoche, Huxley no visitó su alcoba. Ella se había restregado la mejilla y había esperado a que llegara para terminar el beso… pero el golpe en la puerta comunicante nunca llegó.

Se reprendió por darle tantas vueltas a cosas imaginarias. Él estaba borracho hasta las cejas. No sabía lo que hacía. Y cuando recuperó el juicio, con prudencia se mantuvo alejado.

Quizá pensó que ella no estaba a su altura, igual que su madre y su hermana.

Podría haber elegido a cualquier mujer del mundo y, sin embargo, se había visto obligado a casarse con ella, y nada de eso había sido culpa suya.

Había sido toda de ella.

—Se te han vuelto a poner los ojos vidriosos —se quejó Blinker.

—¿Te gusta el cuadro? —preguntó Dorothy, alzando la vista hacia el Aëdon.

Blinker frunció los labios y negó con la cabeza.

—A esa le vendría bien un buen remojo en aguardiente.

—Ajá.

—Lo que necesita es ir bien borracha—continuó sentencioso—. Borracha como una carretilla.

—Ya veo.

—Un poco de ginebra o licor fuerte la dejaría como nueva. Y junto con la ginebra, debería comer un poco de… ¿qué fruta es esa del suelo?

—Granada.

—Que coma un poco de gran… de eso que dijiste, y se le pasará lo de tener la cabeza aguachenta.

Dorothy comprendía lo que Blinker intentaba decir… a ella también le parecía que el cuadro estaba un poco mustio. No entendía por qué Huxley lo adoraba tanto.

—¿Qué querías enseñarme? —le tiró de la mano a Blinker.

Él la condujo por el pasillo hacia la parte trasera de la casa.

El sol de la tarde había bañado el cielo de rosa y oro. A ella le habría gustado pasear fuera en una tarde tan hermosa, pero Blinker tenía otros planes y no podía soportar romperle el corazón.

—Por aquí —dijo Blinker, deteniéndose ante un tapiz—. Vi a uno de los artistas desaparecer detrás de esto.

Dorothy frunció el ceño.

—No digas tonterías. ¿Cómo va a desaparecer alguien dentro de una pared?

Blinker sonrió, agarró la parte inferior del tapiz y lo levantó de golpe.

Dorothy jadeó. Había una puerta. Aquella casa estaba llena de sorpresas interminables.

Emocionada, cruzó el umbral, y Blinker la siguió.

Se le cayó la mandíbula ante lo que vio.

La estancia resultó ser una gran sala blanca e imponente, con un techo abovedado repleto de estatuas y esculturas gigantes.

Había elefantes, caballos, guerreros, sirenas, árboles esculpidos, aves y flores. Algunas estatuas eran explícitas. Le tapó los ojos a Blinker cuando lo sorprendió embobado ante una que mostraba a un hombre y una mujer entrelazados en un abrazo apasionado, claramente desnudos.

—Tenemos que irnos —lo regañó Dorothy con voz severa—. Este no es lugar para niños curiosos.

—Pero quiero enseñarte el oso —insistió Blinker, tirándole de la mano—. Es por aquí.

Los ojos de Dorothy se posaron en otra estatua más. Parecía como si una pareja se hubiera petrificado en pleno acto amoroso. Se le encendió la cara e, ignorando las protestas de Blinker, se dirigió hacia la salida. Empujó a Blinker fuera primero.

Blinker refunfuñó y protestó.

Acababa de entrar en el pasillo cuando vio a Rosie dando saltitos.

—Lady Huxley oyó al niño. Escóndalo —susurró Rosie con urgencia.

Dorothy acababa de empujar a Blinker de nuevo dentro de la sala de estatuas cuando Lady Huxley apareció ante ella.

—He oído a un niño —dijo Lady Huxley, mirando a su alrededor. Frunció el ceño, confusa, al ver solo a Dorothy junto a un tapiz y paredes desnudas, sin una sola ventana cerca.

—¿Un niño? —Dorothy frunció el ceño—. ¿En Ansley Hall?

—Lo oí claramente —insistió Lady Huxley.

—¿Qué decía? —preguntó Dorothy.

—Quiero que veas el oso. Por favor, solo será un minuto —repitió Lady Huxley.

—¿Un oso? ¿En Ansley Hall? —Dorothy la miró con preocupación.

—Tú —Lady Huxley se volvió hacia Rosie—. Tú oíste al niño, ¿verdad?

Rosie, bendita sea, abrió mucho los ojos y negó con la cabeza.

—No oí na'.

—Pero… yo lo oí claramente.

Dorothy miró a Lady Huxley con compasión.

—Tal vez ha desarrollado una habilidad.

—¿Qué habilidad?

—La que adelgaza el velo entre dos mundos.

—¿Eh?

—Fantasmas. Podría estar oyendo la voz de algún pobre deshollinador que murió aquí hace mucho.

Rosie se llevó la mano a la boca.

—Aquí murió un deshollinador, señorita, hace veinte años.

Lady Huxley palideció.

—Lo recuerdo —dijo, débilmente.

—¿Una taza de té, Lady Huxley? —preguntó Dorothy con suavidad.

Lady Huxley asintió, aturdida.

—¿Está segura de que no oyó ninguna voz?

Dorothy negó con la cabeza, apenada.

—Le pediría que mantenga esto en secreto. Al fin y al cabo, somos familia… y si corriera la voz de que oye voces...

—Bedlam —susurró Lady Huxley, horrorizada.

—Llévela a su habitación —le dijo Dorothy a Rosie, y luego aseguró con dulzura a Lady Huxley— Su secreto está a salvo conmigo.

Lady Huxley sonrió débilmente y se dejó conducir.

Dorothy no sintió ni una pizca de culpa. Después de todo, Lady Huxley había confesado que se habría deshecho de su hijastro si Sophia hubiera sido un niño.

En cuanto Lady Huxley desapareció de la vista, Dorothy volvió a colarse en la sala de estatuas.

Blinker no estaba por ninguna parte.

—¿Dónde estás?

—Búscame —se rió Blinker.

—Este no es lugar para jugar —lo reprendió Dorothy.

Blinker guardó silencio.

Dorothy suspiró y empezó a buscar. Lo vio escondido detrás de una estatua de Atenea. Se lanzó hacia él, pero Blinker fue más rápido. Se le escurrió entre los dedos y salió corriendo.

—Vuelve aquí o no habrá pasteles —amenazó Dorothy. Como no funcionó, añadió con tono persuasivo— Vamos, enséñame el oso. Tengo ganas de verlo.

—Estoy aquí —resonó la voz culpable de Blinker por la sala.

—¿Qué hiciste? —preguntó Dorothy, acercándose con cautela a una enorme piña bellamente tallada.

—Rompí esto —dijo él, asomándose por encima del fruto. Le tendió una cesta de piedra.

A Dorothy se le secó la boca.

Antes de que pudiera reñirlo, Blinker se deslizó bajo el tapiz y desapareció en el pasillo.

Ella miró alrededor, angustiada, preguntándose a qué estatua pertenecería la cesta.

Se acercó a una escultura exquisita de una pareja: un hombre apuesto con las manos abiertas sobre la estrecha cintura de una mujer igualmente hermosa. Ambos desnudos.

Estaba examinando la mano de la mujer, caída e inerte a su lado, cuando una voz la sobresaltó.

—Oí a dos mujeres —dijo una voz fina.

Se giró horrorizada y vio a Huxley acercarse con un hombre rechoncho cubierto de manchas de pintura.

—Ahí —el hombre la señaló acusadoramente.

—Es mi esposa —dijo Huxley en voz baja—. Tiene derecho a estar aquí.

—Lo siento…

—Es un error comprensible. Puede volver a su trabajo.

—No veo a la otra chica —dudó—. Oí a dos mujeres.

Dorothy negó rápidamente con la cabeza.

—Estaba sola.

Sin duda había confundido la voz infantil de Blinker con la de una chica.

El artista frunció el ceño, pero guardó sus dudas. Les hizo un gesto y desapareció hacia el fondo de la sala.

Dorothy se alejó a pasitos de la estatua escandalosa, con la cara ardiendo.

—Mi madrastra y mi hermana nunca han descubierto este lugar, pese a haber vivido aquí toda su vida —dijo él, sacando un cigarro —. Eres ingeniosa.

—¿Por qué mantenerlo oculto? —preguntó ella. Le sonó la voz demasiado aguda.

—¿Crees que me gustaría que mi hermana viera esto? —preguntó él, señalando a la pareja de mármol haciendo el amor, la misma que ella había estado observando con tanto detenimiento momentos antes.

Ella apartó el rostro y el rubor le recorrió todo el cuerpo.

—¿No venías del pasillo?

Huxley negó con la cabeza.

—Esta sala tiene dos entradas. Una está en la biblioteca.

Le sorprendió que se lo hubiera dicho.

—¿Qué es eso que llevas en la mano? —preguntó él con brusquedad.

Ella miró hacia abajo y recordó la cesta.

—Esto se rompió… lo siento… intentaba arreglarlo.

Sus ojos se entornaron con ira.

—Te he permitido ir donde quieras, pero si no respetas las piezas de arte, tendré que limitar tus movimientos.

—¡No puedes encerrarme en mi habitación! —exclamó ella.

Él le arrebató la cesta de la mano.

—Puedo y lo haré.

—¿Tus esculturas inanimadas son más importantes que yo? —preguntó ella, empujándole el pecho con rabia. ¿Por qué tenía que estar siempre tan cerca?

Él dio un traspié, sorprendido, y algo salió volando de su puño y se deslizó por el suelo de piedra. El ruido fue ensordecedor en la sala silenciosa.

A ella se le abrieron los ojos cuando reconoció el objeto.

La tabaquera con el águila en relieve.

La misma que le había atravesado la piel tras aquel beso demasiado breve en la biblioteca. Alzó la vista hacia su rostro para ver si lo recordaba.

Lo recordaba. Estaba mirando su boca.

Ella se llevó la mano al pecho cuando un dolor extraño y dulce le recorrió las extremidades.

—No… no me mires así —susurró.

—Eres mi esposa. Puedo mirar —dijo, dando un paso hacia ella—. Puedo tocar —añadió, apartándole un rizo detrás de la oreja.

Ella se estremeció y dejó caer las pestañas para rozarle la mejilla.

—Puedo besar —murmuró, posando los labios en su cuello.

Ella arqueó la espalda y dejó escapar un aliento tembloroso.

—Eres mía —repitió—. Dulce, cálida… obediente.

Ella abrió los ojos de golpe y se zafó de su abrazo.

—¿Obediente? —preguntó, irritada—. No mientras viva y respire.

—Soy tu marido. No mires ni bailes con otros hombres. Ve donde yo diga, haz lo que yo diga. Mantente siempre a unos pasos de mí. Debes comportarte siempre como una dama y bajar la voz y los ojos cuando hables conmigo...

Ella abrió los ojos y le sacó la lengua.

Él se puso rojo de ira.

—Tendré que castigar tu insolencia...

—Primero tendrás que atraparme —dijo ella, y salió corriendo en dirección al pasillo.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Él corrió tras ella.

Ella salió disparada por el corredor y se deslizó por la barandilla de la gran escalera.

El mayordomo se quedó con la boca abierta mientras el ama de llaves se desmayaba.

Huxley bajó los escalones de dos en dos.

—¡Detente! —rugió—. ¡Te ordeno que te detengas!

—Ordene todo lo que quiera, Su Alteza —se rió ella mientras se lanzaba hacia su habitación. Si llegaba antes de que la alcanzara, podría encerrarlo fuera, deslizarse por la ventana y escapar al jardín hasta que se le pasara el enfado.

—¡Te cortaré la asignación! —amenazó él.

Ella se quedó helada y se volvió lentamente para mirarlo.

—¡No te atreverías!

Él sonrió con suficiencia.

—Creo que es la mejor manera de mantenerte a raya. Has estado correteando por la casa como un cachorro desobediente. Y, para colmo, hace un momento me tenías persiguiéndote. Demasiadas veces he pasado por alto tu insolencia, pero ya no, querida, ya no. Te cortaré la asignación por completo, y si necesitas dinero, tendrás que venir a mí y exponer tu caso.

Ella lo miró horrorizada. Necesitaba ese dinero para planear el futuro de Blinker. No podía enviarlo a un orfanato de mala reputación.

El corazón se le encogió al imaginar a Blinker siendo golpeado y alimentado con gachas quemadas. No podía hacerle eso. No a Blinker. Le romperían el espíritu.

Tenía que mantenerlo con ella hasta que alguna de las mejores escuelas tuviera una plaza, y esas escuelas costaban una buena suma. Y la ropa… Blinker necesitaría ropa nueva… algunos de los sirvientes debían ser pagados para que guardaran silencio sobre él…

y… ¡Ay! Tendría que hacer algo para impedir que Huxley la dejara sin recursos de una forma tan cruel. Tenía que hacerlo.

***

Era media tarde. El sol había salido para hervir el Támesis y cocer a la delicada gente inglesa hasta volverla de un tono salmón nada favorecedor.

Dorothy yacía en la cama sintiéndose terriblemente desdichada. El calor parecía haber afectado su capacidad de pensar. Tenía que recuperar su asignación, pero ya habían pasado dos días y todavía no se le ocurría ningún plan.

Un leve rasguño en el alféizar la hizo incorporarse. ¿Estaría Blinker intentando bajar por la hiedra otra vez? Apartó el abanico de un manotazo y saltó hacia la ventana.

En lugar de la dulce carita de Blinker, encontró a un hombre alto y musculoso, de cabello negro surcado de plata, que la miraba fijamente.

—¡Ah! —exclamó ella.

—Vaya —repitió el individuo del otro lado.

—¿Quién eres tú?

—Perdón. No esperaba encontrarte en tus aposentos ni que me sorprendieras colgando de la hiedra —dijo—. Nunca holgazaneas en tu habitación por la tarde…

—¿Quién eres? —repitió ella con firmeza, cortándolo.

—Soy el Merodeador Negro.

Ella parpadeó, sin comprender.

—El Merodeador Negro… El pirata.

—¿Eh?

—Maldita sea —murmuró él—. Esto de volverme respetable no sirve. ¿Por qué tuvo el condenado rey que indultarme? Ya nadie se estremece cuando digo mi nombre, la brisa sigue soplando y el té ya no salta de las tazas en mi presencia…

Una rama de hiedra se quebró bajo su peso, interrumpiendo la perorata.

—Entra —dijo Dorothy con apuro, aunque no creía que fuera prudente dejar pasar a un sujeto tan siniestro a su dormitorio. Pero

él se sostenía de unos tallos muy delicados y no quería que se precipitara al vacío.

Él entró agradecido y se quitó el sombrero.

—Soy un pirata de cierta reputación.

—Eso dices —respondió ella con escepticismo.

Él mostró los dientes.

—¿Ves el diente de oro?

—Veo tres.

—Eso lo demuestra, ¿no? Soy un pirata.

—¿Todos los piratas tienen dientes de oro?

—Solo los buenos.

—Ya veo.

—¿Me crees?

—Que eres el Merodeador Negro, un pirata siniestro y sanguinario con tres dientes de oro, sí. Pero estamos en tierra firme, y Ansley Hall no es un barco. Así que la pregunta es: ¿qué haces aquí?

—He estado vigilándote. Iba a ser un secreto, pero ya que me has visto, no tiene sentido ocultar el resto.

—Adelante.

—Verás, hace algunos años secuestré a George…

—¿Lord Elmer? —jadeó ella.

—Correcto. El marido de tu hermana Celine. Eres lista. Bueno, resulta que después de que la duquesa diera a luz a su primogénito en mi barco, no pude evitar ablandarme un poco.

—¿Penny dio a luz a su primer hijo en un barco pirata? —chilló Dorothy, incrédula.

—No es el tipo de cosa que se le cuenta a una hermana menor. Entiendo por qué se lo guardó.

—Ajá.

—Después de eso, me hice más o menos amigo del duque y de Lord Elmer. Y Lord Elmer comentó que necesitaba a alguien de fiar para vigilarte. Con tu boda apresurada con Huxley… quería saber si estabas bien alimentada y animada. Yo andaba holgazaneando por Londres una temporada. Mi madre quería ir de compras. Así que decidí encargarme yo mismo.

Sus pestañas temblaron, cargadas de emoción reprimida. Su familia no la había abandonado y seguían queriéndola igual que siempre. El corazón se le aligeró, y tuvo que tragar saliva varias veces antes de poder hablar sin romper a llorar.

—¿D...desde cuándo me estás vigilando?

—Desde el día en que te casaste. Y eso me trae a la razón por la que estoy aquí. Has estado inusualmente decaída estos últimos dos días. ¿Es Lady Huxley? ¿Quieres que me deshaga de ella?

—¡No! Lady Huxley está bien, y no quiero que nadie sea eliminado. No es nada. Es el calor. De verdad, ya no hace falta que me cuides…

—Si necesitas algo, asoma la cabeza por la ventana y grazna. Llegaré en cuestión de segundos. Puedo robar, amenazar, chantajear, cortar extremidades…

—Creo que deberías volver con tu madre. Seguro que te echa de menos —lo interrumpió con apuro.

—Unos días más y me marcho —respondió él con educación.

—Una semana y no más —dijo ella con firmeza.

—Si insistes.

—Insisto.

—Maravilloso —sonrió, mostrando los dientes de oro relucientes. Tras una rápida y elegante reverencia, salió por la ventana.

Un momento después volvió a asomar la cabeza.

—Se me olvidaba. Hay otro muchacho vigilándote. ¿Quieres que lo mande subir?

—¿Otro más? No sé…

—Lo pillé besando a tu doncella, Rosie.

—Hazlo subir.

—A la orden, picarona.

***

Al Merodeador Negro le llevó un día entero localizar al otro muchacho. Lo encontró refugiado en una casa del árbol recientemente abandonada en los terrenos de Ansley Hall y lo envió de inmediato por la hiedra.

—¡Tommy! —exclamó Dorothy, sorprendida, al ver aparecer una cabeza nerviosa en la ventana. Era el deshollinador al que había

querido tener como mascota años atrás.

Un hombre alto y delgado, que parecía una caña, asintió con timidez.

—Creía que estabas de aprendiz con Pickering —lo reprendió.

—Lo estoy.

—El Merodeador Negro dice que has estado merodeando por mi jardín.

—Así es. Es el trabajo.

—¿Eh?

—Verás, el duque quería a un hombre fiable que te vigilara…

—Para asegurarse de que estaba contenta y animada después de mi boda precipitada —suspiró ella con resignación.

—Exacto. Y yo, siendo tu devoto servidor desde que me salvaste la vida…

—Yo no hice tal cosa.

—Me diste una vida mejor de la que habría tenido… No podía dejar que otro hiciera este trabajo.

—Ya veo.

—Así que he estado saltando de un lado a otro…

—¿Besando a Rosie?

Se sonrojó.

—¡Por todos los cielos! Ella también te vigilaba, y yo me reunía con ella a diario para saber cómo estabas, y ella estaba sola, y yo también…

—¿Piensas casarte con ella?

Se sonrojó aún más y asintió.

—No tienes que vigilarme —dijo ella cuando volvió a su palidez habitual.

—Pero…

—Volverás a Blackthorne y dirás que todo está bien.

—Pero has estado decaída.

—Es el calor —dijo entre dientes.

—Si insistes…

—Insisto.

Él agachó la cabeza en señal de aceptación.

—¿Hay alguien más vigilándome?

—Unos cuantos muchachos a los que ayudaste en el orfanato de Blessington y el carnicero cuyo gato feroz salvaste.

—Por favor, pídeles a todos que se marchen. Me conmueve la preocupación de todos, pero de verdad estoy bien. Si necesito ayuda, se los haré saber.

—No van a escuchar…

—Diles que es una orden. Y si no obedecen, no volveré a hablarles jamás.

Tommy saludó con marcialidad.

—Me aseguraré de que se cumpla.

—Me alegra verte —sonrió por fin.

—Cuídese, señorita.

Cuando Tommy se marchó, Dorothy se dejó caer en una silla con una gran sonrisa en el rostro. Su familia nunca había dejado de quererla, de echarla de menos ni de preocuparse por ella. Oh, seguían enfadados, sí, pero bajo ese enfado había amor puro e incondicional.

***

Poco después de que Dorothy despidiera a los espías que sus hermanas habían puesto tras ella, se presentó la oportunidad de lograr que su familia la perdonara.

Penelope organizaba un baile y Dorothy, junto con su familia, había sido cordialmente invitada. El duque de Blackthorne solía aplicarle a Lord Huxley el corte directo, pero ahora que Dorothy estaba casada con la familia, había que acallar a la chismosa alta sociedad.

Soltó una risita al recordar a Penelope y a Celine fingiendo que no les importaba. Eso se había acabado, decidió. No iba a permitir que siguieran fingiendo. Necesitaba a sus hermanas, porque sin ellas se sentía a la deriva.

Dorothy apretó en una mano el bolso azul con cuentas y en la otra la falda de algodón basto marrón y estampado mientras se preparaba para bajar la escalera. Estaba ansiosa por volver a ver Blackthorne y saludar a rostros conocidos.

Huxley la vio y subió las escaleras a la carrera. La arrastró al pasillo, con el rostro tormentoso.

—¿Qué llevas puesto? —susurró entre dientes.

—Un vestido —respondió, batiendo las pestañas.

—Esa cosa es espantosa. Quítatela.

—Es el mejor vestido de salir de mi doncella —replicó, ofendida.

—¿Están listos? —preguntó Lady Huxley. La oyeron subir por la gran escalera; sus pasos resonaban pesados en los peldaños—. ¡William!

Los ojos de él se agrandaron, presa del pánico.

—¿Por qué llevas el vestido de tu doncella? Seguro que tienes docenas de los tuyos.

—Dijiste que mis vestidos nuevos eran demasiado atrevidos, y Penny ya ha visto todos mis vestidos viejos, y como me has cortado la asignación, no me quedó más remedio que ponerme el vestido de mi doncella —respondió con inocencia—. ¿No te gusta?

Él la fulminó con la mirada.

Ella bajó las pestañas e intentó parecer recatada, mientras luchaba por no sonreír. No podía permitir que apareciera en el baile de la duquesa vestida como un esperpento, mal arreglada. El vestido era verdaderamente horroroso.

—William, Dorothy, llegaremos tarde —dijo Lady Huxley. Ya estaba a punto de llegar.

—Por favor, cámbiate —suplicó Huxley con voz estrangulada.

—Primero promete que me darás una asignación.

Él frunció el ceño.

—El carruaje espera —gritó Lady Huxley.

—Sí, sí. Te daré una asignación —gruñó.

—¿Y no volverás a cortarla?

—No. Nunca la cortaré. Ahora, deprisa, quítate esa cosa horrible.

Dorothy empezó a desabrocharse el vestido.

Él la miró horrorizado.

—¿Qué haces?

—Quitándome el vestido. Estoy practicando ser obediente.

—¡Por el amor a la bondad, mujer! Mi madre estará aquí en cualquier momento. Los criados verán… —se puso morado y respiró a bocanadas—. No seas obediente. Haz lo que quieras. Me equivoqué...

Dorothy siguió desabrochándose el corpiño con calma. Soltó el último cordón.

Él apartó la cara.

—Puedes mirar.

Él asomó la vista con reticencia.

Ella estaba espléndida con un hermoso vestido de muselina plateada. Le tendió el vestido de la doncella.

—Llevaba el vestido de la criada encima de este. ¿No es precioso?

Él parecía a punto de estrangularla.

Ella le encasquetó el vestido en los brazos justo cuando Lady Huxley apareció, resoplando.

Lady Huxley miró el vestido de la criada, que Huxley sostenía con sorpresa.

—¿Y esto?

—Yo le estaba preguntando lo mismo —dijo Dorothy, cruzándose de brazos.

Huxley dejó caer el bulto.

—No es mío.

Lady Huxley recogió el vestido y lo observó con disgusto.

—Por supuesto que no es tuyo, querido. Es un vestido de criada. ¿Por qué estabas sujetando un vestido de criada?

—Sí, ¿por qué lo estabas sujetando? —repitió Dorothy.

—Ella lo llevaba puesto hace un momento —acusó Huxley a Dorothy—. Y luego se cambió por este.

—¿En el pasillo? —preguntó Dorothy, horrorizada—. ¿Me cambié aquí? ¿Por qué haría algo así?

Lady Huxley le dio unas palmaditas con simpatía. Había decidido ser lo más amable posible con Dorothy, porque una sola palabra suya sobre oír voces la enviaría a Bedlam.

—Vamos, vamos —amonestó Lady Huxley—. ¿Cómo iba Dorothy a hacer algo así? Además, mira los cordones de la espalda de este vestido. Es demasiado intrincado para que lo maneje sola.

Dorothy sorbió por la nariz y apoyó la cabeza en el hombro comprensivo de Lady Huxley. Dejó que las lágrimas le brillaran en los ojos.

—Me culpa a mí cuando es él quien está sosteniendo un vestido de criada. ¿Qué? —preguntó con un sollozo dramático—. ¿Puedo preguntar por qué el mejor vestido de una criada está acurrucado contra tu pecho? ¿Y qué —aulló— lleva puesto la criada mientras su vestido está en tus brazos? ¿Dónde está esa criada podrida e intrigante? Entiendo que esté de moda tener una o dos amantes, pero retozar en mi propia casa y, encima, con una de las sirvientas… —gimió Dorothy, hundiendo de nuevo la cabeza en el hombro de Lady Huxley.

—Esto es terrible —dijo Lady Huxley, acariciándole la cabeza. Miró con dureza a Huxley—. Tendrás que compensarla.

La boca de Huxley quedó abierta.

— Pero ella… no entiendes… es una pequeña intrigante…

—Debería doblar mi asignación—sollozó Dorothy junto al oído de Lady Huxley.

—Dobla su asignación—ordenó Lady Huxley con toda naturalidad, y se alejó llevándose a la desdichada figura de Dorothy del brazo.

Dorothy miró hacia atrás y vio a Huxley lívido de rabia. Le guiñó un ojo.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

La mansión Blackthorne estaba iluminada con tantas velas, antorchas y lámparas de gas que parecía casi tan brillante como de día.

Dorothy subió corriendo los escalones, ansiosa. Aquella era su oportunidad de lanzarse sobre sus hermanas y hacer las paces.

Huxley la siguió a un paso más mesurado, con el rostro cuidadosamente inexpresivo.

En cuanto fue anunciado, las cabezas curiosas se volvieron hacia él. Los susurros volaron de oído en oído. Todos querían ver cómo trataría el duque a su antiguo archienemigo.

El duque y Huxley mantuvieron su conversación breve y cortés. Hablaron de la salud declinante del rey y de la desafortunada separación del regente de su esposa tan poco después de la boda. Después de eso, los dos hombres se separaron y se mantuvieron alejados el uno del otro durante el resto de la velada. Los numerosos oídos que se esforzaban por captar cada palabra intercambiada se marchitaron de decepción.

Dorothy, en cambio, fue dando brincos hasta llegar junto a Sir Henry y admiró su bigote, abrazó a la viuda con todas sus fuerzas y saludó al mayordomo con entusiasmo. Incluso bajó a las cocinas para pellizcar con cariño las sonrosadas mejillas del cocinero.

—¡Penny, Celine! —Dorothy se acercó a sus hermanas, que charlaban con Lady Grim—. Las he echado de menos.

Las dos hermanas se removieron incómodas. No podían ser groseras con ella delante de una invitada. Pasara lo que pasara, sus problemas eran asunto de familia y no debían airearse en público.

Dorothy sonrió de oreja a oreja y les apretó las manos.

—Vamos, digan que ustedes también me han echado de menos.

Celine y Penelope murmuraron una respuesta.

—No las he oído —dijo Dorothy, ampliando aún más la sonrisa.

—Te hemos echado de menos… —aclararon Celine y Penelope a regañadientes.

Dorothy enlazó su brazo con el de Celine y apoyó la cabeza en su hombro.

Celine se puso rígida.

—¿Cuándo vendrán de visita? —preguntó Dorothy, sonriendo ampliamente a Penelope.

La duquesa intentó fingir que no había oído la pregunta.

Lady Grim, siempre solícita, la repitió.

—No estoy segura… —murmuró Penelope.

—Debería ir pronto —la reprendió Lady Grim—. Recuerdo cuando acababa de casarme; aquella casa extraña llena de caras desconocidas resultaba abrumadora. Que me visitara una cara familiar me hizo muchísimo bien. Y la gelatina de pata de ternera.

—Iré pronto —prometió Penelope de mala gana.

—¿Dentro de una quincena? —insistió Dorothy.

—Sí —suspiró Penelope.

—¿Y tú también, Celine? —preguntó Dorothy.

Celine asintió con una sonrisa, aunque en sus ojos chisporroteaba la irritación.

Dorothy sonrió como un gato que acaba de devorar un cuenco de nata robada.

—¿Y qué tal la vida de casada, querida? —preguntó lady Grim, con sus esponjosos rizos grises rebotando alrededor de su rostro redondo.

—Maravillosa —respondió Dorothy.

—Puedo ver lo maravillosa que es —comentó lady Grim, con los ojos clavados en los ceñidos calzones de Huxley.

—¿Por qué no tomas un poco más de vino? —intervino Penelope con premura—. Veo a alguien a quien Dorothy debe conocer.

—No quiero conocer a nadie —se quejó Dorothy. Quería oír qué más iba a decir lady Grim.

Penelope le agarró el brazo y la arrastró al otro lado del salón. Celine las siguió.

Dorothy tuvo la clara sensación de que Penelope no quería que viera algo… o a alguien. Celine intentaba bloquearle la vista. Se

retorció en el agarre de Penelope hasta que logró asomarse por encima del hombro de su hermana.

—¿Lo vio? —preguntó Penelope con preocupación.

Celine asintió.

—No creímos que vendrían —dijo Penelope.

—Te dije que no enviaras la invitación —la reprendió Celine.

—Fue un error. Yo había pedido que...

—Necesito hablar con ella —interrumpió Dorothy.

—¿Qué? —jadeó Penelope.

—Necesito hablar con Kitty, solo una vez —repitió Dorothy—. Tengo que saber por qué...

—¿Quieres que vaya contigo? —preguntó Celine.

Dorothy negó con la cabeza.

—Pero...

Penelope le apretó el brazo.

—Te quiero —dijo Dorothy, besándole la mejilla—. Y lo siento.

Penelope la soltó con un suspiro resignado.

Dorothy enderezó los hombros y se dirigió hacia Kitty.

Kitty le lanzó una sola mirada al rostro de Dorothy y huyó.

Dorothy encontró a su amiga acurrucada en el guardarropa.

—Esperaba encontrarte a solas —dijo Kitty.

Dorothy se contuvo para no poner los ojos en blanco.

—Quería disculparme —dijo Kitty con vacilación—. Debería habértelo dicho.

—Sí, deberías.

—Pero al final todo salió bien —añadió con alegría—. Tú conseguiste a Huxley y yo a Lumley.

—No "conseguí" a Huxley. Tuve que casarme con él porque fui a buscarte a su casa creyendo que te tenía prisionera. Fui a salvarte y acabé teniendo que casarme con él.

—Lo sé —Kitty se mordió el labio—. Pero es un partido excelente. Las mujeres te envidian. No podrías haberlo hecho mejor.

Las palabras de Kitty la hirieron como una bofetada. ¿Cuándo había cambiado tanto su amiga? ¿O acaso siempre había sido así?

Kitty tomó la mano de Dorothy y la apretó con fuerza.

—Estaba confundida, Dora. Cuanto más tiempo pasaba con Lumley…, más lo deseaba. Su devoción, sus pequeños gestos dulces… se quedaban conmigo mucho después de dejarlo cada día. Estaba llena de culpa, amor y confusión… Sabía que Padre nunca aprobaría a Lumley. Sabía que pensaría que iba tras mi dote… así que tenía que fugarme. ¿No lo ves?

—Podrías habérmelo dicho.

—¿Cómo iba a hacerlo? Sabía que lo amabas y no podía romperte el corazón. Él admitió que no sentía nada por ti… y que nunca lo haría. Dijo que me amaba a mí y, oh, la diferencia entre su afecto tierno y la indiferencia de Huxley era abismal. Me di cuenta de que nunca había amado a Huxley. ¿Cómo iba a hacerlo? Es un hombre terriblemente grosero. Aquel día en el parque se me hizo del todo evidente que no había amado a nadie hasta que Lumley entró tambaleándose en mi vida...

—Ya veo —dijo Dorothy con frialdad.

—Me alegra que lo entiendas. ¡Sabía que lo harías!

La boca de Dorothy se torció en una mueca irónica.

Kitty interpretó su silencio como una señal de perdón.

—Basta de mí. ¿Cómo estás? ¡Y, ay! ¡Pobrecita, tienes que ver la cara de Sophia todos los días! —negó con la cabeza con aire compasivo—. ¿Sigue babeando por ese príncipe extranjero? Se rumorea que él está mirando a alguien más joven, más fresca… pero espero que se case con Sophia. He oído que en su reino encierran a las mujeres y, una vez que ella se vaya, podrás construir tu romance con Huxley...

—Lord Huxley —la corrigió Dorothy con sequedad—. Y en cuanto a Sophia, te agradecería que te abstuvieras de insultar a mi familia.

El rostro de Kitty se descompuso.

—No era mi intención… supongo que tienes razón. Fue imprudente. Bueno… —hizo una pausa y volvió a intentarlo—. Mi padre acaba de conseguir la seda más hermosa. Te encantaría. Es color crema y oro, y te quedaría maravillosa. Aún no la tiene ninguna tienda de Inglaterra. La obtuvo del último cargamento. Quería que vinieras a casa y tomaras lo que necesitaras...

Dorothy dio un paso atrás. Ya había tenido suficiente.

—Kitty, yo te quería por quien eras. Eras mi amiga no porque pudieras prestarme vestidos y joyas, sino porque eras leal, amable y generosa. Me defendiste más de una vez y me hiciste reír… Creí que te importaba. Y tu traición me ha dolido más de lo que puedes imaginar.

Kitty palideció; sus ojos brillaron con lágrimas.

—¿Podremos volver a ser amigas algún día? Te extraño.

Dorothy la miró y se dio cuenta por primera vez en todos esos años de que no confiaba en ella. La traición había destrozado esa confianza, y no sabía si podría recoger todos los pedazos y coserlos de nuevo. Era como si, en lugar de su querida amiga de la infancia, tuviera delante a una desconocida cuyos pensamientos, acciones y sentimientos ya no comprendía.

—Podemos intentarlo —insistió Kitty—. Te extraño más de lo que imaginas. Quiero compartir tantas cosas. Lord Lumley… me trata tan bien...

—Tengo que irme —Dorothy dio media vuelta y salió del cuarto con paso firme.

Tenía los ojos llenos de lágrimas no derramadas cuando llegó al salón de baile. Sintió como si algo precioso de su vida hubiera muerto.

—Ven —la voz de Huxley detuvo sus lágrimas.

Le tomó la mano y tiró de ella.

Se dejó conducir hacia las parejas que bailaban, demasiado agotada emocionalmente para preocuparse ya por nada.

No supo cuándo ni cómo Huxley la rodeó con los brazos. Escondió el rostro en su hombro. Sentía los oídos tapados, como llenos de algodón. No podía oír la sinfonía que resonaba en la sala ni recordar los pasos sencillos del baile. De no haber sido por el apoyo de Huxley, habría hecho el ridículo ante la sociedad.

Él la estrechó aún más, sus brazos eran como un ancla cálida. Sus manos la guiaban de vez en cuando, llevándola de un paso al siguiente, como la mañana después de su boda.

La diferencia era la delicadeza con la que la sostenía ahora, en contraste con la ira que había impulsado sus actos entonces.

—No puedo oír la música —dijo ella, aferrándose desesperadamente a su camisa.

Él inclinó la cabeza y empezó a cantar en voz baja,

Déjame besar tus labios, compartir tu aliento y tu rocío,
arrancar de tu corazón todo tormento.
Como la sombra de una lámpara, deja que mis manos rodeen tu alma,
protegiéndote de los vientos hirientes del pasado.
Buenas noches, mi lassie, mi dulce, dulce lassie,
deja que el mundo se desvanezca.
Mi corazón se detiene un instante,
el tiempo se parte y se alarga,
un momento se vuelve un día.
Tu aliento empieza a fluir,
suave y libre; tus labios se curvan en una sonrisa.
Y lloro, lloro por mi dulce lassie.

Su voz profunda y melodiosa resonó por todo su cuerpo. Era familiar, reconfortante, un bálsamo calmante para su dolor. La densa oscuridad que la había envuelto hacía un momento empezó a disiparse.

—No dejes que ganen —dijo en voz baja—. Muéstrales lo feliz que eres.

Dorothy se secó las lágrimas de la mejilla y alzó la vista hacia él.

—Canta otra vez. Termina la canción.

Él volvió a cantar. Giraron por la sala, y ella se dejó ahogar en su voz. Se entregó a él, confiando en que la guiara por completo.

Los dedos volaron sobre las teclas del piano, acercándose cada vez más al clímax.

Su rostro se suavizó y se concentró en el calor de la palma de él extendida en su espalda y en su mano, engullida por la suya. Se inclinó hacia el aroma de licor dulce y tibio que emanaba de él.

Todo lo que veía y sentía era Huxley. Esa noche necesitaba su fortaleza. Necesitaba que la abrazara y la besara.

Alzó sus pesadas pestañas y se quedó mirando su boca. La certeza la golpeó como un rayo. Un conocimiento tan hondo y seguro que le sorprendió no haberlo comprendido antes. No quería que los labios de ningún otro hombre descendieran sobre los suyos.

Solo quería a Huxley.

—Dorothy —dijo él con voz ronca.

—¿Mmm?

—Hay demasiada gente.

—No entiendo.

—Yo sí —la mandíbula se le tensó—. Demasiado bien. La gente está mirando. Te vas a caer si te suelto…

—No me sueltes…

—Tienes que apartar la mirada. Componerte.

—¿Qué?

—Tienes cara de… de que quieres llevarme a la cama —gruñó junto a su oído.

El estómago se le contrajo.

—Quiero un beso.

Él inhaló bruscamente y luego, como si se rindiera, la condujo hacia el balcón.

El aire fresco no hizo nada por devolverle la cordura.

Estaba lloviendo. Extendió la mano, atrapó unas gotas de lluvia veraniega en la palma y se las lanzó con una risa.

Él pareció atónito un instante y luego la hizo girar, y ella se encontró contra la pared, a resguardo de la lluvia.

Se quedó mirando las gotas de agua suspendidas en sus pestañas largas y espesas.

—¿Bebiste demasiado vino?

Ella negó con la cabeza… o al menos eso creía.

—Me siento un poco borracha cuando te acercas a mí —confesó —. No sé por qué.

Él maldijo.

—Deja de decir todo lo que se te pasa por la cabeza. Deberíamos irnos a casa.

—¿Y besarnos?

—Sin beso.

—¿Por favor? —batió las pestañas y frunció los labios.

Él emitió un sonido molesto y bajó la cabeza, con la intención de darle un casto piquito.

Al primer contacto, ella le rodeó el cuello con los brazos y se aferró con fuerza. Quería un beso de verdad de su marido, y no pensaba soltarlo hasta conseguirlo.

Él murmuró contra sus labios y, de pronto, tomó el control. Le sujetó la barbilla y tiró hasta que abrió la boca y profundizó el beso.

Dardos dulces y dolorosos recorrieron su cuerpo.

Se habían besado antes… y había sido agradable. Esto no era agradable… era una pasión oscura y arremolinada que asaltaba sus sentidos y la dejaba temblando.

No la lastimó ni la castigó, como ella habría esperado de un hombre tan grande y poderoso, sino que la acarició con ternura, con destreza, provocando una respuesta en ella hasta que deslizó las manos por su pecho, le agarró la nuca y curvó el cuerpo para ajustarlo al de él.

Él sintió cómo se derretía contra él y gruñó en lo más profundo de la garganta, un sonido a medio camino entre la impaciencia y el triunfo. Su beso, que había comenzado como un delicado asalto a sus sentidos, se volvió áspero… exigente… casi feroz en su intensidad. Su mano empezó a deslizarse por su corpiño, y ella se aferró a él con más fuerza, devolviéndole el beso con una desesperación que no creía posible.

El leve tirón del encaje de su corpiño la hizo llevar las manos a su pecho y empujar con tibieza. No quería que se detuviera, pero una voz al fondo de su mente susurraba advertencias… le suplicaba que huyera.

Él le agarró los puños, se los inmovilizó detrás de la espalda y la atrajo aún más. Sus labios se desplazaron, dejando besos ardientes a lo largo de su mandíbula y su cuello encendido. No tardó en tenerla de nuevo completamente dócil… sorda a cualquier voz de la razón.

Su lengua rozó la parte superior de su clavícula, y su mano empezó a acariciarle el vientre y entre los muslos a través del vestido.

Siempre era él quien tocaba, pensó aturdida. Algún día quería atarlo y sentir cada centímetro de él, provocarlo hasta que se le llenaran los ojos de lágrimas, igual que a ella en ese instante.

Le mordisqueó el cuello, mitad agitación, mitad reproche por mantenerla cautiva y no dejar que sus manos corrieran libres.

Él capturó su boca indómita y la besó a fondo. Su lengua empujó contra sus dientes y se adentró, saboreando con avidez los restos de champán.

Pronto ella estaba lánguida contra la pared, con los ojos enrojecidos y pesados, mientras su deseo latía contra su vientre, duro y evidente.

Ella gimió suavemente, su aliento caliente rozándole la oreja en breves ráfagas.

El sonido de la lluvia se hizo cada vez más intenso.

El viento, cargado con el aroma de la lluvia y del jazmín nocturno, llevaba ahora también la fragancia del deseo.

Espesa, voluptuosa e intensa, se arremolinaba a su alrededor, atándolos con hilos invisibles, susurrándoles al oído que se acercaran más y más.

El repiqueteo de la lluvia y su respiración entrecortada se mezclaban con los sonidos bajos que brotaban de su garganta, empujándolo al borde de perder la razón.

La risa estridente de una mujer estalló en algún punto cercano, irrumpiendo en su mente embriagada de pasión como una nota discordante.

Él alzó la cabeza de golpe y la miró, atónito.

Sus ojos estaban entrecerrados, los labios rosados e hinchados, la cabeza echada hacia atrás, dejando al descubierto la nuca, y el vestido plateado se le había deslizado de un hombro.

La mirada de él se aclaró, y con rapidez le acomodó el vestido y el cabello.

Ella parpadeó, confusa, y luego abrió los ojos, horrorizada.

Estaban en la casa del duque.

Había olvidado las normas, el decoro y la sala repleta de invitados. Un beso la había embriagado tanto que se había olvidado

del mundo. Lo miró con los ojos muy abiertos, y algo parecido al miedo le trepó por la columna.

¿Cómo podía alguien tener el poder de hacerla sentir tanto?

Lo observó, con los dedos presionados contra los labios aún hinchados. ¿Él también se había dejado arrastrar? ¿También lo había inundado ese caos de sensaciones? Pero él era un hombre con experiencia… y mientras ella había estado desprevenida…, él sin duda sabía qué esperar.

Aun así, alcanzó a ver en su rostro la misma expresión salvaje y conmocionada que debía reflejar el suyo, antes de que él la ocultara con maestría tras una máscara.

Se fijó en la vena que latía en su frente, el rasgo revelador del aristócrata… y se preguntó si su marido no era tan indiferente hacia ella como afirmaba.

Parecía arder en llamas cada vez que se besaban, rozando el límite de rendirse por completo en cada ocasión, como si su dominio de sí mismo fuera frágil a su alrededor, como si sostuviera un puñado de seda fina que empezaba a escapársele entre los dedos cada vez que la tenía entre sus brazos.

Eso la hizo preguntarse…

¿Podía, después de todo, esperar una vida matrimonial llena de amor?

CAPÍTULO VEINTISIETE

El primer pensamiento de Dorothy al despertar a la mañana siguiente fue que Huxley no había terminado la canción la noche anterior, y el segundo, que debía besarlo otra vez.

Era la única forma de confirmar que había sido el beso lo que la había dejado aturdida y mareada, y no el champán, la comida o la presencia de Kitty y Lumley en el baile de la noche anterior.

Salió de la cama, fue hasta el tocador y se miró al espejo. Tenía las mejillas sonrosadas. Por lo demás, se veía sana.

Aun así, tendría que besarlo para saber con certeza que había sido él y no los bombones o los pastelillos de queso lo que la había hecho comportarse de forma tan chiflada. Ahora solo tenía que encontrarlo a solas, pegar sus labios a los de él y ver qué ocurría después.

Una hora más tarde, Dorothy seguía en su alcoba, con los restos de bizcocho, panecillos calientes y té mirándola de forma acusadora. Había optado por desayunar en su habitación, ya que la idea de encontrarse con Huxley la hacía sentirse terriblemente cohibida.

Eso iba en contra de su determinación de tropezar con él y besarlo.

¡Oh! Estaba hecha un lío.

Blinker le arrebató el último panecillo y salió disparado de la habitación para ir a jugar con Rosie en el jardín.

Lo vio marcharse con envidia. Ah, ser tan joven y no tener ni una sola preocupación.

Basta de dar largas, se reprendió, respiró hondo, se acomodó el vestido de muselina color crema y se puso de pie.

Un latido después, volvió a sentarse, con la piel ardiéndole de vergüenza cuando el recuerdo de la noche anterior estalló en su mente.

Olvídate de besar… ¿cómo iba siquiera a mirarlo a la cara?

Fue la llegada de algunos invitados lo que la obligó a levantarse del diván y aventurarse a bajar. Los atendió, preparó cestas para unos arrendatarios enfermos, escribió algunas cartas y achuchó al gruñón de Blinker.

También se enteró de que se esperaba a la señorita March para la cena. La idea le revolvió el estómago, pero aun así elaboró un menú espléndido para la velada.

Ya avanzada la tarde, se cruzó con Huxley durante su paseo por el jardín. Se dio la vuelta con rapidez, esperando que no la hubiera visto. Quería besarlo, sí, pero todavía no. Quizá dentro de unos días, semanas o incluso meses.

Estaban casados y tenían por delante mucho tiempo juntos. Y en los años venideros, sin duda, volverían a besarse, y no tenía por qué ser ella quien diera el primer paso. Él podía tomar la iniciativa. Sí, de hecho, debía ser él quien la besara a ella...

—Dorothy —la llamó.

Ella se detuvo, pero mantuvo la cabeza agachada, oculta bajo el ala ancha del sombrero.

—Yo… —hizo una pausa y se aclaró la garganta—. ¿Enviaste comida a los arrendatarios?

Dorothy asintió.

—Ya veo. El mayordomo me ha estado llevando té y algo de comer cada mañana cuando me levanto. Supongo que se lo pediste tú.

—Te despiertas temprano y aún faltan varias horas para que esté listo el desayuno. Yo… pensé que quizá tendrías hambre.

—Mis cigarros estaban pedidos, la tinta repuesta, la tabaquera llena… no tienes que pensar tanto en mis comodidades...

—Soy tu esposa —replicó ella, alzando por fin la cabeza y mostrándole las mejillas suavemente encendidas y las pestañas temblorosas.

Él la miró, con expresión incierta.

Algo se le quebró un poco en el corazón. Comprendió que nadie había hecho nunca nada por él. Siempre había sido él quien cuidaba de su madre y su hermana, así como de los artistas y los sirvientes. Nadie se había detenido jamás a preguntarse qué necesitaba él. A lo

largo de su vida, la gente había tomado de él sin pensar en dar nada a cambio.

—Estoy aquí para compartir la carga —le recordó con suavidad—. Ya no tienes que hacerlo todo solo.

Él asintió brevemente, pero sus ojos seguían siendo cautelosos.

Ella quiso asegurarle que solo deseaba ayudar. Aliviar parte de su estrés y hacerse cargo de tareas que a él le resultaban desagradables. ¿Por qué sentía que nadie haría nada por él sin esperar algo a cambio?

¿No sabía lo maravilloso que era?

Empezó a caminar de regreso a la casa, con los pensamientos pesándole. Su padre lo había golpeado, su madre estaba muerta, su madrastra no lo quería y su hermana era una niña mimada y egoísta.

Alzó la vista hacia los muros de piedra de Ansley Hall. Todos los seres vivos de la casa lo respetaban y lo necesitaban, pero ¿cuántos de ellos lo amaban de verdad?

***

Esa noche, Dorothy se había esmerado con su apariencia. Quería que los ojos de Huxley estuvieran en ella y no en la señorita March, y esperaba tentarlo para que la besara otra vez.

Ocupó su lugar en la mesa del comedor y se encontró con la mirada de Sophia clavada en ella.

En lugar del desdén habitual, Dorothy vio… incertidumbre.

—¿Querías algo? —preguntó con cautela.

Sophia vaciló un instante y luego se levantó y se acercó a la silla de Dorothy.

—¿Me permites? —preguntó Sophia, alargando la mano hacia el cabello de Dorothy, que estaba cuidadosamente recogido y sujeto en la nuca.

Dorothy se obligó a no apartarse.

Sophia sacó un mechón de la sien de Dorothy y otro junto a la oreja. Fue delicada. Enrolló un rizo alrededor de su dedo y lo soltó, dejando que el bucle enmarcara el rostro de Dorothy.

—Así está mejor —comentó Sophia, señalando el gran espejo veneciano que colgaba de la pared.

Dorothy se acercó y se miró. Abrió los ojos con sorpresa. Los rizos enmarcaban su rostro de una manera bastante favorecedora.

—Yo… —miró a Sophia, sin saber qué pensar.

—No besó a Beth la noche antes de vuestra boda —dijo Sophia, jugueteando con un jarrón sobre la repisa de la chimenea.

—¿Eh?

—La señorita March. Nunca la besó. La vi lanzarse sobre él y pegar sus labios a los suyos. Él… él la apartó —aclaró.

Dorothy la observó con desconfianza, sin estar dispuesta a creer una sola palabra.

Sophia insistió:

—Las oí a ti y a Kitty. Me protegiste. Puede que no me caigas bien… pero la familia se defiende entre sí. Huxley siempre lo dice… y parece que tú piensas lo mismo.

—Así es.

Dorothy miró a Sophia con mejores ojos.

La muchacha era ferozmente leal, primero a su amiga, la señorita March, y luego a su hermano. Parecía ser la única persona que quería de verdad a Huxley, no solo por su fortuna. Recordó cómo Sophia lo había defendido frente a su espantosa madre. Esperaba que, con el tiempo, Sophia también llegara a verla como una hermana.

Por ahora, aquel gesto torpe de disculpa y amistad le reconfortó el corazón.

—Siento la forma en que nos casamos —ofreció Dorothy su propia disculpa—. No lo planeé. Sé que es difícil de creer, pero yo… yo quería casarme con lord Lumley.

Sophia pareció sorprendida y luego comprensiva.

Volvieron a la mesa, cada una replanteándose el carácter de la otra. La siguiente vez que Sophia la miró… no sonrió, pero tampoco frunció el ceño.

La cena transcurrió de manera mucho más agradable de lo que Dorothy había imaginado. Su corazón se alivió al saber que Huxley nunca había besado a la señorita March. Esta, por su parte, hizo todo lo posible por insultar a Dorothy durante la cena, pero esta vez Sophia moderó las palabras hirientes de su amiga.

Después de cenar, Huxley se retiró a la biblioteca y pidió que no lo molestaran. Dorothy arrastró los pies de vuelta a su habitación, apenada por alejarse de la presencia de Huxley. El mundo le parecía apagado y vacío cuando él no estaba a su lado.

***

Cuando regresó a su cuarto, encontró a Blinker corriendo de un lado a otro, fingiendo ser un caballo y un carruaje.

—Chist —rogó en vano.

Él simplemente saltó de la cama al sofá y de vuelta otra vez, haciendo ruidosos cloc-cloc.

Dorothy se retorció las manos, agitada. Cada vez era más difícil mantener al niño entretenido y en silencio.

—¡Tengo pintura! —exclamó de pronto.

Blinker se quedó inmóvil.

—Botes nuevos. ¿Quieres verlos?

Blinker sonrió y corrió tras ella hasta el salón.

Sacó los botes de pintura, un lápiz y unos papeles, y los colocó sobre la mesa.

Blinker se puso a trabajar de inmediato.

—¿Quieres que te ayude a prepararte para dormir? —Rosie asomó la cabeza por la puerta.

—No —hizo un gesto Dorothy con la mano—. Me encargo yo. Buenas noches.

No se dio cuenta de la mirada preocupada de Rosie ni del suspiro aburrido de Blinker.

Finalmente, harto de que le dijeran qué hacer en lugar de dejarle emborronar la pintura a su gusto, Blinker se levantó de un salto.

—Voy a dar un paseo.

—¡Es medianoche! —jadeó Dorothy, presa del pánico.

—Un paseo —dijo él con expresión decidida— es lo que necesito.

Dorothy no tuvo tiempo de alegrarse por su forma tan caballerosa de expresarse, porque salió disparado por la puerta.

Dorothy corrió tras él.

—Blinker —susurró tan fuerte como se atrevió—. Vuelve ahora mismo o tendré que atarte en el calabozo.

No hubo respuesta.

Dorothy aceleró el paso, procurando no dar pisotones por el pasillo.

—¡Nada de pudín! —siseó—. Ni pintura. Te mandaré de vuelta a Gin Lane sin un centavo, ¡pequeño bribón!

Oyó un crujido en la biblioteca y sonrió triunfante. Ahora sí lo tenía. Oh, el niño iba a ser severamente castigado. Se estaba volviendo cada vez más incontrolable.

Se deslizó dentro de la biblioteca. Estaba a oscuras, y la tenue luz de las antorchas del pasillo proyectaba sombras en la pared. Se asomó entre ellas y distinguió una figura, acurrucada en un sillón frente a una chimenea vacía. ¡Lo había atrapado!

Saltó sobre el sillón, cayó encima de Blinker y se aferró con fuerza.

—Ahora te tengo, pequeño mono malvado.

—¿Tienes la costumbre de estrangular a la gente en la oscuridad? —preguntó Huxley.

Ella chilló.

—Por favor, evita gritarme al oído —rogó él.

—Yo… —empujó contra su pecho, intentando incorporarse.

Él la sujetó con firmeza.

—¿Qué estabas haciendo?

Dorothy abrió y cerró la boca como un pez. ¿Qué podía decir?

—¿Quién es el mono malvado? —la animó él.

—¡Un ladrón! —jadeó—. Creí oír a un ladrón.

—Ah, ¿y ese ladrón se habría rendido solo porque prometiste no darle nunca más pudín?

Los ojos de Dorothy se abrieron de par en par. ¿Había oído eso? ¿Qué más habría oído?

Encendió una vela que había junto a él sobre la mesa y se volvió para mirarla.

—Yo… —se removió en su agarre.

—Tienes pintura en la cara —dijo suavemente, sin aflojar ni un poco la mano de su cintura.

—Aquí —añadió, acariciándole la mejilla—. Y aquí —pasó un dedo por su frente—. Se ha secado. Tendrás que lavártela.

Ella asintió.

Su mano se detuvo en el punto sensible de su nuca. Su dedo fue y vino un par de veces, casi como si la estuviera acariciando.

El corazón de Dorothy empezó a latir más rápido.

—No puedo quitártela —dijo él de pronto, apartándola y dejándola de nuevo de pie.

Tomó un libro y lo abrió.

—Buenas noches —chilló ella tras unos segundos de silencio.

Él le hizo un gesto con dos dedos, pero ella estaba demasiado alterada para ofenderse.

Regresó corriendo a su habitación y encontró a Blinker hecho un ovillo en la chaise longue. Suspiró aliviada y fue al espejo. Mojó una toalla en la palangana y se frotó la mejilla y la frente. Pero cuando llegó al cuello… no encontró ni rastro de pintura.

Abrió los ojos de golpe al comprenderlo. No había color en su cuello… él solo había querido tocarla un poco más.

Y ese conocimiento cambió algo muy profundo dentro de ella. Decidió que quería un matrimonio de verdad. Seguro que, si la deseaba, podría llegar a amarla. Y aunque nunca se enamorara de ella… aún podrían compartir el lecho matrimonial. Se llevó la mano al vientre… para darle un heredero. El corazón se le calentó al pensar en darle un hijo… uno suyo, que lo haría sonreír y reír, que lo amaría sin condiciones y derretiría parte de la frialdad de su corazón.

Ya no quería luchar contra Huxley. Quería amarlo.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Dorothy caminaba a buen paso por el pasillo, con un leve aire melancólico. Prometer darle a su marido una docena de hijos era bastante fácil, pero lograrlo sin parecer una descarada era mucho más complicado.

Se llevó una fresa silvestre a la boca y la masticó con furia. Había pensado que a Huxley no le desagradaría la idea de revolcarse con ella en el heno, pero últimamente su comportamiento la desconcertaba.

Si entraba en una habitación en la que él estaba, salía disparado con tal rapidez que lo único que alcanzaba a ver era una imagen borrosa de sus calzones huyendo.

—Dorothy.

Apareció ante ella como si sus pensamientos lo hubieran arrastrado hasta allí.

El pasillo era estrecho y él intentó escurrirse para pasar a su lado.

—Quería hablar contigo —dijo ella, bloqueándole el paso.

—¿Sí?

—¿Qué hiciste hoy?

Parpadeó, desconcertado.

—¿Qué hice?

—Sí, ¿ocurrió algo interesante?

Frunció el ceño.

—De hecho, estaba leyendo la Quarterly Review. Había un pasaje de lord Raikes en el que hablaba de sus tratos con los funcionarios de la Compañía de las Indias Orientales. Fue una lectura interesante, y se centraba mucho en las diferencias religiosas y políticas entre África, la India e Inglaterra. Luego ampliaba...

—No amplíes —lo interrumpió ella con rapidez.

—¿Eh?

—Prefiero oír tu opinión antes que la de lord Raikes.

—Ya veo.

—¿Y bien?

Entrecerró los ojos, pensativo.

—Deberías comer más.

Ahora fue ella quien parpadeó.

—¿Comer más?

—Te ves… —la recorrió de arriba abajo, buscando la palabra adecuada.

—¿Etérea? —sugirió ella.

—Arrugada. Como una fruta dejada demasiado tiempo al sol.

Ella frunció el ceño.

—Te aseguro que no estoy más delgada que la mayoría de las damas de la alta sociedad.

—Nadie más parece tan correosa —gruñó—. Come más de esas bayas… y toma una o dos galletas, o mejor veinte. La cantidad de veces que te desmayas, maldita mujer, no es normal.

Ella sonrió con calidez.

—Te preocupa mi salud… yo.

—Me preocupa que alguien en mi casa se esté matando de hambre por culpa de la moda. Espero que no estés sobreviviendo a base de caldo claro como las otras damas de la alta sociedad.

—No hago tal cosa —respondió ella, viendo más allá de su sarcasmo. ¡Estaba preocupado por ella!

—Ahora debo volver al trabajo —dijo él, intentando deslizarse a su lado.

Ella volvió a bloquearle el paso.

—Voy camino a Mayfair. ¿Quieres que te traiga algo? ¿Más cigarros?

—Apunté lo que necesito… debería estar en mi escritorio —dijo—. Lleva contigo a una doncella y a un lacayo.

Ella asintió.

—No intentes salvar a ningún niño pequeño.

Ella sonrió y negó con la cabeza.

—Eso es todo —dijo él.

Ella lo observó un instante, mientras él volvía a intentar pasar sin tocarla. Se negó a ayudarlo y, en cambio, preguntó con picardía:

—¿Te gustaría besarme para despedirte, esposo?

Él dio un paso atrás, atónito.

—¿Besar?

—Los esposos besan a sus esposas al despedirse.

—No deberías decir esas cosas. No es decoroso —balbuceó.

—Creía que a los hombres les gustaba besar a las mujeres.

Él se llevó las manos a las orejas.

—Deja de hablar, deja de dar saltitos… tengo que irme. Debo ver al mayordomo.

Ella frunció los labios e hizo un aleteo coqueto con las pestañas.

Él la fulminó con la mirada, murmuró algo sobre descaradas insolentes y se marchó dando grandes zancadas, esta vez regresando por donde había venido.

Dorothy lo vio alejarse, llena de emociones encontradas. Se sentía conmovida por su preocupación y, sin embargo… no quería que la creyera tan frágil. ¿Era por eso que se negaba a besarla… porque pensaba que se rompería?

Era un hombre grande… quizá temía su propia fuerza.

Aún sumida en sus pensamientos, se dirigió al escritorio de palo de rosa de la pequeña biblioteca y comenzó a rebuscar entre papeles y volúmenes.

—¿Qué haces?

La curiosa cabeza de Woodbead asomó por la pequeña puerta de la habitación.

—Dijo que había dejado una lista para mí sobre la mesa —respondió Dorothy sin levantar la vista.

—Me preguntaba… quería preguntarte algo —dijo Woodbead con vacilación.

—¿Sí?

—En realidad no debería preguntar.

—No, adelante.

—¿De verdad?

—Sí, dime.

—¿No te ofenderás?

—En absoluto.

—¿Tu hermana es feliz?

—¿Celine? Sí, quiere muchísimo a lord Elmer.

—Oh —se marchitó él, sombrío.

Dorothy sintió lástima por el pobre hombre. Su suspiro había sido patético. Resonaba con la tristeza de su propio amor no correspondido. Hizo de inmediato lo que debía hacerse en tales circunstancias.

Cambió de tema.

—Señor Woodbead, estoy preocupada por algo.

—Por tu esposo —respondió él con sagacidad.

Ella inclinó la cabeza.

—Parece descuidado con su seguridad. ¿Y si lo atrapan?

—Ah, ¿y si me encuentran a mí y a las obras de arte polémicas?

—Sí. ¿No debería ser más prudente?

—El Regente podrá ser un descerebrado, un mentecato y un glotón inútil, pero es un gran mecenas del arte. Las arcas reales ya están agotadas, con tantas guerras, y el Regente se está apresurando a vaciar lo poco que queda. Tu marido y el Regente comparten un amor similar por los artistas, pero la diferencia es que tu marido puede mantener su fortuna. Esta afición común hace que el Regente aparezca a menudo en la puerta de tu esposo, pidiéndole unas cuantas libras para su última empresa artística.

—En resumen, cuenta con la protección real del Regente.

—El mismo Regente que pronto será rey. Es un detalle importante que la gente suele olvidar cuando se burla de esa criatura de sangre azul. Además, Huxley ha utilizado su vasta fortuna para destapar secretos bastante desagradables de políticos y aristócratas influyentes. Por eso es universalmente odiado, temido y admirado.

—Ya veo —dijo Dorothy pensativa. Sonaba a que su marido era demasiado poderoso como para que alguien se atreviera a meterse con él. Eso la tranquilizó un poco. Volvió al escritorio y empezó de nuevo a buscar la lista.

Woodbead tosió con delicadeza en un pañuelo de seda verde.

—¿Crees que cuando Celine te visite podría dejarme caer un rato para charlar?

—Sí —respondió Dorothy distraída. Sus dedos rozaron un periódico y notó un bulto grueso oculto entre las páginas. Lo sacó y se quedó helada.

—Supongo que debería llamarla lady Elmer —continuó Woodbead —, pero no me sale de manera natural. Se me traba una y otra vez… como un carruaje encajado en demasiados baches...

Dorothy ya no lo escuchaba. Sus ojos estaban clavados en el sobre: un sobre grueso, dirigido a Huxley y con olor a rosas.

Lo abrió con cuidado y sacó las hojas. Era de Diana, la amante de Huxley. La cara le ardió al leer el contenido. Era largo, ardiente y explícito… hablaba mucho de mordisquitos. De dónde debía mordisquearla él y de dónde debía mordisquearlo ella.

¡Ese hombre! Se enfureció en silencio. No la besaba porque no quería. No tenía nada que ver con que ella fuera delicada. Y esa amante, esa famosa cantante de ópera, era tan frágil como ella, si no más.

Las lágrimas le picaron en los ojos, y se las secó con brusquedad.

Tendría su venganza.

Si él podía divertirse… entonces ella también. Coquetearía en el baile de esa noche, se pondría su vestido más escandaloso y haría las cosas más indecibles. Encontraría a un hombre, se juró, y lo besaría.

A cualquiera.

—Ay, ay, ay —advirtió Woodbead con retraso—. No deberías haber leído eso. De verdad que no deberías haberlo hecho. Iba a detenerte, pero el artista que llevo dentro se alzó y me ató la lengua. Verás, tus expresiones cambiaban tan rápido, tu piel pasaba por esos tonos tan encantadores de azul, verde y rojo, que… quedé fascinado. Hechizado. Entretenido. En lo más hondo de mis huesos siento que se acerca un poema…

***

La primera persona con la que Dorothy se topó en el baile de lady Blake fue Kitty. Pegó una sonrisa en su rostro y asintió brevemente.

Kitty no aceptó eso. Le atrapó la mano como si nunca hubiera pasado nada entre ellas.

—¿No es maravilloso el candelabro? Nunca he visto uno tan grande. ¿Y has visto a la señorita Chadwick? Su vestido es escandaloso. Parece que no llevara nada más que carne. Por lo que sé, ya se han desmayado cuatro mujeres.

Dorothy miró por encima del hombro de Kitty, buscando desesperadamente a sus hermanas para que la rescataran de su agarre.

—La duquesa… ¿está aquí? —murmuró Dorothy.

—No la he visto hoy —apareció lord Lumley a su lado—. Pero sí la vi ayer en la cena de lady Blueworth.

Dorothy hizo una mueca, preguntándose cuándo había adquirido una voz tan atronadora. Además, se veía muy distinto. Había perdido su aspecto famélico: las mejillas se le habían llenado y la barriga estaba agradablemente redondeada. Vestía un chaleco azul con galones dorados, calzones escarlata y zapatos con hebillas brillantes que le hacían doler los ojos.

—Incluso vi al duque —continuó— y hablé con él. Le dije lo maravilloso que había sido su baile. Fui muy firme en ese punto. Nadie sabe organizar un baile como él. Pero hubo un pequeño detalle que me inquietó. Olvidé mencionárselo a la amable duquesa, y debe hacerlo usted de mi parte.

—¿Alguien causó un escándalo? —preguntó Dorothy con amabilidad.

—Los sirvientes sonreían —dijo con desaprobación—. Vi al mayordomo enseñar los dientes en un momento dado. No es algo que uno espere en la casa del duque.

Dorothy lo miró fijamente.

—Y en cuanto a la comida, los helados se estaban derritiendo.

—A él le gusta que todo sea perfecto —se entusiasmó Kitty.

Lord Lumley asintió, de acuerdo.

—Si uno debe hacer algo, debe hacerlo bien. Estaba a punto de decirle a lady Blake que esta sala está magníficamente decorada, pero la limonada… necesita más limones.

Dorothy miró a lord Lumley con deleite. Nunca había sabido que un hombre pudiera transformarse en algo tan despreciable solo por tener unas cuantas libras más.

—Transmitiré su mensaje a la duquesa cuando la vea —sonrió Dorothy.

Lord Lumley se hinchó aún más de importancia.

Dorothy vio cómo la cabeza del hombre parecía crecer a toda velocidad, y aquello la molestó. La irritó como la irritaban las moscas de la fruta cuando revoloteaban sobre un cuenco de melocotones perfectamente maduros. Quiso sacar su alfiler de sombrero y clavárselo con fuerza para borrarle esa expresión engreída del rostro.

Hizo lo siguiente mejor.

Le dedicó una gran sonrisa y dijo en voz alta:

—Su corbatín está maravillosamente almidonado, señor, pero un poco arrugado.

Y luego se alejó, dejándolo boqueando y tornándose de todos los tonos posibles de púrpura.

Sabía que nada fastidiaba más a un dandi aspirante que poner en duda el estado de su corbatín. Rio para sus adentros. Había sido algo terriblemente infantil, pero no había podido evitarlo.

¡Era tan… pomposo!

¿Cómo había podido imaginar que lo amaba? Se estremeció al pensar en estar casada con el tieso lord Lumley. Hacerse la ciega ante sus defectos, suavizar sus fanfarronadas y calmar a los invitados ofendidos sonaba espantoso.

Su enfado hacia su amiga se ablandó un poco, convirtiéndose en lástima en los bordes.

Vio a Aron Selwyn cerca de la mesa de refrescos, y sus pensamientos tomaron un cariz más oscuro. Los hombros se le hundieron con tristeza mientras la carta ardiente que Diana había escrito a Huxley le quemaba la mente.

Apretó los labios y fingió golpear su abanico contra el brazo del señor Selwyn con un poco más de fuerza de la que había pretendido.

Él se giró con gesto de disculpa y, al ver quién era, sonrió complacido.

—Señorita Fairweather… quiero decir, lady Huxley —se inclinó.

Ella le devolvió la reverencia.

Él le ofreció el brazo y comenzaron a pasear por la sala.

—No he visto a sus hermanas esta noche.

—Creo que aún no han llegado.

—Las hermanas Fairweather —sonrió mirándola— son un conjunto encantador. Cada una es notable y atractiva a su manera.

—Muchas gracias —respondió ella, aleteando las pestañas y preguntándose si no estaría exagerando. Había perdido el arte del coqueteo desde que se casó con Huxley.

—¿Hay alguna hermana más escondida en Finnshire?

—Recordó el nombre de mi pueblo —dijo ella, complacida—. Ninguna en edad de casarse.

—Qué tragedia —dijo llevándose la mano al corazón—. Sea amable cuando le arrebate la esperanza a un hombre.

Ella se rió ante su absurdo.

Él bajó la mirada y rozó suavemente la parte interior del brazo que sostenía. Fue un contacto delicado y secreto, imposible de ver para los demás, pero el rostro de Dorothy se encendió y su corazón empezó a latir con inquietud.

—¿Le gustaría bailar? —preguntó.

Su tono era distinto. Nunca lo había oído hablar con esa aspereza. La inquietud regresó y ella alzó la vista hacia su rostro pálido, insegura. Había captado la pregunta implícita en su voz. ¿Quería bailar… o qué?

—Dorothy —apareció Huxley a su lado—. Nuestro baile está a punto de empezar.

Selwyn sonrió con encanto y un leve pesar antes de soltarla.

Dorothy se acercó a Huxley y se aferró a su brazo.

—¿No vas a discutir conmigo por haberte separado sin ceremonias de Selwyn? —preguntó Huxley mientras se dirigían hacia los bailarines.

Dorothy esperó a que él colocara la mano en la parte baja de su espalda antes de decir:

—Me sorprende verte aquí. Pensé que no vendrías.

Él se apartó de ella cuando cambiaron brevemente de pareja y, al regresar, cambió de tema y mantuvo una charla trivial e intrascendente.

Ella respondió en voz baja, abatida y miserable.

Cuando el baile terminó, escapó al balcón. Necesitaba pensar. Selwyn había querido llevársela a la cama. No era tan ingenua como

para no verlo. Y su acercamiento calculado lo había alentado.

Pero lo que más pesaba en su mente era Huxley y la carta. Quería herir a Huxley tan profundamente como él la había herido a ella.

Se aferró a la barandilla, sintiendo una oleada de angustia casi físicamente dolorosa.

—¿Te encuentras mal?

No había oído acercarse a su marido.

—No —susurró ella.

Él la hizo girar para quedar frente a él.

—Te ves enferma —dijo, apartándole un rizo y apoyando la palma de la mano contra su mejilla ardiente.

Ella no pudo evitarlo. Cerró los ojos y se inclinó hacia su contacto.

Él se quedó inmóvil.

De pronto, la tarde de verano se volvió densa y a ella le costó respirar.

—Eres tan hermosa —murmuró él, alzándole el mentón.

A ella se le abrieron los ojos de golpe y vio el deseo ardiente que brillaba en los suyos.

Él inclinó la cabeza y la besó con fuerza. Un instante después, la apartó de un empujón, con el rostro desencajado de furia.

Las lágrimas le picaron en los ojos mientras lo veía alejarse a grandes zancadas.

¿Era tan terrible querer besar a tu esposa? ¿Qué era lo que lo detenía?

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Penelope y Celine fueron a visitarla al día siguiente.

Dorothy las abrazó a ambas durante más tiempo y con más fuerza de lo habitual.

—Sí, bueno —refunfuñó Penelope, intentando acomodarse el cabello para recuperar algo de dignidad después del abrazo—. Vinimos a ver el famoso cuadro.

—El cuadro —asintió Celine con firmeza—. Eso es lo que vinimos a ver.

Dorothy les dio un sonoro beso en las mejillas.

Ellas fingieron molestarse.

Dorothy dio unas palmaditas en el sofá.

—Verán el cuadro justo después de tomar un poco de té y probar estos deliciosos pasteles.

—Lord Huxley te mantiene muy bien —comentó Penelope, mirando a su alrededor el opulento salón.

Celine asintió y se sacudió migas invisibles de los labios.

—La señora Drew le estaba preguntando a lady May cómo un hombre como Huxley podía soportar estar casado contigo, después de que lo engañaras tan cruelmente. Él la oyó y le dijo que tú no habías hecho tal cosa. Que el afecto había sido mutuo, y también la decisión de casarse. Eso hizo callar a todo el mundo.

—Bueno, sabemos que no fue afecto —dijo Penelope—. Pero fue amable por su parte decirlo.

Dorothy asintió, con el corazón demasiado lleno como para hablar.

Las hermanas se quedaron en silencio unos momentos. Penelope jugueteaba distraídamente con el fleco de un cojín de seda verde, mientras Celine pasaba el dedo una y otra vez por el borde de su taza de té. Dorothy las observaba en silencio.

Finalmente, Celine rompió el silencio:

—Supongo que estás bien.

—Supongo que sí —respondió Dorothy con el mismo tono despreocupado.

—¿Él… tu marido… es tan cruel como dicen? —preguntó Penelope, olvidándose de disimular su preocupación.

—¿No te lo dijeron tus espías? —preguntó Dorothy con fingida inocencia.

Sus hermanas se quedaron boquiabiertas.

—¿Lo sabes?

—¿Lo del pirata, Tommy y Rosie? —Dorothy se encogió de hombros—. Sí, lo sé.

Penelope pareció culpable por un instante y luego soltó un largo suspiro, como si hubiera estado conteniendo la respiración desde el día en que Dorothy se casó con Huxley.

—Ahora que sabemos que lo sabes, podemos dejar este juego tan tonto. Shhh, Celine, llevo semanas intentando parecer lúgubre delante de ella. Ya no puedo más.

—Pero…

—No, Celine —la interrumpió Penelope—. No puedo seguir merodeando por los límites de Blackthorne con este calor, esperando vislumbrar a mi hermana. —Se volvió hacia Dorothy y la calidez familiar regresó a su rostro—. Intenté que los sirvientes de Blackthorne se hicieran amigos de los de Ansley Hall para enterarme de cómo estabas, pero no funcionó. Y en cuanto a Celine, puede protestar todo lo que quiera, pero la he visto observarte en cada reunión. Te mira la cara, intentando decidir si necesita rescatarte de Huxley. Sus ojos van de ti a todas las salidas de la sala, esperando que Huxley cometa un solo error, y si alguna vez lo hubiera hecho, te habría metido en su carruaje y te habría llevado a casa.

—Bueno… —Celine se ablandó—. Yo… nos preocupábamos.

—Huxley es maravilloso —dijo Dorothy, con los ojos brillantes—. No tenían por qué preocuparse. Si tan solo me hubieran preguntado…

—Vaya, vaya, vaya —los ojos de Celine se abrieron de par en par —. Te has enamorado de tu marido. Qué poco a la moda y, aun así, tan propio de una Fairweather.

Penelope se incorporó en su asiento, encantada.

—¡Oh, es verdad! Se te nota en la cara, Dora.

Dorothy miró de una hermana a la otra y al final se encogió de hombros.

—No lo creo.

—¿Se te encogen los dedos de los pies cuando se te acerca? —preguntó Penelope—. Eso es amor.

—Intenta imaginar un carruaje lanzándose hacia Huxley y hacia otra persona a la que quieres —propuso Celine—. ¿A quién salvarías primero? Si eliges a Huxley, entonces estás enamorada.

—¿Tiemblas como una brizna de hierba en un día ventoso cuando te toma la mano? —suspiró Penelope.

—¿O sientes como si te estrellaras contra un muro de piedra cada vez que te besa y se te nubla la vista como una noche estrellada? —añadió Celine.

—Amor, amor, amor —canturrearon Penelope y Celine—, ¡nos preguntamos si por fin estás enamorada!

Dorothy negó con la cabeza frenéticamente.

—¿Tiemblas y te estremeces? —trinó Penelope—. ¿Te deja toda temblorosa?

—¿Sonríes como una loca —gorjeó Celine— cuando entra en la habitación?

—¿Se ríe de cada una de sus palabras —entonó el mayordomo desde la puerta—, incluso cuando están fatalmente balbuceadas?

Todos chillaron al unísono:

—¡Amor, amor, amor, nuestra pequeña Dora está enamorada al fin!

—No lo estoy —frunció el ceño Dorothy.

—Creo que lo quieres —dijo Penelope con firmeza.

—Coincido. Tiene esa expresión atontada de una mujer enamorada —añadió Celine.

—¿Me has perdonado? —preguntó Dorothy de pronto. Estaba cansada de que la examinaran como a un insecto extraño.

Penelope bajó la mirada hacia su regazo.

—Te perdoné al día siguiente de tu boda y, desde entonces, me he preocupado por que siguieras aquí, en Ansley Hall.

—De verdad que estoy bien —la tranquilizó Dorothy.

—¿Y feliz? —preguntó Penelope con cierta aprensión.

—No tenías por qué seguir enfadada conmigo tanto tiempo —refunfuñó Dorothy—. Y sé que fue Celine quien te mantuvo alejada.

—Bueno, bueno —frunció el ceño Celine—. Necesitas aprender disciplina.

—Y tú necesitas aprender a ser más manejable —replicó Dorothy —. Y para compensármelo, esta tarde debes pasarla con alguien especial.

—¿Quién? —preguntó Celine.

—Yo —chilló Philbert Woodbead con tono apenado desde la puerta.

—Oh, santo cielo —palideció Celine—. Él no.

—Tengo un poema que me gustaría que escucharas —dijo Woodbead con timidez—. Lo escribí para ti… en unos calzones marrones. Por los viejos tiempos.

Penelope estalló en carcajadas, y Dorothy sonrió. Era bueno volver a tener a sus hermanas.

***

Dorothy se sentía como una ola, yendo y viniendo, subiendo y bajando en un día de tormenta veraniega. En un momento estaba contenta de que sus hermanas volvieran a hablarle y de que todo hubiera sido perdonado; al siguiente, recordaba a la horrible Diana y su carta.

—No deberías haberle soltado a Woodbead a tu hermana —dijo Huxley.

Dorothy siguió subiendo las escaleras.

—¿Me estás escuchando? —preguntó con impaciencia—. Te estoy hablando, mi lady.

— “Te estoy hablando, mi lady” —repitió Dorothy entre dientes—. Bah. Maldito cabeza de chorlito.

—¿Qué has dicho?

—He dicho que estoy cansada.

—Me has llamado zoquete.

—No, te he llamado cabeza de chorlito.

—¡Ja! ¡Lo sabía!

—Hmpf.

—Has estado actuando de forma extraña —dijo con paciencia—. ¿Estás enfadada conmigo?

—No.

—Vamos, no seas infantil.

—Quiero irme a dormir.

Él la miró desde abajo, con los ojos llenos de preguntas. Cuando ella se negó a decir nada más, dijo con frialdad:

—Entonces te dejaré sola. Dulces sueños, que duermas bien.

—Y espero que te atormenten sueños de Diana convirtiéndose en una tetera andrajosa —murmuró Dorothy, y huyó a sus habitaciones.

Horas después, se acurrucó más contra la almohada y miró al techo. No podía ver nada, pues la vela se había consumido hacía tiempo, pero sabía que a la luz del día vería un hermoso cuadro enmarcado en oro, con ángeles dormidos y nubes esponjosas.

Se dio la vuelta hacia la pared. No podía dormir. Lo único en lo que pensaba era en Diana la tetera.

Una manita le empujó el hombro.

—¿Blinker? —Se incorporó y encendió la vela de la mesilla.

—Quiero enseñarte algo—sonrió Blinker.

—¡Deberías estar en la cama!

—Hice algo para ti —insistió.

Suspiró y avanzó tambaleándose hasta el saloncito contiguo.

—¡Ah! —jadeó.

Blinker había decidido pintar una hermosa mesa antigua, finamente tallada, con vivos colores azules, verdes y amarillos.

—La hice para ti —dijo, señalando la monstruosidad con una sonrisa tímida.

Estaba horrorizada y conmovida al mismo tiempo.

—Qué… maravilloso —sonrió débilmente.

—Creo que ahora voy a pintar las puertas —reflexionó.

—¡No! Es tarde. Ya harás lo que quieras por la mañana.

—No tengo sueño.

—Suelta el pincel —le rogó con voz agotada—. ¡Estás goteando pintura por todos los cojines de seda!

Fue un error. Blinker, había descubierto Dorothy, odiaba que le dijeran qué hacer. Y si uno insistía, entonces decidía salir a pasear,

sin importar la hora, o esconderse.

Ese día optó por lo segundo.

—Voy a esconderme —anunció, deteniéndose cerca de la puerta —. Ven a buscarme.

—¡No! —chilló ella, aterrada, pero ya era demasiado tarde. Blinker había salido de la habitación y corría por el pasillo.

Se puso rápidamente una bata y salió sigilosamente de la habitación. Tenía que ser cuidadosa. La mejor forma de atrapar a Blinker era acercarse sin hacer ruido.

Se agachó, escondiéndose entre las sombras de las velas agonizantes.

Avanzó a gatas, apoyándose en manos y pies, intentando oír el sonido de sus pasos.

Lo único que percibía era el chisporroteo de una vela en algún punto cercano.

La luz de la luna entraba por las ventanas en barras de plata translúcida, y una suave corriente de aire se colaba desde algún lugar, refrescándole el cuello todavía caliente.

Cerró los ojos y pensó a toda velocidad. Si llamaba a Blinker, solo correría más deprisa. Tenía que ser sigilosa. Tenía que fingir que era un lobo y que él era un conejito veloz al que debía atrapar. Tendría que moverse sin hacer ruido, acechar en la oscuridad y atacar cuando menos lo esperara.

Reprimió un bostezo y se frotó los ojos cansados. ¿Cómo se las arreglaban sus hermanas con todos esos niños? Aquí, uno solo la estaba volviendo loca de remate.

¡Tump!

Se quedó helada. Había oído algo.

Avanzó por el pasillo tan rápido como pudo y se detuvo en lo alto de la escalera.

¡Ahí! Un peldaño crujió con fuerza.

Tomó aire y se tumbó boca abajo. Luego empezó a deslizarse escaleras abajo como una serpiente. Aquello, pensó, era ingenioso. Blinker jamás la vería en la oscuridad.

Contuvo el impulso repentino de aullar como un lobo. Unos instantes más y capturaría a su testarudo conejito.

Se rió en silencio ante la idea y se deslizó un par de escalones más.

—¿Qué estás haciendo? —la voz de Huxley resonó desde abajo.

Se mordió el labio y clavó la mirada en el escalón alfombrado que rozaba su nariz.

—No voy a dejar que te escapes sin una respuesta esta vez. Esa es una postura de lo más peculiar. —Estaba al pie de la escalera, sosteniendo una vela en alto, con la boca abierta por la sorpresa.

Tragó saliva, sin saber cómo explicar por qué se deslizaba escaleras abajo sobre el vientre en lugar de bajar como un ser humano normal.

—Eh… no estoy segura —fue lo mejor que se le ocurrió.

—¿Sabes cómo te llamas? —preguntó él.

—No he perdido la memoria.

—Si no es la memoria, entonces es el juicio —murmuró—. ¿Piensas quedarte en esa posición toda la noche? Seguro que es incómodo. Levántate y explícamelo.

¡Crash!

La cabeza de Dorothy se giró de golpe hacia la escalera.

—Vino del pasillo —dijo Huxley, subiendo los escalones de dos en dos.

—Un ladrón —respondió Dorothy, aferrándole la mano cuando él intentó pasar a su lado—. Oí algo y pensé que era un ladrón, por eso estaba deslizándome por la escalera.

—¿Y eso te habría ayudado a atrapar al ladrón? Suéltame; ¡se va a escapar!

—No, el ladrón podría matarte. Debe de ser terrible. No me dejes. Estoy aterrada —balbuceó, esperando darle tiempo a Blinker para huir hasta su habitación.

Él hizo un sonido impaciente, se soltó de sus dedos y salió disparado por el pasillo.

Dorothy lo siguió con resignación.

Llegaron al lugar donde colgaba el Aëdon.

Dorothy suspiró aliviada. No le había pasado nada a su preciada obra de arte.

Y entonces Huxley acercó la vela al cuadro, y ambos se quedaron inmóviles.

Dorothy miró fijamente el Aëdon y tragó saliva. Se inclinó hacia delante, entrecerró los ojos, volvió a mirar y comprobó con desagrado que lo que colgaba ante ella seguía siendo el Aëdon pintado por el famoso y huraño Raziel.

—Tiene un… —jadeó él.

—Oh, cielos —chilló ella.

—¿No estoy soñando? —preguntó.

—Podrías estar soñando—ofreció ella con una voz excesivamente alegre.

—No estoy soñando —dijo, pellizcándose—. La mujer… Aëdon tiene bigote.

—Y flores onduladas en el frasco de veneno —añadió Dorothy con nerviosismo—. Un ladrón de lo más raro.

Él apoyó la cabeza contra la pared y dejó escapar un gemido grave, seguido de unos jadeos y gorgoteos alarmantes.

—Es un bigote precioso —intentó tranquilizarlo—. Espeso y oscuro.

Él siguió gorgoteando.

—Mira, se curva en las puntas —añadió apresuradamente—. Un bigote de verdad, un poco torcido, pero… admirable.

Él se estremeció y empezó a temblar de forma inquietante.

Preocupada, ella le puso una mano en los hombros y lo giró.

Tenía lágrimas en los ojos… lágrimas de risa.

—¡Te has vuelto loco! —se llevó la mano a la boca.

—Ese chico tuyo —dijo entre resoplidos—, sabía que iba a dar problemas.

—¿Sabes lo de Blinker? —preguntó ella, atónita.

Él se secó los ojos.

—No sé por qué intentaste ocultarlo. Yo adopto artistas, y tú adoptas huérfanos. No somos tan distintos.

—Los niños hacen ruido. No se los puede controlar —replicó ella —. A ti no te gusta el ruido.

Él volvió a mirar el cuadro pensativo, sin que la sonrisa desapareciera del todo.

—Los artistas también son temperamentales, y controlarlos limitaría su creatividad. ¿Has oído alguna vez a un pintor bramar de frustración? ¿Y a los escultores, con su constante golpeteo de piedra, o a los músicos en un mal día?… Los niños corren, los artistas danzan; los niños aúllan y lloran, los artistas se lamentan y chillan.

Dio un paso hacia ella. Ahora la luz dorada de la vela iluminaba su rostro, dejando el cuadro otra vez en sombras.

—Trazas una línea y esperas que se mantengan dentro de los límites, pero a veces ellos también rompen las reglas. En el fondo somos iguales, Dora. Yo quiero ayudar a artistas hambrientos, y tú quieres ayudar a huérfanos hambrientos. Sentimos la misma compasión.

—Pero este cuadro… Blinker lo arruinó.

Huxley se suavizó.

—Lo ha cambiado. El miedo en sus ojos ahora parece exagerado… increíble. Se ha convertido en una actriz cómica; la tragedia se ha perdido. Antes el cuadro me inquietaba… esa era su belleza. Ahora me hace sonreír, y en eso también veo belleza.

Dio otro paso hacia ella.

Ella tragó saliva.

—Eh… ¿se puede restaurar?

Él se inclinó hacia delante; su hombro rozó su brazo. Goteó cera en la repisa que sobresalía de la pared detrás de la cabeza de ella y fijó allí la vela.

—Raziel estará aquí en unos días. Creo que puede restaurarlo. Pero… no estoy seguro de querer que lo haga.

—¿Querer qué? —preguntó ella, aturdida. Clavó la mirada en la sombra oscura de su mejilla y en la diminuta peca bajo su ojo derecho. Apoyó las manos en la pared para sostenerse.

Él cambió el peso del cuerpo, y ella vio cómo los músculos se tensaban bajo la fina bata azul. Sus ojos se desviaron hacia la cuerda anudada a su cintura.

—¿En qué estás pensando? —preguntó él con voz ronca.

—¿Llevas algo debajo? —se le escapó, sin pensar.

Sus ojos se abrieron de par en par y los músculos se le tensaron.

—Quieres seducirme —la acusó en tono burlón.

Ella asintió.

—Aprovecharme de tu vulnerabilidad.

Sus labios se curvaron en una media sonrisa.

—No soy ningún inocente.

Ella le tomó la mejilla con descaro; la barba áspera le rozó la palma, haciéndole encogerse los dedos de los pies.

—Demuéstralo —susurró.

En un instante, quedó aprisionada contra la pared, su cuerpo presionando cada curva y cada hueco femenino.

—Tu cabeza apenas llega a mis hombros —observó él en voz baja.

Era demasiado grande, pensó. La envolvía por completo. Su aroma era embriagador; su aliento cálido, casi insoportablemente dulce sobre su nuca sensible.

Sentía su fuerza en cada fibra del cuerpo, y aun así, las manos que le rodeaban las muñecas eran suaves.

Su pecho subía y bajaba; respirar se volvió difícil. Se sentía como las cuerdas tensas de un violín, tan tirantes que parecía que iba a romperse en cualquier momento.

Su pulgar rozó sus labios.

—¿Lo demostré?

—¿Hmm? —sus labios se separaron, expectantes.

Él soltó una risa suave y se apartó.

Ella lo miró, confundida.

—Vete a la cama —dijo con suavidad.

Los ojos de ella se abrieron, indignados. No iba a dejarla sin un beso.

No le dio tiempo a prepararse antes de que ella se lanzara a sus brazos, le rodeara la cintura con las piernas y le sellara los labios con los suyos.

Al diablo con la decencia y las normas. Quería ese beso y lo iba a tener.

Él se quedó rígido solo un instante antes de corresponderle con la misma desesperación.

—No puedo —gimió contra su cabello.

Ella aferró su bata, intentando acercarse todo lo posible. Cada centímetro de tela entre ellos se sentía como una barrera indeseada. Bajó la mano y tiró de la cuerda de su cintura.

—Ejem —tosió Woodbead con aire apenado—. ¿Interrumpo?

Dorothy lanzó una mirada incendiaria hacia el poeta.

—¿Interrumpes? —gruñó con voz baja—. ¿Interrumpes? —su tono se elevó.

—Oí un ruido. Vine a salvar a Huxley. No podemos dejar que muera ahora…

—Cuando viste que estaba bien, ¿por qué no te escabulliste? —siseó ella.

Woodbead dio un paso atrás, apresurado.

—Debería irme. Verás, siento que…

—¿Se te está ocurriendo un poema? —lo interrumpió ella—. Aún no, señor Woodbead. Podrás escribir tu poema cuando yo haya terminado contigo.

Se zafó del abrazo de Huxley y arrancó una lanza de una armadura cercana. Ni siquiera había llegado a vislumbrar un centímetro de piel antes de que Huxley se ajustara la bata, y por eso Woodbead pagaría el precio.

Cargó contra él.

Huxley la atrapó por la cintura, y ella pataleó en el aire.

Woodbead captó la indirecta y salió huyendo.

—¡Despreciable, horrible villano de cara helada! —le gritó a pleno pulmón—. ¡A partir de ahora te daré manitas hervidas! ¡Nada más de pastel de manzana! ¿Me oyes, patán entrometido?

—Silencio, la gente está durmiendo —Huxley soltó las manos de su cintura.

Ella temblaba sobre sus pies, aún furiosa, pero callada.

Él le dio un momento para recomponerse y dijo:

—Esto no debe volver a suceder.

Ella alzó el mentón de golpe.

—¿Mi intento de matar al poeta desaseado o...?

—Ninguna de las dos cosas —la interrumpió él, tajante.

Dorothy observó cómo su espalda enfadada se perdía entre las sombras, preguntándose con quién estaba realmente enfadado.

¿Con ella… o consigo mismo?

CAPÍTULO TREINTA

Dorothy se armó de valor y llamó a la puerta comunicante.

La puerta se abrió casi de inmediato y Huxley apareció ante ella con la misma bata azul y lujosa que llevaba la noche anterior.

—Yo… —Dorothy tragó saliva al sentir de pronto un nudo en la garganta.

Huxley se aferró a las solapas de la bata y las cerró aún más, mirándola con suspicacia.

—No voy a abalanzarme sobre ti otra vez —susurró Dorothy con fastidio. Luego, alzando la voz, añadió—Alguien quiere disculparse.

Se hizo a un lado para dejar que Blinker quedara a la vista.

Blinker levantó la mirada hacia Huxley con ojos redondos y asustados.

—Perdón, señor, por arruinar Eggon.

—Se refiere al cuadro —aclaró Dorothy.

Huxley miró al diminuto niño y cambió el peso de un pie al otro. Lanzó a Dorothy una mirada de auxilio.

—No eche a Dora —continuó Blinker—. Fue culpa mía. Puede mandarme de vuelta a Gin Lane.

A Dorothy se le llenaron los ojos de lágrimas. Solo le había pedido que se disculpara y no imaginó que estuviera preocupado por ella.

Huxley parecía profundamente incómodo. Evidentemente, nunca había tratado con alguien que midiera menos de metro y medio.

Al final dijo:

—Pueden quedarse los dos. Me alegra que hayan reconocido su error. No debe volver a ocurrir.

—No volverá a pasar —juró Blinker—. Ni siquiera le pondré una corona de flores al demonio cornudo del pasillo. Tengo muchas ganas de hacerlo, pero no lo haré.

—Bien, bien —gruñó Huxley.

—Ni tampoco llenaré todos esos jarrones raros de la casa con las sobras de mi cena —añadió Blinker con entusiasmo.

Huxley se puso ligeramente verdoso.

—Y la estatua del jardín griego…

Dorothy le tapó la boca a Blinker con la mano.

—No va a estropear nada más. Ni cuadros, ni jarrones, ni estatuas, ni tapices, nada —prometió por él.

Blinker asintió con energía.

Huxley los observó con cautela durante un momento.

—Confío en ustedes —dijo, sin parecer muy confiado—. Será mejor que me vista.

Cuando Huxley se fue, Dorothy le dio una palmada en la espalda al apagado Blinker.

—Lo hiciste bien.

Más tarde ese mismo día, Rosie irrumpió en la sala familiar.

—Blinker se ha negado a comer su pudin —anunció.

—¿Ha hecho qué? —Dorothy dejó caer la pluma sobre la mesa y se puso de pie de un salto.

—Se negó al pudin —confirmó Rosie—. Era de manzana, además.

—¿Estaba quemado?

—Cremoso, dulce y perfectamente hecho.

—¿Está acalorado? ¿Tiene fiebre? —preguntó Dorothy, apresurándose por el pasillo.

Rosie negó con la cabeza.

—Creo que tiene el hígado deprimido. Echa de menos la ginebra, diría yo.

—Su hígado no tiene nada de eso —replicó Dorothy con brusquedad.

Entró en el salón y encontró a Blinker tumbado en el sofá, con expresión sombría.

—¿Qué te pasa? —preguntó Dorothy.

—Ginebra —dijo Rosie.

—Ná —respondió él, pero le temblaron los labios.

—¿Es por la ginebra? —forzó Dorothy.

Blinker negó con la cabeza.

—¿Whisky? —preguntó Rosie.

Dorothy ignoró a su doncella.

—¿Echas de menos a tu madre?

—No.

—Ya veo. ¿Te gustaría visitarla?

Blinker asintió.

—Tu madre nunca te regañaba, ¿verdad?

Blinker negó con la cabeza.

—Y cuando yo lo hice esta mañana…

—No me gustó mucho —confesó.

—Si haces lo que te digo, no te regañaré.

—Tampoco me gusta mucho hacer lo que dices.

Dorothy soltó una risita y lo llevó a la cama para su siesta de la tarde.

—Cuando seas mayor, entenderás que lo que te digo es por tu bien.

Él frunció el ceño.

Ella le alisó la frente hasta que desaparecieron las arrugas. Recordó la canción que Huxley siempre cantaba para tranquilizarla. Quizá, si la cambiaba un poco, también podría calmar a Blinker.

Así que se metió en la cama junto a él y empezó a cantar:

Buenas noches, mi lassie, mi dulce, dulce lassie…

Los ojos de Blinker se abrieron de par en par.

—¡No soy una lassie!

—Shhh, calla y cierra los ojos —dijo ella, y volvió a empezar.

Buenas noches, mi lassie, mi dulce, dulce lassie,
deja que el mundo se desvanezca.
Piensa en sorbetes y suflés,
lirios azules y espuma de mar.
En ventanas y timbres,
en árboles verdes y campanillas azules.
Buenas noches, mi lassie, mi dulce, dulce lassie,
deja que el mundo se desvanezca.

—¿Pensar en damas con sarpullidos rojos y criadas sin pestañas? —Blinker se incorporó.

—¿En la señorita March y sus tics, y la señorita Gray y sus picores? —se rió Dorothy.

—Pensar en todas rascándose —saltó de la cama—, ¡todas iguales!

—¡Y bailando raro! —él le tomó la mano y la hizo girar—. ¡Todo el díííía! ¡Hurraaa!

—¡Cielos! Eso fue espantosamente horrible —se quejó Rosie con voz cantarina—. Horrible, horrible.

***

—¡Por el amor a la bondad! El sol ni siquiera ha salido —gruñó Penelope.

—Sí que ha salido. El duque ya está en su escritorio; Celine está en la sala de la mañana. Despierta —Dorothy tiró de la trenza de Penelope.

—Despiértame en una hora —murmuró Penelope.

Dorothy abrió las cortinas de golpe, dejando entrar la luz del sol.

Penelope hundió la cabeza aún más en la almohada.

—Por favor —rogó Dorothy—. Es urgente.

Penelope abrió un ojo rojo e inyectado y gimió con resignación.

Los hombros de Dorothy se relajaron aliviados. Le dio a su hermana una taza de té y se dirigió a la sala de la mañana, donde la esperaba Celine.

La mesa ya estaba llena de teteras humeantes, café, chocolate, pasteles y galletas, pero a nadie le apetecía demasiado comer tan temprano.

—¿Qué ocurre? —preguntó Penelope con voz pastosa al entrar y tirar un jarrón. Llevaba una bata sobre el camisón y estaba descalza.

—Siéntate —dijo Dorothy, dándole unas palmaditas al cojín.

Penelope se dejó caer en el sofá y entrecerró los ojos ante la reluciente tetera de plata, como si intentara moverla con la mente.

—Tiene que ver con Huxley —adivinó Celine.

Dorothy asintió.

—Necesito su ayuda. Quiero saber cómo seducir a mi marido.

—¡Puaj! —Celine se atragantó con el té.

—Maravilloso —respondió Penelope, reprimiendo otro bostezo.

—¿Quieres saber qué pasa cuando hombres y mujeres se meten en la cama? —preguntó Celine, horrorizada.

Dorothy chasqueó la lengua con impaciencia.

—He visto suficientes ovejas y caballos para saber eso. Lo que quiero saber es cómo meterlo en la cama.

—Excelente pregunta —dijo Penelope.

—Eso es indecoroso —bufó Celine.

—Indecoroso o no, ¿me ayudarás? —preguntó Dorothy.

—Por supuesto —respondió Celine, ofendida—. Adoro las cosas indecorosas.

—Yo también —dijo Penelope.

—¿Por dónde empiezo? —Dorothy se inclinó hacia delante.

—Bésalo —sugirió Penelope.

—Lo he hecho. Siempre se aparta —se lamentó Dorothy.

—Qué cosa tan rara. A los hombres les encanta besar a las mujeres —reflexionó Celine—. ¿Has probado a ponerte un vestido escandaloso?

—¿Inclinarte para mostrar el escote en todo su esplendor? —preguntó Penelope.

—¿Coquetear con el abanico? —añadió Celine.

—¿Mostrarle un poco el tobillo? —suspiró Penelope.

—¿Mover el trasero al caminar? —preguntó Celine.

—¿Mirarlo de forma seductora? —insistió Penelope.

—¡Lo he hecho todo! —exclamó Dorothy—. Sé que me desea; lo veo en su cara. —Se sonrojó—. Sé que ha tenido amantes antes y quizá aún las tenga… así que su… eh…

—Continúa —la animó Penelope.

Dorothy se sonrojó aún más.

—¿Se acuerdan de aquella pobre oveja de Finnshire que no podía aparearse?

—La llamamos Beau —recordó Celine.

—Luego padre la mató y nos la comimos, y solo después nos dijo que nos habíamos comido a nuestra querida mascota —dijo Penelope con aire soñador.

—Todas lloramos —dijo Dorothy—. Y me pregunté si quizá… Huxley…

—Ah, te preguntas si es como la oveja —sonrió Celine—. Pues no lo es.

—¿Cómo lo sabes? —exigió Dorothy.

—Lo sabemos —admitió Penelope con culpa— porque cuando quedó claro que tendrías que casarte con él, envié a mi querido

amigo del alma, Jimmy, el salteador de caminos, también conocido como el Halcón, a averiguar todo lo posible sobre Huxley.

—George preguntó a los piratas e hizo también un poco de averiguaciones —añadió Celine.

A Dorothy se le cayó la mandíbula.

—¡Pensé que solo habían soltado al pirata y a Tommy por las tierras de Ansley! ¿También investigaron a mi marido?

—No podíamos permitir que te casaras con un hombre que pudiera ser abusivo, un criminal, peligroso… —replicó Penelope con indignación—. Estábamos enfadadas contigo, Dorothy, pero aun así te queríamos. No podemos evitarlo. Por muy exasperante que seas, no nos queda más remedio que quererte.

—¿Qué descubrió Jimmy? —Dorothy se inclinó hacia delante con impaciencia—. Dímelo todo, rápido.

Celine sacó su labor de punto.

—La mejor manera de conocer de verdad a un hombre es a través de sus amantes, los clubes que frecuenta, los amigos que tiene y cómo trata a sus criados...

—¿Y? ¡Penny! ¿Qué dijo Jimmy? —gimió Dorothy.

—Casualmente, Jimmy está de visita. Deja que te lo cuente él mismo —dijo Penelope, tocando la campanilla.

Jimmy "el Halcón" apareció con su capa y su máscara. Se las quitó por respeto a las damas presentes e hizo una profunda reverencia.

—Dorothy quiere saber qué descubriste sobre Huxley —dijo Penelope, señalando el asiento vacío a su lado.

Jimmy se sonrojó y tomó la silla que le ofrecían.

—Eh… este tipo de cosas son bastante indecorosas. Eres como una hermana para mí, y hablar con tanta crudeza...

—Oh, calla. Celine y yo hemos tenido entre las dos una docena de hijos. Sabemos perfectamente de estas cosas. Habla con libertad.

Jimmy bajó la vista hacia sus zapatos.

—Huxley —se aclaró la garganta— nunca se acostó con mujeres solteras ni con mujeres respetables. Nunca visitó burdeles. El hombre funciona. Funciona muy bien. Sus amantes lamentaron

mucho que se marchara. En los clubes lo respetan por su honradez en el juego, y sus amigos le son leales.

—Ha sido muy amable de tu parte averiguar todo eso —dijo Dorothy, dándole una palmadita en la mano.

Jimmy sonrió.

—Si no fuera por Penelope, no habría recuperado a mi esposa.

—El baile del halcón —recordó Penelope con cariño—. Te la ganaste con el baile del halcón.

—¿Cómo era? —preguntó Celine—. Inclinar, aletear, aletear, inclinar.

—No, era así —respondió Jimmy—. Inclinar, aletear, inclinar, aletear. Inclinar, inclinar.

—Inclina un poco más la cabeza y bate las alas con más fuerza —añadió Penelope.

Durante unos instantes, todos inclinaron la cabeza y aletearon correctamente.

Jimmy miró a Penelope con admiración.

—¿Cómo se te ocurren estas cosas?

Penelope bajó la mirada con modestia.

—Me vienen de forma natural.

—Sobre Huxley —los interrumpió Dorothy con disculpa—. ¿Hay algo más que deba saber?

Celine levantó la vista de la labor.

—Viajó al extranjero durante unos años. George preguntó a los piratas por eso. Huxley llevó una vida alocada, pero en absoluto fue cruel.

—Nada de esto me sirve —Dorothy alzó la mano con frustración —. Lo que me están diciendo es que Huxley es un buen hombre. ¡Eso ya lo sé! Pero no me ayuda a seducirlo.

El Halcón estuvo a punto de desmayarse ante aquella declaración.

—Los hombres son tan delicados —chasqueó la lengua Celine.

—Ten paciencia —la calmó Penelope—. El amor florecerá y se unirán cuando llegue el momento adecuado. Será como la primavera… todo encajará y el amor se abrirá como una hermosa flor perfumada de romance, pasión y alegría.

—Ponte un vestido fino de muselina y cae en un estanque —dijo Celine con pragmatismo—. Seguro que así no podrá dejar de fijarse en ti.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Dorothy se detuvo al borde del estanque artificial. Era temprano. El sol acababa de asomar y todavía no había empezado a disipar el frío del aire. Blinker dormía profundamente, no había jardineros a la vista y los criados estaban ocupados preparando la casa para el día.

Se pasó los dedos por el fino vestido blanco de muselina y se estremeció de frío. Rezó para que Huxley llegara pronto. Sabía que todos los días pasaba por allí para saludar a algunos de sus arrendatarios.

Miró de reojo el estanque. Parecía profundo y helado. Ya había colocado una piedra cerca del borde. Todo estaba listo.

De pronto, su doncella se giró y le hizo señas frenéticas.

Ah, Huxley estaba a punto de llegar. Era el momento.

Dorothy alzó el rostro hacia el sol, forzó una sonrisa en sus labios entumecidos y empezó a caminar hacia el lago.

Oyó cómo sus pasos se ralentizaban y se detenían detrás de ella. Fingiendo no haberlo oído, avanzó con ligereza, como una criatura etérea, una con la naturaleza.

Y, tal como lo había planeado en su cabeza, se golpeó el tobillo con la fuerza suficiente para que el dolor fuera real, lanzó un suave chillido y se precipitó al estanque.

Cuando sacó la cabeza a la superficie, Huxley la observaba con curiosidad.

Nadó hacia el borde del estanque, con la intención de salir del agua como una hermosa ninfa, sacudiéndose las gotas mientras dejaba que sus ojos se deleitaran con su figura, envuelta en una muselina empapada y transparente.

Y una vez que la viera… su amor afloraría, él dejaría caer sus inhibiciones, la tomaría en brazos y la mordisquearía como había mordisqueado a aquella Diana...

Un fuerte grito a su derecha rompió su ensoñación.

Su doncella, su queridísima doncella Rosie, se quitó el chal y se lo echó sobre los hombros a Dorothy en el mismo instante en que empezaba a salir del agua.

—Se va a coger una pulmonía —la regañó Rosie.

Los hombros de Dorothy se hundieron.

—Y mire el vestido —continuó Rosie—. Pero si es transparente. Le he salvado la modestia.

Dorothy salió cojeando del agua y se sacudió como un perro malhumorado. No quería que le salvaran la modestia, y era una crueldad por parte de su doncella protegerla con tanto empeño.

Sorprendió a Huxley intentando no reírse.

Les lanzó una mirada fulminante tanto a su doncella como a él antes de marcharse dando pisotones hacia la casa.

***

Esa noche, Dorothy apenas picoteó la cena. Huxley no se había unido a ellos. Se preguntó si estaría cenando fuera y con quién. ¿Se habría reunido con Diana? El corazón se le encogió de angustia al pensarlo.

El asunto de la seducción no estaba saliendo como había planeado. Ojalá fuera una sirena, una peligrosa mujer pez capaz de atraer a los hombres a la muerte con solo despatarrarse sobre una roca. Una súcubo que pudiera hechizarlos con su belleza y capturar sus almas. Una bella bruja que preparara un hechizo de amor en un santiamén… ay, en cambio se sentía tan seductora como la anguila salada de su plato.

Después del desastre en el lago, había intentado enseñar el tobillo a su marido en la biblioteca. Había hecho crujir las faldas con sutileza, dado zancadas un poco más fuertes de lo habitual y soltado un gritito delicado fingiendo haberse torcido el tobillo. Él había ignorado todos sus intentos hasta que ella abandonó cualquier disimulo, se plantó delante de él, se subió las faldas y le mostró ambos tobillos desnudos.

Él se había reído y reído y reído.

No era la reacción que esperaba. Sus hermanas le habían asegurado que un poco de tobillo siempre excitaba a los hombres.

En lugar de excitarse, a su marido le dio mucha gracia. Tanta, que le dio un ataque de risa incontrolable

Eso la dejó preguntándose si sus tobillos eran horribles. ¿Demasiado gordos o demasiado delgados? ¿Cómo era un tobillo atractivo?

Se asomó bajo la mesa para inspeccionar de nuevo la parte ofensiva. Se veía igual que la de cualquiera: huesuda y poco destacable.

Quizá el tobillo de Diana era nacarado, frágil y tierno, con alas de gasa…

Apuñaló el champiñón con rabia, enviando la verdura volando por la sala hasta que golpeó la pared del extremo opuesto.

Nadie lo notó. El comedor parecía haber perdido su vitalidad con la ausencia de Huxley. Todos se veían apagados, la conversación se arrastraba y hasta las velas parecían más tenues.

Dorothy observó cómo el champiñón se deslizaba lenta y tristemente por la pared. Sabía exactamente cómo se sentía.

—¿Dónde está Lord Huxley? —preguntó por fin uno de los invitados, poniendo voz a lo que muchos pensaban.

—En sus habitaciones —dijo Sophia.

—¿Cómo está ahora? —preguntó Lady Huxley, señalando la sal.

—¿Cómo está la sal? —frunció el ceño Dorothy.

Lady Huxley se rió como si fuera lo más ingenioso que había oído en todo el año.

—No, me refería a mi hijastro. ¿Cómo está ahora?

—Estaba enfermo esta tarde —aclaró Sophia—. No ha mejorado, madre.

Dorothy apartó el plato.

—No se me informó.

—No quería preocuparte —dijo Lady Huxley, dando un sorbo a su vino. Su intención era clara. Dorothy podía haber tomado el control de los criados, pero mientras ella estuviera allí, Huxley seguía siendo responsabilidad suya y de su hija.

—Soy su esposa. Debería habérseme informado —replicó Dorothy, sin importarle las caras de sorpresa a su alrededor.

—Lo siento, pensé que lo sabías —dijo Sophia, angustiada.

—Cuando un hombre está enfermo quiere a su madre, no a su esposa —se encogió de hombros Lady Huxley—. Comió algo raro. Nada para preocupar tu cabecita.

—Su madre —dijo Dorothy, poniéndose de pie con las piernas temblorosas— está muerta.

Salió de la sala tan rápido como pudo sin echar a correr.

—¿Dónde está? —exigió al ayuda de cámara.

—En su habitación. Creo que fue algo que comió —respondió.

Subió las escaleras a toda prisa, sin esperar a oír más. Irrumpió en la habitación de Huxley y corrió hasta su lado.

Yacía en la cama, el rostro ceniciento, con gotas de sudor perlándole la frente. Ella las secó con cuidado usando el borde del vestido.

—Creí haberte dicho que te mantuvieras alejada de mi habitación. Sabía que tenías pensamientos indecorosos sobre mí. Y ahora has venido a aprovecharte de mi debilidad —dijo él, subiendo el edredón hasta la barbilla con una sonrisa.

Ella no le devolvió la sonrisa. Se veía extremadamente enfermo.

Gravemente enfermo.

Las manos le temblaron al posarlas en su frente. Ardía.

—¿Fue algo que comiste? —preguntó con un hilo de voz.

—¿Y si no lo es? No deberías acercarte. Podría ser contagioso —dijo, apartando la cabeza.

Ella se inclinó y le besó la frente para mostrarle lo que pensaba de esa sugerencia.

Él cerró los ojos y no respondió. Tampoco se apartó.

—Volveré —prometió ella, y salió disparada de la habitación.

—¿Se ha llamado al médico? —exigió al mayordomo.

El mayordomo asintió.

—Vino esta tarde. Dijo que era algo que comió.

—¿Era veneno? —espetó Dorothy.

—No lo dijo —respondió, apesadumbrado.

—¿Por qué no se me informó?

—Lady Huxley nos dijo que no le dijéramos nada. No quería preocuparla, dijo.

Dorothy quiso gritar de frustración. En su lugar, enderezó los hombros y decidió tomar las riendas.

Lo primero era encontrar a un médico en quien pudiera confiar.

—Prepare el carruaje —rogó—. Y después, quédese con mi marido o fuera de su habitación hasta que regrese. No lo deje solo ni un momento.

El mayordomo se ablandó y asintió.

Dorothy partió hacia Blackthorne Mansion en cuanto el carruaje estuvo listo.

—¡Penny! —gimió, irrumpiendo en el dormitorio de su hermana.

Penelope abrió un ojo somnoliento.

—¿Ya es de mañana?

—No, es casi medianoche.

—¿Dónde está el duque?

—Venía a reunirse contigo. Se refugió en la biblioteca cuando me vio subir corriendo las escaleras.

—¿Qué haces aquí?

—Huxley está enfermo.

Penelope se incorporó de golpe.

—¿Se está muriendo?

Dorothy palideció.

—Estoy segura de que no —se apresuró a tranquilizarla Penelope. Saltó de la cama y se puso una bata—. Vuelve a casa, quédate con él. Sacaré a los médicos de la cama si hace falta y los enviaré a Ansley Hall en dos horas.

—¿Médicos?

—Uno no será suficiente. Necesitas al menos dos para examinarlo y un tercero para examinarte a ti. Pareces a punto de desmayarte.

***

Cuatro horas después, Dorothy caminaba de un lado a otro por la habitación de Huxley. Los médicos habían confirmado sus temores.

Huxley estaba gravemente enfermo.

Uno de los médicos jóvenes había aceptado quedarse durante la noche por si Huxley empeoraba. Ella lo alojó en la habitación contigua. En cuanto a qué le ocurría a su marido, los médicos no lograban ponerse de acuerdo.

Huxley murmuró algo en sueños.

Dorothy dio un brinco. Aún no se acostumbraba a sus balbuceos delirantes. Había pronunciado su nombre unas cuantas veces… pero no podía estar segura de que hubiera sido un momento de lucidez, porque poco después volvió a murmurar cosas ininteligibles.

Fue una de las noches más aterradoras de su vida.

Hacia las dos de la madrugada, los artistas empezaron a llegar poco a poco. Uno tras otro acudieron a preguntar por Huxley. Dorothy no pudo evitar ver la preocupación genuina y el cariño que sentían por él.

Nadie durmió esa noche, excepto Lady Huxley.

El servicio, Sophia, pintores, escultores y músicos mantuvieron Ansley Hall iluminada con velas encendidas en sus habitaciones. Algunos espíritus inquietos se dirigieron a los jardines y, cada vez que Dorothy se asomaba a la ventana, veía la luz reconfortante de lámparas que se balanceaban mientras la gente paseaba.

¿Cómo había podido pensar que nadie amaba a su marido? Era admirado, respetado y necesario para mucha más gente de la que ella jamás lo sería. Ojalá estuviera despierto y lo bastante bien como para verlo…

En algún momento de la noche, se quedó dormida sentada en el suelo, con la cabeza apoyada en la cama de él.

Un roce ligero en el cabello la despertó unas horas después.

Era de mañana, y Huxley estaba lúcido y mirándola. Tenía mejor aspecto; seguía pálido, pero algo de color empezaba a volverle al rostro.

Ella se levantó de un salto y se frotó los ojos para espantar el sueño.

—Anoche estabas enfermo —le informó.

Él gruñó en respuesta.

—¿Quieres…? ¿Quieres que informe a alguien de tu enfermedad? —preguntó, evitando mirarlo. Era una duda que la había atormentado toda la noche.

—¿Eh?

—¿Hay alguien en particular a quien quieras ver? —insistió.

—¿Qué quieres decir? — dijo con voz ronca.

—Diana —soltó ella de golpe. Estaba agotada de preocuparse por él, de pensar constantemente en su amante y de preguntarse si querría tenerla a su lado cuando podía estar muriéndose. Estaba harta de secretos y de silencios entre ellos.

—¿Diana? —preguntó él, confundido. Tardó un momento en comprender—. ¿La cantante de ópera? ¿Por qué iba a venir a verme? ¿Va a cantarme para curarme?

—¿No la amas?

—Creo que la que estuvo enferma anoche fuiste tú —replicó de mal humor—. ¿Estás segura de que no te contagiaron lo que tengo?

—Creo que no.

Él se humedeció los labios resecos y la miró con incredulidad.

Ella le dio un vaso de agua, que bebió con avidez, seguido de una cucharada de medicina. Se la tragó de un golpe y luego se quedó mirándose, sorprendido de sí mismo.

—El doctor Johnson dijo que tienes que tomar este tónico cada cuatro horas. Debes quedarte en la habitación y dormir todo lo que puedas —dijo ella, ahuecándole las almohadas—. Voy a ir a buscar el desayuno y mandaré al doctor Brown a verte. Se quedó a pasar la noche, así que sé amable con él.

—¿A cuántos médicos llamaste?

—No a los suficientes —murmuró—. Ni siquiera lograron ponerse de acuerdo sobre qué te pasa, con qué medicarte o si te recuperarás del todo. —La voz se le quebró en la última parte y se giró deprisa para que no la viera.

—Volveré —amenazó antes de pedirle a Sophia que vigilara a su hermano.

Al mediodía, irrumpió de nuevo en la habitación.

Lo sorprendió metiendo la mano en la chaqueta, preparándose para empezar a trabajar ese día.

Se acercó, le quitó la chaqueta y la guardó en el armario. Luego tomó el frasco de medicina, vertió parte del contenido en la cuchara y se volvió hacia él.

—No voy a… —empezó.

Ella le metió la cuchara en la boca abierta antes de que pudiera terminar.

Después recogió las hojas de papel esparcidas por la cama y las colocó sobre la repisa de la chimenea.

—Si intenta salir de la habitación o se niega a tomar la medicina —le dijo al ayuda de cámara, atónito—, venga a buscarme. Estaré en mi habitación.

Dos horas después, volvió a entrar.

Él cruzó los brazos y la miró con obstinación. Los papeles volvían a estar desperdigados por la cama.

Ella los recogió y se los entregó al ayuda de cámara.

—Puede retirarse ahora.

—Quiero los papeles —ordenó Huxley.

—Váyase —ordenó Dorothy a su vez.

El ayuda de cámara se quedó dudando, dividido.

—Tengo que trabajar en un asunto importante —espetó Huxley.

—Necesita descansar o se morirá. ¿Quiere que se muera? —preguntó Dorothy.

El ayuda de cámara negó frenéticamente con la cabeza y salió a toda prisa.

Ella se volvió hacia Huxley.

—Toma la medicina y duerme.

—No puedes darme órdenes como si fuera Blinker —dijo él, irritado—. Soy tu marido. Exijo que traigas de vuelta al ayuda de cámara con mis papeles.

—Toma la medicina y duerme —repitió ella, agitando la cuchara delante de él.

—No voy a tomarla. Vete.

—Oh, cállate —replicó—. Estás enfermo. No puedes andar dando órdenes y poniendo en peligro tu salud comportándote como un niño. ¿Sabes cuánta gente depende de ti para vivir? Tienes que empezar a escuchar a los demás, especialmente a tu familia. Queremos lo mejor para ti.

—No soy uno de tus pequeños huérfanos. Llama a mi ayuda de cámara ahora mismo. O haré que...

Ella le metió la cuchara en la boca.

Él se tragó la medicina, impotente.

—Iré a la biblioteca a trabajar —amenazó.

—Te encerraré en la habitación o, mejor aún, empezaré a quemar tus preciados papeles uno por uno si no te portas bien. De hecho, voy a quemar unos cuantos ahora mismo...

No llegó a terminar la frase.

Se encontró de espaldas, con las manos sujetas por encima de la cabeza.

Miró su rostro, suspendido a centímetros del suyo. Su aliento le rozaba la mejilla.

—¿Por qué no quieres que salga de la habitación? —preguntó él con suspicacia—. ¿Tu chico ha destrozado otro cuadro o roto otro jarrón valioso?

—Estabas enfermo. Muy enfermo. Delirabas, ardías de fiebre. —Las lágrimas le picaron en los ojos—. Pensé que ibas a morir. No quiero que mueras.

—¿Qué te importa a ti si muero? —espetó él.

—Me importa —susurró—. No soporto verte enfermo. Quiero que nos des órdenes, sí, pero con el color rosado de vuelta en las mejillas y los ojos brillantes de salud. Quiero que descanses, que comas, que te recuperes pronto. Odio sentirme tan impotente. Te quiero bien. Te necesito bien para estar en paz.

Sus ojos se abrieron de par en par, sorprendidos por su confesión. Se apartó de ella con rapidez, permitiéndole incorporarse.

Y, a partir de entonces, se sometió dócilmente a sus cuidados sin una sola queja.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

El sonido de la música llenaba el aire. Jigs irlandeses y aires escoceses, sonatas y sonatinas de Haydn, Beethoven, Piccinni y Arne rebotaban alegres contra las paredes de Ansley Hall. Huxley se había recuperado, y todos y cada uno de los residentes, desde la fregona de la cocina hasta el artista más gruñón, habían intentado de algún pequeño modo demostrar su alivio y felicidad.

Dorothy había llenado la casa de flores, y la cocinera se había superado a la hora de las comidas, creando asados que hacían la boca agua y exquisitos jardines de postres demasiado bonitos para comerlos. Mientras tanto, Blinker le había entregado tímidamente a Huxley su regalo: una rana, dos gusanos y una ramita de forma extraña.

Las celebraciones duraron dos días enteros, y entonces el tiempo cambió. El sol, que había brillado con tanta alegría durante los días anteriores, quedó oculto tras las nubes. Su claridad se apagó como una vela ardiendo tras una tela gris, mientras la brisa se volvía fría y espesa, como si estuviera cargada de un presagio siniestro.

Y, como sucede tan a menudo, los ánimos que se habían elevado tras la recuperación de Huxley se desplomaron una vez terminaron las celebraciones. Una manta de aburrimiento y monotonía descendió sobre los terrenos de Ansley, cubriendo a cada criatura y a cada brizna de hierba con su insipidez.

Junto con el cambio de tiempo llegó una misiva.
Una misiva que sumió a Dorothy en la confusión.

Se quedó mirando por la ventana de su habitación, preguntándose cómo el mundo exterior podía verse tan pálido y plano cuando su mente y su corazón estaban en semejante agitación.

Deseaba que la lluvia se precipitara como una cascada, que el viento atravesara Inglaterra y arrancara plantas y árboles de raíz.

Deseaba que estallara una tormenta.

Inclinó la cabeza y fijó la vista en la carta que apretaba en su regazo. No debería haberle sorprendido; al fin y al cabo, era para eso para lo que había estado trabajando durante tanto tiempo… y, sin embargo, ahora que había llegado...

—¿Ocurre algo? —preguntó Huxley, deteniéndose en la puerta de su habitación.

A ella le tembló la boca y sacudió la cabeza en un asentimiento a medias.

Él dudó un instante antes de entrar. Estaba bien ya, salvo por una ligera debilidad persistente que el tiempo curaría.

—¿Dorothy? —la animó con suavidad—. Dímelo.

Entonces ella alzó la vista, con los ojos llenos de lágrimas. Arrojó la carta a un lado y se lanzó contra él.

Él apenas tuvo tiempo de abrir los brazos para sostenerla.

—El colegio lo ha aceptado, el colegio al que escribiste —sollozó contra su camisa.

—Estas lágrimas no parecen de felicidad —observó con calma—. Y yo que pensaba que querías que lo aceptaran. ¿No era eso lo que llevabas meses intentando?

—Sí. Sí que lo quería. No es un orfanato… estará bien cuidado. Gracias por pagar la matrícula...

—Entonces ¿por qué me estás empapando la camisa con tus lloriqueos?

—Se va en quince días. Tan pronto.

—Si no quieres que se vaya, entonces quédate con él.

Ella se quedó inmóvil y lo miró.

—¿Pero qué diremos? ¿De dónde salió?

—Diremos que lo adoptamos. Mostró talento artístico, y decidí darle un hogar y formarlo.

Ella se aferró a su camisa y dijo con sinceridad:

—Pero no ha mostrado ningún talento. Sus flores parecen cerdos.

—Aparte de la travesura —sonrió él—. Nadie recordará dentro de unos años qué motivo dimos. Podemos conseguirle tutores, tratarlo como a un hijo...

—¡Oh, eres maravilloso, maravilloso! —exclamó ella, rodeándolo con los brazos. Se puso de puntillas y le besó las mejillas—. Tienes

un corazón enorme.

Las mejillas de él se sonrojaron de vergüenza.

El corazón de ella se llenó de una emoción cálida y suave. La emoción rebosó, y no pudo evitar estrechar el abrazo y empezar a cubrirlo de más besos.

Era tan grande; sus brazos apenas alcanzaban a rodearlo. Se le escapó un gemido de frustración. Ojalá pudiera hacerlo chiquitito, apretarlo, besarlo y tenerlo cerca para siempre.

—Te amo tanto —susurró contra sus labios.

Ambos se quedaron congelados, pues las palabras, murmuradas tan bajo, resonaron como campanas de iglesia en una mañana silenciosa.

—¿Qué? —se aclaró la garganta—. ¿Qué has dicho?

—Te amo —repitió ella, maravillada. La frase, pronunciada con gratitud y pasión, era verdad, se dio cuenta. No quería mejorarlo como a Lumley ni cebarlo como a un perro o un gato hambriento. Lo quería por quien era.

Amaba lo amable, generoso y considerado que era. Amaba cómo vivía su vida según sus propias reglas, cómo mejorar mentes creativas le importaba más que la opinión de la superficial sociedad, y cómo la riqueza no lo había convertido en un imbécil arrogante y pomposo.

Adoraba su gentileza y las expresiones tímidas que adoptaba cuando ella lo provocaba. Amaba cómo la hacía sentir cuando la sostenía entre sus brazos, cómo sus besos la dejaban sin aliento y cómo su voz profunda y oscura la calmaba sin importar cuán alterada estuviera.

Lo amaba. Lo amaba más que a nadie en toda su vida, incluso más que a su familia, con la que había crecido. Se había colado en su corazón en tan poco tiempo y se había adueñado de él por completo.

Era la sensación más extraña y asombrosa.

—Dorothy —dijo él con brusquedad.

Ella parpadeó y lo miró.

Él le sujetó el brazo y la apartó.

—No esperaba que esto ocurriera.

—No lo entiendo.

Su rostro estaba lleno de dolor y pesar.

—No debías enamorarte de mí. Di que no es verdad. Di que estabas bromeando.

Ella sonrió.

—Oh, te amo más que...

—Basta. No quiero oírlo.

Ella le agarró el brazo cuando él intentó marcharse.

—¿Me amas?

—Nunca podré reclamarte —respondió tras un momento. Sus ojos se apagaron, como si toda la luz hubiera sido absorbida, dejándolos vacíos—. Puedo ofrecer amistad y nada más.

—¿Puedes acostarte con Diana, pero no conmigo?

Vio el dolor y la amargura en el rostro de ella y maldijo entre dientes.

—Diana fue mi amante, Dora, antes de que nos casáramos. Woodbead me habló de la carta que encontraste. La escribió ella, con la esperanza de que yo me cansara de mi nueva esposa y volviera con ella. No lo hice.

El alivio que sintió al oírlo fue breve. Durante todos esos días había tenido a alguien a quien culpar por su matrimonio apático. Había pensado que Huxley se preocupaba por Diana y que por eso no podía llegar a amarla. Había supuesto que competía con otra mujer, una razón desagradable pero tangible.

Y ahora…

Ella apartó su brazo con fastidio.

—No lo entiendo. Estoy cansada de tus juegos y de no saber cómo jugarlos. Estoy cansada de no saber por qué pasas del calor al frío como un día primaveral caprichoso. Por favor, dale una oportunidad justa a nuestro matrimonio. Aunque sea, podría darte un heredero y puede que tú llegues a preocuparte por mí… a amarme....

—¿Amor? —escupió la palabra con desprecio—. El amor es parecido a la locura en nuestra familia. Mi padre amaba a mi madre. La golpeó hasta matarla, Dora. Lo oí pegarle hasta que no tuvo más remedio que huir de esta casa y sucumbir a sus heridas en la casa

de su madre. No pude detenerlo. Nunca amó a su segunda esposa, y ella estuvo a salvo. Nunca le levantó la mano. Pero mi hermosa y dulce madre… no podía creer que alguien como ella se hubiera casado con él. Quería conservarla a toda costa. Quería encerrarla, lejos de la mirada de cualquier hombre del mundo. Estaba loco… el amor lo llevó a la locura.

—Pero tú eres como tu madre.

Él apartó la mirada.

—Decían que mi padre nunca había sido un hombre violento hasta que mi madre entró en su vida. El amor que sentía por ella lo consumía todo y, aun así, estaba contaminado por una locura oscura y turbulenta que apareció un día, de repente e inexplicablemente. La golpeaba y luego lloraba arrepentido. Y como bien sabes… si mi padre estaba loco, entonces lo más probable es que yo también lo esté. Todos los médicos dicen lo mismo.

—Nunca me harás daño —replicó ella, sin amilanarse—. Tu padre era un hombre cruel. Puede que no fuera violento antes de conocer a tu madre, pero el duque me habló de lo duro que era en sus negocios. Tú no te pareces en nada a él...

—No lo conocías. Solo te guías por rumores. ¿Quieres arriesgar tu vida basándote en rumores?

—Pero si no lo intentas, nunca lo sabremos. ¿Y si nunca enloqueces?

—¡Condicionales y suposiciones! —escupió—. No voy a arriesgarme; no soy un jugador.

—Yo sí. Estoy dispuesta a correr el riesgo...

—Si insistes en seguir por ese camino, entonces, por desgracia… tendríamos que vivir separados.

—Debemos intentarlo...

Su expresión se endureció.

—Que así sea. Me retiraré a mi casa de campo, mientras tú puedes quedarte en Londres todo el tiempo que te dé la maldita gana.

Ella lo vio darle la espalda, pero se negó a perder la esperanza. Quería que la amara con todo su ser.

No creía ni por un instante que pudiera hacerle daño. Lo había provocado lo suficiente como para saberlo. Ahora, lo único que tenía que hacer era demostrárselo.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

Dorothy miró por la rendija de la puerta del despacho y admiró a su marido durante un momento. Tenía el cabello revuelto, los ojos cansados y la boca apretada, y aun así estaba notablemente apuesto.

Sumergió la pluma en el tintero y siguió escribiendo con furia. Los cabos de vela esparcidos sobre la mesa indicaban que apenas había dormido la noche anterior, si es que había dormido algo. Fuera lo que fuese en lo que trabajaba, debía de ser importante y urgente.

Su ayuda de cámara estaba de pie frente a él, hablando con seriedad.

—¿Acaso mi señor no confía en su esposa? ¿Por eso quiere que la sigan?

El corazón de Dorothy dio un vuelco y, sin darse cuenta, se acercó más a la puerta para oír mejor.

Huxley espolvoreó la tinta con arena y habló con la cabeza baja.

—No confío en la sociedad.

—¿La sociedad?

—Me temo que alguien intente secuestrarla.

Tanto el ayuda de cámara como Dorothy se quedaron inmóviles ante aquella idea tan extraña.

Tras pensarlo un instante, el ayuda de cámara habló:

—¿Cree que intentarán chantajearlo por dinero?

Huxley le lanzó una mirada fulminante.

—No, porque es la joven más hermosa de toda Inglaterra.

El ayuda de cámara y Dorothy se metieron un dedo en la oreja y lo movieron.

—¿Eh? —el ayuda de cámara frunció el ceño, incapaz de evitarlo.

Dorothy no lo culpó. Sabía que era lo bastante bonita, pero ¿la más hermosa? ¡Oh! No era tan engreída como para no ver la verdad.

—¿Qué les pasa a sus malditos ojos? —gruñó Huxley—. Cualquier hombre mayor de dieciocho y menor de noventa la codiciará.

Naturalmente, debo hacer todo lo posible por protegerla. Contrata a unos guardias en la sombra competentes y haz que la sigan siempre que salga de casa.

El ayuda de cámara sonrió de pronto.

—¿Está seguro de que no está enamorado, mi señor?

—¿Enamorado? —Huxley alzó la vista, con los ojos aturdidos—. ¿Solo porque he notado que es hermosa? Admirar la belleza no es lo mismo que amar. No seas necio. Medio Inglaterra debe desearla. ¿Eso significa que la aman?

—Si toda Inglaterra la deseara —preguntó el ayuda de cámara con cautela—, ¿por qué permaneció soltera tanto tiempo?

—Porque el duque espantó a todos sus pretendientes. No puede permitir que cualquier criatura sin carácter se case con la querida hermana menor de la duquesa.

Al ayuda de cámara le dio vueltas la cabeza y lo miró, atónito. ¿Qué le había pasado a su inteligente señor? Desde su matrimonio se había vuelto ciego y atolondrado. De pronto se sintió muy solo. Ah, que alguien lo mirara con estrellas en los ojos, ajeno a la verdad… ¿no sería maravilloso?

Dorothy era consciente de sí misma y sabía que el duque no había hecho tal cosa. Así que ella también quedó estupefacta. ¿De verdad su marido creía que era tan encantadora que toda la sociedad quería secuestrarla?

Una oleada de felicidad y amor burbujeó en su interior, y de pronto sintió unas ganas inexplicables de molestarlo.

Quería abalanzarse sobre él, morderle las orejas, tirarle del pelo y restregar la cara contra su cuello.

¡Ahhhh! Iba a morirse de lo adorable que era su marido.

El revoltijo travieso ya no podía contenerse, así que tomó aire, entró disparada en la habitación, le arrebató los papeles en los que estaba trabajando y salió corriendo de nuevo.

Él la persiguió por los pasillos, hasta los jardines traseros y luego de vuelta a la casa, hasta que por fin la acorraló en el comedor.

Ella se sentó con las piernas cruzadas bajo la mesa, aferrando los papeles con un agarre mortal a la espalda.

Él se metió arrastrándose tras ella y, tras una lucha acalorada pero silenciosa, logró arrancarle su preciado trabajo.

No la regañó.

Al día siguiente, Dorothy secó y machacó flores de colores del jardín, las mezcló con agua y se lo echó todo por encima a Huxley cuando llevaba puesto su abrigo nuevo para salir a pasear.

El hombre la deseaba, estaba claro, pero se negaba a ceder por alguna idea equivocada. Aquello la enfurecía, y ella quería enfurecerlo a él también.

Cuando eso no consiguió encender su temperamento, probó a hacerle cosquillas en las orejas y en las fosas nasales con un pincel mientras dormía. También le saltaba encima desde rincones oscuros para asustarlo, lo besaba en la mejilla cada vez que lo veía y lo llamaba cariño y marido solo porque eso le fruncía el ceño.

El hombre no perdió la paciencia, ni reconoció que no la había perdido. Ella se había convertido en una auténtica pesadilla, y aun así Huxley seguía preparándose para mudarse a su casa de campo. Ya había enviado un carruaje por delante con algunas de sus cosas necesarias e informado al ama de llaves y al mayordomo de su inminente traslado.

Tras dos semanas de silencio por parte de Huxley, su ánimo empezó a ensombrecerse. Miraba desde la ventana de su dormitorio las rosas carmesí de tallo largo, inclinadas bajo el embate de la lluvia intensa.

El tiempo había empeorado. Nubes turbulentas se habían deslizado sobre Inglaterra aquella mañana, sumiéndolo todo en la oscuridad.

La tormenta que había deseado no hacía tanto tiempo había llegado por fin.

Observó cómo el viento arremetía con furia y deseó que Huxley también dejara escapar la tempestad que rugía en su interior.

Veía el conflicto cuidadosamente contenido en sus ojos, y aun así su rostro permanecía duro, estoico… impenetrable.

Pronto se marcharía. Se iría a la casa de campo. ¿Sería ese el final de su relación? ¿Tendría que vivir como tantas otras mujeres relegadas? Una vida llena de soledad y labores de aguja, mientras

Huxley tomaba amante tras amante y su corazón se volvía cada vez más frío con el paso de los años.

Miró las rosas luchar por mantenerse erguidas bajo las pesadas gotas de lluvia. Solo era cuestión de tiempo antes de que cedieran y se quebraran.

Alzó el mentón y enderezó los hombros. Lo intentaría una última vez. Algo drástico… y si eso no funcionaba, agacharía la cabeza y aceptaría la derrota.

Y ese algo drástico era Aron Selwyn, el único hombre que había conseguido irritar a Huxley, según su experiencia.

Empezaría esa misma noche. Enterraría sus miedos y coquetearía sin pudor con el señor Selwyn en la cena de la condesa Marianne.

Trabajaría a Selwyn durante toda la cena hasta que llegara Huxley y, después, Huxley la vería demasiado familiar con un Selwyn y, con suerte, se pondría lo bastante celoso como para confesar sus sentimientos.

Puso el plan en marcha de inmediato al llegar a la fiesta. El miedo a perder a Huxley la volvió temeraria. Se rió de todo lo que decía Selwyn, coqueteó con su abanico, le permitió que le rozara el brazo desnudo y dejó que sus rizos le rozaran la mejilla.

Si alguien pensó que su comportamiento era extraño, no le importó. Ignoró a las ancianas desaprobadoras. Hoy en día todo el mundo coqueteaba con todo el mundo, así que ¿por qué no iba a hacerlo ella? Además, ahora era una mujer casada y, mientras evitara un escándalo, podía hacer lo que quisiera.

Apuró su tercera copa de vino, sintiéndose libre y un poco embriagada. Como mujer soltera en busca de marido, había estado obligada a seguir las reglas, a vigilar cada paso, a detenerse y pensar antes de hablar para no causar ofensa.

Y ahora, casada con Huxley, con un título poderoso y una fortuna enorme, era alguien a quien se tenía en cuenta. Antes la habían apartado; ahora la buscaban, la incluían y, sorprendentemente, la escuchaban.

Todo ese respeto, independencia y seguridad se los debía a Huxley.

Suspiró y dejó la copa. ¿Dónde estaba su marido? Lo echaba muchísimo de menos.

Selwyn pareció percibir cómo su ánimo se desinflaba rápidamente y la condujo hacia el balcón.

Ella aspiró con gratitud el aire húmedo, cargado del aroma intenso del petricor.

—Pronto hará demasiado calor para quedarse en Londres. La temporada está casi terminada —comentó Selwyn, girándola para que la luz de la luna iluminara su rostro.

Una bocanada del olor familiar de un puro la distrajo. Paseó la mirada y encontró a Huxley de pie a pocos pasos.

Los hombros se le relajaron al verlo, y se volvió hacia Selwyn con una sonrisa auténtica por primera vez esa noche.

—¿Se irá al campo? —preguntó Selwyn, acercándose un poco más.

Dorothy miró por encima de su hombro hacia Huxley.

Él los observaba, con los ojos brillando a la luz de las lámparas como un lago profundo centelleando bajo la luna.

Satisfecha, le dedicó a Selwyn otra sonrisa deslumbrante.

—Oh, no. Yo suelo quedarme aquí mismo, en Londres. Aunque mi marido quizá se retire unos meses.

—¿No lo echará de menos?

Ella se rió.

—No sé si tendré tiempo. Londres, en cualquier estación, se las arregla para mantenerla a una ocupada.

—¿No lo ama? —preguntó Selwyn, tocándole la nuca. Una caricia ligera y delicada que le erizó la piel de incomodidad.

Ella dio un paso atrás.

—Qué pregunta tan anticuada —sonrió para suavizar el gesto.

Los dientes de Selwyn relucieron blancos bajo la luz de la luna.

—Una joven despreocupada que no se toma la vida demasiado en serio. El tipo que más me gusta.

Dorothy asintió con agrado y volvió a mirar por encima de su hombro.

Huxley había desaparecido.

—¿Cuándo se irá? —preguntó Selwyn, obligándola a devolverle la atención.

—¿Quién?

—¿Su marido?

—Dentro de quince días —respondió ella, con el corazón hundiéndose. Huxley la había dejado sola con Selwyn y había hecho la vista gorda ante sus coqueteos. No había mostrado celos.

Su último recurso había fracasado.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

Huxley se marchaba dentro de dos días.

Dorothy apretó la nota que Selwyn le había escrito. Quería verla esa misma tarde, y su corazón desdichado la empujó a aceptar su oferta clandestina.

Escribió a toda prisa una carta a Penelope, cancelando el compromiso que habían planeado, y salió a encontrarse con Selwyn.

Sola.

Mientras el carruaje avanzaba lentamente por el Londres marrón y envuelto en humo, la ira y el dolor que le nublaban la mente empezaron a disiparse un poco. Cuando llegó al lugar del encuentro, comenzó a arrepentirse de su decisión impulsiva.

Su acción irreflexiva la había llevado a casarse con Huxley, pero esta vez tenía la sensación de que no tendría la misma suerte para salir ilesa. ¿En qué estaba pensando al quedar con Selwyn y, encima, sin acompañante?

El corazón empezó a latirle con aprensión.

¿Qué había creído que pasaría cuando se encontrara con él?

Seguro que intentaría besarla. Se le fruncieron los labios con disgusto ante la idea.

No estaba preparada para tener una aventura. ¡Aquello había sido un error! Pero antes de que pudiera golpear las paredes del carruaje para indicar que quería regresar a Ansley Hall, el coche se detuvo de golpe y Selwyn abrió la puerta de un tirón.

—Creo que debería volver —soltó Dorothy, avergonzada.

—Estoy de acuerdo. No pensé bien en esto —dijo él. Parecía tan incómodo como ella.

Ella asintió, aliviada.

—Oh, me alegra tanto que lo vea de la misma manera.

—Seremos mejores amigos que amantes —afirmó con franqueza.

Ella se sonrojó y apartó la mirada.

—Las noches londinenses embotan la mente. Lo que parece tan sensato a la luz de la luna…

Él asintió.

—No lo es tanto a la luz del día.

—Debería marcharme.

—Creo que debería quedarse —discrepó él.

Las cejas de Dorothy se alzaron, sorprendidas.

Él tomó su mano enguantada y dijo con tono persuasivo:

—Ha llegado hasta aquí… ¿seguro que no podemos pasar un rato juntos como amigos?

—¿Y qué haríamos? Está empezando a llover, así que difícilmente podemos pasear. Además, no tengo acompañante…

—Cierto, tampoco podemos quedarnos sentados en un carruaje sofocante —frunció el ceño, pensativo—. ¡Por Júpiter! Ya sé: hace poco he comprado una casa. No es una mansión como Ansley Hall, pero quizá le guste. No tengo muchas mujeres en mi vida y agradecería la opinión de una amiga. Sobre cortinas y esas cosas.

Ella dudó.

—Me gustaría contar con su ayuda —insistió él—. Sería un buen comienzo para nuestra amistad, pero si la idea le resulta incómoda…

—No, no estoy… incómoda —mintió ella—. Me gustaría ver su nueva casa.

¿Qué otra cosa podía hacer? Su trato con él había sido terriblemente alentador; le había dado motivos para ilusionarse… se había comportado de manera horrible, y aun así él había sido lo bastante amable como para comprender. Además, se le veía tan esperanzado…

Entraría y saldría enseguida; solo llevaría unos minutos, ya que, por suerte, la casita no estaba lejos.

Pidió que el carruaje los siguiera mientras se acomodaba a su lado para el trayecto. No dejó de hablar de la casa, contándole lo grande que era el jardín y cuántas habitaciones tenía. Habría sido una conversación aburridísima, pero su orgullo y entusiasmo por haber conseguido un hogar eran contagiosos, y pronto ella también se encontró ansiosa por ver el lugar.

Llegaron enseguida, y ella se asomó por la ventanilla para descubrir un sitio encantador, con hiedra trepando por las paredes y un pequeño jardín delantero bien cuidado.

—No tenemos acompañante —dudó ella, deteniéndose ante la reja de madera.

—Mi tía anciana vive conmigo —respondió él—. Es muy estricta con las normas de decoro. Servirá, ¿no?

Ella asintió, sofocó con esfuerzo su inquietud y lo siguió al interior. Decidió quedarse solo un momento, quizá aconsejarle sobre qué cortinas comprar y luego salir disparada por la puerta.

Entrar y salir, se aseguró al cruzar el umbral.

Entrar y salir. No llevaría mucho...

La puerta se cerró de golpe detrás de ella.

Se dio vuelta y encontró al señor Selwyn en el aire. Se le abalanzó encima y la lanzó hacia atrás, contra el sofá.

—¡Señor Selwyn! ¿Qué significa esto? —jadeó, manoteando con manos y pies mientras intentaba apartarlo.

—Vamos, tu hermana no se resistió en absoluto.

Dorothy se echó hacia atrás, aturdida.

—¿Hermana?

—Lily —sonrió él.

Dorothy se quedó paralizada de horror cuando la verdad cayó sobre ella.

¿Lily? ¿Él era el hombre que había dejado embarazada a su hermana?

Se sintió enferma de asco. Asco por el hombre que tenía delante, asco por sí misma y por su estupidez.

¿Qué tan crédula había sido? ¡Qué tonta absoluta! Había creído inocentemente cada palabra salida de su boca vil. La historia que había tejido sobre conseguir una casa y querer su opinión sobre el color de las cortinas… ¡cortinas, por el amor a la bondad! Y ella se lo había tragado todo como un corderito ingenuo.

Dorothy clavó la mirada en el rostro apuesto a centímetros del suyo. Una oleada de indignación le brotó por dentro, y le propinó un puñetazo en la cara sonriente.

Él pareció sorprendido por un instante y cayó hacia atrás, como si no pudiera creer que una mujer se atreviera a negarse. Luego su expresión se oscureció y avanzó hacia ella con mucha más determinación.

Ella le dio una patada en el estómago en pleno salto, y él se estrelló contra el suelo con un gemido.

En un abrir y cerrar de ojos, arrancó un trozo de su enagua y le ató los brazos.

—Esto —espetó, golpeándolo con la sombrilla— es por seducir a Lily y abandonarla cuando estaba encinta.

—Y esto —le retorció las orejas hasta que chilló— es por intentar hacerme lo mismo a mí. ¿Creyó que sería divertido seducir a otra Fairweather?

Le agarró la nariz y tiró. Con fuerza.

—Y esto es por todas las mujeres de Inglaterra a las que ha intentado engañar o ha engañado.

—Y, por último, esto —dijo, pisándole las manos hasta oír crujir los huesos— es una lección para que la recuerde si se le ocurre intentar semejante estupidez en el futuro.

—¡No la toque! —rugió Huxley, irrumpiendo por la puerta.

Dorothy se irguió, aferrando el trozo de enagua rasgada, mientras Selwyn miraba a Huxley con un ojo que se hinchaba rápidamente.

Lo único que Huxley vio fue la enagua rota. Se lanzó sobre Selwyn con un rugido.

El duque entró a continuación, asumió más o menos lo mismo que Huxley y se abalanzó sobre Selwyn.

—¡Sedujo a Lily! —Penelope irrumpió en la habitación.

—¡Aléjense de ella! —exclamó Celine al entrar.

—Tengo un arma —advirtió George.

—¡Soy el Halcón! —gritó Jimmy, chocando contra George.

—¡Basta! —gritó Dorothy, tironeando de los brazos del duque y de Huxley—. ¡Ya le pegué y le dejé un buen moretón!

Nadie le hizo caso; tenían manos y pies demasiado ocupados con Selwyn.

Cuando quedaron satisfechos con la cantidad de paliza que Selwyn había recibido, se volvieron hacia Dorothy para asegurarse

de que estuviera bien.

Ella, a su vez, les contó lo ocurrido.

Todos coincidieron en que Selwyn merecía la golpiza extra por la maldad de sus intenciones.

—¿Cómo supieron dónde encontrarme? —preguntó Dorothy mientras el duque comprobaba si Selwyn seguía con vida.

—Me enviaste una carta diciendo que te reunirías con Selwyn —le recordó Penelope—. Sabía que era el hombre que había seducido a Lily. Ella me había confesado su nombre, pero me hizo prometerle secreto; aun así, sé que esta vez no le importaría que dijera la verdad.

—Tu hermana se lo contó al duque y a mí —dijo Huxley—. Pensamos que lo mejor era venir a rescatarte.

—No sabíamos que no necesitabas ser rescatada —admitió Celine.

—Las hermanas Fairweather nunca lo necesitan —sonrió George, mirando a su esposa—. Sabía que estarías bien.

—¿Ustedes dos se han hecho amigos? —preguntó Dorothy, observando al duque y a Huxley discutir animadamente formas de enterrar a Selwyn.

—Hemos llegado a un acuerdo sobre el terreno en disputa —respondió el duque, asintiendo—. Hemos decidido cedérselo a usted.

Dorothy aplaudió de alegría y luego frunció el ceño.

—Creo que hizo una mueca —dijo, mirando a Selwyn—. ¿Los cadáveres hacen muecas?

—Está vivo —dijo Huxley con pesar—. El duque cree que lo mejor es dejarlo. Con suerte abandonará el país…

—O haremos que abandone el país —dijo el duque, dándole una palmada a George en la espalda.

Los tres hombres compartieron una sonrisa.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

Una vez que Dorothy estuvo de vuelta en su habitación con una taza de té caliente y una bolsa de piñas azucaradas, Huxley entró.

—¿Por qué fuiste con él? —espetó.

—Quería ponerte celoso.

—¡Insensata! ¿Y si te hubiera pasado algo?

—Sé cuidarme sola.

—Selwyn era débil; ¿y si un hombre más fuerte te hubiera atacado?

—¿Como tú?

—Sí, como yo.

—¿Alguna vez has hecho daño a una mujer?

—Nunca me he enamorado.

—¿Crees que Selwyn intentó hacerme daño porque me amaba?

—No, pero en nuestra familia...

—Ya te he oído mencionar esa locura mítica.

Él apretó los labios en una línea tensa.

—¿Te acostaste con tus amantes aunque no las amaras? —preguntó ella al cabo de un momento.

—El amor y el deseo no son lo mismo.

—Entonces ¿por qué no me dejas darte un heredero? ¿Es porque tienes miedo… miedo de enamorarte de mí si lo haces, o porque temes hacerme daño en el arrebato de la pasión, ya que me amas?

Él palideció y se apartó de la cama.

—Las mujeres no deberían ser tan… francas —siseó.

Ella se inclinó, le tomó la mano y lo atrajo hacia la cama. Acortó la distancia entre ambos y lo besó.

Él gimió y le devolvió el beso.

Ella se acomodó en su regazo y deslizó la mano bajo su camisa, extendiendo los dedos sobre su pecho desnudo.

—Podría hacerte daño —gruñó contra sus labios.

Ella sonrió.

—Me amas.

Él se quedó inmóvil.

Ella continuó:

—Podrías haber perdido la paciencia conmigo infinidad de veces. Cuando Blinker arruinó tu pintura, cuando aterricé en tu despacho y nos puse a ambos en una situación comprometida, todas esas veces que te molesté… y, sin embargo, nunca me hiciste daño. ¿No te dice eso algo? Eres un hombre maravilloso, gentil y bondadoso. Mi madre maltrató a Penelope, pero sé que yo nunca seré tan cruel, ni tampoco Celine. Hay personas buenas y malas. Y tú eres de los buenos, y te amo con todo mi corazón.

Él la apartó de un empujón.

—No te amo —espetó—. No me acuesto contigo porque no te deseo lo suficiente. No quería herir tus sentimientos, pero me obligaste a decirlo.

Dorothy palideció, conmocionada.

Él continuó con dureza:

—Querías la verdad; ya te la he dado.

—No puedo soportar vivir bajo el mismo techo que tú —susurró —. Ni si me amas y lo niegas, ni si me desprecias. Ambas situaciones son un infierno para mí.

—Entonces vete. Vete para siempre.

La atmósfera fría y plomiza se rompió cuando Rosie irrumpió en la habitación, interrumpiendo la discusión.

—Blinker ha desaparecido.

***

Dorothy ignoró a Huxley mientras él se sentaba a su lado e interrogaba a los sirvientes. Tenía el corazón lleno de preocupación y la mente extrañamente en blanco.

Rosie se secó los ojos y repitió todo.

—Desayunó gachas y luego quiso jugar en el jardín. Insistí en que se bañara antes y le dije a la ayudante de cocina, Bella, que trajera agua caliente. Pero Bella y yo nos ocupamos con otras tareas y solo volvimos a la habitación más tarde, cuando descubrimos que Blinker no estaba.

—¿Lo buscaste? —preguntó Huxley.

Rosie asintió.

—Pero no bien. Como los terrenos son enormes y odia bañarse, pensé que se estaba escondiendo de mí. Sabía que volvería para la cena —nunca se la pierde—, así que esperé hasta entonces para atraparlo. No apareció y volví a buscarlo. Y ahora… ya casi es la hora de cenar y aún no lo encontramos.

Huxley se recostó pensativo y miró a su ayuda de cámara.

—¿Dónde crees que podría estar?

El ayuda de cámara pareció sobresaltado al ser interpelado de pronto.

—Debe de haberse quedado dormido en algún sitio. Aparecerá en los próximos días; no se preocupe, mi lord.

Dorothy lanzó a Huxley una mirada angustiada. ¿En unos días? ¿No se moriría de hambre el niño?

Huxley hizo un gesto con la mano y despidió a los sirvientes.

—Mi lord —tragó saliva Dorothy y continuó—, s...si encuentra a Blinker, me iré al campo de inmediato. Puedo comprar una casita con mi dote y vivir lejos del cotilleo de la alta sociedad. Diremos que mis nervios son delicados y que estoy demasiado enferma para seguir en Londres. Usted recuperará su libertad… por favor, encuéntrelo.

Él caminó hasta la ventana y la abrió de par en par.

Entró una ráfaga de aire frío, junto con un sirviente vestido de oscuro.

—Mi lord, no encontré rastro del niño.

—Siga al ayuda de cámara —susurró Huxley.

El hombre asintió y volvió a desaparecer.

—Creo que sé lo que pudo haber pasado —Huxley siguió hablando en voz baja y regresó a su asiento tras el escritorio—. Descanse un poco. Nos esperan días movidos. Esperaba enviarla lejos antes de esto, pero la otra parte fue más impaciente de lo que pensé.

—¿Qué estás murmurando? ¡No te oigo! —sollozó Dorothy—. Quiero a Blinker.

—Y lo recuperarás —juró—. Ahora vuelve a tu habitación y duerme.

—No. Me quedaré aquí hasta que lo encuentren.

Huxley se frotó el entrecejo con el índice, suspiró y se levantó.

Ella se quedó inmóvil cuando él se le acercó despacio, con la mirada intensa y turbulenta.

—¿Qu...?

Sus palabras se cortaron cuando él se abalanzó, la levantó en brazos y salió del despacho.

Sintió sus manos arder a través de las capas de ropa y, de forma inexplicable, recordó la vez que la había sostenido en Gin Lane.

Él ignoró sus forcejeos, la llevó a su habitación, la colocó con cuidado en la cama y luego, usando el edredón, la envolvió por completo.

—Si te encuentro fuera de la cama, dejaré de buscar al niño.

Asustada, ella cerró los ojos obedientemente. Sus globos oculares se movían con impaciencia bajo los párpados cerrados, pero aun así los mantuvo apretados.

Él se quedó mirándola, con los ojos llenos de ternura y la expresión suave. Aquello desmentía todas las palabras duras que le había dicho antes, y era una lástima que ella no pudiera verlo.

Unas horas más tarde, Huxley la despertó. Dorothy se incorporó, aturdida y sorprendida de haber logrado dormirse.

Blinker estaba de pie junto a Huxley, pero él le puso una mano sobre la boca antes de que pudiera gritar.

—Chist. Debemos fingir que sigue desaparecido.

Ella asintió, y él retiró la mano.

—¿Qué está pasando?

—Haz una cama debajo de la tuya y acomoda al niño allí. No se lo digas a nadie, excepto a tu doncella, Rosie. Ella compartirá sus comidas con él y se quedará en esta habitación, fingiendo estar destrozada por la desaparición del niño, ya que cree que es culpa suya que se haya perdido. ¿Entendido?

—Sí.

—Después de eso, tengo que hacer ciertos arreglos. ¿Puedes escribirle al duque y pedirle que se reúna contigo ahora mismo? Solo que, en lugar de ir tú, iré yo.

—Son demasiadas instrucciones, me duele la cabeza —murmuró Dorothy, mareada, sacudiendo la cabeza.

—No me importa.

Le colocó a Blinker en brazos.

—Voy a mandar a Rosie; está dormida en el salón. Explícale todo.

Ella besó la cabeza de Blinker y luego volvió a besarlo varias veces. Se detuvo cuando notó que Huxley la observaba y se sonrojó un poco.

—¿Qué hora es?

Él revolvió el cabello de Blinker, dejando los dedos donde ella había estado repartiendo besos hacía un momento, y respondió:

—Son pasadas las cuatro de la mañana. Tengo que irme.

Después de que se fue, Dorothy se volvió hacia Blinker y le dio un manotazo en la cabeza.

—¿Dónde te metiste?

—Tuve una aventura —los ojos del niño brillaban—. Me secuestraron. ¿No es condenadamente maravilloso?

Dorothy se quedó helada.

—¿Qué… qué quieres decir? Espera, cuéntame todo desde el momento en que despertaste hasta ahora, hora por hora.

—Me desperté, desayuné gachas y luego esa arpía...

Dorothy gruñó.

Blinker se detuvo y luego continuó con más educación:

—La grandiosa y asombrosa señora Rosie, tan fragante, quiso bañarme, así que salí corriendo. Me escondí en la habitación de las estatuas, detrás del tapiz, ¿te acuerdas?

—Sí.

—Mientras estaba escondido dentro de la vasija grande con esos relieves de frutas que rompí la última vez, llegó el ayuda de cámara con otro hombre.

—¿Un sirviente?

—No. Creo que uno de los nuevos artistas. No lo reconocí.

La conversación se interrumpió cuando Rosie entró en la habitación y rompió a llorar en silencio al ver a Blinker. Ante la insistencia de Dorothy, lo abrazó y se sentó al borde de la cama para escuchar el resto de la historia.

—¿Y luego? —insistió Dorothy, pinchando suavemente a Blinker.

Blinker frunció la nariz, buscando las palabras.

—El ayuda de cámara dijo que todo estaba listo y que lord Sedley ya había sido avisado. Vendría a arrestar a lord Huxley por cargos de sedición. Las pruebas estaban por toda la casa y no podría escapar.

Dorothy jadeó, horrorizada.

Blinker asintió con gravedad.

—Yo también jadeé, y así me descubrieron. El ayuda de cámara me metió un trapo en la boca y me sacó de la propiedad hasta una aldea cercana. Me dejó en una habitación oscura, encima de la posada del pueblo. Se fue deprisa y volvió tarde esa noche para darme una taza de agua y algo de carne seca.

—Debes de estar muerto de hambre —dijo Dorothy, frotándole la cabeza con preocupación.

Rosie sacó una bolsa de piñas azucaradas y, sin pedir permiso, se las metió en la boca al niño.

Dorothy esperó a que terminara de comer antes de decir:

—¿Después de que se fue, llegó Huxley?

—¡Cielos! ¿Cómo lo supiste? —preguntó Blinker, abriendo mucho los ojos—. Irrumpió en la habitación, me agarró y me lanzó sobre un caballo que esperaba afuera. ¡Me sentí como una princesa!

—Príncipe —corrigió Dorothy.

Blinker asintió y continuó:

—No dejamos de movernos hasta que llegamos a su despacho. Le conté todo lo que había oído y me trajo aquí.

—¿Tuviste mucho miedo? —preguntó Rosie con voz temblorosa.

—¿Miedo? —Blinker puso los ojos en blanco—. Fue lo más emocionante del mundo. Me sentí como una emperatriz...

—Emperador —corrigió Dorothy.

Blinker suspiró y, dramáticamente, se llevó el dorso de la mano a la frente.

—Un emperador al que abofetean hasta matarlo, y luego despierta, lo abofetean otra vez y vuelve a despertar. Tanta emoción que apenas podía contener mi alegría.

Dorothy lo miró fijamente; las lágrimas que había derramado por ese niño seguían corriendo por sus mejillas.

La forma de pensar de ese niño… era un poco extraña.

Quiso darle otro manotazo para que entrara en razón, pero se contuvo.

—Prepárale la cama.

—Qué criatura tan rara —murmuró Rosie, haciéndose eco de sus pensamientos mientras se metía bajo la cama y arrojaba allí mantas y almohadas—. Debe de ser toda esa ginebra que bebió lo que le trastornó la cabeza.

Una vez que Blinker quedó escondido y profundamente dormido bajo la cama, Dorothy volvió a recostarse, con la cabeza dando vueltas por toda la información.

Huxley estaba en problemas; el ayuda de cámara era un traidor, y en cualquier momento llegarían hombres para inspeccionar la propiedad y arrestarlo.

Sería imposible que Huxley sacara a tanta gente, estatuas y obras de arte de la finca en tan poco tiempo sin que nadie lo notara.

Estaba atrapado.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

Cuando el ayuda de cámara golpeó frenéticamente la puerta del estudio de Huxley, el sol acababa de salir y había teñido el cielo de rosa y dorado.

—Adelante.

El ayuda de cámara entró de un barrido y empezó a hablar de inmediato:

—Mi lord, no he logrado encontrarlo en sus aposentos, pero es bueno que esté despierto tan temprano. Por desgracia, Lord Sedley, el que está próximo al rey, ha llegado a la puerta. Exige que se le permita entrar. ¿C...cuáles son vuestras órdenes?

—Ya veo —Huxley dejó con calma la carta que estaba escribiendo —. ¡Woodbead!

El poeta apartó la estantería y entró en la estancia por la entrada secreta.

—¿Mi lord?

Woodbead tomó la carta y asintió.

—La entregaré personalmente.

El ayuda de cámara se quedó mirando la carta, con los ojos brillándole de curiosidad. Huxley lo ignoró y se puso en pie con toda tranquilidad, estirándose.

—Ah, va a ser un día largo.

—Lo enviarán a la horca —insistió el ayuda de cámara.

Sus modales eran impecables, los de un joven sirviente angustiado ante la idea de que capturaran y condenaran a un amo que pagaba bien. Incluso consiguió que se le escaparan unas lágrimas.

Huxley lo ignoró y salió con el mismo paso firme. Se detuvo al llegar a la entrada de Ansley Hall y parpadeó, sorprendido. Esperaba ver a Lord Sedley, con su cabello gris, su larga barba blanca y la piel moteada, acompañado de sus hombres armados, pero junto a ellos estaba —no, sentado— el duque de Blackthorne, sosteniendo una

taza de té y mordisqueando un trozo de pastel que su esposa, Penelope, le estaba dando.

Además del duque, descubrió una extraña mezcla de personas de todas las formas, tamaños y edades.

—¿Quiénes son? —preguntó Huxley al duque, señalando al grupo sentado en sillas detrás de él—. ¿Acaban de volver de un baile? ¿Por qué van vestidos como para una cena?

El duque entregó la taza a un criado y se limpió la boca.

—Dijiste que querías testigos, así que los traje. Estos son.

—¿Y de dónde has sacado semejantes testigos? —Huxley seguía desconcertado, mientras Lord Sedley y el ayuda de cámara se iban poniendo cada vez más oscuros de semblante.

—Mis parientes —los presentó el duque—. Esa es la tía y el tío Worthington, el primo Grey, el primo segundo Arthur Babbage, los Parrington, que son primos terceros, y esos dos jóvenes que parecen obleas delicadas son sus hijos; ese del bigote es el tío Petunia…

—Están comiendo cacahuetes —lo interrumpió Huxley.

Los parientes parecían muy despiertos y tenían un inconfundible aire chismoso. Daba la impresión de que se habían arreglado para ver una obra de teatro.

Huxley frunció el ceño y continuó:

—¿Pero tanta gente? Con un solo testigo habría bastado. ¿Y esa anciana del fondo es ciega?

El duque frunció el ceño.

—A fin de año mis parientes vienen a ver fuegos artificiales conmigo, pero pensé que esto sería mucho más entretenido esta vez.

—Ni siquiera estamos en agosto —replicó Huxley con brusquedad.

—¿Soy acaso una mosca? —estalló por fin Lord Sedley.

Lo estaban mirando como si fuera algo más emocionante que los fuegos artificiales chinos; aquello era inaceptable.

—He venido a registrar su casa, pero antes tengo una pregunta.

Se volvió hacia el duque e hizo una reverencia cortés, pues el duque, aunque más joven, lo superaba en rango.

—Vuestra gracia, ¿por qué lo llaman tío Petunia?

—Es mi tío.

—Pero… je, je… ¿Petunia? —Lord Sedley mostró una hilera de dientes ausentes.

El duque entrecerró los ojos.

—¿Qué "je, je"? ¿Cómo se supone que voy a saber por qué lo llamaron así? Pregúntale a su madre.

Lord Sedley escrutó a la multitud que sorbía té y comía cacahuetes.

—¿Cuál de ellas es su madre?

—Está muerta.

—¿Entonces cómo se supone que le pregunte?

El duque se sacudió una miga de la manga.

—Muriendo.

Lord Sedley palideció y sacudió su bastón.

—Si no fuera duque, usaría un lenguaje muy soez.

—Es un idiota, un mentecato, una pulga extraordinariamente desagradable —replicó el duque con calma.

—¿No tiene ningún reparo? ¡Al menos respete mi edad!

—No respeto a nadie que ataque a mi familia. Ya nos veremos en el parlamento.

Los ojos de Huxley se suavizaron ante las palabras del duque, mientras Lord Sedley alzaba el bastón hacia él y hablaba con menos convicción:

—Entremos y registremos de manera amistosa.

En algún momento, el alboroto había despertado a la casa de Huxley, y ahora todos estaban reunidos a su alrededor. Dorothy, lady Huxley, Sophia, el mayordomo, el ayuda de cámara y algunos guardias miraban hacia el camino de entrada, llenos de confusión y miedo.

De pronto, Dorothy salió de detrás de Huxley y se tendió en el escalón.

—Nadie puede entrar en mi casa.

Huxley y el duque se quedaron mudos un instante.

—¿Por qué? —preguntó Lord Sedley con un brillo en los ojos—. ¿Tiene algo que ocultar?

—La mansión aún no ha sido limpiada; la fregona sigue dormida. ¿Cómo voy a permitir que entren invitados cuando todas las

superficies están cubiertas de polvo y el hollín se amontona en las chimeneas? Mi reputación como señora de la casa quedaría arruinada.

—Puedo simplemente pasar por encima de usted —Lord Sedley puso los ojos en blanco… y luego se estremeció.

Alguien le había lanzado un cacahuete a la cabeza, enfureciéndolo.

Mientras buscaba al culpable, Huxley chasqueó la lengua y levantó a Dorothy, apartándola de la puerta. Le susurró con suavidad:

—Todo irá bien. Déjalos entrar.

—¿Estarás a salvo? —preguntó Dorothy, clavándole las uñas con dolor en los brazos.

Él asintió, permitiendo que las uñas se hundieran aún más, hasta casi hacerle sangrar.

—Si no confías en mí —continuó, murmurándole junto al oído sensible—, entonces confía en tu familia. Confía en el duque. Te lo explicaré todo después.

Ella encogió el cuello cuando su aliento caliente le hizo cosquillas y, obediente, se apartó.

Huxley se volvió hacia Sedley.

—Es muy bienvenido. Pero si no encuentra nada, buscaré retribución.

Lord Sedley vaciló un instante y sus ojos volaron hacia el ayuda de cámara y se apartaron con tanta rapidez que, de no haber estado Dorothy observándolo, lo habría pasado por alto.

Sophia se acercó a Dorothy.

—¿Mi hermano… estará bien?

—Eso espero —Dorothy le tomó la mano, notó que estaba fría y húmeda, y empezó a frotarla—. No sé cómo va a manejar esto, pero confío en él.

Aunque dijo esas palabras para tranquilizar a Sophia, no las creía. El corazón le latía con fuerza mientras veía a Lord Sedley, a sus guardias, al duque y a su familia come cacahuetes entrar en la casa para buscar artistas y obras incriminatorias.

Los cuadros del pasillo, las esculturas en los nichos de las paredes e incluso los jarrones finamente elaborados habían desaparecido. Antes, cuando había corrido a su lado, no había notado las ausencias, pero ahora incluso ella se quedó atónita.

Lord Sedley sacó un mapa y, como era de esperar, conocía todas las entradas ocultas. Apartó con confianza el tapiz y avanzó hacia un terreno baldío en la parte trasera de la casa.

Incluso el ermitaño ornamental había desaparecido sin dejar rastro.

—¿Eh?

La cabeza de Dorothy daba vueltas, mitad deleite, mitad asombro. De la noche a la mañana, toda la casa y el jardín trasero habían sido despejados. ¿Cómo era posible?

Lord Sedley miró al ayuda de cámara y frunció el ceño. Al cabo de un momento, se volvió hacia uno de sus hombres y preguntó:

—Chopper, estuviste en el pueblo. ¿Oíste a alguien moverse durante la noche?

Chopper negó con la cabeza.

—No, ni siquiera las carreteras. Todo estaba despejado y en silencio, ni un solo ruido.

El duque negó con la cabeza.

—Lord Sedley, explíquese. ¿Cómo se atreve a acusar a un hombre íntegro de semejantes cosas? Además, un amigo íntimo del regente. Esto es escandaloso.

—Tenía más de cien artistas, esculturas, pinturas, caricaturas —replicó Sedley, fuera de sí—. Busquen mejor. ¡Revisen los sótanos!

Mientras los hombres de Sedley corrían de un lado a otro, el duque, Huxley, Dorothy y Penelope se agruparon en un rincón, hablando en voz baja.

—Le estoy en deuda, su gracia —dijo Huxley con humildad.

El duque agitó la mano.

—No importa, es lo que debo hacer. Pero ¿qué provocó todo esto tan de repente?

—Varias cosas —respondió Huxley—. George, el regente, ignoró a los antiguos consejeros del rey, y eso los disgustó. Además, el regente ha estado gastando enormes sumas en arte, algo que la

generación mayor considera un despilfarro. Como resulta que yo soy su mayor financiador, decidieron atacarme a mí, ya que no pueden hacerle daño a él.

—¿Tú lo sabías? —el duque frunció el ceño—. No oí ni una palabra.

—Lord Adair me informó que planeaban registrar mi casa dentro de unos meses. El retraso se debía a que el regente no estaría en Londres en ese momento, y sus guardias no podrían acudir en mi ayuda. Yo habría sido sentenciado antes de su regreso.

—Pero entonces Sedley perdió los estribos, y el plan de esperar se vino abajo —dijo el duque, comprendiendo al fin. Al ver que Dorothy y Penelope seguían confundidas, explicó— Aron Selwyn es el hijo bastardo de Lord Sedley.

Las mujeres ahogaron un grito de sorpresa y tomaron rápidamente unos cacahuetes para picar mientras escuchaban.

El duque continuó:

—Lord Sedley estuvo perdidamente enamorado de una mujer, un amor de la infancia. Se comprometieron, pero poco después la fortuna de su familia se desplomó. Desesperado por dinero, se casó con una heredera para salvar a los suyos. Sin embargo, había dejado embarazada a la mujer que amaba y, lleno de culpa por haberle arruinado la vida, la ayudó cuanto pudo.

—Esa mujer murió joven, y toda su culpa se trasladó a su hijo, Aron Selwyn, que debería haber sido su heredero pero al que, por las circunstancias y por su propia debilidad, había abandonado. Así que malcrió al joven Aron Selwyn y se encariñó profundamente con él. Tan ciega e increíblemente que, cuando se enteró de la paliza que Selwyn recibió a manos de Huxley, decidió vengarse antes de lo previsto.

Huxley asintió.

—De no haber sido por la advertencia de Blinker, habría caído en la trampa. Pensaba trasladar a todos los artistas fuera de la casa antes de que el regente partiera, pero esto se precipitó de forma tan repentina que apenas tuve tiempo.

—Pero fue suficiente —sonrió el duque con deleite—. Mira su cara morada; me da más alegría que un fuego artificial explotando. Un

regalo adelantado de Año Nuevo.

—¿El ayuda de cámara? ¿Cuándo lo supiste? —preguntó Dorothy.

—Confiaba en él, pero no del todo. Luego empezó a comportarse de forma sospechosa después de que golpeáramos a Selwyn, así que empecé a vigilarlo. Aun así, si no hubiera sido por Blinker… en fin, estoy acostumbrado a andar con cautela, es un asunto delicado y los sirvientes cambian constantemente. Guardé el hecho de que conocía el complot muy dentro de mí. Solo tú sabías de mi intención de sacarlos de aquí.

—¿Pero adónde fueron los artistas? —preguntó Dorothy, aun completamente desconcertada.

El ayuda de cámara pareció compartir su asombro, porque por una vez abrió la boca y dijo lo que pensaba:

—¿Dónde podrían haber desaparecido? Juro que los vi a todos anoche.

Lord Sedley fulminó al ayuda de cámara con la mirada.

—Exacto. ¿Dónde fueron? ¿Se desvanecieron en el aire? No puedes meter a tanta gente en una olla ni quemar todas esas cosas sin dejar ni una pizca de ceniza. ¿Dónde están?

—¿Cómo puede desaparecer algo que nunca estuvo aquí? —gritó el duque—. ¿Ya has jugado lo suficiente? Es hora de mi desayuno, así que te sugiero que te marches.

Sus parientes rompieron en un aplauso atronador. Sus expresiones eran de orgullo, como diciendo: ¿qué otra cosa se puede esperar de nuestro miembro más poderoso?

—¡Esperen! —gritó de pronto el ayuda de cámara—. ¡Están en el jardín del duque! ¡Es la única explicación!

Dorothy vio cómo Penelope se mordía el labio inferior y cómo Huxley clavaba la uña del índice en la yema del pulgar.

Entonces lo comprendió. Los artistas y los guardias del duque habían tomado todo y lo habían trasladado al otro lado del límite. Ahora se ocultaban en los jardines de la mansión Blackthorne. ¡Ah! Era brillante. Pero ¿se atrevería Lord Sedley a investigar a un duque?

Atacar a Huxley era una cosa, pero atacar a un duque sería una insensatez monumental.

Lord Sedley estuvo a la altura de las expectativas siendo, en efecto, muy insensato.

—Quiero registrar sus terrenos, su gracia.

El duque lo miró fijamente hasta que empezó a sudar.

—¡Bah! Qué descaro. No encontraste nada en esta casa; tengo testigos. Hay tres condes, uno de ellos es un vizconde, ¡y yo soy un duque! ¿Cómo te atreves a insinuar ahora que estoy implicado en un complot tan repugnante sin la menor prueba? Sedley, estás yendo demasiado lejos.

El duque se levantó con el rostro helado y, con un gesto de la muñeca, ordenó a su familia y a sus guardias que lo siguieran de regreso a casa.

—Sal de mi casa. Has agotado tu bienvenida —dijo Huxley de pronto, apareciendo junto a Sedley y casi haciéndole saltar el alma al anciano.

Lord Sedley vaciló un instante antes de reunir valor y salir corriendo tras el duque.

—¡Si no tiene nada que ocultar, deje que registremos! —gritó mientras subía a su carruaje y los perseguía—. ¡Déjenos entrar a tomar una taza de té! Quiero disculparme y admirar sus jardines, su gracia.

De vuelta en Ansley Hall, Dorothy observó cómo se marchaban los últimos guardias de Sedley.

—¿Y ahora qué?

—Desayuno —respondió Huxley, volviéndose hacia el ayuda de cámara—. Avisa a las cocinas.

En cuanto el ayuda de cámara se alejó apresuradamente, Huxley bajó la voz y le explicó a Dorothy:

—Por supuesto, los artistas ya han sido avisados y ahora están regresando a nuestros jardines. Tardarán una hora en llegar a pie, pero el duque hará perder el tiempo a Sedley antes de permitirle registrar nada. Eso le dará un motivo para atacarlo en el Parlamento.

Dorothy imaginó a los artistas, cargados de estatuas y cuadros, escabulléndose de un jardín a otro y luego de vuelta otra vez. Soltó una risita.

—Este plan es ridículo.

—Lo bastante ridículo como para funcionar —sonrió él, aliviado.

Se quedaron mirándose, hundiéndose cada vez más en la mirada del otro, hasta que recordaron su última conversación amarga y apartaron la vista de golpe.

Tal como Huxley había predicho, los artistas regresaron. Lo que no había previsto era que, junto con ellos, también regresara Lord Sedley.

Esta vez parecía aún más peligroso y fuera de control. Acababa de ofender al duque de Blackthorne y había puesto a él y a toda su estirpe en un riesgo extremo. El duque podía borrar su apellido de la faz de la tierra si así lo deseaba, y ese pensamiento llegó demasiado tarde a su mente embotada.

Con los ojos desorbitados y un aire maníaco, Lord Sedley se plantó a la entrada de Ansley Hall, con sus guardias armados y listos para disparar flechas contra los habitantes que se habían reunido de nuevo en la puerta principal.

—Vaya, qué emocionante —dijo Blinker, frotándose el sueño de los ojos—. Deberías haberme despertado antes.

Dorothy lo empujó hacia atrás.

—Ve a esconderte.

El ayuda de cámara palideció al ver a Blinker, y su mirada saltó hacia Huxley. De pronto comprendió por qué lo habían mantenido ocupado con tareas inútiles durante las últimas dos horas, en lugar de permitirle volver al jardín a investigar.

Huxley, por su parte, le dedicó una leve sonrisa que parecía decir: buen intento, pero perdiste. Alzó la mano y chasqueó el aire, y al instante siguiente varios guardias fornidos arrojaron al ayuda de cámara escaleras abajo, hasta dejarlo junto a Lord Sedley. Jamás volvería a poner un pie en aquella casa mientras viviera.

Si es que vivía.

—Entra y cierra la puerta con llave —le dijo Huxley a Dorothy.

Ella se dio la vuelta, empujó a todos hacia dentro, ordenó al ama de llaves que no dejara entrar a nadie y luego volvió a colocarse junto a Huxley.

—Dora, necesito razonar con él para que no intente entrar a la fuerza y hacerle daño a nadie —la persuadió Huxley—. Entra con los

demás. Estaré contigo en un momento.

Dorothy miró las flechas brillando bajo el sol abrasador y apretó los labios. No se movería si él no lo hacía.

—¡Los artistas van y vienen de un lado a otro! —gritó el ayuda de cámara—. ¡Envía a alguien a registrar Blackthorne al mismo tiempo!

—Niñerías —se burló Huxley con el rostro imperturbable.

—¡Déjanos entrar! —chilló Lord Sedley.

Huxley entrecerró los ojos.

—Ya te dejé entrar, y no encontraste nada. Me niego a acobardarme y permitir que pisotees mi hogar todas las veces que te apetezca. En cuanto a tus amenazas… mira a tu alrededor, mi lord. Si tú me has rodeado, los hombres del regente te han rodeado a ti.

Y, en efecto, de entre los árboles y detrás de los arbustos surgieron al unísono guardias reales armados.

Philbert Woodbead desmontó de un caballo y, cubierto de polvo y mugre, se inclinó ante Huxley.

—He saldado la deuda del santuario que me dio y he salvado su precioso trasero. Aquí está la orden de arresto de Lord Sedley, firmada por el regente. No le agradó que su amigo fuera tratado de ese modo.

Lord Sedley rugió de rabia, alzó una pistola y apuntó al corazón de Huxley.

—Te mataré por el bien de este país. La riqueza pertenece al pueblo.

Dorothy se lanzó delante de Huxley, furiosa porque su esposo arriesgara la vida para salvar a un grupo de artistas ingratos y cobardes.

Un instante después, Philbert Woodbead saltó delante de Dorothy, aunque parecía no saber por qué.

—Tengo miedo —murmuró Woodbead, temblando como una hoja nerviosa antes de la lluvia—. No sé por qué intento salvarla, señorita Fairweather, pero de repente siento como si mi hijo fuera a morir. No tengo hijos, así que no sé por qué me oprime el pecho esta emoción maternal. Además, no soy una mujer. Estoy muy confundido.

Los ojos de Dorothy se llenaron de lágrimas. El poeta era realmente muy dulce.

Un guardia del regente, impaciente por el hambre, disparó de pronto a la mano de Lord Sedley; el arma se disparó, la bala se incrustó en un árbol, alguien gritó y alguien se desmayó.

Todo se volvió aún más emocionante.

Al instante siguiente, los guardias reales arrestaron a Lord Sedley, ya que sus propios guardias, mal pagados, estaban demasiado asustados para enfrentarse al ejército real.

Uno de los guardias reales se acercó a Sedley y dijo con severidad:

—Ha sido despojado de su título y exiliado a África sin su familia. Nunca se le permitirá regresar. Mientras tanto, la única compañía que tendrá será el ayuda de cámara de Lord Huxley.

Los hombres soltaron un gemido de angustia, y Dorothy por fin se desmayó, a punto de caer sobre una maceta, hasta que Huxley la sostuvo a tiempo.

—Si hubiera sangrado —dijo Huxley, con los ojos oscuros y violetas—, habría exigido tu muerte.

Luego la tomó en brazos y la llevó al interior.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

Dorothy se despertó temprano al día siguiente, hizo las maletas y regresó a la mansión Blackthorne. Unas semanas después, seguía instalada con firmeza y melancolía en la habitación de invitados de la duquesa, sin la menor intención de volver a casa.

Asomó la cabeza por la ventana y gorjeó una melodía triste. Un precioso pajarillo negro y amarillo protestó con un chillido y abandonó la rama en la que dormitaba.

Vio al ave alejarse revoloteando y se sintió aún más abatida. Echaba de menos la música que se colaba en su habitación cada mañana en Ansley Hall. Echaba de menos el sonido de los escultores cincelando el mármol y el olor de la pintura compitiendo con el perfume de las rosas en flor. Echaba de menos a los sirvientes, el lago artificial junto al que paseaba cada mañana, el murmullo de las fuentes y el…

—Llevas casi un mes lamentándote —dijo Penelope, deslizándose dentro de la habitación.

Dorothy enterró la cara en la almohada.

—Vamos —la regañó Celine—. No puedes seguir en la cama. No te dejaremos.

—Déjenme en paz —gimió Dorothy—. Mi corazón se ha hecho añicos, la esperanza se ha perdido y solo veo oscuridad.

—¿Has estado leyendo poesía otra vez? —Penelope frunció el ceño—. Sabes que no le hace bien a tu semblante.

—Tenemos que ir a un baile —dijo Celine, descorriendo las cortinas y atándolas con lazos de seda verde.

—La temporada ya terminó —murmuró Dorothy.

—Terminó, sí, pero este es un baile especial —replicó Penelope.

Dorothy miró a Penelope con curiosidad.

—¿Qué quieres decir con especial?

—Ya lo verás —respondió Celine con misterio.

—¿Dónde está Blinker? Hoy no lo he visto —dijo Dorothy, incorporándose en la cama.

—Está jugando con los niños —contestó Penelope.

—Al menos él parece feliz —murmuró Dorothy.

—Creí que amabas Blackthorne —hizo pucheros Penelope.

—No tanto como yo… no, tienes razón. Sí, amo Blackthorne. Lo que no amo es a esa criatura espantosa con la que me casé. Me alegra haber vuelto —afirmó Dorothy con firmeza.

—Esa es la actitud —sonrió Celine—. Ahora ven a desayunar. Después tenemos que buscarte un vestido, rizarte el pelo y probar un peinado nuevo que vi llevar a la señorita Drew hace unas noches. Creo que te quedará precioso, tan precioso que, si Huxley te viera esta noche en el baile, se arrepentiría de haberte dejado ir el resto de su vida.

—Huxley está en el campo —suspiró Dorothy.

—Oí al duque decir que quizá llegue para el baile —confesó Penelope—. Regresó anoche.

Dorothy se incorporó del todo.

—¿Creen que puedo verme así de maravillosa? Quiero que sufra de verdad.

Celine y Penelope asintieron como dos muñecas sincronizadas.

—Te haremos ver etérea, encantadora, una auténtica seductora —prometieron.

***

Unas horas más tarde, Dorothy iba sentada en el carruaje, con el corazón aleteándole de nerviosa expectación. ¿Vería a Huxley? Y si estaba en el baile, ¿debía saludarlo?

Bajó la mirada a sus dedos, entrelazados con fuerza sobre la falda de gasa. Sus hermanas habían hecho un gran trabajo. Llevaba un vestido verde París salpicado de oro y ribeteado con hojas de ámbar. Diamantes centelleaban en su cuello y en sus orejas, y su nuevo peinado era menos severo, lleno de rizos sueltos y horquillas de esmeralda que brillaban al mover la cabeza. Le sentaba mucho mejor que su habitual moño tirante.

No creía haberse visto nunca tan hermosa. Incluso el duque le había hecho un cumplido áspero, y él nunca se fijaba en esas cosas.

—Ya hemos llegado —dijo Penelope, con los ojos brillantes.

La cabeza de Dorothy se alzó de golpe, sorprendida. El trayecto había sido corto.

—Ánimo —Celine la empujó hacia la puerta con gesto alentador.

Dorothy respiró hondo y bajó.

Un instante después, volvió a saltar dentro del carruaje.

—No me obligues a sacarte a rastras, Dora —advirtió Huxley.

—El baile es en Ansley Hall —chilló ella hacia Celine, ignorando a Huxley bloqueando la puerta.

—El primer baile en cincuenta años —respondió Celine con calma.

—No quiero asistir.

—Tienes que hacerlo —dijo Huxley.

—No teníamos elección, Dora. Oh, no nos mires como si te hubiéramos traicionado —asintió hacia Huxley—. Verás, Sophia ha atrapado a su príncipe. Este baile es para anunciar su compromiso. Sería un escándalo que no asistieras.

—Tú, como mi esposa, tienes que estar presente —confirmó Huxley—. Si no por mí, al menos actúa como anfitriona de Sophia.

Los hombros de Dorothy se hundieron. Por un momento, había esperado que él la quisiera allí porque la echaba de menos… no por decoro.

—Lo harás, ¿verdad, Dorothy? —preguntó Huxley con ansiedad.

Dorothy asintió resignada. Salió del carruaje sin aceptar su ayuda y se pegó una sonrisa.

Esto iba a ser difícil.

Ansley Hall nunca había lucido tan hermoso, tan acogedor… tan hogareño.

Con cada paso, sentía como si el corazón se le volviera de plomo. Se preguntó cuánto tiempo podría contener las lágrimas.

Entró en la casa, y las relucientes lámparas de gas casi la desarmaron.

Recordó cómo había insistido a Huxley para que las instalara, porque le habían encantado tanto en Blackthorn.

El salón de baile, antes frío y descuidado, rebosaba de gente. Las ventanas y las puertas estaban abiertas de par en par para invitar a la brisa, y esculturas de hielo brillaban como joyas por toda la sala.

El trabajo era tan exquisito que supo que Huxley había pedido ayuda a los artistas. Y las flores… nunca había visto tantas en una sola estancia. Colgaban del techo, se enroscaban en los pilares y estallaban en una profusión perfumada desde cuencos y jarrones repartidos por el salón.

Sophia se alzaba en medio de todo, con un vestido de seda dorada, resplandeciente como una princesa en ciernes, mientras su príncipe rechoncho la miraba como un prometido embobado.

Dorothy apenas tuvo tiempo de felicitar a su cuñada antes de verse sumergida en su deber de anfitriona. Saludó a los invitados, sonrió durante conversaciones tediosas y animó a bailar a los más tímidos.

No tardó en anunciarse el compromiso de manera rápida y formal. El príncipe, supo entonces, era muy aficionado a dormir. Así que, tras un breve giro por el salón con Sophia, se marchó con su séquito.

Los invitados, privados del espectáculo del príncipe extranjero y cansados del calor creciente del salón, comenzaron a marcharse poco a poco.

Dorothy suspiró aliviada. Estaba lista para irse a la cama. Le dolían los pies, la sonrisa se le había quedado rígida y apenas había tenido tiempo de observar a Huxley entre los bailes y la cena.

Pasada ya la medianoche, notó algo curioso. Empezó a llegar una segunda oleada de invitados, y este nuevo grupo era decididamente extraño.

Primero entró Jimmy el Halcón con su esposa. Luego Philbert Woodbead apareció tambaleándose junto a unos cuantos artistas achispados. Blinker irrumpió corriendo, burbujeante de emoción. Perkins, el viejo mayordomo del duque, y Hopkins, su ayuda de cámara, el cocinero de Huxley, las doncellas, sir Henry con su famoso bigote blanco, sus hermanas, lady Bathsheba y sus cabritillos y, de forma extraña, incluso su madre y su padre y sus hermanas menores se deslizaron en la sala hasta que Dorothy quedó rodeada de rostros que había conocido y amado toda su vida.

El corazón se le aceleró y giró la cabeza para buscar a Huxley al otro lado del salón.

Él la estaba mirando.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

La multitud se abrió en silencio para dejarlo pasar, y él caminó despacio hacia ella al compás de la música.

La melodía le resultaba familiar. Cuando estuvo a la distancia justa para bailar, le tendió la mano.

Dorothy no pudo evitarlo. Tomó su mano y sintió ese calor reconfortante.

—Nunca cantas en público —susurró, sabiendo lo que estaba a punto de ocurrir.

—Y con suerte no volveré a hacerlo jamás. Pero esta vez debo hacerlo. Es para castigarme por haberte tratado mal… y para demostrarte mi sinceridad.

Y así lo hizo. Su barítono profundo y cálido resonó por toda la sala, claro como una campana. Las palabras le eran demasiado conocidas, pero la melodía era un poco distinta esta vez… más alegre, más vivaz… más rápida.

Déjame besar tus labios, compartir tu aliento y tu rocío,
arrancar todo tormento de tu corazón.
Como la sombra de una lámpara, deja que mis manos rodeen tu alma,
protegiéndote de los vientos hirientes del pasado.
Buenas noches, mi dulce, dulce lassie,
deja que el mundo se desvanezca.
Buenas noches, mi lassie, mi dulce, dulce lassie,
deja que el mundo se desvanezca.
Mi corazón se detiene un instante,
el tiempo se quiebra y se alarga,
un minuto se vuelve un día.
Tu aliento empieza a fluir,
suave y libre; tus labios se curvan en una sonrisa.
Lloro, y lloro, oh mi dulce lassie.

No duermas, mi dulce lassie, mi dulce, dulce lassie.
No duermas, mi querida Dorothy May,
porque me marchitaré y me enroscaré, como una uva salvaje, salvaje,
si me dejas en este día fatal.

Había cantado la última estrofa… la estrofa que ella nunca había oído antes. Sus hermanas se unieron, tarareando la canción, y Dorothy se dio cuenta de que aquel momento había sido planeado, posiblemente durante semanas. La mayoría de los invitados conocía la letra, e incluso los malvados se sumaron. Era tan hermoso que no pudieron evitarlo.

Las cucharas tintinearon contra los vasos, las mesas fueron golpeadas marcando el ritmo, las criadas dieron golpecitos en las barandillas, los zapatos repiquetearon sobre el suelo de mármol, las pulseras tintinearon, y Lady Bathsheba y sus cabritillos balaron.

Era como si todo el mundo estuviera bailando junto con Dorothy y Huxley.

—Lo escribiste para mí —lo acusó cuando terminó.

—Woodbead me ayudó —respondió él, sonrojándose apenas.

—Creí que no querías saber nada de mí.

Él apretó su mano enguantada, con los ojos oscuros y sinceros.

—En el momento en que saliste de Ansley Hall, mi vida se desintegró. No encontraba mis cigarros; el tintero nunca estaba lleno, la pluma jamás afilada, los artistas andaban cabizbajos, el cocinero lo quemaba todo…

—Necesitas un ama de llaves mejor —interrumpió ella con aspereza.

—No podía trabajar —continuó él—. No podía pensar. Dondequiera que iba, era como si toda la felicidad hubiera sido drenada del aire.

—Deberías haber llamado a un médico…

—Cada hora me dolía, rumiaba y me hundía…

—Una buena dosis de láudano…

—Leí toda la poesía de Woodbead. Todas y cada una.

—¡Oh!

—Incluso memoricé algunas.

—¡Santo cielo!

—Y luego recurrí a las novelas románticas…

—¡No me digas!

—Las cosas se pusieron aún peor. Empecé a ver tu cara en todas partes. En macetas y plantas, en cucharas y platos y palomas.

—¡Te has vuelto loco!

—Chiflado, ido, completamente prendado. Todo por tu culpa, Dora. Tu ausencia ha sido una tortura. Un infierno en vida. Si he de funcionar como un hombre cuerdo, necesito que vuelvas. Que seas mi esposa en todos los sentidos de la palabra.

—Pero la locura que llevó a tu padre a la violencia…

Su rostro se ensombreció.

—Es un riesgo.

—¿Un riesgo que vale la pena?

—Creo que sí, pero si alguna vez ves señales de ello en mí…

—Correré tan lejos como pueda.

Él sonrió y la acercó.

—Dorothy May, te amo con todo mi corazón. ¿Me perdonarás por comportarme como un canalla?

Ella miró los rostros a su alrededor —algunos curiosos, otros llorosos, otros celosos— y sonrió. Sí, él se había comportado de manera abominable, pero lo había compensado de la forma más conmovedora. La había rodeado de las personas que más significaban para ella, había abierto su corazón a las posibilidades y estaba dispuesto a dejar de lado sus miedos por amor.

—Yo también te amo —respondió, sintiéndose más ligera de lo que se había sentido en meses—. Todo está bien ahora.

Su rostro se iluminó con una alegría pura y la levantó del suelo.

—Estás causando un escándalo —chilló ella.

—Me importa un comino —murmuró él, subiendo los escalones de dos en dos—. He esperado demasiado y no voy a desperdiciar ni un segundo más de mi vida feliz y plena contigo. ¡Y Woodbead, si te atreves a arruinar este momento, te enviaré personalmente a las colonias!

—No me atrevería —sonrió el poeta, alzando una copa de champán a modo de despedida.

Finalmente, tras meses de agonía, subieron las escaleras para consumar el matrimonio.

La alzó en brazos, la cruzó por el umbral de su alcoba, cerró la puerta de una patada y la dejó sobre la cama.

No, la arrojó sobre la cama.

Estaba demasiado impaciente, con los ojos ardiendo de necesidad y pasión.

A ella no le importó, ya que la cama era suave como una nube y estaba llena de cojines.

Era pasada la medianoche, y el fuego ardía bajo en las tres chimeneas de la habitación, casi reducido a brasas incandescentes.

El suave crepitar y su respiración trabajosa fueron los únicos sonidos durante un rato mientras se miraban.

Ella se apoyó sobre los codos y lo observó quitarse el abrigo y acercarse al borde de la cama.

De pronto se sintió nerviosa e insegura, pero antes de que pudiera retirarse, él le agarró los tobillos y le quitó los zapatos de baile.

Sus dedos recorrieron sus dedos de los pies, los talones y las pantorrillas.

—¡Hace cosquillas! —chilló ella, intentando escabullirse.

Él le sujetó las piernas y la acercó hasta que su boca quedó lo bastante cerca para besarla.

—¿Estás cansada? —preguntó, con el aliento cálido y empapado de brandy rozándole la mejilla—. Te dejaré ir si necesitas dormir.

Ella quiso mentir y decir que sí porque, aunque había deseado aquello, ahora que estaban tan cerca de su unión, le daba demasiada vergüenza.

Iba a desnudarla y hacer esto y aquello, y todos abajo sabían lo que estaban haciendo.

Oh, quería enterrarse bajo las mantas y esconderse para siempre.

—Mmm —le dio un beso rápido—. Tardaste demasiado en responder, y no responder significa que no estás cansada. Así que continuaré.

Quiso discutir aquella lógica demencial, pero él ya había empezado a besarla, sumiéndola en una bruma de confusión erótica con su beso firme y experto.

—Abre —dijo, con la voz baja y áspera.

Su lengua se deslizó entre sus labios, sus dedos le levantaron el mentón hasta que los separó, y entonces profundizó.

Les había llevado mucho tiempo llegar a ese punto. Huxley había necesitado sanar, escapar de su pasado y comprender su propio carácter. Aquella fase había sido difícil en lo emocional y en lo intelectual y lo había llevado a mostrar su peor lado a su recién casada esposa.

A pesar de haber visto su faceta desagradable, Dorothy aun así eligió amarlo. Él podía ver la adoración en sus ojos, así como la fe y la confianza que tenía en él. Su corazón frío jamás se habría derretido de no ser por su dedicación y su cuidado.

Ella había arrojado luz sobre sus sombras, iluminado cada rincón de su vida y traído alegría y risas.

Lo había hecho sentirse deseado, necesario y adorado tras años de soledad y autodesprecio. A menudo se había preguntado por qué nadie podía amarlo de verdad, pero ella había extraído ese dolor profundamente incrustado y lo había reemplazado por la comprensión de que no era tan terrible como había supuesto. Simplemente no había conocido a la persona adecuada hasta que ella llegó a su vida.

La besó, intentando mostrarle cuánto la deseaba, cuánto había anhelado tomarla durante todos esos meses agonizantes. Cuánto la adoraba.

—Nunca te separarás de mí —prometió, mordiéndole el labio inferior—. No permitiré que te separes de mí.

El beso se volvió feroz, pero en lugar de asustarse más, ella se relajó de pronto. Él le había advertido de su crueldad en la cama, pero ahora que estaba sometida a su asalto, comprendió que una vez más había exagerado y no se había entendido a sí mismo.

Aquella fiereza, aquel beso posesivo, era agradable. La besaba sin aliento, dejándola débil y temblorosa, pero no le importaba.

—Levanta la pierna, pon el brazo alrededor de mi hombro.

Ella obedeció. Era mejor así, ya que de todos modos no sabía qué hacer. Podía tumbarse y disfrutar de su pericia, dejando que la girara como quisiera.

Ya no le importaba lo que le hiciera. Todo era agradable, maravillosamente placentero.

—Date la vuelta —la animó.

Ella lo hizo encantada y gimió cuando él empezó a repartir besos en su nuca mientras sus dedos desataban los cordones.

Arrojó el vestido, la enagua y la camisa al suelo, dejándola desnuda.

Creyó que tendría frío, pero todo su cuerpo ardía. Cada centímetro estaba sonrojado y tembloroso.

Él le agarró la cintura y la giró de nuevo, luego empezó a lamer y succionar su pezón mientras sus manos le levantaban las caderas y colocaban una almohada debajo.

—¿Eh? —se retorció.

—Shh —la calmó—. No quiero hacerte daño. Esto ayudará.

Entonces su dedo se deslizó entre sus piernas, haciendo que todo su cuerpo se contrajera y se tensara. Un suspiro mudo escapó de sus labios cuando repitió el movimiento.

Pronto, sus dedos hábiles la estimularon hasta un punto en que apenas podía soportarlo. Quería pedirle que se detuviera y que continuara al mismo tiempo. Su cuerpo se retorcía, pero él la sostuvo con firmeza con una mano mientras la otra continuaba con su travesura.

—Mngh —giró la cabeza y mordió la almohada mientras sus dedos se aferraban a las sábanas.

La sostuvo mientras ella temblaba, acariciándole el vientre hasta que se calmó. Al momento siguiente, se desnudó y su piel desnuda tocó la de ella, haciéndola jadear.

Un dedo entró en ella, despacio, con cuidado, mientras aún estaba sumida en una neblina sin pensamientos.

Quemó un poco, como si hubiera empujado una llama dentro de ella, pero tras un instante de adaptación, las sensaciones cambiaron.

Le llevó un momento entrar por completo, y sus ojos se despejaron de golpe cuando un dolor punzante la hizo gritar.

—Esto dolerá —le advirtió—. Pero solo esta vez, lo prometo.

—Mmm —se sonrojó, sin atreverse a mirarlo. Una lágrima se formó en la comisura de sus ojos y cayó, pero enseguida giró el rostro y se escondió en la almohada.

A él no le importó; comprendía su timidez. Su mirada estaba suave de pasión mientras acariciaba su cadera arqueada, su cintura fina, sus labios húmedos y la masa sedosa de su cabello extendida por la almohada.

Sus caderas reaccionaban a su tacto, moviéndose y desplazándose como si intentaran alcanzar algo. Él sabía lo que quería, pero se negó a ceder, evitando con astucia tocar el capuchón hasta que ella apenas pudo resistirlo.

Por fin frotó su clítoris, llenándola de un intenso resplandor de placer antes de empujar toda su longitud dentro de ella.

En un movimiento rápido y decidido, la penetró y atrapó su grito con los labios.

—Ya está —susurró—. Aguanta un momento y dejará de doler.

Permaneció inmóvil, con los brazos temblando por el esfuerzo, mientras el sudor perlaba su frente. Nunca había sido tan gentil en toda su vida y, aun así, ahora estaba luchando consigo mismo con todas sus fuerzas.

Tras un momento, las delicadas manos de ella se alzaron para tocarle la espalda y sus caderas se movieron. Él comprendió que estaba lista y comenzó a mecerse suavemente, entrando y saliendo.

Ella gimió, y él deslizó el pulgar entre sus labios. Ella mordió distraída, desquitándose del dolor que había sentido antes.

La dejó morderlo mientras sus movimientos se volvían más rápidos, y entonces retiró el pulgar de su boca y volvió a frotar el capuchón.

Ella se estremeció con él. Jadeando, temblando y gimiendo. Ah, aquella sensación era demasiado intensa; todo su cuerpo parecía a punto de estallar en llamas.

El placer le volvió la mente papilla y quedó tendida, flácida e indefensa, mientras él respiraba con dificultad a su lado.

Él giró la cabeza y mordisqueó su pecho.

—Un momento, y podemos hacerlo otra vez.

A ella se le abrieron los ojos de par en par.

—¡No! Eso… ¿no fue suficiente?

—Te advertí que soy cruel en la cama. Tú te lo has buscado.

Ah, a esto se refería con ser cruel. Iba a agotarla de placer mientras ella pensaba que iba a hacerle daño.

—No más —lo empujó—. Estoy cansada.

—Una vez más —insistió, y entonces la hizo olvidar todas sus objeciones.

Al final lo hicieron tres veces esa noche, dos a la mañana siguiente, y así sucesivamente.

No le importaba, porque, pese a sus protestas de compromiso, en realidad era maravilloso. Pero ah, que él —o cualquiera— descubriera cuánto lo disfrutaba… no, era tan vergonzoso que podría morirse de vergüenza. Por eso protestaba todas y cada una de las veces y luego procedía a disfrutarlo a fondo.

EPÍLOGO

Era uno de esos días perfectos. El sol emitía justo la cantidad ideal de calor, la brisa suave no era demasiado fría y las nubes eran esponjosas, blancas y dispersas. Y para rematarlo, aquella mañana Huxley había permitido de mala gana que Dorothy lo llamara nuggins y osito cucú.

Ella sonrió a su marido al otro lado de la mesa del desayuno. Un año después del baile, seguía siendo el mismo: con las emociones cerradas a cal y canto como una ostra, pero empezaba a abrirse lenta y firmemente cuando estaban a solas. Sonreía, se reía de tonterías y la tomaba el pelo cuando no había nadie más, y eso le calentaba el corazón cada vez.

También cantaba más a menudo: melodías alegres, cancioncillas dulces y su canción especial. Su voz profunda, color caramelo, resonaba por Ansley Hall, calentando hasta los corazones más fríos.

Hacía feliz de estar vivo a cualquiera que lo oyera.

Él alzó la vista de los huevos, percibiendo su mirada empalagosa. Sonrió, se inclinó y le apretó la mano.

Su tacto era cálido, reconfortante y… cuidadoso.

Ella frunció el ceño.

—¿Quién es ese? —preguntó Lady Huxley al entrar en la habitación.

—¿Quién? —dijo Dorothy, distraída por un momento de sus cavilaciones.

—Él —chilló Lady Huxley, mirando fijamente a Blinker, que cortaba feliz un trozo de bacon.

—Mi hijo —respondió Huxley, guiñándole un ojo a Dorothy.

Lady Huxley emitió un gorgoteo.

—¿No te acuerdas de él? —preguntó Dorothy.

—C...creo que sí. ¿Cuándo lo tuviste, exactamente? —se dejó caer en una silla.

—¡Hace años! Mira lo grande que es. Estuviste presente en su nacimiento. ¿No recuerdas toda la sangre y los gritos? —Dorothy se estremeció.

—Ya recuerdo. Ya recuerdo. Sí, sí. —Lady Huxley frunció el ceño y miró al vacío. Al cabo de un momento preguntó— ¿Sophia, mi hija, se casó con él?

—¿Con el carnicero? —Dorothy abrió la boca con fingido asombro —. Pero si se casó con él hace años.

—E...el… carnicero… yo creía que el príncipe —palideció Lady Huxley.

—Bueno, el príncipe fue el primero. Pensé que te referías a su cuarto marido… el carnicero...

Lady Huxley se puso en pie de un salto, con la mano en el pecho.

—Debería ir a recostarme.

—Te sentará bien —convino Dorothy con una sonrisa—. Estás muy pálida.

—No deberías burlarte de ella — la amonestó Huxley cuando Lady Huxley se hubo ido.

—Tengo que hacerlo —dijo Dorothy, inclinándose para besarlo mientras Blinker hacía una mueca—. La mejor forma de lidiar con la gente mala es convertir toda la situación en una broma.

—Palabras sabias, esposa —Huxley la miró con cariño—. Palabras muy sabias.

Ella se llevó una uva a la boca y masticó pensativa. Su mente volvió a donde había sido interrumpida por la entrada de Lady Huxley.

Su vida era feliz. Blinker avanzaba de maravilla, la casa funcionaba sin problemas y ella cumplía bastante bien con sus deberes, y sin embargo… había algo que la inquietaba. Planeaba sobre su cabeza como una mosca ruidosa, negándose a dejarla en paz.

Apartó el plato y agarró la mano de Huxley.

—Ven, quiero que hagas algo por mí.

Él dejó la cuchara.

—¿Ahora?

—Ahora —respondió ella con firmeza, tirando de él para sacarlo de la silla.

La siguió, un poco gruñón, hacia el jardín griego.

Dorothy respiró hondo y se plantó en medio del césped.

Él cruzó los brazos y la miró expectante.

—Finge que me pegas —le gritó.

Huxley la miró horrorizado.

—No lo haré.

Ella rebotó sobre las puntas de los pies.

—Tienes que hacerlo. Solo un golpe —tronó.

—¿Por qué?

—Puedo ver el miedo acechando en tus ojos. Sigues creyendo que eres como tu padre y que algún día perderás el control y me harás daño. Estoy cansada de que me trates como a un jarrón de porcelana. Quiero que me trates como a una mujer, no como a un objeto.

—No voy a pegarte —dijo Huxley con firmeza—. Puedo enfrentarme a mis miedos.

—Quiero demostrarte que, incluso si te volvieras loco, soy más que capaz de cuidarme sola.

—Dora, soy más del doble de grande que tú —bufó.

—Solo finge, ¿sí? No te pido que me pegues de verdad —suplicó.

Huxley suspiró, dio un paso al frente y le dio un leve toque en el hombro.

En un abrir y cerrar de ojos, ella lo tenía de espaldas en el suelo.

Él entrecerró los ojos. Esta vez, su intento fue un poco más serio.

Ella le agarró la muñeca antes de que pudiera tocarla y la torció hasta dejarlo de rodillas, haciendo una mueca de dolor.

El siguiente asalto no fue mejor. Huxley perdió de manera espectacular y volvió a caer de espaldas con un fuerte gemido.

Ella lo miró desde arriba sin un solo mechón de pelo fuera de su sitio.

Él escupió tierra y soltó una carcajada.

—¿Cómo? —preguntó con admiración.

—William Hartell Adair me entrenó durante meses —dijo ella con orgullo—. El famoso espía que puede acabar con cualquier hombre.

Él la rodeó por la cintura, nada suavemente, y la atrajo al abrazo más fuerte que le había dado jamás.

—Nunca pensé que diría esto a una mujer, pero me alegra que sepas darme semejantes palizas, amor mío. —Le sujetó la cara y la besó con fuerza—. Tampoco pensé que diría esto… la próxima vez, sé amable conmigo. Me duele en sitios que no me habían dolido nunca.

Ella se rió contra su pecho cálido y ancho y se acurrucó más cerca.

Él contempló el cielo azul brillante, abrazándola, y observó pensativo:

—George tenía razón.

—¿Sobre qué?

—Sobre que las hermanas Fairweather saben cuidarse solas.

—Eso es verdad, osito cucú. Desde luego que sí.

Fin

Si has disfrutado de la lectura de este libro y te gustaría recibir un ejemplar gratuito del próximo libro de Anya en el momento de su lanzamiento, puedes escribirle a anyawylde@gmail.com.*

También puedes suscribirte al boletín de Anya Wylde para ser el primero en enterarte de cualquier novedad o nuevo lanzamiento.

*Copias limitadas disponibles, ¡así que no te demores!

SOBRE LA AUTORA

Anya Wylde vive en Irlanda junto a su marido, sus hijos y un caniche francés bastante gordo (que ahora mismo está a dieta). Le sale un curry de muerte y su idea de hacer ejercicio consiste en estirar los dedos de los pies de vez en cuando. Es licenciada en Filología Inglesa y le apasiona leer y escribir. Conecta con Anya Wylde en **Facebook**, **Twitter**, o **Instagram** para enterarte de sus próximos lanzamientos, o síguela en su página de autor de Amazon.

Suscríbete a su boletín de noticias **aquí**.

Sitio web: **www.anyawylde.com**

OTROS LIBROS DE LA AUTORA

Comedias Románticas de la Regencia

Penelope

Buscando a Philbert Woodbead

Dorothy

Elizabeth

Romances de la Regencia

La Duquesa Accidental

Cuando Llega el Canalla

Misterios de la Regencia

Apuesta Perevrsa

Asesinato En Rudhall Manor

La Muerte de un Aristócrata

Comedias Románticas Contemporáneas

Un Muffin de Amor Y un Chai Latte

Santos Cielos Gracie

Fantasía

Meara

Destinado